

Émile Zola

La conquista
de Plassans



Lectulandia

La figura de Émile Zola (1840-1902), célebre por su defensa de los derechos humanos en el «asunto Dreyfus», ha pasado a la historia de la literatura no sólo como el fundador y teórico del naturalismo, sino también como un vigoroso narrador del clima social y político de su época. Los Rougon-Macquart es como —indica su subtítulo— la HISTORIA NATURAL Y SOCIAL DE UNA FAMILIA BAJO EL SEGUNDO IMPERIO; esto es, el período que transcurre entre la coronación de Napoleón III en 1852 y su destronamiento tras la guerra franco-prusiana de 1871. Los componentes de ese amplio grupo familiar, determinado por los rasgos fisiológicos de su tronco común, «salen históricamente del pueblo, irradian por toda la sociedad contemporánea, ascienden a todas las posiciones, gracias a ese impulso esencialmente moderno que reciben las clases bajas en marcha a través del cuerpo social, y narran así el Segundo Imperio, con ayuda de sus dramas individuales, desde la celada del golpe de Estado hasta la traición de Sedán». Tras *La fortuna de los Rougon*, *La jauría* y *El vientre de París*, LA CONQUISTA DE PLASSANS es la cuarta novela de la serie; al igual que las demás piezas de ese vasto fresco, puede leerse de forma independiente.

Lectulandia

Émile Zola

La conquista de Plassans

Los Rougon-Macquart - 4

ePub r1.0

IbnKhalidun 19.05.15

Título original: *La conquête de Plassans*

Émile Zola, 1874

Traducción: Esther Benítez

Editor digital: IbnKaldun

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Desirée batió palmas. Era una chiquilla de catorce años, crecida para su edad, y que tenía una risa de niña de cinco años.

«¡Mamá, mamá!, gritó, ¡mira mi muñeca!».

Le había cogido a su madre un trapo, con el que llevaba trabajando un cuarto de hora para hacer una muñeca, enrollándolo y estrangulándolo por una punta, con ayuda de una hebra de hilo. Marthe alzó la mirada de las medias que zurcía con delicadezas de bordado. Sonrió a Desirée.

«¡Eso es un muñeco!, dijo. Toma, haz una muñeca. Tiene que tener una falda, ¿sabes?, como una dama».

Le dio un retal de indiana que encontró en su costurero; después prosiguió con su media, cuidadosamente. Estaban ambas sentadas, en un extremo de la estrecha terraza, la hija en una banqueta, a los pies de la madre. El sol poniente, un sol de septiembre, todavía cálido, las bañaba con una luz tranquila; mientras que, frente a ellas, el jardín, ya en una sombra gris, se dormía. Ni el menor ruido externo ascendía de aquel rincón desierto de la ciudad.

Trabajaron, no obstante, diez minutos largos en silencio. Desirée se tomaba un trabajo enorme para hacer una falda a su muñeca. A veces Marthe levantaba la cabeza, miraba a la niña con una ternura algo triste. Al verla muy embarullada, continuó:

«Espera, le haré yo los brazos».

Estaba cogiendo la muñeca cuando dos chicos altos de diecisiete y dieciocho años bajaron la escalinata. Fueron a besar a Marthe.

«No nos regañes, mamá, dijo alegremente Octave. Fui yo el que llevé a Serge a la música... ¡Había un montón de gente en el paseo Sauvaire!

—Os creía castigados en el colegio, murmuró la madre; si no es por eso, habría estado preocupadísima».

Pero Desirée, sin acordarse ya de la muñeca, se había arrojado al cuello de Serge, gritándole:

«Tengo un pájaro que se escapó, el azul, el que tú me habías regalado».

Sentía muchas ganas de llorar. En vano su madre, que creía esa pena ya olvidada, le enseñó la muñeca. Se agarraba al brazo de su hermano, repetía, arrastrándolo hacia el jardín:

«Ven a ver».

Serge, con complaciente dulzura, la siguió, tratando de consolarla. Ella lo condujo a un pequeño invernadero, ante el cual se encontraba una jaula colocada sobre un pie. Allí, explicó que el pájaro se había ido en el momento en que ella había abierto la puerta para impedirle pelearse con otro.

«¡Pues claro!, no me extraña, gritó Octave, que se había sentado en la balaustrada de la terraza; siempre anda tocándolos, mira cómo están hechos y qué es lo que tienen en el gáznate para cantar. El otro día los paseó toda una tarde en los bolsillos, para que tuvieran calorcito.

—¡Octave!... dijo Marthe en tono de reproche; no atormentes a la pobre cría».

Desirée no había oído. Contaba a Serge, con lujo de detalles, de qué manera había volado el pájaro.

«Verás, se escurrió así, y fue a posarse al lado, en el peral grande del señor Rastoil. Desde allí saltó al ciruelo del fondo. Luego volvió a pasar por encima de mi cabeza, entró en los grandes árboles de la subprefectura, y ya no lo vi más, no, no lo vi».

Aparecieron lágrimas al borde de sus ojos.

«Quizá regrese, aventuró Serge.

—¿Tú crees?... Me dan ganas de meter a los otros en una caja y dejar la jaula abierta toda la noche».

Octave no pudo contener la risa, pero Marthe llamó a Desirée.

«¡Ven a ver esto, ven a ver!».

Y le presentó la muñeca. La muñeca era espléndida; tenía una falda tiesa, una cabeza formada por una bola de tela, brazos hechos con un orillo cosido a los hombros. El rostro de Desirée se iluminó con súbita alegría. Volvió a sentarse en la banqueta, sin pensar ya en el pájaro, besando a la muñeca, acunándola en la mano, con una puerilidad de cría.

Serge había ido a acodarse cerca de su hermano. Marthe continuaba con su media.

«¿Y qué?, preguntó, ¿tocó la banda?

—Toca todos los jueves, respondió Octave. Haces mal, mamá, al no ir. Toda la ciudad está allí, las señoritas Rastoil, la señora de Condamin, el señor Paloque, la mujer y la hija del alcalde... ¿Por qué no vas?».

Marthe no alzó la vista; murmuró, rematando un zurcido:

«Ya sabéis, hijos míos, que no me gusta salir. Estoy tan tranquila, aquí... Y, además, alguien ha de quedarse con Desirée».

Octave abría los labios, pero miró a su hermana y enmudeció. Permaneció allí, silbando suavemente, alzando la vista hacia los árboles de la subprefectura, llenos de la algarabía de los gorriones que se acostaban, examinando los perales del señor Rastoil, tras los cuales descendía el sol. Serge había sacado del bolsillo un libro que leía atentamente. Hubo un silencio recogido, cálido de muda ternura, entre la grata luz amarilla que palidecía poco a poco sobre la terraza. Marthe, acariciando con la mirada a sus tres hijos, en medio de la paz de la tarde, daba grandes puntadas regulares.

«¿Todo el mundo llega hoy con retraso?, prosiguió al cabo de un instante. Son cerca de las diez, y vuestro padre no vuelve... Creo que ha ido por el camino de Les Tulettes.

—¡Ah, bueno!, dijo Octave, entonces no me extraña... Los campesinos de Les Tulettes no lo sueltan, cuando lo agarran... ¿Era para una compra de vino?

—Lo ignoro, respondió Marthe; ya sabéis que no le gusta hablar de sus negocios».

De nuevo se hizo un silencio. En el comedor, cuya ventana estaba abierta de par en par sobre la terraza, la vieja Rose ponía la mesa desde hacía unos momentos, con ruidos irritados de vajilla y cubertería. Parecía de pésimo humor, zarandeaba los muebles, mascullaba frases entrecortadas. Después fue a plantarse en la puerta de la calle, estirando el cuello, mirando a lo lejos la plaza de la Subprefectura. Tras unos minutos de espera se acercó a la escalinata, gritando:

«¿Qué? ¿El señor Mouret no vuelve a cenar?

—Sí, Rose, espera, respondió Marthe apaciblemente.

—Se me está quemando todo. No tiene ningún sentido. Cuando el señor gasta estas bromas, debería avisar... A mí me da igual, después de todo. La cena estará incomible.

—¿Tú crees, Rose?, dijo a sus espaldas una voz tranquila. Pues nos la comeremos de todas formas, tu cena».

Era Mouret que regresaba. Rose se volvió, miró a su amo a la cara, como a punto de estallar; pero, ante la calma absoluta de aquel rostro, donde se traslucía una pizca de sorna burguesa, no encontró palabras, y se marchó. Mouret bajó a la terraza, por la que deambuló, sin sentarse. Se contentó con dar, con la yema de los dedos, un cachetito en la mejilla a Desirée, quien le sonrió. Marthe había alzado la vista; luego, tras haber mirado a su marido, se había puesto a recoger la labor en el costurero.

«¿No está usted cansado?, preguntó Octave, que miraba los zapatos de su padre, blancos de polvo.

—Sí, un poco», respondió Mouret, sin hablar más de la larga caminata que acababa de dar.

Pero distinguió, en medio del Jardín, una laya y un rastrillo que los niños habían debido de olvidar allí.

«¿Por qué no se guardan las herramientas?, exclamó. Lo he dicho mil veces. Si llegara a llover, se oxidarían».

No se enfadó más. Bajó al jardín, fue en persona a buscar la laya y el rastrillo, regresó a colgarlos cuidadosamente al fondo del pequeño invernadero. Al subir de nuevo a la terraza, escudriñaba con los ojos los menores rincones de los senderos para ver si cada cosa estaba en su sitio.

«¿Qué? ¿Aprendiendo tus lecciones?, preguntó al pasar al lado de Serge, que no había soltado el libro.

—No, padre, respondió el niño. Es un libro que me ha prestado el padre Bourrette, la relación de las *Misiones de China*».

Mouret se detuvo en seco delante de su mujer.

«A propósito, prosiguió, ¿no ha venido nadie?

—No, nadie, amigo mío», dijo Marthe con aire de sorpresa.

Él iba a continuar, pero pareció cambiar de idea; deambuló unos instantes más, sin decir nada; luego, avanzando hacia la escalinata:

«¡Eh, Rose! ¿Y esa cena que se quemaba?

—¡Dale!, gritó desde el fondo del pasillo la voz furiosa de la cocinera, ahora no hay nada listo; todo está frío. Tendrá que esperar, señor».

Mouret lanzó una risa silenciosa; guiñó el ojo izquierdo, mirando a su mujer y sus hijos. La cólera de Rose parecía divertirse mucho. Se absorbió a continuación en el espectáculo de los árboles frutales de su vecino.

«Es sorprendente, murmuró, el señor Rastoil tiene unas peras magníficas este año».

Marthe, inquieta desde hacía un instante, parecía tener una pregunta en los labios. Se decidió, dijo tímidamente:

«¿Es que esperabas hoy a alguien, amigo mío?

—Sí y no, respondió, poniéndose a caminar de arriba a abajo.

—¿Has alquilado el segundo piso, quizá?

—Lo he alquilado, en efecto».

Y, como se produjo un silencio embarazoso, continuó con su voz apacible:

«Esta mañana, antes de salir para Les Tulettes, subí a ver al padre Bourrette; se mostró muy apremiante, y, ¡a fe mía!, cerré el trato... Sé muy bien que eso te contraría. Pero, piénsalo un poco, prenda, no eres razonable. Ese segundo piso no nos servía de nada; se estaba deteriorando. La fruta que conservamos en los cuartos mantenía allí una humedad que desencolaba los papeles... Y, ahora que me acuerdo, no te olvides de mandar retirar la fruta mañana mismo: nuestro inquilino puede llegar de un momento a otro.

—¡Estábamos tan a gusto, solos en nuestra casa!, dejó escapar Marthe a media voz.

—¡Bah!, prosiguió Mouret, un sacerdote no es ningún engorro. El vivirá en su casa, y nosotros en la nuestra. Las sotanas negras se esconden hasta para tragar un vaso de agua... ¡Ya sabes cuánto los quiero, yo! Zánganos, en su mayoría... ¡Pues bueno!, lo que me ha decidido a alquilar es justamente el haber encontrado un sacerdote. Con ellos no hay nada que temer respecto al dinero, y ni siquiera se les oye meter la llave en la cerradura».

Marthe seguía desolada. Contemplaba, a su alrededor, la casa dichosa, bañada por el adiós del sol al jardín, donde la sombra se hacía más gris; contemplaba a sus hijos, su felicidad que cabía allí, en aquel estrecho rincón.

«¿Y sabes quién es ese sacerdote?, prosiguió.

—No, pero el padre Bourrette ha alquilado en su nombre, con eso basta. El padre Bourrette es buena persona... Sé que nuestro inquilino se llama Faujas, el padre Faujas, y que viene de la diócesis de Besançon.

No se habrá entendido con su párroco, y lo habrán nombrado coadjutor aquí, en

San Saturnino. Quizá conozca a nuestro obispo, Monseñor Rousselot. En fin, no es asunto nuestro, ya te imaginas... Yo, en todo caso, me fío del padre Bourrette».

Sin embargo, Marthe no se tranquilizaba. Se las tenía tiesas a su marido, lo cual le ocurría raramente.

«Tienes razón, dijo, tras un corto silencio, el cura es un buen hombre. Sólo que recuerdo que, cuando vino a visitar el piso, me dijo no conocer a la persona en cuyo nombre estaba encargado de alquilar. Es uno de esos encargos que los sacerdotes se hacen entre sí, de una ciudad a otra... Me parece que habrías podido escribir a Besançon, informarte, en fin, saber a quién vas a introducir en tu casa».

Mouret no quería enfurecerse; soltó una risa de complacencia.

«No va a ser el diablo, ¿verdad?... Ya estás temblando toda. No te creía tan supersticiosa. No pensarás, al menos, que los curas traen mala suerte, según dicen. Tampoco traen la felicidad, eso es cierto. Son como los demás hombres... ¡Ah, bueno! Ya verás, cuando ese sacerdote esté aquí, cómo no me da miedo su sotana.

—No, no soy supersticiosa, ya lo sabes, murmuró Marthe. Siento como una pena muy grande, eso es todo».

El se plantó delante de ella, la interrumpió con un gesto brusco.

«Ya basta, ¿no?, dijo. He alquilado, no se hable más».

Y agregó, con el tono chancero de un burgués que cree haber cerrado un buen negocio:

«Lo más claro es que he alquilado por ciento cincuenta francos: son ciento cincuenta francos más que entrarán cada año en la casa».

Marthe había bajado la cabeza, sin protestar ya sino con un vago balanceo de las manos, cerrando suavemente sus párpados. Lanzó una furtiva mirada a sus hijos, que, durante la explicación que acababa de tener con su padre, habían parecido no oír, habituados sin duda a esta clase de escenas en las cuales se complacía la locuacidad burlona de Mouret.

«Si quieren comer ahora, pueden venir, dijo Rose con su voz desabrida, adelantándose por la escalinata.

—Eso es. Chicos, ¡la sopa!», gritó alegremente Mouret, sin aparentar trazas del menor mal humor.

La familia se levantó. Entonces Desirée, que había conservado su gravedad de pobre inocente, sintió como un despertar de su dolor, al ver moverse a todos. Se arrojó al cuello de su padre, balbuceó:

«Papá, tengo un pájaro que ha volado.

—¿Un pájaro, querida? Ya lo atraparemos».

Y la acariciaba, se ponía muy mimoso. Pero tuvo que ir, también él, a ver la jaula. Cuando trajo a la niña, Marthe y sus dos hijos se encontraban ya en el comedor. El sol poniente, que entraba por la ventana, alegraba los platos de porcelana, los vasos metálicos de los niños, el mantel blanco. La estancia estaba tibia, recogida, con la profundidad verdosa del jardín.

Mientras Marthe, calmada por aquella paz, quitaba sonriente la tapa de la sopera, se produjo un ruido en el pasillo. Rose, estupefacta, acudió corriendo y balbucía:
«Está aquí el padre Faujas».

II

Mouret hizo un gesto de contrariedad. Realmente no esperaba a su inquilino hasta dos días después, como pronto. Se levantaba vivamente cuando el padre Faujas apareció en la puerta, en el pasillo. Era un hombre alto y fuerte, de cara cuadrada, rasgos anchos, tez terrosa. Detrás de él, en su sombra, se mantenía una mujer de edad que se le parecía sorprendentemente, más bajita, de aire más rudo. Al ver la mesa puesta, ambos tuvieron un movimiento de vacilación; retrocedieron discretamente, sin retirarse. La alta figura del sacerdote ponía una mancha de luto sobre la alegría de la pared encalada.

«Perdone que le molestemos, le dijo a Mouret. Venimos de casa del padre Bourrette; él debió de advertirle...

—¡Nada de eso!, exclamó Mouret. El señor cura siempre hace lo mismo; tiene pinta de descender del paraíso... Esta misma mañana, caballero, me aseguraba que no estaría usted aquí antes de dos días... En fin, va a haber que instalarlo de todas maneras».

El padre Faujas se disculpó. Tenía una voz grave, de gran dulzura en la caída de las frases. Realmente, sentía mucho llegar en semejante momento. Cuando hubo expresado su pesar, sin charlatanería, con diez palabras netamente elegidas, se volvió para pagar al mozo de cuerda que había traído su baúl. Sus gruesas manos bien hechas sacaron de un pliegue de la sotana una bolsa, de la que sólo se distinguieron las anillas de acero; hurgó en ella un instante, palpando con la yema de los dedos, con precaución, la cabeza gacha. Luego, sin que se hubiera visto la pieza de moneda, el mozo se marchó. El prosiguió con su voz educada:

«Por favor, caballero, siga a la mesa... La sirvienta nos indicará el piso. Me ayudará a subir esto».

Se bajaba ya para coger un asa del baúl. Era un baulito de madera, protegido con cantoneras y bandas de chapa; parecía haber sido reparado, en uno de los costados, con ayuda de un travesaño de abeto. Mouret quedó sorprendido, buscando con los ojos el otro equipaje del sacerdote; pero no divisó sino un gran cesto que la señora de edad sujetaba con las dos manos, delante de sus sayas, empeñándose, a pesar de la fatiga, en no dejarlo en tierra. Bajo la tapa levantada, entre paquetes de ropa, asomaba la esquina de un peine envuelto en papel, y el gollete de una botella mal tapada.

«No, no, deje eso, dijo Mouret, empujando levemente el baúl con el pie. No debe de ser muy pesado; Rose lo subirá perfectamente sola».

Sin duda no tuvo conciencia del secreto desdén que se traslucía en sus palabras. La señora de edad lo miró fijamente con sus ojos negros; después volvió al comedor, a la mesa servida, que examinaba desde que estaba allí. Pasaba de un objeto a otro, apretando los labios. No había pronunciado una palabra. Entre tanto, el padre Faujas

accedió a dejar el baúl. En el polvillo dorado del sol que entraba por la puerta del jardín, su sotana parecía completamente roja; unos zurcidos bordaban los ribetes; estaba limpiísima, pero era tan delgada, tan lamentable, que Marthe, sentada hasta entonces con una especie de inquieta reserva, se levantó a su vez. El cura, que no había lanzado sobre ella sino una ojeada rápida, al punto apartada, la vio abandonar su silla, aunque no pareciera mirarla en absoluto.

«Por favor, repitió, no se molesten; sentiríamos mucho perturbar su cena.

—¡Bueno, eso es!, dijo Mouret, que tenía hambre. Rose va a guiarles. Pídanle todo lo que necesiten... Instálense, instálense a sus anchas».

El padre Faujas, tras haber saludado, se dirigía ya hacia la escalera, cuando Marthe se acercó a su marido, murmurando:

«Pero, amigo mío, no te acuerdas...

—¿De qué?, preguntó él, viendo que vacilaba.

—La fruta, ya sabes.

—¡Ah! ¡Diantre! Es cierto, está la fruta», dijo en tono consternado.

Y, como el padre Faujas regresaba, interrogándolo con la mirada:

«Estoy realmente contrariado, caballero, prosiguió. El padre Bourrette será un hombre excelente, con toda seguridad, pero es enojoso que lo haya encargado usted de su asunto... Tiene menos seso que un mosquito. Si lo hubiéramos sabido, lo habríamos preparado todo. Mientras que ahora, aquí nos tiene, con toda una mudanza por hacer... Ya comprenderá, utilizábamos esas habitaciones. Allá arriba está, sobre el entarimado, toda nuestra cosecha de fruta, higos, manzanas, uvas...».

El sacerdote lo escuchaba con una sorpresa que su gran cortesía no lograba ocultar.

«¡Oh! ¡No se tardará mucho!, continuó Mouret. En diez minutos, si tienen ustedes la bondad de esperar, Rose va a despejar sus habitaciones».

Una viva inquietud crecía en el rostro terroso del cura.

«La vivienda está amueblada, ¿no?, preguntó.

—Nada de eso, no hay un solo mueble; nunca ha estado habitada».

Entonces, el sacerdote perdió la calma; un resplandor pasó por sus ojos grises. Exclamó con violencia contenida:

«¿Cómo? ¡Pero si recomendé formalmente en mi carta que me alquilaran una vivienda amueblada! No podía traer muebles en mi baúl, por supuesto.

—¡Eh! ¿Qué le decía yo?, gritó Mouret en tono más alto. Ese Bourrette es increíble... Vino aquí, caballero, y vio las manzanas, ciertamente, ya que incluso cogió una en la mano, declarando que raras veces había admirado una manzana tan hermosa. Dijo que todo le parecía muy bien, que era exactamente lo que necesitaba, y que lo alquilaba».

El padre Faujas ya no escuchaba; toda una oleada de cólera había ascendido a sus mejillas. Se volvió, balbució, con voz ansiosa:

«Madre, ¿oye usted? No hay muebles».

La anciana señora, arrebujaada en su fino mantón negro, acababa de visitar la planta baja, a pasitos furtivos, sin soltar su cesto. Se había acercado hasta la puerta de la cocina, había inspeccionado las cuatro paredes; luego, al regresar a la escalinata, había tomado posesión lentamente, con su mirada, del jardín. Pero le interesaba sobre todo el comedor; se mantenía de nuevo en pie, frente a la mesa servida, mirando humear la sopa, cuando su hijo le repitió:

«¿Oye, madre? Habrá que ir al hotel».

Ella levantó la cabeza, sin contestar; toda su cara se negaba a abandonar aquella casa, cuyos menores rincones conocía ya. Tuvo un imperceptible encogimiento de hombros, con ojos vagos, yendo de la cocina al jardín y del jardín al comedor.

Mouret, mientras tanto, se impacientaba. Viendo que ni la madre ni el hijo parecían decididos a abandonar los lugares, prosiguió:

«Es que no tenemos camas, infortunadamente... Hay en el desván, eso sí, un catre de tijera, con el que la señora, en último extremo, podría arreglarse hasta mañana; sólo que no veo muy bien dónde podría dormir el señor cura».

Entonces la señora Faujas despegó por fin los labios; dijo con voz breve, de timbre un poco ronco:

«Mi hijo cogerá el catre de tijera... Yo no necesito más que un colchón en el suelo, en un rincón».

El cura aprobó este arreglo con una señal de la cabeza. Mouret iba a protestar, a buscar otra cosa; pero ante el aire satisfecho de sus nuevos inquilinos, se calló, contentándose con intercambiar con su mujer una mirada de asombro.

«Mañana será otro día, dijo con su pizca de chanza burguesa; ustedes podrán amueblarse como deseen. Rose va a subir a retirar la fruta y a hacer las camas. Si quieren esperar un instante en la terraza... Ea, hijos míos, dadles dos sillas».

Los niños, desde la llegada del sacerdote y de su madre, habían permanecido tranquilamente sentados a la mesa. Los examinaban curiosamente. El cura no había parecido verlos; pero la señora Faujas se había detenido un instante en cada uno de ellos, mirándolos de hito en hito, como para penetrar de golpe en las jóvenes cabezas. Al oír las palabras de su padre, los tres se apresuraron y sacaron unas sillas.

La anciana señora no se sentó. Cuando Mouret se dio la vuelta, al no descubrirla, la vio plantada ante una de las ventanas entornadas del salón; estiraba el cuello, remataba su inspección con la tranquila soltura de la persona que visita una propiedad en venta. En el momento en que Rose levantaba el pequeño baúl, ella regresó al vestíbulo, diciendo simplemente:

«Subo a ayudarla».

Y subió detrás de la sirvienta. El sacerdote ni siquiera volvió la cabeza; sonreía a los tres niños, en pie delante de él. Su rostro, tenía una expresión de gran dulzura, cuando quería, pese a la dureza de la frente y los rudos pliegues de la boca.

«¿Es toda su familia, señora?, preguntó a Marthe, que se había acercado.

—Sí, señor», respondió, violenta con la mirada clara que él clavaba en ella.

Pero él miró de nuevo a los niños, continuó:

«Dos chicos grandes que pronto serán hombres... ¿Ha terminado usted sus estudios, amigo mío?».

Se dirigía a Serge. Mouret le cortó la respuesta al niño.

«Éste ha acabado, aunque sea el pequeño. Cuando digo que ha acabado, quiero decir que es bachiller, pues ha vuelto al colegio para estudiar un año de filosofía; es el sabio de la familia... El otro, el mayor, este papanatas, no vale gran cosa, mire. Lo han suspendido ya dos veces en el bachillerato, y está hecho un golfo, siempre en las musarañas, siempre haciendo travesuras».

Octave escuchaba estos reproches sonriendo, mientras que Serge había bajado la cabeza ante los elogios. Faujas pareció estudiarlos un instante aún en silencio; luego, pasando a Desirée, recobró su aire tierno:

«Señorita, preguntó, ¿me permitirá usted ser su amigo?».

Ella no respondió; fue, casi asustada, a esconder el rostro contra el hombro de su madre. Ésta, en lugar de descubrirle la cara, la estrechó aún más, pasándole un brazo por la cintura.

«Discúlpela, dijo con cierta tristeza; no tiene la cabeza muy firme, sigue siendo una niña... Es una inocente... Nosotros no la atormentamos para que aprenda. Tiene catorce años, todavía no sabe más que amar a los animales».

Desirée, con las caricias de su madre, se había tranquilizado; había girado la cabeza, sonreía. Luego, con aire atrevido:

«Me parece bien que sea usted mi amigo... Pero dígame una cosa, ¿no les hará usted daño a las moscas?».

Y, como todos se regocijaron a su alrededor:

«Octave las aplasta, a las moscas, continuó gravemente. Eso está muy mal».

El padre Faujas se había sentado. Parecía muy cansado. Se abandonó un instante a la paz tibia de la terraza, paseando sus miradas lentas por el jardín, por los árboles de las fincas vecinas. Aquella gran calma, aquel rincón desierto de una pequeña ciudad, le causaban una especie de sorpresa. Su rostro se manchó con placas oscuras.

«Se está muy bien aquí», murmuró.

Después guardó silencio, como absorto y perdido. Tuvo un ligero sobresalto cuando Mouret le dijo con una risa:

«Con su permiso, caballero, ahora vamos a sentarnos a la mesa».

Y, ante una mirada de su mujer:

«Debería hacer usted como nosotros, aceptar un plato de sopa. Eso le evitará ir a cenar al hotel... Sin cumplidos, por favor.

—Se lo agradezco mil veces, no necesitamos nada», respondió el cura en un tono de suma cortesía, que no admitía una segunda invitación.

Entonces los Mouret regresaron al comedor, donde se sentaron. Marthe sirvió la sopa. Pronto hubo un alegre jaleo de cucharas. Los niños parloteaban. Desirée rió con risas claras, al escuchar una historia que su padre contaba, encantada de estar por fin

a la mesa. Mientras tanto, el padre Faujas, a quien habían olvidado, permanecía sentado en la terraza, inmóvil, frente al sol poniente. No volvía la cabeza; parecía no oír. Cuando el sol estaba a punto de desaparecer, se destocó, sofocado, sin duda. Marthe, situada delante de la ventana, distinguió su gruesa cabeza descubierta, de cabellos cortos, que griseaban ya en las sienes. Un postrer resplandor rojo iluminó aquel cráneo rudo de soldado, donde la tonsura era como la cicatriz de un mazazo; después el resplandor se apagó, y el sacerdote, al entrar en la sombra, no fue sino un perfil negro sobre la ceniza gris del crepúsculo.

Marthe, no queriendo llamar a Rose, fue en persona a buscar una lámpara y sirvió el primer plato. Cuando regresaba de la cocina encontró, al pie de la escalera, a una mujer a la que al principio no reconoció. Era la señora Faujas. Se había puesto una cofia de lienzo, parecía una criada, con su traje de cotonada, ajustado al cuerpo por una pañoleta amarilla, anudada detrás de la cintura; y, con los puños desnudos, aún toda jadeante por la tarea que acababa de realizar, taconeaba con sus gruesos zapatos de lazada sobre las baldosas del pasillo.

«Ya está listo, ¿verdad, señora?, le dijo Marthe, sonriente.

—¡Oh! ¡Una insignificancia!, respondió; en dos patadas, asunto terminado».

Bajó la escalinata, dulcificó la voz:

«Ovide, hijo mío, ¿quieres subir? Arriba está todo preparado».

Tuvo que tocar el hombro de su hijo para arrancarlo de su ensoñación. El aire refrescaba. Él se estremeció, la siguió sin hablar. Cuando pasó ante la puerta del comedor, todo blanco con la viva claridad de la lámpara, todo bullicioso con la charla de los niños, alargó la cabeza, diciendo, con su voz flexible:

«Permítanme darles las gracias y disculparnos por todas las molestias... Estamos confusos...

—¡Nada de eso, nada!, gritó Mouret; somos nosotros los que sentimos muchísimo no poder ofrecerles nada mejor para esta noche».

El sacerdote saludó, y Marthe encontró de nuevo aquella mirada clara, aquella mirada de águila que la había emocionado. Parecía como si por el fondo de los ojos, de un gris triste de ordinario, pasara bruscamente una llama, como esas lámparas que se pasean tras las fachadas dormidas de las casas.

«Parece tener agallas, el cura, dijo burlonamente Mouret, cuando madre e hijo ya no estuvieron allí.

—No creo que sean muy felices, murmuró Marthe.

—En cuanto a eso, desde luego, no trae un Perú en su baúl... ¡Sí que es pesado, el baúl! Podría levantarlo con la punta de mi meñique».

Pero su charla fue interrumpida por Rose, que acababa de bajar corriendo la escalera, con el fin de contar las cosas sorprendentes que había visto.

«¡Ah! ¡Uf!, dijo, plantándose delante de la mesa donde comían sus amos, ¡vaya fortachona! Esa señora tiene sesenta y cinco años, por lo menos, y no los aparenta. ¡Te atropella, trabaja como un caballo!

—¿Te ha ayudado a quitar la fruta?, preguntó, curiosamente, Mouret.

—Ya lo creo, señor. Se llevaba la fruta así, en el delantal; un cargamento de tomo y lomo. Yo me decía: “Se queda sin vestido, claro”. Pero nada de eso; es una tela fuerte, tela como la que yo misma uso. Tuvimos que hacer más de diez viajes. Yo tenía los brazos rotos. Y ella refunfuñaba, diciendo que la cosa no marchaba. Creo que la he oído jurar, con licencia de ustedes».

Mouret parecía muy divertido.

«¿Y las camas?, prosiguió.

—¿Las camas? Las hizo ella... Hay que verla volver un colchón. No parece pesarle, se lo aseguro; lo coge por una punta, lo tira al aire como una pluma... Y, además, cuidadosísima. Remetió el catre de tijera como una cunita de niño. Si hubiera tenido que acostar al Niño Jesús, no habría estirado las sábanas con más devoción... De las cuatro mantas, puso tres en el catre. Lo mismo con las almohadas; para ella no quiso ninguna; su hijo tiene las dos.

—Entonces, ¿va a dormir en el suelo?

—En un rincón, como un perro. Tiró un colchón al suelo del otro cuarto, diciendo que iba a dormir allí mejor que en el paraíso. No hubo modo de decidirla a arreglarse más decentemente. Pretende que nunca tiene frío y que su cabeza es demasiado dura para temer las baldosas... Le di agua y azúcar, como me recomendó la señora, y ya está... No importa, es una gente muy rara».

Rose acabó de servir la cena. Los Mouret, esa noche, prolongaron la comida. Conversaron largamente sobre los nuevos inquilinos. En su vida, de una regularidad de reloj, la llegada de aquellas dos personas extrañas era un gran acontecimiento. Hablaban de ello como de una catástrofe, con esa minuciosidad de detalles que contribuye a matar las largas veladas de provincia. Mouret, en particular, disfrutaba con los comadros de la pequeña ciudad. A los postres, acodado en la mesa, en la tibieza del comedor, repitió por décima vez, con la pinta satisfecha de un hombre feliz:

«No es un gran regalo el que Besançon le hace a Plassans... ¿Habéis visto la parte de atrás de su sotana, cuando se dio la vuelta? Me extrañaría mucho que las beatas corrieran tras él. Va demasiado raído; a las beatas les gustan los curas guapos.

—Su voz tiene dulzura, dijo Marthe, que era indulgente.

—No cuando está encolerizado, no siempre, prosiguió Mouret. ¿No lo oísteis enfadarse, cuando supo qué el piso no estaba amueblado? Es un hombre duro; no debe de perder el tiempo en los confesionarios, mira. Siento mucha curiosidad por saber cómo va a amueblar eso, mañana. Con tal de que me pague, al menos. ¡Mala suerte! Me dirigiré al padre Bourrette; sólo lo conozco a él».

No eran muy devotos en la familia. Los propios niños se burlaron del cura y de su madre. Octave imitó a la anciana señora, cuando estiraba el cuello para ver el fondo de las habitaciones, lo cual hizo reír a Desirée.

Serge, más serio, defendió a «aquellos pobrecillos». De ordinario, a las diez en

punto, cuando no jugaba su partida de ciento, Mouret cogía una palmatoria y se iba a acostar; pero esa noche, a las once, aún resistía al sueño. Desirée había acabado por dormirse, la cabeza sobre las rodillas de Marthe. Los dos chicos habían subido a sus habitaciones. Mouret seguía charloteando, solo frente a su mujer.

«¿Qué edad le echas?, preguntó bruscamente.

—¿A quién?, preguntó Marthe, que empezaba a adormilarse también.

—¡Al cura, claro! ¿Eh? Entre cuarenta y cuarenta y cinco años, ¿verdad? Es un buen mozo. ¡Lástima que lleve sotana! Habría sido un carabinero estupendo».

Después, al cabo de un silencio, hablando solo, continuó en voz alta unas reflexiones que lo dejaban pensativo:

«Han llegado en el tren de las siete menos cuarto. Conque sólo han tenido tiempo de pasar por casa del padre Bourrette y de venir aquí... Apuesto a que no han cenado. Está claro. Los habríamos visto salir para ir al hotel... ¡Ah!, por ejemplo, me gustaría saber dónde han podido comer».

Rose, desde hacía un instante, rondaba por el comedor, esperando a que sus amos se fuesen a acostar, para cerrar puertas y ventanas.

«Yo sé dónde han comido», dijo.

Y, como Mouret se daba la vuelta vivamente:

«Sí, había subido a ver si les faltaba algo. Como no oí ruido, no me atreví a llamar; miré por la cerradura.

—Eso está mal, muy mal, interrumpió Marthe, severamente. Sabe perfectamente, Rose, que no me gusta.

—¡Déjala, déjala!, exclamó Mouret, quien, en otras circunstancias, se habría enfurecido con la curiosa. ¿Miró usted por la cerradura?

—Sí, señor, era para bien.

—Evidentemente... ¿Y qué hacían?

—¡Bueno! Pues comían, señor... Los vi que estaban comiendo en una esquina del catre. La vieja había desplegado una servilleta. Cada vez que se servían vino, volvían a acostar la botella sobre la almohada.

—Pero ¿qué comían?

—No sé exactamente, señor. Me parecieron unas sobras de pastel, en un periódico. Tenían también manzanas, unas manzanas de nada.

—Y hablaban, ¿verdad? ¿Oyó usted lo que decían?

—No, señor, no hablaban... Me quedé un cuarto de hora largo mirándolos. No decían nada, ¡ni esto, fíjese! ¡Comían, comían!».

Marthe se había levantado, despertando a Desirée, haciendo como que iba a subir; la curiosidad de su marido la hería. Éste, por fin, se decidió a levantarse igualmente; mientras que la vieja Rose, que era devota, continuaba en voz más baja:

«El pobre hombre debía de tener un hambre de lo lindo. Su madre le pasaba los trozos más grandes y lo miraba tragar con un placer... En fin, va a dormir en sábanas bien blancas. A menos que el olor de la fruta le incomode. Y es que no huele muy

bien en el cuarto; ya saben, ese olor agrio de las peras y las manzanas. Y ni un mueble, sólo la cama en un rincón. Lo que es yo, tendría miedo, dejaría la luz toda la noche».

Mouret había cogido su palmatoria. Se quedó un instante en pie delante de Rose, resumiendo la velada en esta frase de burgués sacado de sus ideas habituales:

«Es extraordinario».

Después, alcanzó a su mujer al pie de la escalera. Ella estaba acostada, dormía ya, y él seguía escuchando los ligeros ruidos que llegaban del piso superior. La habitación del cura estaba justamente encima de la suya. Lo oyó abrir despacito la ventana, lo cual lo intrigó mucho. Alzó la cabeza de la almohada, luchando desesperadamente contra el sueño, queriendo saber cuánto tiempo se quedaría en la ventana el sacerdote. Pero el sueño fue más fuerte que él: Mouret roncaba a pierna suelta antes de haber podido apreciar de nuevo el sordo chirrido de la falleba.

Arriba, en la ventana, el padre Faujas, con la cabeza descubierta, contemplaba la noche negra. Permaneció allí un buen rato, feliz de estar por fin solo, absorto en aquellos pensamientos que ponían tanta dureza en su frente. Bajo él, sentía el sueño tranquilo de aquella casa donde estaba desde hacía unas horas, el aliento puro de los niños, el hálito honesto de Marthe, la respiración gruesa y regular de Mouret. Y había desprecio en el enderezamiento de su cuello de luchador, mientras levantaba la cabeza como para ver a lo lejos, hasta el fondo de la pequeña ciudad dormida. Los grandes árboles del jardín de la subprefectura formaban una masa sombría, los perales del señor Rastoil alargaban unos miembros flacos y retorcidos; después, no había sino un mar de tinieblas, una nada, de la cual no ascendía un rumor. La ciudad tenía una inocencia de niña en la cuna.

El padre Faujas extendió los brazos con aire de irónico desafío, como si quisiera coger a Plassans para ahogarla con un esfuerzo contra su robusto pecho. Murmuró:

«¡Y esos imbéciles que sonreían, esta tarde, al verme cruzar sus calles!».

III

Al día siguiente Mouret se pasó la mañana espiando a su nuevo inquilino. Este espionaje iba a llenar las horas vacías que pasaba en la casa poniendo pegajos, ordenando los objetos tirados al suelo, buscando pelea con su mujer y sus hijos. A partir de ahora tendría una ocupación, un entretenimiento que lo sacaría de su vida de todos los días. No le gustaban los curas, como solía decir, y el primer sacerdote que caía en su existencia le interesaba hasta un punto extraordinario. Aquel sacerdote traía a su casa un olor misterioso, una incógnita casi inquietante. Aunque se hiciera el descreído, aunque se declarase volteriano, sentía frente al cura todo un asombro, un temblor de burgués, en el cual se traslucía una pizca de atrevida curiosidad.

Ni el menor ruido llegaba del segundo piso. Mouret escuchó atentamente en la escalera, se aventuró incluso a subir al desván. Mientras aflojaba el paso al bordear el pasillo, un roce de zapatillas que creyó oír detrás de la puerta lo emocionó enormemente. Al no haber podido sorprender nada muy claro, bajó al jardín, paseó por el cenador del fondo, alzando los ojos, tratando de ver por las ventanas lo que ocurría en las estancias. Pero ni siquiera distinguió la sombra del cura. La señora Faujas, que sin duda no tenía cortinas, había tendido, mientras tanto, sábanas de cama detrás de los cristales.

A la hora del almuerzo, Mouret pareció muy vejado.

«¿Es que se han muerto, los de arriba?, dijo, cortando pan a los niños. ¿Tú no los has oído moverse, Marthe?

—No, amigo mío, no me he fijado».

Rose gritó desde la cocina:

«Hace mucho tiempo que no están aquí; si siguen corriendo, estarán lejos».

Mouret llamó a la cocinera y la interrogó minuciosamente.

«Han salido, señor: la madre primero, el cura a continuación. Yo no los habría visto, de despacito que andan, si no fuera porque sus sombras pasaron sobre los cristales de mi cocina, cuando abrieron la puerta... Miré en la calle, por ver; pero se habían largado, y todo derecho, se lo aseguro.

—Es muy sorprendente... Pero ¿dónde estaba yo, entonces?

—Creo que el señor estaba en el fondo del jardín, viendo las uvas del cenador».

Esto acabó de poner a Mouret de un humor execrable. Despotricó contra los curas: todos se andaban con tapujos; se traían todos unos tejemanejes que ni el demonio; fingían una gazmoñería ridícula, hasta el punto de que nadie había visto a un cura lavoteándose. Acabó arrepintiéndose de haber alquilado a aquel sacerdote a quien no conocía.

«¡Tú también tienes la culpa!», dijo a su mujer, levantándose de la mesa.

Martha iba a protestar, a recordarle su discusión de la víspera; pero alzó la vista,

lo miró y no dijo nada. El, sin embargo, no se decidía a salir, como tenía por costumbre. Iba y venía, del comedor al jardín, huroneando, pretendiendo que todo andaba manga por hombro, estaba hecha un desastre; después se enfadó con Serge y Octave, que, decía, se habían marchado media hora antes al colegio.

«¿Es que papá no sale?, preguntó Desirée al oído de su madre. Nos va a fastidiar, si se queda».

Marthe la hizo callar. Mouret habló por fin de un negocio que debía rematar ese mismo día. No tenía un momento, ni siquiera podía descansar un día en su casa, cuando experimentaba la necesidad de hacerlo. Se marchó, desolado de no quedarse allí, al acecho.

Por la tarde, cuando regresó, sentía toda una fiebre de curiosidad.

Marthe trabajaba en su sitio de costumbre, en la terraza.

«¿El cura?, repitió con cierta sorpresa. ¡Ah!, sí, el cura... No lo he visto, creo que se ha instalado. Rose me ha dicho que habían traído muebles.

—Lo que me temía, exclamó Mouret. Habría querido estar aquí; porque, en fin, los muebles son mi garantía... Sabía perfectamente que tú no te moverías de tu silla. No tienes mucho seso, prenda... ¡Rose! ¡Rose!».

Y cuando la cocinera estuvo allí:

«¿Han traído muebles para los del segundo?

—Sí, señor, en una carreta pequeña. Reconocí la carreta de Bergasse, el revendedor del mercado. No había gran cosa. La señora Faujas la seguía. Al subir por la calle Balande, incluso le echó una mano al hombre que empujaba.

—Habrás visto los muebles, al menos; ¿los contó?

—Ciertamente, señor; me había puesto en la puerta. Pasaron todos delante de mí, lo cual no pareció gustarle a la señora Faujas. Espere... Primero subieron una cama de hierro, luego una cómoda, dos mesas, cuatro sillas... Eso es todo, palabra... Y muebles nada nuevos. No daría por ellos ni treinta escudos.

—Tenía que haber avisado a la señora; no podemos alquilar en semejantes condiciones... Ahora mismo voy a explicarme con el padre Bourrette».

Se enfadaba, salía, cuando Marthe logró detenerlo en seco, diciendo:

«Escucha de una vez, se me olvidaba... Han pagado seis meses adelantados.

—¡Ah! ¿Han pagado?, balbució, en tono casi enfadado.

—Sí, la anciana bajó y me entregó esto».

Rebuscó en su costurero, le dio a su marido setenta y cinco francos en piezas de cinco, envueltas cuidadosamente en un trozo de periódico. Mouret contó el dinero, murmurando.

«Si pagan, son muy libres... No importa, es una gente rara. No todo el mundo puede ser rico, desde luego; sólo que ésa no es razón, cuando no se tiene un céntimo, para adoptar unos modales así de sospechosos.

—Quisiera decirte también, prosiguió Marthe, al verlo tranquilo, que la anciana me preguntó si estaríamos dispuestos a cederles el catre de tijera; le contesté que no

nos servía para nada, que podía quedárselo todo el tiempo que quisiera.

—Hiciste bien, hay que complacerles... A mí, te lo he dicho, lo que me contraría con esos diablos de curas es que uno nunca sabe lo que piensan ni lo que hacen. Aparte de eso, a menudo hay personas muy honorables entre ellos».

El dinero parecía haberlo consolado. Bromeó, atormentó a Serge sobre la relación de las *Misiones de China*, que leía en ese momento. Durante la cena, aparentó no ocuparse más de la gente del segundo. Pero, al contar Octave que había visto al padre Faujas salir del obispado, Mouret no pudo contenerse más. A los postres, reanudó la conversación de la víspera. Después le dio cierta vergüenza. Era de espíritu sutil, bajo su bastedad de comerciante retirado; tenía sobre todo mucho buen sentido, una rectitud de juicio que a menudo le hacía encontrar la frase adecuada, en medio de los contadores de la provincia.

«Después de todo, dijo al ir a acostarse, no está bien meter la nariz en los asuntos ajenos... El cura puede hacer lo que le pete. Es aburrido hablar siempre de esa gente; yo me lavo las manos a partir de ahora».

Transcurrieron ocho días. Mouret había reanudado sus ocupaciones habituales; deambulaba por la casa, discutía con los niños, pasaba las tardes fuera cerrando por puro placer tratos de los que jamás hablaba, comía y dormía cual hombre para quien la existencia es una suave pendiente, sin sacudidas ni sorpresas de ninguna clase. La vivienda parecía muerta de nuevo. Marthe estaba en su sitio acostumbrado, en la terraza, ante su pequeño costurero. Desirée jugaba, a su lado. Los dos chicos traían a las mismas horas la misma turbulencia. Y Rose, la cocinera, se enfadaba, gruñía contra todos; mientras que el jardín y el comedor conservaban su paz dormida.

«No hablo por hablar, repetía Mouret a su mujer, pero ya ves que te equivocabas al creer que alquilar el segundo perturbaría nuestra existencia. Estamos mucho más tranquilos que antes, la casa es más pequeña y más feliz».

Y alzaba a veces la vista hacia las ventanas del segundo piso, que la señora Faujas, a partir del segundo día, había guarnecido con gruesas cortinas de algodón. Ni un pliegue de esas cortinas se movía. Tenían un aspecto plácido, uno de esos pudores de sacristía, rígidas y frías. Detrás de ellas parecían espesarse un silencio, una inmovilidad de claustro. De cuando en cuando, las ventanas estaban entreabiertas, dejando ver, entre las blancuras de las cortinas, las sombras de los altos cielos rasos. Por mucho que Mouret se pusiera al acecho, nunca distinguía, empero, la mano que abría y cerraba; ni siquiera oía el chirrido de la falleba. Ningún ruido humano descendía del piso.

Al cabo de la primera semana, Mouret todavía no había vuelto a ver al padre Faujas. Aquel hombre que vivía a su lado, sin que siquiera pudiese vislumbrar su sombra, acabó por causarle una especie de inquietud nerviosa. Pese a los esfuerzos que hacía para parecer indiferente, volvió a caer en sus interrogatorios, inició una investigación.

«¿Conque tu no le ves?, preguntó a su mujer.

—Creí distinguirlo ayer, cuando entró; pero no estoy muy segura... Su madre lleva siempre un traje negro; quizá fuera ella».

Y como él la agobiaba a preguntas, le dijo lo que sabía.

«Rose asegura que él sale todos los días; e incluso que está mucho tiempo fuera... En cuanto a la madre, funciona como un reloj; baja por la mañana, a las siete, a hacer la compra. Tiene un gran cesto, siempre cerrado, en el cual debe de traer todo: el carbón, el pan, el vino, los alimentos, porque nunca se ve a ningún proveedor venir a su casa... Son muy educados, por lo demás. Rose dice que la saludan, cuando se la encuentran. Pero con mucha frecuencia ni siquiera los oye bajar la escalera.

—Deben guisar cosas muy raras, allá arriba», murmuró Mouret, a quien esas informaciones no enteraban de nada.

Otra noche, al decir Octave que había visto al padre Faujas entrando en San Saturnino, su padre le preguntó qué porte tenía, cómo lo miraban los transeúntes, qué iría a hacer a la iglesia.

«¡Ah! Es usted demasiado curioso, exclamó el joven, riendo... No estaba muy guapo al sol, con su sotana toda roja, eso es lo que sé. Me fijé incluso en que caminaba pegado a las casas, por la franja de sombra, donde la sotana parecía más negra. Ea, no tiene una pinta muy orgullosa, baja la cabeza, trota de prisa... Hay dos chicas que se echaron a reír cuando cruzó la plaza. El, levantando la cabeza, las miró con mucha dulzura, ¿verdad, Serge?».

Serge contó a su vez que varias veces, al volver del colegio, había acompañado de lejos al padre Faujas, que regresaba de San Saturnino. Cruzaba las calles sin hablar con nadie; parecía no conocer a un alma, y tener cierta vergüenza de la sorda mofa que sentía a su alrededor.

«Pero ¿es que se habla de él en la ciudad?, preguntó Mouret, en el colmo del interés.

—A mí nadie me ha hablado del cura, respondió Octave.

—Sí, prosiguió Serge, se habla de él. El sobrino del padre Bourrette me ha dicho que no estaba muy bien visto en la iglesia; no les gustan esos sacerdotes que vienen de lejos. Y, además, con esa pinta de desgraciado... Cuando se acostumbren a él, lo dejarán tranquilo, al pobre hombre. En los primeros tiempos, es preciso saber».

Entonces Marthe recomendó a los dos jóvenes que no contestaran, si los interrogaban sobre el cura.

«¡Ah!, pueden contestar, exclamó Mouret. No lo comprometerá, desde luego, lo que sabemos de él».

A partir de ese momento, con la mejor fe del mundo y sin pensar en nada malo, convirtió a sus hijos en espías que pegó a los talones del cura. Octave y Serge tuvieron que repetirle todo lo que se decía en la ciudad, y recibieron también la orden de seguir al sacerdote cuando se lo encontraran. Pero esta fuente de informes pronto quedó cegada. El sordo rumor ocasionado por la llegada de un coadjutor ajeno a la diócesis se había apaciguado. La ciudad parecía haber perdonado al «pobre hombre»,

a aquella sotana raída que se deslizaba por la sombra de sus callejas; sólo conservaba hacia él un gran desdén. Por otra parte, el sacerdote se dirigía directamente a la catedral, y regresaba de ella, pasando siempre por las mismas calles. Octave decía, riendo, que contaba los adoquines.

En la casa, Mouret quiso utilizar a Desirée, que no salía jamás. La llevaba, al atardecer, al fondo del jardín, escuchándola charlotear sobre lo que había hecho, sobre lo que había visto durante el día; trataba de sacar el tema de los del segundo.

«Escucha, le dijo un día, mañana, cuando la ventana esté abierta, tira tu pelota a la habitación, y luego sube a pedirla».

Al día siguiente ella tiró la pelota; pero aún no había llegado a la escalinata cuando la pelota, devuelta por una mano invisible, fue a rebotar en la terraza. Su padre, que había contado con la amabilidad de la niña para reanudar unas relaciones interrumpidas desde el primer día, desesperó entonces de la empresa; tropezaba evidentemente con una voluntad muy neta del cura de mantenerse atrincherado en su casa. Esta lucha no conseguía sino hacer más ardiente su curiosidad. Llegó a chismorrear por los rincones con la cocinera, con vivo desagrado de Marthe, quien le reprochó su poca dignidad; pero él se enfureció, mintió. Y como se sentía pillado en falta, sólo volvió a hablar con Rose de los Faujas a escondidas.

Una mañana, Rose le hizo señas de seguirla a su cocina.

«¡Bueno! Señor, dijo cerrando la puerta, hace más de una hora que acecho la bajada de usted de su cuarto.

—¿Es que te has enterado de algo?

—Va usted a ver... Ayer, por la tarde, he charlado más de una hora con la señora Faujas».

Mouret sintió un estremecimiento de gozo. Se sentó en una silla de enea rota, en medio de los paños de cocina y las mondas de la víspera.

«Dime, rápido, dime, murmuró.

—Conque, prosiguió la cocinera, yo estaba en la puerta de la calle dándole las buenas noches a la criada del señor Rastoil, cuando la señora Faujas bajó a vaciar un cubo de agua sucia en el arroyo. En lugar de subir en seguida sin volver la cabeza, como suele hacer, se quedó allí un instante, mirándome. Entonces creí comprender que quería charlar; le dije que había hecho buen día, que el vino sería bueno... Ella contestaba: “Sí, sí”, sin darse prisa, con la voz indiferente de una mujer que no tiene tierras y a quien esas cosas no le interesan nada. Pero había soltado el cubo, no se marchaba; se había adosado al muro, a mi lado...

—En fin, ¿qué te ha contado?, preguntó Mouret, a quien la impaciencia torturaba.

—Ya comprenderá usted que no fui tan tonta como para interrogarla; se habría largado... Como quien no quiere la cosa, la fui llevando a lo que podía interesarle. Cuando pasó el párroco de San Saturnino, el bueno del padre Compan, le dije que estaba muy enfermo, que no tenía para mucho tiempo, que sería difícil sustituirlo en la catedral. Se había vuelto toda oídos, se lo aseguro. Hasta me preguntó qué

enfermedad tenía el señor Compan. Luego, paso a paso, le hablé de nuestro obispo. Monseñor Rousselot era una excelente persona. Ella ignoraba su edad. Le dije que tiene sesenta años, que es muy delicado, también él, que se deja en parte manejar como un pelele. Se habla bastante del padre Fenil, el vicario general, que hace todo lo que quiere en el obispado... La vieja estaba atrapada; se habría quedado allí, en la calle, hasta la mañana siguiente».

Mouret hizo un gesto desesperado.

«En todo eso, exclamó, veo que charlabas tú solita... Y ella, ella, ¿qué te ha dicho?

—Espere un poco, déjeme acabar, continuó Rose, tranquilamente. Yo iba llegando a mi objetivo... Para invitarla a confiarse, acabé hablándole de nosotros. Dije que usted era don François Mouret, un ex negociante de Marsella, que, en quince años, ha sabido ganar una fortuna en el comercio de vinos, aceites y almendras. Añadí que había preferido venir a comerse sus rentas en Plassans, una ciudad tranquila, donde viven los padres de su mujer. Y hasta encontré el modo de informarla de que la señora era prima de usted; que usted tenía cuarenta años y ella treinta y siete; que se llevaban ustedes muy bien; que, además, no eran de esos a quienes se encuentra a menudo en el paseo Sauvaire. En fin, toda su historia... Pareció muy interesada. Respondía siempre: “Sí, sí”, sin darse prisa. Cuando yo me paraba, hacía un gesto con la cabeza, así, para decirme que me oía, como buenas amigas, de espaldas al muro».

Mouret se había levantado, encolerizado.

«¡Cómo!, exclamó, ¡eso es todo!... ¡Ella le estuvo tirando de la lengua durante una hora, sin decirle a usted nada!

—Me dijo, cuando se hizo de noche: “El aire está refrescando”. Y recogió su cubo, subió...

—¡Mire, es usted tonta de remate! Esa vieja le da den vueltas. ¡Ay, qué bien! Deben de reírse, ahora que saben todo lo que querían saber sobre nosotros... Es usted tonta de remate, ¿se entera, Rose?».

La vieja cocinera no era paciente; echó a andar violentamente, revolviendo cazos y cacerolas, enrollando y tirando trapos.

«Oiga, señor, tartamudeaba, si vino usted a mi cocina para decirme palabras feas, no valía la pena. Puede usted marcharse... Yo lo que he hecho fue únicamente por contentarle. Si la señora nos encontrara juntos, haciendo lo que hacemos, me regañaría, y con razón, porque no está bien... Después de todo, yo no podía arrancarle las palabras de la boca a esa señora. Me las apañé como todo el mundo se apaña. Conversé, hablé de los asuntos de ustedes. Si ella no habló de los suyos, mala suerte. Vaya a preguntarle, ya que le interesa tanto. Quizá no sea usted tan tonto como yo, señor...».

Había alzado la voz. Mouret consideró prudente escapar, cerrando la puerta de la cocina, para que su mujer no lo oyera. Pero Rose abrió la puerta a sus espaldas,

gritándole, en el vestíbulo:

«No vuelvo a ocuparme de nada más, ¿sabe? Encargue a quien quiera de sus feos recaditos».

Mouret estaba vencido. De su derrota le quedó cierta acritud. Por rencor se divirtió contando que los del segundo eran unas personas muy insignificantes. Poco a poco difundió entre sus conocidos una opinión que se convirtió en la de toda la ciudad. Se tuvo al padre Faujas por un sacerdote sin medios, sin la menor ambición, totalmente al margen de las intrigas de la diócesis; se le creyó avergonzado de su pobreza, resignado a las peores tareas de la catedral, eclipsado lo más posible en la sombra que parecía complacerle. Una sola curiosidad perduró, la de saber por qué había venido de Besançon a Plassans. Circulaban historias delicadas. Pero parecieron arriesgadas las suposiciones. El propio Mouret, que había espiado a sus inquilinos por pura diversión, para pasar el tiempo, únicamente como habría jugado a las cartas o a las bochas, empezaba a olvidarse de que alojaba a un sacerdote en su casa cuando un acontecimiento vino de nuevo a ocupar su vida.

Una tarde, al regresar a casa, distinguió delante de sí al padre Faujas, que subía por la calle Balande. Aflojó el paso. Lo examinó a sus anchas. En el mes que el sacerdote llevaba alojado en su casa, era la primera vez que lo sorprendía así a plena luz. El cura seguía con su vieja sotana; caminaba lentamente, el tricornio en la mano, la cabeza descubierta, a pesar del viento, que era vivo. La calle, cuya pendiente es muy pina, estaba desierta, con sus grandes casas desnudas, de persianas cerradas. Mouret, que apretaba el paso, acabó caminando de puntillas, por miedo a que el sacerdote lo oyera y echara a correr. Pero, al aproximarse ambos a la casa del señor Rastoil, un grupo de personas, que desembocaba de la plaza de la Subprefectura, entró en aquella casa. El padre Faujas había dado un ligero rodeo para evitar a aquellos caballeros. Miró cómo se cerraba la puerta. Después, deteniéndose bruscamente, se volvió hacia su casero, que llegaba junto a él.

«Estoy encantado de encontrarle, dijo, con su gran cortesía. Me habría permitido molestarle esta noche... El día de la última lluvia se ha producido, en el techo de mi habitación, una gotera que deseo enseñarle».

Mouret permanecía plantado ante él, balbuciendo, diciendo que estaba a su disposición. Y, como entraban juntos, acabó por preguntarle a qué hora podría presentarse a ver el techo.

«Ahora mismo, si le parece, respondió el cura, a menos que le moleste demasiado».

Mouret subió tras él, sofocado, mientras Rose, desde el umbral de la cocina, los seguía con los ojos de peldaño en peldaño, pasmada de asombro.

IV

Llegado al segundo piso, Mouret estaba más emocionado que un escolar que va a entrar por vez primera en la habitación de una mujer. La inesperada satisfacción de un deseo largo tiempo contenido, la esperanza de ver cosas totalmente extraordinarias, le cortaban el resuello. Entre tanto, el padre Faujas, ocultando la llave entre sus gruesos dedos, la había deslizado en la cerradura, sin que se oyese el ruido del hierro. La puerta giró como sobre goznes de terciopelo. El cura, retrocediendo, invitó silenciosamente a entrar a Mouret.

Las cortinas de algodón colgadas de las dos ventanas eran tan espesas que el cuarto tenía una palidez cretácea, una media luz de celda tapiada. Aquella habitación era inmensa, alta de techo, con un papel desteñido y limpio, de un amarillo borroso. Mouret se adelantó, marchando a pasitos menudos sobre el enlosado, límpido como un cristal, cuyo frío le parecía sentir bajo las suelas de los zapatos. Paseó disimuladamente la vista, examinó la cama de hierro, sin cortinas, de sábanas tan bien estiradas que se habría dicho un banco de piedra blanca colocado en un rincón. La cómoda, perdida en el otro extremo de la estancia, una mesita situada en el medio, con dos sillas, una delante de cada ventana, completaban el mobiliario. Ni un papel sobre la mesa, ni un objeto sobre la cómoda, ni una prenda en las paredes: la madera desnuda, el mármol desnudo, la pared desnuda. Encima de la cómoda, un gran cristo de madera negra era lo único que cortaba con una cruz oscura aquella gris desnudez.

«Mire, caballero, venga por aquí, dijo el cura; es en este rincón donde se ha producido una mancha en el techo».

Pero Mouret no se apresuraba, estaba disfrutando. Aunque no viera las cosas singulares que vagamente se había prometido ver, la habitación tenía para él, incrédulo, un olor particular. Olía a sacerdote, pensaba; olía a un hombre distinto de los demás, que sopla la vela para cambiarse de camisa, que no deja tirados ni sus calzoncillos ni sus navajas de afeitar. Lo que le contrariaba era no encontrar nada olvidado sobre los muebles ni en los rincones que pudiera proporcionarle materia de hipótesis. La estancia era como aquel diablo de hombre, muda, fría, pulida, impenetrable. Su viva sorpresa fue no experimentar allí, tal y como esperaba, una impresión de miseria; al contrario, le producía un efecto que había sentido ya otra vez, un día que había entrado en el salón ricamente amueblado de un prefecto de Marsella. El gran cristo parecía llenarla con sus brazos negros.

No obstante, tuvo que decidirse a aproximarse a la rinconada donde lo llamaba el padre Faujas.

«Ve usted la mancha, ¿no?, prosiguió éste. Se ha borrado un poco desde ayer».

Mouret se ponía de puntillas, guiñaba los ojos, sin ver nada. Al correr las cortinas el sacerdote, acabó distinguiendo un ligero tono de herrumbre.

«No es muy grave, murmuró.

—Desde luego; pero me he creído en el deber de avisarle... La filtración ha debido de producirse en el borde del tejado.

—Sí, tiene usted razón, en el borde del tejado».

Mouret no respondía otra cosa; miraba la habitación, iluminada por la cruda luz del día. Era menos solemne, pero conservaba su absoluto silencio. Decididamente, ni una mota de polvo contaba la vida del cura.

«Por lo demás, continuaba este último, quizá pudiéramos mirar por la ventana... Espere».

Y abrió la ventana. Pero Mouret exclamó que no quería molestarlo más, que era una insignificancia, que los obreros sabrían encontrar el agujero.

«No me molesta en absoluto, se lo aseguro, dijo el cura, insistiendo amablemente. Sé que a los caseros les gusta comprobar... Por favor, examínelo con todo detalle... La casa es suya».

Sonrió incluso al pronunciar esta última frase, lo cual le ocurría raras veces; después, cuando Mouret se hubo inclinado con él sobre la baranda, alzando ambos los ojos hacia el canalón, se adentró en explicaciones de arquitecto, diciendo cómo había podido producirse la mancha.

«Fíjese, creo que hay un ligero hundimiento de las tejas, quizá incluso haya una rota; a menos que sea esa grieta que se distingue allí, a lo largo de la cornisa, que se prolonga por el muro de contención.

—Sí, es muy posible, contestó Mouret. Le confieso, señor cura, que no entiendo de esto. El albañil verá».

Entonces el sacerdote no habló más de reparaciones. Se quedó allí, tranquilamente, mirando los jardines a sus pies. Mouret, acodado a su lado, no se atrevió a retirarse, por educación. Su inquilino se lo ganó por entero cuando le dijo, con su voz dulce, tras un silencio:

«Tiene usted un bonito jardín, caballero.

—¡Oh! Muy corriente, respondió. Había algunos hermosos árboles que tuve que mandar cortar, porque a su sombra no crecía nada. ¿Qué quiere usted? Hay que pensar en lo útil. Ese rincón nos basta, tenemos verduras para toda la temporada».

El cura se asombró, se hizo dar detalles. El jardín era uno de esos viejos jardines de provincia, rodeados de pérgolas, divididos en cuadros regulares por grandes bojes. En el centro se encontraba un estrecho estanque sin agua. Un solo cuadro estaba reservado a las flores. En los otros tres, con árboles frutales plantados en las esquinas, crecían magníficas coles, soberbias lechugas. Los senderos, enarenados de amarillo, estaban pulcramente conservados.

«Es un pequeño paraíso, repitió el padre Faujas.

—Tiene muchos inconvenientes, mire, dijo Mouret, luchando contra la viva satisfacción que experimentaba al oír hablar tan bien de su propiedad. Por ejemplo, se habrá fijado usted en que estamos aquí en una ladera. Los jardines están escalonados.

Así, el del señor Rastoil está más bajo que el mío, que a su vez está más bajo que el de la subprefectura. Con frecuencia las aguas de lluvia causan estragos. Además, y eso resulta aún menos agradable, los de la subprefectura ven mi casa, y mucho más desde que han instalado esa terraza que domina mi tapia. Es cierto que yo veo la del señor Rastoil, parca compensación, se lo aseguro, porque jamás me ocupo de lo que hacen los demás».

El sacerdote parecía escuchar por amabilidad, meneando la cabeza, sin dirigir ninguna pregunta. Seguía con los ojos las explicaciones que su casero le daba con la mano.

«Mire, tiene un inconveniente más, continuó este último, señalando una callejuela que bordeaba el fondo del jardín. ¿Ve usted ese caminito metido entre dos muros? Es el callejón de las Chevillottes, que desemboca en una puerta cochera que da a los terrenos de la subprefectura. Todas las fincas vecinas tienen una puertecita de salida al callejón, y sin cesar hay idas y venidas misteriosas... Yo, que tengo hijos, he mandado condenar mi puerta con dos buenos clavos».

Guiñó los ojos mirando al cura, quizá esperando que éste le preguntase cuáles eran esas idas y venidas misteriosas. Pero el sacerdote no rechistó; examinó el callejón de las Chevillottes, sin mayor curiosidad, volvió apaciblemente con la mirada al jardín de los Mouret. Abajo, al borde de la terraza, en su sitio de costumbre, Marthe cosía el dobladillo de unas servilletas. Al principio levantó bruscamente la cabeza al oír voces; después, extrañada de reconocer a su marido en compañía del cura en una ventana del segundo, había reanudado su trabajo. Parecía no saber que estaban allí. Y eso que Mouret había alzado la voz, por una especie de jactancia inconsciente, feliz de mostrar que acababa de penetrar por fin en aquel piso obstinadamente cerrado. Y el sacerdote a ratos detenía sus ojos tranquilos sobre ella, sobre aquella mujer de la cual no veía sino la nuca gacha, con la masa negra del moño.

Hubo un silencio. El padre Faujas seguía sin parecer muy dispuesto a abandonar la ventana. Semejaba ahora estudiar los arriates del vecino. El jardín del señor Rastoil estaba arreglado a la inglesa, con pequeñas avenidas, pequeños céspedes, cortados por pequeños macizos. Al fondo había una rotonda de árboles, donde se encontraban una mesa y sillas rústicas.

«El señor Rastoil es muy rico, prosiguió Mouret, que había seguido la dirección de los ojos del cura. Su jardín le cuesta lo suyo; la cascada que no ve usted, allá abajo, detrás de los árboles, le salió por más de trescientos francos. Y ni una sola verdura, sólo flores. En cierto momento las señoras hablaron incluso de talar los frutales; hubiera sido un auténtico crimen, porque los perales son magníficos. ¡Bah! Tiene razón al disponer su jardín a su conveniencia. ¡Cuando uno tiene medios!».

Y como el sacerdote seguía mudo:

«Conoce usted al señor Rastoil, ¿no?, continuó volviéndose hacia él. Todas las mañanas pasea bajo sus árboles, de ocho a nueve. Un hombre grueso, un poco bajo,

calvo, sin barba, de cabeza redonda como una bola. Cumplirá los sesenta a primeros de agosto, creo. Hace cerca de veinte años que es el presidente de nuestro tribunal. Dicen que es buena persona. Yo no lo trato. Buenos días, buenas tardes, sin más».

Se detuvo, al ver a varias personas bajar la escalinata de la casa vecina y dirigirse hacia la rotonda.

«¡Eh! Si es martes, dijo, bajando la voz, hoy... Hay cena en casa de los Rastoil».

El cura no pudo contener un leve movimiento. Se había inclinado para ver mejor. Dos sacerdotes, que caminaban a los lados de dos muchachas altas, parecieron interesarle en particular.

«¿Sabe usted quiénes son esos señores?», preguntó Mouret.

Y, ante un gesto vago de Faujas:

«Cruzaban la calle Balande, en el momento en que nos encontramos usted y yo... El alto, el joven, el que va entre las dos señoritas Rastoil, es el padre Surin, el secretario de nuestro obispo. Un chico muy agradable, dicen. En verano lo veo jugando al volante con esas señoritas... El viejo que ve usted un poco detrás, es uno de nuestros vicarios generales, el padre Fenil. Es él quien dirige el seminario. Un hombre terrible, frío y puntiagudo como un sable. Lamento que no se dé la vuelta; vería usted sus ojos... Es sorprendente que no conozca a esos señores.

—Salgo poco, contestó el cura; no trato a nadie en la ciudad.

—¡Está usted en un error! Debe de aburrirse a menudo... ¡Ah!, señor cura, hay que reconocerle una cosa: no es usted curioso. ¡Cómo! ¡Lleva aquí un mes, y ni siquiera sabe que el señor Rastoil da una cena todos los martes! ¡Pero si salta a la vista, desde esta ventana!».

Mouret soltó una ligera risa. Se burlaba del cura. Después, en tono de voz confidencial:

«Fíjese, ese viejo alto que acompaña a la señora Rastoil, sí, el flaco, el del sombrero de anchas alas. Es el señor de Bourdeu, el ex prefecto de Drôme, un prefecto a quien la revolución de 1848 puso en la calle. Apuesto a que tampoco lo conocía, ¿verdad?... ¿Y al señor Maffre, el juez de paz? Ese señor todo canoso, de grandes ojos saltones, que llega el último con el señor Rastoil. ¡Qué diablos! En cuanto a ése, no tiene usted perdón. Es canónigo honorario de San Saturnino... Entre nosotros, se le acusa de haber matado a su mujer con su dureza y avaricia».

Se detuvo, miró al sacerdote a la cara y le dijo con chancera brusquedad:

«Le pido perdón, pero yo no soy devoto, señor cura».

El cura hizo de nuevo un gesto vago con la mano, ese gesto que respondía a todo dispensándolo de explicarse más claramente.

«No, no soy devoto, repitió, burlescamente, Mouret. Hay que dejar a todo el mundo su libertad, ¿no?... Los Rastoil son practicantes. Ha debido usted de ver a madre e hijas en San Saturnino. Son feligresas suyas... ¡Pobres señoritas! La mayor, Angéline, tiene ya veintiséis años; la otra, Aurélie, va a cumplir veinticuatro. Y nada guapas, encima: todas amarillas, desabridas. Lo peor es que hay que casar a la más

vieja primero. Acabarán encontrando, a causa de la dote... En cuanto a la madre, esa mujercita gorda que camina con una suavidad de cordero, se las ha hecho pasar moradas al pobre Rastoil».

Guiñó el ojo izquierdo, tic habitual en él cuando lanzaba una broma un poco atrevida. El cura había bajado los párpados, esperando la continuación; después, como el otro callaba, los abrió y miró a la sociedad de al lado instalarse bajo los árboles, alrededor de la mesa redonda.

Mouret reanudó sus explicaciones.

«Se quedarán ahí hasta la cena, tomando el fresco. Todos los martes es lo mismo... Ese padre Surin tiene mucho éxito. Se ríe ahora a carcajadas con la señorita Aurélie... ¡Ah!, el vicario general nos ha visto. ¿Qué? ¡Qué ojos! No me quiere mucho, porque tuve un conflicto con uno de sus parientes... Pero ¿dónde se ha metido el padre Bourrette? No lo hemos visto, ¿verdad? Es sorprendente. Nunca falta a los martes del señor Rastoil. Tiene que estar indispuerto... A ése sí que lo conoce. ¡Y qué excelente persona! Un alma de Dios».

Pero el padre Faujas ya no le escuchaba. Su mirada se cruzaba a cada instante con la del padre Fenil. No apartaba la cabeza, aguantaba el examen del vicario general con una frialdad perfecta. Se había instalado más abiertamente sobre la baranda, y sus ojos parecían haberse agrandado.

«Ahí tiene a la juventud, continuó Mouret, al ver llegar a tres jóvenes El de más edad es el hijo de Rastoil; acaba de licenciarse en Leyes. Los otros dos son los hijos del juez de paz, que aún están en el colegio... Vaya, ¿por qué no habrán vuelto a casa mis dos granujas?».

En ese mismo momento, Octave y Serge aparecieron en la terraza. Se adosaron a la balaustrada, embromando a Desirée, que acababa de sentarse junto a su madre. Los niños, viendo a su padre en el segundo piso, bajaban la voz, reían con risas ahogadas.

«Toda mi pequeña familia, murmuró Mouret, complacido. Nosotros nos quedamos en casa; no recibimos a nadie. Nuestro jardín es un paraíso cerrado, y desafío al diablo a que venga a tentarnos».

Reía, diciendo esto, porque en su interior continuaba divirtiéndose a costa del cura. Éste había ido fijando lentamente su mirada en el grupo que formaba, justo debajo de la ventana, la familia de su casero. Se detuvo un instante, consideró el viejo jardín con sus cuadros de verduras rodeados por grandes bojes; después volvió a mirar las avenidas pretenciosas del señor Rastoil; y, como si hubiera querido levantar un plano de los lugares, pasó al jardín de la subprefectura. Allí no había sino un ancho césped central, una alfombra de hierba de blandas ondulaciones; arbustos de follaje perenne formaban macizos; altos castaños muy tupidos mudaban en parque aquel pedazo de terreno estrangulado entre las casas vecinas.

Mientras tanto, el padre Faujas miraba con afectación bajo los castaños. Se decidió a murmurar:

«Son muy alegres, estos jardines... También hay gente en el de la izquierda».

Mouret alzó la vista.

«Como todas las tardes, dijo tranquilamente; son los íntimos del señor Péqueur des Saulaies, nuestro subprefecto... En verano se reúnen también de noche, alrededor del estanque que usted no puede ver, a la izquierda... ¡Ah!, el señor de Condamin está de regreso. Ese anciano guapo, bien conservado, de tez tostada; es nuestro director de Montes, un buen mozo a quien se encuentra siempre a caballo, con guantes, se ha casado con una mujer muy joven... En fin, no es asunto mío, afortunadamente».

Bajó de nuevo la cabeza, al oír a Desirée, que jugaba con Serge, reír con su risa de cría. Pero el cura, cuyo rostro se coloreaba ligeramente, lo reclamó con una frase:

«El señor gordo de corbata blanca, preguntó, ¿es el subprefecto?».

Esta pregunta divirtió extremadamente a Mouret.

«¡Ah! ¡No!, respondió, riendo. Se ve perfectamente que no conoce usted a Péqueur des Saulaies. Sólo tiene cuarenta años. Es alto, guapo, muy distinguido... Ese gordo es el doctor Porquier, el médico que cuida a la alta sociedad de Plassans. Un hombre feliz, se lo aseguro. Sólo tiene una preocupación, su hijo Guillaume... Y ahora, fíjese en las dos personas que están sentadas en el banco y que nos dan la espalda. Son el señor Paloque, el juez, y su mujer. La pareja más fea de la región. No se sabe cuál es más abominable, si la mujer o el marido. Afortunadamente, no tienen hijos».

Y Mouret se echó a reír más fuerte. Se acaloraba, se meneaba, golpeando con la mano la baranda.

«No, prosiguió, mostrando con un doble movimiento de cabeza el jardín de los Rastoil y el jardín de la subprefectura, no puedo mirar esos dos grupos sin que eso me haga sentirme a gusto... Usted no se ocupa de política, señor cura, porque si no se moriría de risa... Imagínese que, con razón o sin ella, yo paso por republicano. Recorro mucho el campo, a causa de mis negocios; soy amigo de los campesinos; incluso se habló de mí para la Diputación Provincial; en fin, mi nombre es conocido... ¡Pues bien! Tengo ahí, a la derecha, en casa de los Rastoil, a la flor y nata de los legitimistas, y allá, a la izquierda, en casa del subprefecto, a los peces gordos del Imperio. ¿Qué? ¿No es divertido? Mi pobre y vieja jardín tan tranquilo, mi rinconcito de dicha, entre esos dos campos enemigos. Me temo que se tiren piedras por encima de mis muros... Ya comprende usted, sus piedras podrían caer en mi jardín».

Esta broma acabó de encantar a Mouret. Se acercó al cura, con pinta de comadre que va a hablar sin rodeos.

«Plassans es muy curioso, desde el punto de vista político. El golpe de Estado tuvo éxito aquí porque la ciudad es conservadora. Pero, ante todo, es legitimista y orleanista, hasta el punto de que, ya al día siguiente del Imperio, quiso dictar sus condiciones. Como no le hicieron caso, se enfadó, pasó a la oposición. Sí, señor cura, a la oposición. El año pasado hemos nombrado diputado al marqués de Lagrifoul, un

viejo hidalgo de mediocre inteligencia, pero cuya elección ha fastidiado de lo lindo a la subprefectura... Y, mire, ahí tiene a Péqueur des Saulaies; está con el alcalde, el señor Delangre».

El cura miró vivamente. El subprefecto, muy moreno, sonreía, bajo sus bigotes encerados; era de una corrección irreprochable; su porte tenía algo de guapo oficial y de amable diplomático. A su lado, el alcalde se explicaba, con toda una fiebre de gestos y palabras. Parecía bajo, ancho de hombros, de expresión indagadora, tirando a polichinela. Debía de hablar demasiado.

«Péqueur des Saulaies, continuó Mouret, estuvo a punto de ponerse enfermo. Creía asegurada la elección del candidato oficial... Me divertí mucho. La noche de la elección, el jardín de la subprefectura permaneció negro y siniestro como un cementerio; mientras que en casa de Rastoil había velas bajo los árboles, y risas, y toda una batahola de triunfo. En la calle no dejan traslucir nada; en los jardines, en cambio, no se cohíben, se desahogan... Mire, asisto a cosas muy singulares, sin decir nada».

Se contuvo un instante, como no queriendo contar más; pero el prurito de hablar fue demasiado fuerte.

«Ahora, prosiguió, me pregunto qué van a hacer, en la subprefectura. Nunca más sacarán un candidato. No conocen la región, no están a la altura. Me han asegurado que Péqueur des Saulaies iba a recibir una prefectura, si la elección hubiera marchado bien. ¡Que si quieres arroz, Catalina! Tiene subprefectura para mucho tiempo... ¿Eh? ¿Qué van a inventar para echar por tierra al marqués? Porque algo inventarán, tratarán, de una manera u otra, de hacer la conquista de Plassans».

Había alzado los ojos hacia el cura, a quien no miraba hacía un instante. La visión del rostro del sacerdote, atento, ojos brillantes, las orejas como agrandadas, lo detuvo en seco. Toda su prudencia de burgués pacífico despertó; notó que acababa de hablar de más. Conque murmuró con voz enojada:

«Después de todo, ya no sé nada. Se repiten tantas ridiculeces... Pido sólo que me dejen vivir tranquilo en mi casa».

Le habría gustado abandonar la ventana, pero no se atrevía a marcharse bruscamente, después de haber hablado de forma tan íntima. Comenzaba a sospechar que, si uno de los dos se había burlado del otro, su papel ciertamente no había sido el más airoso. El cura, con toda su calma, continuaba lanzando miradas a diestro y siniestro, a los dos jardines. No hizo la menor tentativa para alentar a Mouret a proseguir. Éste, que deseaba con impaciencia que su mujer o uno de sus hijos tuviera la buena idea de llamarle, se sintió aliviado cuando vio aparecer a Rose en la escalinata. Ésta alzó la cabeza.

«¿Qué, señor?, gritó, ¿no es para hoy?... Hace un cuarto de hora que la sopa está en la mesa.

—¡Bien! Rose, ahora bajo», contestó.

Abandonó la ventana, excusándose. La frialdad del cuarto, que había olvidado a

su espalda, acabó de turbarle. Le pareció un gran confesionario, con su terrible cristo negro, que debía de haber oído todo. Mientras el padre Faujas se despedía de él, haciéndole un breve saludo silencioso, no pudo soportar esa brusca caída de la conversación, regresó, alzando los ojos hacia el techo.

«Entonces, dijo, ¿es en ese rincón de ahí?

—¿Cómo?, preguntó el cura, muy sorprendido.

—La mancha de la que usted me habló».

El sacerdote no pudo ocultar una sonrisa. De nuevo se esforzó por enseñarle la mancha a Mouret.

«¡Oh! La veo muy bien, ahora, dijo éste. Convenido: mañana mismo mandaré venir a los obreros».

Por fin salió. Estaba aún en el descansillo y la puerta ya se había cerrado tras él, sin ruido. El silencio de la escalera le irritó profundamente. Bajó murmurando:

«¡Qué demonio de hombre! ¡No pregunta nada y uno le dice todo!».

V

Al día siguiente, la vieja señora Rougon, la madre de Marthe, fue a visitar a los Mouret. Era todo un acontecimiento, pues había ciertas desavenencias entre el yerno y los padres de su mujer, sobre todo desde la elección del marqués de Lagrifoul, a la cual le acusaban de haber contribuido con su influencia en el campo. Marthe iba sola a casa de sus padres. Su madre, «Félicité la morenita», como la llamaban, seguía teniendo, a los sesenta y seis años, una delgadez y una vivacidad de jovencita. Sólo llevaba trajes de seda, recargados de volantes, y sentía particular cariño por el amarillo y el marrón.

Aquel día, cuando se presentó, sólo estaban Marthe y Mouret en el comedor.

«¡Vaya!, dijo este último, sorprendidísimo, es tu madre... ¿Qué nos querrá? No hace ni un mes que ha venido... Un nuevo tejemaneje, seguro».

Los Rougon, con quienes había trabajado de dependiente, antes de su boda, cuando la estrecha tienda del barrio viejo olía a quiebra, eran su eterno tema de desconfianza. Ellos le devolvían, por lo demás, un sólido y profundo rencor, detestando sobre todo en él al comerciante que había hecho rápidamente buenos negocios. Cuando su yerno decía: «Yo no debo mi fortuna más que a mi trabajo», se mordían los labios, comprendían perfectamente que los acusaba de haber ganado la suya con tráficos inconfesables. Félicité, pese a su hermosa casa de la plaza de la Subprefectura, envidiaba sordamente la pequeña y tranquila vivienda de los Mouret, con los feroces celos de una ex tendera que no debe su holgura a sus economías de mostrador.

Félicité besó a Marthe en la frente, como si siguiera teniendo dieciséis años. Alargó a continuación la mano a Mouret. Los dos solían charlar en un tono agrídulce de burla.

«¿Qué?, le preguntó, sonriente, ¿aún no han venido a buscarle los guardias, revolucionario?

—No, todavía no, respondió él, riendo igualmente. Esperan a que su marido les dé la orden.

—¡Ah! ¡Muy bonito, eso que usted dice!», replicó Félicité, cuyos ojos llamearon.

Marthe dirigió una mirada suplicante a Mouret; realmente, acababa de llegar demasiado lejos. Pero estaba lanzado, prosiguió:

«Verdaderamente, ¿en qué estamos pensando? La recibimos aquí, en el comedor. Pasemos al salón por favor».

Era una de sus bromas habituales. Fingía los grandes aires de Félicité, cuando la recibía en su casa. Por mucho que Marthe dijera que estaban bien allí, ella y su madre tuvieron que seguirlo al salón. Y se ajetreó abriendo los postigos, empujando sillones. El salón, donde no se entraba nunca y cuyas ventanas solían permanecer cerradas, era

una gran estancia abandonada, con muebles cubiertos por fundas blancas, amarilleadas por la humedad del jardín.

«Es inaguantable, murmuró Mouret, limpiando el polvo de una pequeña consola, esta Rose lo deja todo abandonado».

Y, volviéndose hacia su suegra, con una voz en la que se traslucía la ironía:

«Discúlpenos por recibirla así en nuestra pobre morada... No todo el mundo puede ser rico».

Félicité se ahogaba. Miró un instante a Mouret fijamente, a punto de estallar; después, haciendo un esfuerzo, bajó lentamente los párpados; cuando los alzó, dijo, con voz amable:

«Vengo de saludar a la señora de Condamin, y he entrado para saber cómo va esta familia... Los niños se encuentran bien, ¿verdad? Y usted también, mi querido Mouret...

—Sí, todo el mundo se encuentra de maravilla», respondió, asombrado por tanta amabilidad.

Pero la anciana no le dio tiempo a reanudar la conversación en un tono hostil. Interrogó cariñosamente a Marthe sobre un montón de naderías, se hizo la abuelita buena, regañando a su yerno por no enviarle más a menudo «a los niños y la pequeña». ¡Estaba tan encantada de verlos!

«¡Ah! ¿Saben?, dijo, por fin, negligentemente, estamos en octubre; voy a continuar con mi día, el jueves, igual que las otras temporadas... Cuento contigo, ¿verdad, querida Marthe?... Y a usted, Mouret, ¿no se le verá alguna vez? ¿Va a seguir haciéndonos ascos?».

Mouret, a quien el chismorreo enterneado de su suegra acababa por turbar, se vio en apuros para la réplica. No se esperaba este golpe, no se le ocurrió nada maligno, se contentó con responder:

«Sabe muy bien que no puedo ir a su casa... Reciben ustedes a un montón de personajes que estarían encantados de mostrarse desagradables conmigo. Y, además, no quiero meterme en política.

—Se equivoca, replicó Félicité, se equivoca, Mouret, ¿oye? ¡Nadie dirá que mi casa es un club! Eso es lo que yo no he querido. Toda la ciudad sabe que intento que mi casa sea agradable. Si se habla de política, será por los rincones, se lo aseguro. ¡Ah! ¡Bueno! La política me ha fastidiado bastante, en tiempos... ¿Por qué dice usted eso?

—Recibe usted a toda la pandilla de la subprefectura, murmuro Mouret, con aire huraño.

—¿La pandilla de la subprefectura?, repitió ella; la pandilla de la subprefectura... Recibo a esos caballeros, sin duda. Sin embargo, no creo que este invierno se encuentre a menudo en mi casa a Péqueur des Saulaies; mi marido le cantó las cuarenta, a propósito de las últimas elecciones. Se dejó engañar como un bobo... En cuanto a mis amigos, son hombres de la buena sociedad. Delangre y de Condamin

son muy amables, el bueno de Paloque es todo corazón, y no tendrá usted nada que decir, pienso, contra el doctor Porquier».

Mouret se encogió de hombros.

«Además, continuó ella, recalcando irónicamente sus palabras, recibo también a la pandilla de Rastoil, al digno señor Maffre y a nuestro sabio amigo de Bourdeu, el ex prefecto... Ya ve usted que no somos excluyentes, acogemos todas las opiniones en nuestra casa. ¡Comprenda usted que tendría cuatro gatos si escogiera mis invitados en un partido! Y, además, nos gusta el ingenio venga de donde venga, tenemos la pretensión de contar en nuestras veladas con cuantas personas distinguidas encierra Plassans... Mi salón es un terreno neutral; recuérdelo bien, Mouret; sí, un terreno neutral, ésa es la expresión».

Se había animado al hablar. Cada vez que le sacaban ese tema, acababa por enfadarse. Su salón era su gran gloria, como decía ella, quería reinar en él no como jefe de partido, sino como mujer de mundo. Es cierto que sus íntimos pretendían que estaba obedeciendo a una táctica de conciliación, aconsejada por su hijo Eugène, el ministro, quien la encargaba de personificar, en Plassans, las dulzuras y amabilidades del Imperio.

«Dirá usted lo que quiera, masculló sordamente Mouret, pero su Maffre es un santurrón, su de Bourdeu un imbécil, y los otros unos bribones en su mayoría. Eso es lo que pienso... Le agradezco su invitación, pero me perturbaría demasiado. Tengo la costumbre de acostarme temprano. Me quedo en casa».

Félicité se levantó, le dio la espalda a Mouret, diciendo a su hija:

«Sigo contando contigo, ¿verdad, querida?»

—Claro que sí», respondió Marthe, que quería suavizar la brutal negativa de su marido.

La anciana se marchaba ya, cuando pareció cambiar de parecer. Pidió besar a Desirée, a quien había divisado en el jardín. No quiso que llamaran a la niña; bajó a la terraza, mojada todavía por una ligera lluvia caída por la mañana. Allí se mostró llena de caricias con su nieta, que estaba un poco asustada delante de ella; después, levantando la cabeza como por casualidad, exclamó, mirando las cortinas del segundo:

«¡Vaya! ¿Lo habéis alquilado?... ¡Ah!, sí, ya me acuerdo, a un sacerdote, creo. He oído hablar de eso... ¿Qué tal persona es el sacerdote?».

Mouret la miró fijamente. Sintió como una rápida sospecha, pensó que había ido únicamente por el padre Faujas.

«No sé nada, dijo, sin quitarle la vista de encima, palabra... Pero quizá usted pueda darme alguna información.

—¿Yo?, exclamó con aire de gran sorpresa. ¡Pero si no lo he visto nunca!... Espere, sé que es coadjutor de San Saturnino; me lo dijo el padre Bourrette. Y, mire, eso me hace pensar que debería invitarlo a mis jueves. Recibo ya al director del seminario mayor y al secretario de monseñor».

Después, volviéndose hacia Marthe:

«Cuando veas a tu inquilino deberías sondearlo, ¿sabes?, para decirme si le agradaría una invitación.

—No lo vemos casi nunca, se apresuró a contestar Mouret. Entra y sale sin decir ni pío... Y, además, no es asunto de mi incumbencia».

Y continuaba examinándola desafiante. Con toda seguridad sabía mucho más sobre el padre Faujas de lo que quería contar. Por lo demás, no pestañeaba frente al atento examen de su yerno.

«Me da igual, después de todo, prosiguió, con perfecta soltura. Si es una persona decente, siempre encontraré una manera de invitarlo... Hasta la vista, hijos míos».

Subía la escalinata cuando un viejo alto apareció en el umbral del vestíbulo. Llevaba un gabán y unos pantalones de paño azul muy limpios, con un gorro de piel inclinado sobre los ojos. Tenía un látigo en la mano.

«¡Eh! ¡Es el tío Macquart!», gritó Mouret, lanzando una ojeada curiosa a su suegra.

Félicité había hecho un gesto de viva contrariedad. Macquart, hermano bastardo de Rougon, había regresado a Francia, gracias a éste, después de haberse comprometido en el levantamiento campesino de 1851. Desde su regreso del Piamonte, llevaba una vida de burgués orondo y acaudalado. Había comprado, no se sabía con qué dinero, una casita situada en la aldea de Les Tulettes, a tres leguas de Plassans. Poco a poco se había trajeado bien, e incluso había acabado por comprarse un carricoche y un caballo, de suerte que se le encontraba en todos los caminos, fumando su pipa, bebiendo el sol, riendo burlón como un zorro buenecito. Los enemigos de los Rougon decían en voz baja que los dos hermanos habían tramado juntos algún golpe, y que Pierre Rougon mantenía a Antoine Macquart.

«Buenos días, tío, repetía Mouret con afectación; ¿viene usted a hacernos una visita?

—Pues sí, respondió Macquart con tono de niño bueno. Ya sabes, cada vez que paso por Plassans... ¡Ah! Mira quién está aquí, Félicité, no me esperaba encontrarla... Había venido a ver a Rougon, tenía algo que decirle...

—Estaba en casa, ¿no?, interrumpió ella con inquieta vivacidad. Está bien, está bien, Macquart.

—Sí, estaba en casa, continuó tranquilamente el tío; lo he visto, y hemos charlado. Es un buen chico, Rougon».

Soltó una leve risa. Y mientras Félicité daba ansiosas pataditas, prosiguió con su voz cansina, tan extrañamente rota que parecía siempre burlarse de la gente:

«Mouret, hijo mío, te he traído dos conejos; allá están, en un cesto. Se los he dado a Rose... Tenía también dos para Rougon; los encontrará en su casa, Félicité, y ya me contará. ¡Ah! ¡Están gordos, esos pillos! Los he cebado para ustedes... ¿Qué queréis, hijos míos? Me encanta hacer regalos».

Félicité estaba muy pálida, con los labios apretados, mientras Mouret seguía

mirándola con una risa por lo bajo. Le habría gustado retirarse; pero temía las habladurías, si dejaba a Macquart a sus espaldas.

«Gracias, tío, dijo Mouret. La última vez, sus ciruelas eran terriblemente buenas... ¿Tomará usted un trago?

—Eso nunca se rechaza».

Y cuando Rose le hubo traído un vaso de vino, se sentó sobre la balaustrada de la terraza. Bebió el vaso con lentitud, restallando la lengua, mirando el vino a la luz.

«Este vino viene de la zona de San Eutropio, murmuró. A mí no hay quien me engañe. Conozco esta tierra a fondo».

Bamboleaba la cabeza, riendo, socarrón.

Entonces, bruscamente, Mouret le preguntó, con una intención particular en la voz:

«Y por Les Tulettes, ¿qué tal?».

Alzó la vista, miró a todo el mundo; luego, restallando la lengua por última vez, dejando el vaso a su lado, sobre la piedra, respondió negligentemente:

«No está mal... He tenido noticias de ella antes de ayer. Se sigue encontrando más o menos igual».

Félicité también había vuelto la cabeza. Hubo un silencio, Mouret acababa de poner el dedo en una de las llagas vivas de la familia, aludiendo a la madre de Rougon y de Macquart, encerrada hacía varios años como loca, en el manicomio de Les Tulettes. La pequeña finca de Macquart estaba al lado, y parecía como si Rougon hubiera apostado allí al viejo truhán para vigilar a la abuela.

«Se hace tarde, acabó por decir este último, levantándose; tengo que regresar antes de la noche... Oye, Mouret, hijo mío, cuento contigo uno de estos días. Me habías prometido ir.

—Iré, tío, iré.

—No es eso, quiero que venga todo el mundo, ¿te enteras? Todo el mundo... Me aburro allá yo solo. Os guisaré algo».

Y, volviéndose hacia Félicité:

«Dígale a Rougon que cuento también con ustedes. El que la vieja mamá esté allí, al lado, no debe impedirles venir; en tal caso, no habría modo de distraerse... Les digo que va bien, que está bien cuidada. Pueden confiar en mí... Probarán un vinillo que he encontrado en un viñedo del Sena; ¡un vinillo que embriaga, ya verán!».

Mientras hablaba se dirigía a la puerta. Félicité lo seguía de tan cerca que parecía empujarlo a fuera. Todos lo acompañaron hasta la calle. Estaba desatando su caballo, cuyas riendas había anudado en una persiana, cuando el padre Faujas, que volvía a casa, pasó por el medio del grupo con un ligero saludo. Hubiérase dicho una sombra negra escurriéndose sin ruido. Félicité se volvió lentamente, lo persiguió con la mirada hasta la escalera, sin tiempo para mirarlo de hito en hito. Macquart, mudo de sorpresa, meneaba la cabeza, murmurando:

«¿Cómo, hijo mío? ¿Alojas ahora a curas en tu casa? Tiene unos ojos singulares

ese hombre. Andate con ojo: ¡las sotanas dan mala suerte!».

Se sentó en el banco de la carreta, silbando suavemente, y bajó por la calle Balande al trote corto de su caballo. Su espalda redonda, con su gorro de piel, desaparecieron por la esquina de la calle Taravelle. Cuando Mouret se dio la vuelta, oyó a su suegra que decía a Marthe:

«Preferiría que fueras tú, para que la invitación pareciese menos solemne. Si encontraras la manera de hablarle de eso, me darías gusto».

Se calló, al sentirse sorprendida. Por fin, tras haber abrazado a Desirée con efusión, se marchó, lanzando una última ojeada para asegurarse de que Macquart no iba a regresar, a sus espaldas, para cotillear sobre ella.

«Sabes que te prohíbo rotundamente mezclarte en los asuntos de tu madre, dijo Mouret a su mujer, al entrar en casa; está siempre metida en un montón de historias de las que nadie sabe ni jota. ¿Qué diablos puede querer del cura? No lo invitaría por su cara bonita, si no tuviera un interés oculto. Ese cura no ha venido de Besançon a Plassans para nada. Debajo hay un tejemaneje».

Marthe había reanudado el eterno zurcido de la ropa de la familia, que le llevaba días enteros. Él merodeó un instante aún alrededor de ella, murmurando:

«Me divierten el viejo Macquart y tu madre. ¡Ah! ¡Se detestan con toda su alma! Ya has visto cómo ella se sofocaba, al verlo aquí. Se diría que siempre tiene miedo de oírle contar cosas que no se deben saber. Materia hay de sobra, podría contar cosas peregrinas... Pero no es a mí a quien cogerán en su casa. He jurado no meterme en esos atolladeros... Ya ves, mi padre tenía razón cuando decía que la familia de mi madre, esos Rougon, esos Macquart, no valían ni lo que la cuerda para ahorcarlos. Yo tengo su sangre, igual que tú, no puede herirte que diga esto. Lo digo porque es cierto. Hoy han hecho fortuna, pero no han perdido el pelo de la dehesa, al contrario».

Acabó por irse a dar una vuelta por el paseo Sauvaire, donde encontraba a sus amigos, con los cuales charlaba del tiempo, de las cosechas, de los sucesos de la víspera. Un importante encargo de almendras, del que se ocupó al día siguiente, lo tuvo durante más de una semana en continuas idas y venidas, lo cual casi le hizo olvidar al padre Faujas. Por otra parte, el cura empezaba a aburrirle; no hablaba lo bastante, era demasiado amigo de tapujos. Lo evitó en dos ocasiones, creyendo comprender que el otro lo buscaba únicamente para enterarse del final de las historias sobre la pandilla de la subprefectura y la pandilla de los Rastoil. Al contarle Rose que la señora Faujas había intentado hacerla hablar, él se había prometido no despegar los labios. Era otra diversión que ocupaba sus horas vacías. Ahora, cuando miraba las cortinas tan bien cerradas del segundo piso, gruñía:

«Escóndete, amiguito... Sé que me acechas, detrás de tus cortinas; no te servirá de gran cosa. ¡Si cuentas conmigo para conocer a los vecinos!».

La idea de que el padre Faujas estaba al acecho lo regocijó sobremanera. Se tomó mucho trabajo para no caer en cualquier trampa. Pero una tarde, al volver a casa, distinguió, a cincuenta pasos de él, al padre Bourrette y al padre Faujas parados

delante de la puerta del señor Rastoil. Se escondió en el esquinazo de una casa. Los dos sacerdotes lo tuvieron allí un cuarto de hora largo. Charlaban animadamente, se separaban, después regresaban. Mouret creyó entender que el padre Bourrette suplicaba al padre Faujas que lo acompañara a casa del presidente. Éste se disculpaba, acababa por negarse con cierta impaciencia. Era un martes, día de cena. Por fin, Bourrette entró en casa de Rastoil; Faujas se deslizó en su casa, con su aire humilde. Mouret se quedó pensativo. En efecto, ¿por qué el cura no iba a casa del señor Rastoil? Todo San Saturnino cenaba allí, el padre Fenil, el padre Surin y los demás. En Plassans no había vestidura talar que no hubiera tomado el fresco en el jardín, delante de la cascada. Esta negativa del nuevo coadjutor era algo realmente extraordinario.

Cuando Mouret hubo entrado en casa, fue a toda prisa al fondo del jardín, para examinar las ventanas del segundo piso. Al cabo de un instante, vio moverse la cortina de la segunda ventana, a la derecha. Con toda seguridad, allí estaba el padre Faujas, espiando lo que pasaba en casa del señor Rastoil. Por ciertos movimientos de la cortina, Mouret creyó entender que miraba también del lado de la subprefectura.

Al día siguiente, miércoles, cuando salía, Rose lo informó de que el padre Bourrette estaba con los del segundo desde hacía por lo menos una hora. Entonces entró, fisgoneó por el comedor. Al preguntarle Marthe qué era lo que buscaba, se puso furioso, hablando de un papel sin el cual no podía salir. Subió a ver si lo había dejado en el primero. Después, cuando, tras una larga espera detrás de la puerta de su habitación, creyó sorprender un movimiento de sillas en el segundo piso, bajó lentamente, deteniéndose un instante en el vestíbulo, para darle al padre Bourrette tiempo de alcanzarle.

«¡Vaya! ¡Usted por aquí, señor cura! ¡Qué afortunado encuentro!... ¿Regresa usted a San Saturnino? Me viene al pelo. Voy hacia ese lado. Le haremos compañía, si no le molesta».

El padre Bourrette respondió que estaría encantado. Los dos subieron lentamente por la calle Balande, dirigiéndose hacia la plaza de la Subprefectura. El cura era un hombre gordo, de bondadoso rostro ingenuo, con grandes ojos azules de niño. Su ancha faja de seda, muy tensa, le dibujaba una barriga de suave y brillante redondez, y caminaba con la cabeza un poco hacia atrás, los brazos demasiado cortos, las piernas ya pesadas.

«¿Qué?, dijo Mouret, sin buscar una transición, ¿viene usted de ver a ese excelente Faujas?... Tengo que darle las gracias, me encontró usted un inquilino como hay pocos.

—Sí, sí, murmuró el sacerdote; es un hombre digno.

—¡Oh! Ni el menor ruido. Ni siquiera nos damos cuenta de que hay un extraño en la casa. Y muy cortés, muy bien educado, además... ¿Sabe usted? Me han afirmado que se trataba de un ingenio superior, un regalo que habían querido hacer a la diócesis».

Y como se encontraban en el medio de la plaza de la Subprefectura, Mouret se detuvo en seco, mirando fijamente al padre Bourrette.

«¡Ah! ¿De veras?, se contentó con responder éste, con aire de asombro.

—Me lo han afirmado... Nuestro obispo tiene, al parecer, sus miras sobre él para más adelante. Mientras tanto, el nuevo coadjutor se mantiene en la sombra, para no despertar celos».

El padre Bourrette había reanudado su marcha, doblando la esquina de la calle de la Banne. Dijo tranquilamente:

«Me sorprende usted mucho... Faujas es hombre sencillo, incluso tiene demasiada humildad. En la iglesia, por ejemplo, se encarga de las menudas tareas que abandonamos de ordinario a los sacerdotes habituados. Es un santo, pero no es un joven hábil. Apenas lo he entrevistado en la residencia de monseñor. Desde el primer día, ha estado tirante con el padre Fenil. Y eso que le expliqué que había que hacerse amigo del vicario general, si se quería ser bien recibido por el obispo. No lo ha entendido; es un poco estrecho de juicio, me temo... Fíjese, es como sus continuas visitas al padre Compan, nuestro pobre párroco, que lleva en cama quince días y a quien seguramente vamos a perder. ¡Bueno! Pues no vienen a cuento, le causarán un perjuicio inmenso. Compan jamás pudo entenderse con Fenil; realmente, hace falta llegar de Besançon para ignorar una cosa conocida por la entera diócesis».

Se animaba. Se detuvo a su vez a la entrada de la calle Canquoin, plantándose delante de Mouret.

«No, mi querido señor, le han engañado: Faujas es inocente como un niño que acabe de nacer... Yo no tengo ambiciones, ¿verdad? ¡Y bien sabe Dios cuánto quiero a Compan, un corazón de oro! Eso no impide que cuando vaya a estrecharle la mano lo haga a escondidas. El mismo me lo ha dicho: “Bourrette, ya no tengo para mucho, viejo amigo. Si quieres ser párroco, después de mí, trata de que no te vean llamar a mi puerta demasiado a menudo. Ven de noche y da tres golpes, mi hermana te abrirá”. Ahora, espero a la noche, comprenderá usted... Es inútil complicarse la vida. ¡Uno tiene ya tantos pesares!».

La voz se había enternecido. Uni6 las dos manos sobre la barriga, prosiguió su marcha, emocionado con un egoísmo ingenuo que le hacía llorar por sí mismo, mientras murmuraba:

«El pobre Compan, el pobre Compan...».

Mouret estaba perplejo. El padre Faujas acababa escapándosele del todo.

«Y, sin embargo, me habían dado detalles muy concretos, intentó decir aún. Por ejemplo, se hablaba de encontrarle una gran posición.

—¡Ah, no! ¡Le aseguro que no!, exclamó el sacerdote; Faujas no tiene porvenir... Otro hecho. Sabe usted que ceno todos los martes en casa del señor presidente. La semana pasada me había rogado encarecidamente que le llevara a Faujas. Quería conocerlo, juzgarlo, sin duda... ¡Bueno! Nunca adivinará usted lo que hizo Faujas. Rechazó la invitación, mi querido señor, la rechazó rotundamente. Por más que le dije

que se iba a hacer imposible la existencia en Plassans, que remataba su desavenencia con Fenil, al tener tal descortesía con el señor Rastoil; se empeñó, no quiso saber nada... Hasta creo, ¡Dios me perdone!, que me dijo, en un momento de cólera, que no tenía necesidad de comprometerse al aceptar una cena de ese estilo».

El padre Bourrette se echó a reír. Había llegado delante de San Saturnino; retuvo un instante a Mouret en la puerta pequeña de la iglesia.

«Es un niño, un niño grande, continuó. Dígame usted, ¡creer que una cena del señor Rastoil podía comprometerle!... Por eso cuando su suegra, la buena señora Rougon, me encargó ayer de una invitación para Faujas, no le oculté que mucho me temía que iba a ser mal recibida».

Mouret aguzó las orejas.

«¡Ah! ¿Mi suegra le encargó de una invitación?»

—Sí, vino ayer por la sacristía... Como deseo serle agradable, le prometí ir a ver hoy a ese diablo de hombre... Estaba seguro de que se negaría.

—¿Y se negó?

—No, me sorprendió mucho, ha aceptado».

Mouret abrió la boca, luego la cerró. El sacerdote guiñaba los ojos con aire sumamente satisfecho.

«Hay que confesar que estuve muy hábil... Hacía más de una hora que le explicaba a Faujas la posición de su señora suegra. Él meneaba la cabeza, no se decidía, hablaba de su amor al retiro... En fin, yo estaba agotado, cuando recordé una recomendación de la querida señora. Me había rogado que insistiese sobre el carácter de su salón, que es, como toda la ciudad sabe, un terreno neutral... Entonces ha parecido hacer un esfuerzo y ha accedido. Se ha comprometido formalmente para mañana... Voy a escribirle dos líneas a la excelente señora Rougon para anunciarle nuestra victoria».

Se quedó allí un momento más, hablando consigo mismo, revolviendo sus grandes ojos azules.

«El señor Rastoil se sentirá vejado, pero la culpa no es mía... Hasta la vista, querido señor Mouret, hasta más ver; recuerdos en su casa».

Y entró en la iglesia, dejando caer suavemente a sus espaldas la doble puerta forrada. Mouret miró esa puerta con un leve encogimiento de hombros.

«Otro charlatán, gruñó; otro de esos hombres que no te dejan colocar diez palabras, y que hablan siempre para no decir nada... ¡Ah! Conque el Faujas va mañana a casa de la morenita; es una lata que yo esté peleado con ese imbécil de Rougon».

Después corrió toda la tarde con sus negocios. Por la noche, al acostarse, preguntó negligentemente a su mujer:

«¿Vas a ir mañana por la tarde a casa de tu madre?»

—No, respondió Marthe; tengo demasiadas cosas que terminar. Sin duda iré el jueves que viene».

Él no insistió. Pero, antes de soplar la vela:

«Te equivocas al no salir más a menudo, prosiguió. Vete mañana a casa de tu madre; te divertirás un rato. Yo cuidaré a los niños».

Marthe lo miró, extrañada. De ordinario la guardaba en casa, tenía necesidad de ella para mil pequeños servicios, rezongaba cuando se ausentaba durante una hora.

«Iré, si lo deseas», dijo.

Él sopló la vela, reclinó la cabeza en la almohada, murmurando:

«Eso es, y nos contarás la velada. Eso divertirá a los niños».

VI

A la tarde siguiente, hacia las nueve, el padre Bourrette pasó a recoger al padre Faujas; le había prometido ser su introductor, presentarlo en el salón de los Rougon. Lo encontró preparado, de pie en el centro de su gran habitación desnuda, poniéndose unos guantes negros blanquecinos en la punta de cada dedo, y lo miró con una ligera mueca.

«¿No tiene usted otra sotana?, preguntó.

—No, respondió tranquilamente el padre Faujas; ésta todavía está decente, creo.

—Sin duda, sin duda, balbució el anciano sacerdote. Hace un frío muy vivo. ¿No se echa nada por los hombros?... Vayámonos, pues».

Eran las primeras heladas. El padre Bourrette, cálidamente arropado en un balandrán de seda acolchada, perdía el resuello siguiendo al padre Faujas, que no llevaba sobre los hombros más que su delgada sotana gastada. Se detuvieron en la esquina de la plaza de la Subprefectura con la calle de la Banne, delante de una casa de piedra blanca, uno de los hermosos edificios de la ciudad nueva, con rosetones labrados en cada piso. Un doméstico de librea azul los recibió en el vestíbulo; sonrió al padre Bourrette al quitarle el balandrán, y pareció muy sorprendido con la visión del otro cura, de aquel diablo alto tallado a hachazos, salido sin manteo con semejante frío. El salón estaba en el primer piso.

El padre Faujas entró, con la cabeza alta, con grave soltura, mientras que el padre Bourrette, muy emocionado cuando iba a casa de los Rougon, aunque no faltara a una sola de sus veladas, escurría el bulto escapándose a una estancia contigua. Cruzó lentamente todo el salón para ir a saludar a la dueña de la casa, a quien había adivinado en medio de un grupo de cinco o seis damas. Tuvo que presentarse a sí mismo; lo hizo en tres palabras. Félicité se había levantado vivamente. Lo examinaba de pies a cabeza, con ojos rápidos, volviendo al rostro, escudriñando en sus ojos con mirada de garduña, al tiempo que murmuraba con una sonrisa:

«Estoy encantada, señor cura, estoy realmente encantada...».

Entre tanto, el paso del sacerdote por el medio del salón había causado asombro. Una joven, habiendo levantado bruscamente la cabeza, tuvo incluso un gesto contenido de terror, al ver ante sí aquella masa negra. La impresión fue desfavorable: era demasiado grande, demasiado ancho de espaldas; tenía una cara demasiado ruda, las manos demasiado gruesas. Bajo la cruda luz de la araña, su sotana apareció tan lamentable, que las señoras sintieron una especie de vergüenza, al ver un cura tan mal vestido. Plegaron sus abanicos, se pusieron a cuchichear de nuevo, fingiendo darle la espalda. Los hombres habían intercambiado ojeadas, con un mohín significativo.

Félicité notó la escasa benevolencia de la acogida. Pareció irritada; permaneció de pie en el centro del salón, alzando el tono, forzando a sus invitados a oír los

cumplidos que dirigía al padre Faujas.

«El bueno de Bourrette, decía, con zalamerías en la voz, me ha contado el trabajo que le costó decidirle a usted... Estoy muy ofendida, señor mío. No tiene usted derecho a ocultarse así de la gente».

El sacerdote se inclinaba sin responder. La anciana señora continuó, riendo, con una intención particular en ciertas palabras:

«Lo conozco a usted más de lo que cree, a pesar de todo el esmero que ha puesto en escondernos sus virtudes. Me han hablado de usted; es usted un santo, y quiero ser amiga suya... Charlamos de todo esto, ¿verdad?, pues ahora es usted de los nuestros».

El padre Faujas la miró fijamente, como si hubiera reconocido en la forma en que manejaba su abanico algún signo masónico. Respondió bajando la voz:

«Señora, estoy a su entera disposición.

—Eso es lo que pretendo, prosiguió ella, riendo más fuerte. Verá usted que aquí deseamos el bien de todo el mundo... Pero venga, le presentaré al señor Rougon».

Cruzó el salón, molestó a diversas personas para abrirle paso al padre Faujas, le dio una importancia que acabó de indisponer con él a todos los presentes. En la habitación contigua se habían montado dos mesas de *whist*. Fue derecha hacia su marido, quien jugaba con el semblante grave de un diplomático. Hizo un ademán de impaciencia cuando ella se inclinó a su oído; pero, en cuanto le dijo unas palabras, se levantó con vivacidad.

«¡Muy bien! ¡Muy bien!», murmuró.

Y, habiéndose disculpado con sus compañeros, fue a estrechar la mano del padre Faujas. Rougon era entonces un hombre grueso y pálido, de setenta años; había adquirido un aspecto solemne de millonario. Se opinaba generalmente, en Plassans, que tenía una hermosa cabeza, una cabeza blanca y muda de personaje político. Tras haber intercambiado con el sacerdote unas cuantas cortesías, volvió a ocupar su sitio en la mesa de juego. Félicité, siempre sonriente, acababa de regresar al salón.

Cuando el padre Faujas estuvo por fin solo, no pareció nada cohibido. Se quedó un instante de pie, mirando a los jugadores; en realidad, examinaba el empapelado, la alfombra, los muebles. Era un saloncito de color madera, con tres cuerpos de biblioteca de peral ennegrecido, adornados con junquillos de cobre, que ocupaban los tres grandes paneles de la estancia. Hubiérase dicho el despacho de un magistrado. El sacerdote, interesado sin duda en hacer una inspección completa, cruzó de nuevo el gran salón. Era verde, igualmente muy serio, pero más recargado de dorados, participando a la vez de la gravedad administrativa de un ministerio y del lujo llamativo de un gran restaurante. Al otro lado se encontraba una especie de gabinete, donde Félicité recibía durante el día; un gabinete en tonos paja, con un mobiliario bordado con rameados violeta, tan atestado de sillones, pufs, canapés, que apenas se podía circular.

El padre Faujas se sentó al amor de la lumbre, como para calentarse los pies.

Estaba situado de forma que veía, por una puerta abierta de par en par, una buena mitad del salón verde. La acogida tan graciosa de la señora Rougon le preocupaba; cerraba los ojos a medias, concentrándose en algún problema cuya solución se le escapaba. Al cabo de un instante, en medio de su ensoñación, oyó detrás de sí un ruido de voces; su sillón, de enorme respaldo, lo ocultaba enteramente, y bajó aún más los párpados. Escuchó, como adormilado por el intenso calor del fuego.

«Fui una sola vez a su casa, durante esa época, continuaba una voz gruesa; vivían en frente, al otro lado de la calle de la Banne. Debía de estar usted en París, porque todo Plassans conoció el salón amarillo de los Rougon, por esa época: un salón lamentable, con papel amarillo de a sesenta y cinco céntimos el rollo, y un mobiliario tapizado de terciopelo de Utrecht cuyos sillones cojeaban... Mírela ahora, a la morenita, de raso marrón, allá abajo, en aquel puf. Fíjese en cómo le tiende la mano al joven Delangre. ¡A fe mía!, se la va a dar a besar».

Una voz más joven rió burlona, murmurando:

«Han debido de robar de lo lindo para tener un salón verde tan bonito, pues usted sabe que es el salón más hermoso de la ciudad.

—La señora, prosiguió el otro, siempre ha tenido la pasión de recibir. Cuando no tenía un céntimo, bebía agua, para ofrecer por la noche vasos de gaseosa a sus invitados... ¡Oh! Los conozco al dedillo, a los Rougon; los he seguido. Es gente muy lista. Sentían tal furia de apetitos que hubieran andado a navajazos en el fondo de un bosque. El golpe de Estado les ha ayudado a satisfacer un sueño de disfrute que los atormentaba desde hacía cuarenta años. ¡Por eso, qué glotonería, que indigestión de cosas ricas!... Mire, esta casa donde hoy viven pertenecía a un tal Peirotte, recaudador particular, que fue asesinado en el asunto de Sainte Roure, cuando la insurrección del 51^[1]. ¡Sí, palabra! La suerte estuvo de su parte; una bala perdida los desembarazó de ese hombre molesto, a quien han heredado... ¡Pues bien!, entre la casa y el cargo de recaudador, Félicité seguramente habría escogido la casa. Se la comía con los ojos desde hacía casi diez años, presa de un furioso antojo de mujer preñada, poniéndose enferma al mirar las ricas cortinas que colgaban detrás de los cristales de las ventanas. Eran sus Tullerías, según la frase que corrió por Plassans después del 2 de diciembre.

—Pero ¿de dónde han sacado el dinero para comprar la casa?

—¡Ah! Eso, amigo, mío, averigüelo Vargas... Su hijo Eugène, ese que ha hecho en París una fortuna política tan asombrosa, diputado, ministro, consejero familiar de Las Tullerías, obtuvo fácilmente una recaudación particular y la cruz para su padre, que había representado aquí una bonita farsa. En cuanto a la casa, la habrán pagado con ayuda de cualquier combinación. Habrán pedido prestado a un banquero... En cualquier caso, hoy son ricos, hacen sus trapicheos, recuperan el tiempo perdido. Me imagino que su hijo ha seguido carteándose con ellos, porque aún no han cometido una sola tontería».

La voz enmudeció, para proseguir casi de inmediato con una risa ahogada:

«No, me río sin querer, ¡cuando veo a esa condenada, cigarra de Félicité haciendo sus melindres de duquesa!... Siempre me acuerdo del salón amarillo, con su alfombra gastada, sus consolas sucias, la muselina de su pequeña araña cubierta de cagadas de mosca... Y ahí la tiene recibiendo a las señoritas Rastoil. ¿Eh? Cómo maneja la cola de su traje... Esa vieja, amigo mío, reventará una noche de triunfo, en medio de su salón verde».

El padre Faujas había desplazado despacito la cabeza, para ver lo que ocurría en el gran salón. Distinguió a la señora Rougon, realmente espléndida, en medio del corro que la rodeaba; parecía crecer sobre sus pies de enana, y curvar todos los espinazos en torno a sí, con una mirada de reina victoriosa. A veces, un breve pasmo la hacía pestañear, entre los reflejos de oro del cielo raso, entre la seria suavidad del papel pintado.

«¡Ah! Ahí está su padre, dijo la voz gruesa; ahí entra el bueno del doctor... Es sorprendente que el doctor no le haya contado estas cosas. Sabe mucho más que yo.

—¡Bah! Mi padre tiene miedo de que yo lo comprometa, prosiguió el otro alegremente. Ya sabe usted que me ha maldecido, jurando que le haré perder la clientela... Con su permiso, estoy viendo a los Maffre, voy a estrecharles la mano».

Hubo un ruido de sillas, y el padre Faujas vio a un joven alto, de rostro ya fatigado, cruzar la salita. El otro personaje, el que vapuleaba tan alegremente a los Rougon, se levantó igualmente. Una señora que pasaba se dejó decir por él cosas muy dulces; se reía, lo llamaba «mi querido señor de Condamin». El sacerdote reconoció entonces al guapo caballero de sesenta años que Mouret le había señalado en el jardín de la subprefectura. El señor de Condamin fue a sentarse al otro lado de la chimenea. Allí quedó sorprendidísimo al ver al padre Faujas, tapado hasta entonces por el respaldo del sillón; pero no se desconcertó en absoluto, sonrió, y con un aplomo de hombre amable:

«Señor cura, dijo, creo que acabamos de confesarnos sin querer... Es un grave pecado, ¿verdad?, murmurar del prójimo. Afortunadamente estaba usted aquí para absolvern».

El cura, por dueño que fuera de su rostro, no pudo evitar un ligero rubor. Comprendió a la perfección que el señor de Condamin le reprochaba haber contenido el aliento para escuchar. Pero éste no era hombre capaz de guardar rencor a un curioso, al contrario. Le encantó aquella pizca de complicidad que acababa de establecer entre el sacerdote y él. Eso le autorizaba a charlar libremente, a matar la velada contando la historia escandalosa de las personas que allí estaban. Era su mayor placer. Aquel cura recién llegado a Plassans le parecía un excelente oyente; tanto más cuanto que tenía una pinta horrorosa, una pinta de hombre capaz de oír cualquier cosa, y cuanto que llevaba una sotana demasiado gastada, realmente, para que las confidencias que uno se permitiera con él pudieran acarrear consecuencias.

Al cabo de un cuarto de hora, el señor de Condamin se encontraba a sus anchas. Le explicaba Plassans al padre Faujas, con su gran cortesía de hombre de mundo.

«Es usted un extraño entre nosotros, señor cura, decía; estaría encantado de serle útil en algo... Plassans es una pequeña ciudad donde a la larga uno se hace un hueco. Yo soy de los alrededores de Dijon. ¡Pues bueno!, cuando me nombraron director de Montes aquí detestaba esta tierra, me aburría mortalmente. Era en vísperas del Imperio. Después del 51, sobre todo, la provincia no ha tenido nada de alegre, se lo aseguro. En este departamento, a los habitantes no les llegaba la camisa al cuerpo. La vista de un guardia les habría hecho meterse bajo tierra... La cosa se calmó poco a poco, recobraron la rutina habitual, y, palabra, he terminado por resignarme. Vivo al aire libre, doy largos paseos a caballo, me he creado ciertas relaciones».

Bajó la voz, continuó en tono confidencial:

«Hágame caso, señor cura, y sea prudente. No se imagina en qué avispero estuve a punto de caer... Plassans está dividido en tres barrios completamente distintos: el barrio viejo, a donde sólo tendrá que llevar consuelos y limosnas; el barrio de San Marcos, habitado por la nobleza de la región, un lugar de aburrimiento y rencor con el cual toda su desconfianza será poca, y la ciudad nueva, el barrio que se construye todavía en este momento en torno a la subprefectura el único posible, el único conveniente... Yo había cometido la tontería de alojarme en el barrio de San Marcos, donde pensaba que debían llevarme mis relaciones. ¡Ah! ¡Pues sí!, no encontré sino dueñas secas como husos y marqueses conservados sobre la paja. Todo el mundo añora los tiempos en que Berta hilaba^[2]. Ni la menor reunión, ni un asomo de fiesta; una conspiración sorda contra la dichosa paz en la cual vivimos... A punto estuve de comprometerme, palabra de honor. Péqueur se burló de mí... El señor Péqueur des Saulaies, nuestro subprefecto, ¿no lo conoce?... Entonces crucé el paseo Sauvaire, cogí un piso allí, en la plaza. Mire usted, en Plassans el pueblo no existe, la nobleza es impresentable; lo único tolerable son ciertos nuevos ricos, personas encantadoras que se desviven por los hombres influyentes. Nuestro mundillo de funcionarios es muy feliz. Vivimos entre nosotros, a nuestro antojo, sin preocuparnos de los habitantes, como si hubiéramos plantado nuestra tienda en país conquistado».

Soltó una risa de satisfacción, estirándose más, presentando las suelas a la llama; después cogió un vaso de ponche de la bandeja de un criado que pasaba, bebió lentamente, mientras continuaba mirando al padre Faujas con el rabillo del ojo. Éste percibió que la urbanidad exigía que encontrase una frase.

«Esta casa parece muy agradable, dijo, volviéndose a medias hacia el salón verde, donde las conversaciones se animaban.

—Sí, sí, respondió el señor de Condamín, que se detenía de vez en cuando para tragar un sorbito de ponche; los Rougon nos hacen olvidar París. Uno jamás se creería en Plassans, aquí. Es el único salón donde uno se divierte, porque es el único donde todas las opiniones se codean... Péqueur también tiene reuniones muy amables... Debe de costarles lo suyo, a los Rougon, y ellos no cobran gastos de representación, como Péqueur; aunque tienen algo mejor que eso, tienen los bolsillos de los contribuyentes».

Esta broma le encantó. Dejó en la chimenea el vaso vacío que tenía en la mano; y, acercándose, inclinándose:

«Lo más divertido son las continuas comedias que se representan. ¡Si conociera usted a los personajes!... ¿Ve a la señora Rastoil, allá al fondo, en medio de sus dos hijas, esa señora de unos cuarenta y cinco años, esa que tiene una cabeza de oveja balante?... ¡Bueno! ¿Se ha fijado en su parpadeo cuando Delangre ha ido a sentarse frente a ella? Ese señor que tiene pinta de polichinela, allí, a la izquierda... Se conocieron íntimamente, hace cosa de diez años. Dicen que una de las dos señoritas es de él, pero no se sabe ya muy bien cuál... Lo más gracioso es que Delangre, por esa misma época, tuvo pequeños problemas con su mujer; se cuenta que su hija es de un pintor a quien todo Plassans conoce».

El padre Faujas se había creído en el deber de adoptar un semblante grave para recibir semejantes confidencias; cerraba completamente los párpados; parecía no oír. El señor de Condamín prosiguió, como para justificarse:

«Si me permito hablar así de Delangre es porque lo conozco mucho. ¡Es condenadamente listo, ese diablo de hombre! Creo que su padre era albañil. Hace unos quince años defendía las causas menores que los otros abogados no querían. La señora Rastoil lo sacó positivamente de la miseria; hasta le enviaba leña en invierno, para que pudiera calentarse. Gracias a ella ganó sus primeros procesos... Fíjese en que Delangre tenía entonces la habilidad de no mostrar ninguna opinión política. Por eso, en el 52, cuando se buscó un alcalde, inmediatamente se pensó en él; sólo él podía aceptar tal puesto sin asustar a ninguno de los tres barrios de la ciudad. Desde ese momento, todo le ha salido bien. Tiene ante sí un gran futuro. Lo malo es que no se entienda con Péqueur; siempre discuten por tonterías».

Se detuvo, al ver regresar al joven alto con quien charlaba un instante antes.

«Don Guillaume Porquier, dijo, presentándose al cura, el hijo del doctor Porquier».

Después, cuando Guillaume se sentó, le preguntó, riendo:

«¿Qué? ¿Qué ha visto usted de bueno ahí al lado?»

—Evidentemente, nada, contestó el joven en tono de chanza. Vi a los Paloque. La señora Rougon trata siempre de meterlos detrás de una cortina, para evitar desgracias. Una embarazada que los divisó un día, en el paseo, estuvo a punto de abortar... Paloque no le quita ojo al presidente Rastoil, esperando sin duda matarlo de miedo contenido. Ya sabe usted que ese monstruo de Paloque cuenta con morir de presidente».

Ambos se regocijaron. La fealdad de los Paloque era un tema de eternas burlas en el mundillo de los funcionarios. Porquier hijo continuó, bajando la voz:

«He visto también al señor de Bourdeu. ¿No opina que el personaje ha adelgazado aún más desde la elección del marqués de Lagrifoul? Bourdeu no se consolará nunca de no ser ya prefecto; ha puesto su rencor de orleanista al servicio de los legitimistas, con la esperanza de que eso lo llevará derecho a la Cámara, donde

recuperará la tan añorada prefectura... Y también está horriblemente herido de que hayan preferido al marqués, un idiota, una acémila, que no sabe tres palabras de política; mientras que él, Bourdeu, es muy listo, listísimo.

—Es un pelmazo, Bourdeu, con su levita abotonada y su sombrero aplastado de doctrinario, dijo el señor de Condamin, encogiéndose de hombros. Si los dejaran, esos tipos harían de Francia una Sorbona de abogados y diplomáticos, donde nos aburriríamos de firme, se lo aseguro... ¡Ah!, quería decirle una cosa, Guillaume; me han hablado de usted, parece que lleva una vida de lo más edificante.

—¡Yo!, exclamó el joven, riendo.

—Usted, amiguito; y fíjese en que me puso al tanto su padre. Está desolado, lo acusa de jugar, de pasarse la noche en el casino y en otras partes... ¿Es cierto que ha descubierto usted un café de mala nota, detrás de la cárcel, donde va, con toda una pandilla de pillastres, a armar un follón del diablo? Me han contado incluso...».

El señor de Condamin, al ver entrar a dos señoras, continuó muy bajo al oído de Guillaume, quien hacía signos afirmativos, reventando de risa. Éste, para agregar sin duda ciertos detalles, se inclinó a su vez. Y los dos, acercándose, con ojos encendidos, disfrutaron un buen rato con aquella anécdota, que no se podía arriesgar delante de las señoras.

Mientras tanto, el padre Faujas se había quedado allí. Ya no escuchaba; seguía los movimientos del señor Delangre, que se agitaba mucho en el salón verde, prodigando amabilidades. El espectáculo lo absorbía hasta tal punto que no vio al padre Bourrette llamándolo con la mano. El cura tuvo que ir a tocarle en el brazo, rogándole que lo siguiera. Lo llevó a la estancia donde estaban jugando, con las precauciones de un hombre que tiene algo delicado que decir.

«Amigo mío, murmuró, cuando estuvieron solos en un rincón, es disculpable, se trata de la primera vez que viene por aquí; pero, debo advertirle, se ha comprometido usted mucho al charlar tanto tiempo con las personas a las que acaba de dejar».

Y como el padre Faujas lo miraba, muy sorprendido:

«Esas personas no están bien vistas... No pretendo juzgarlas, no, no quiero entrar en ninguna murmuración. Se lo advierto a usted por amistad, sin más».

Quiso alejarse, pero el otro lo retuvo, diciéndole vivamente:

«Me inquieta usted, querido señor Bourrette; explíquese, por favor. Me parece que, sin murmurar, podría usted proporcionarme aclaraciones.

—¡Bueno!, prosiguió el anciano sacerdote tras una vacilación, el joven, el hijo del doctor Porquier, tiene desolado a su honorable padre y da los peores ejemplos a la juventud estudiosa de Plassans. No ha dejado más que deudas en París, y aquí pone la ciudad patas arriba... En cuanto al señor de Condamin...».

Se detuvo de nuevo, turbado por las cosas tremendas que tenía que contar; después, bajando los párpados:

«El señor de Condamin es muy libre de palabra, y me temo que carezca de sentido moral. No respeta a nadie, escandaliza a todas las almas honestas... Por

último, no sé muy bien cómo informarle de esto, ha hecho, dicen, una boda poco honorable. ¿Ve usted a esa joven que no cuenta treinta años, la que está tan agasajada? ¡Bueno! Pues nos la ha traído un día a Plassans, no se sabe muy bien de dónde. Al día siguiente de su llegada, era todopoderosa aquí. Es ella la que ha hecho condecorar a su marido y al doctor Porquier. Tiene amigos, en París... Por favor, no repita estas cosas. La señora de Condamin es muy amable, muy caritativa. A veces voy a su casa, sentiría mucho que me creyera su enemigo. Si tiene culpas que hacerse perdonar, nuestro deber, ¿verdad?, es ayudarla a volver al bien. En cuanto al marido, aquí, entre nosotros, es un hombre ruin. Sea frío con él».

El padre Faujas miraba al digno Bourrette a los ojos. Acababa de observar que la señora Rougon seguía de lejos su conversación, con aire preocupado:

«¿No será la señora Rougon la que le ha rogado que me diera un buen consejo?, preguntó bruscamente al anciano sacerdote.

—¡Anda! ¿Cómo lo sabe?, exclamó éste, muy extrañado. Me había rogado que no la mencionase; pero, ya que lo ha adivinado usted... Es una buena persona, a quien apenaría mucho ver a un sacerdote haciendo un mal papel en su casa. Desdichadamente, se ve obligada a recibir a toda clase de gente».

El padre Faujas le dio las gracias, prometiéndole ser prudente. Los jugadores, en torno a ellos, no habían levantado la cabeza. Regresó al salón, donde se sintió de nuevo en un medio hostil; comprobó incluso una mayor frialdad, más mudo desprecio. Las faldas se apartaban a su paso, como si fuera a ensuciarlas, los fraques se alejaban, con ligeras carcajadas. El conservó una serenidad espléndida. Habiendo creído oír pronunciar con afectación la palabra Besançon, en el rincón de la estancia donde reinaba la señora de Condamin, se encaminó en derechura al grupo formado alrededor de ella; pero, al acercarse, la conversación se cortó en seco, y todos los ojos lo escudriñaron, brillantes de maligna curiosidad. Seguramente hablaban de él, contaban alguna fea historia. Entonces, como permanecía de pie, detrás de las señoritas Rastoil, que no lo habían visto, oyó a la más joven preguntar a la otra:

«Pero ¿qué es lo que ha hecho, en Besançon, ese cura del que todo el mundo habla?

—No sé muy bien, respondió la otra. Creo que estuvo a punto de estrangular a su párroco en una disputa. Papá dice también que se mezcló en un gran negocio industrial que tomó mal cariz.

—Pero está ahí, ¿verdad?, en la salita... Acaban de verlo riéndose con el señor de Condamin.

—Pues si se ríe con Condamin, hay motivos para desconfiar de él».

Este chismorreo de las dos señoritas puso un sudor en las sienes del padre Faujas. No pestañeó; su boca se adelgazó, sus mejillas adquirieron un tinte terroso. Ahora oía al salón entero hablar del cura a quien había estrangulado, de los negocios turbios en los que se había mezclado. Frente a él, el señor Delangre y el doctor Porquier permanecían severos; el señor de Bourdeu tenía un mohín de desdén, conversando

bajito con una dama; el señor Maffre, el juez de paz, lo miraba de soslayo, devotamente, olfateándolo de lejos, antes de decidirse a morder; y, en el otro extremo de la estancia, la pareja Paloque, los dos monstruos, alargaban sus rostros marcados por la hiel, donde se encendía la maligna alegría de todas las crueldades propaladas en voz baja. El padre Faujas retrocedió lentamente, al ver a la señora Rastoil, de pie a unos pasos, regresar a sentarse entre sus dos hijas, como para meterlas bajo su ala y protegerlas de su contacto. Se acodó en el piano que encontró detrás de sí, y allí se quedó, la frente alta, la cara muda y dura como una cara de piedra. Decididamente, había un complot, lo trataban como a un paria.

En su inmovilidad, el sacerdote, cuyas miradas exploraban el salón bajo sus párpados semicerrados, tuvo un gesto al punto reprimido. Acababa de distinguir, detrás de una verdadera barricada de faldas, al padre Fenil, reclinado en un sillón, sonriendo discretamente. Al encontrarse sus ojos, se miraron durante unos segundos, con el aire terrible de dos duelistas que entablan un combate a muerte. Luego se produjo un ruido de telas, y el vicario general desapareció de nuevo entre los encajes de las damas.

Mientras tanto, Félicité había maniobrado hábilmente para acercarse al piano. Instaló ante él a la mayor de las señoritas Rastoil, que cantaba agradablemente romanzas. Después, cuando pudo hablar sin ser oída, atrayendo al padre Faujas al hueco de una ventana, le preguntó:

«¿Qué le ha hecho usted al padre Fenil?».

Continuaron en voz muy baja. El sacerdote al principio había fingido sorpresa; pero cuando la señora Rougon hubo murmurado algunas palabras acompañadas de encogimientos de hombros, pareció entregarse, conversó. Sonreían ambos, parecían intercambiar cumplidos, aun cuando el brillo de sus ojos desmentía esta trivialidad aparente. El piano enmudeció, y la mayor de las señoritas Rastoil tuvo que cantar *La paloma del soldado*, que tenía entonces un gran éxito.

«Su estreno ha sido de lo más desdichado, murmuraba Félicité; ha estado usted imposible, le aconsejo que no vuelva por aquí en una temporada... Tiene usted que hacerse querer, ¿entiende? Un exceso de autoridad le perderá».

El padre Faujas permanecía pensativo.

«¿Dice usted que esas feas historias ha debido de contarlas el padre Fenil?, preguntó.

—¡Oh! Es demasiado fino para ponerse así en evidencia; habrá apuntado esas cosas al oído de sus penitentes. No sé si lo habrá calado a usted, pero le tiene miedo, eso es seguro; va a combatirle con todas las armas imaginables... Lo peor es que confiesa a las personas bien de la ciudad. El es quien hizo nombrar al marqués de Lagrifoul.

—Cometí un error al venir a esta velada», dejó escapar el sacerdote.

Félicité apretó los labios. Replicó vivamente:

«Cometió usted un error al comprometerse con un hombre como ese Condamin.

Yo actué lo mejor posible. Cuando la persona que usted sabe me escribió de París, creí serle útil a usted al invitarle. Me imaginaba que sabría hacerse amigos aquí. Era un primer paso. Pero, en vez de intentar agradar, se indisponen usted con todo el mundo... Mire, disculpe mi franqueza, pero opino que le vuelve usted la espalda al éxito. No ha cometido más que faltas, yendo a alojarse en casa de mi yerno, encerrándose entre cuatro paredes, llevando una sotana que hace las delicias de los chiquillos por la calle».

El padre Faujas no pudo contener un ademán de impaciencia. Se contentó con responder:

«Aprovecharé sus buenos consejos. Pero no me ayude, eso lo estropearía todo.

—Sí, esa táctica es prudente, dijo la anciana señora. No vuelva a este salón hasta que triunfe... Y, una última palabra, mi querido señor. La persona de París está empeñada en su éxito, y por eso me intereso por usted. ¡Bueno!, pues créame, no se haga el terrible; sea amable, agrade a las mujeres. Recuerde bien esto, agrade a las mujeres, si quiere que Plassans sea suya».

La mayor de las señoritas Rastoil acababa su romanza, tocando un último acorde. Aplaudieron discretamente. La señora Rougon había abandonado al padre Faujas para felicitar a la cantante. A continuación se mantuvo en el centro del salón, dando apretones de mano a los invitados que comenzaban a retirarse. Eran las once. El cura se sintió muy contrariado al advertir que el bueno de Bourrette había aprovechado la música para desaparecer. Contaba con irse con él, lo cual le proporcionaría una salida honrosa. Ahora, si se marchaba solo, era un fracaso total; al día siguiente contarían por la dudad que lo habían puesto en la puerta. Se refugió de nuevo en el hueco de una ventana, espionando una ocasión, buscando el modo de hacer una retirada honorable.

Mientras tanto el salón se vaciaba, no quedaban sino unas cuantas señoras. Entonces se fijó en una persona muy sencillamente ataviada. Era la señora Mouret, rejuvenecida por una crenchas ligeramente onduladas. Lo sorprendió mucho con su tranquilo rostro, donde parecían dormir dos grandes ojos negros. No la había visto durante la velada; sin duda se había quedado en su rincón, sin moverse, contrariada de perder así el tiempo, con las manos sobre el regazo, sin hacer nada. Mientras la examinaba, ella se levantó para despedirse de su madre.

Ésta saboreaba una de sus alegrías más agudas, al ver a la buena sociedad de Plassans irse entre reverencias, agradeciéndole su ponche, su salón verde, las horas agradables que acababan de pasar en su casa; y pensaba que en tiempos la buena sociedad le pisaba el cuello, según su ruda expresión, mientras que, en aquel momento, los más ricos no encontraban sonrisas lo bastante tiernas para la querida señora Rougon.

«¡Ah!, señora, murmuraba el juez de paz Maffre, uno olvida aquí el transcurso de las horas.

—Sólo usted sabe recibir, en esta tierra de lobos, susurraba la bonita señora de

Condamin.

—Les esperamos a cenar mañana, decía el señor Delangre, pero a la pata la llana, nosotros no gastamos cumplidos, como ustedes».

Marthe tuvo que atravesar esta ovación para llegar junto a su madre. La besó, e iba a retirarse cuando Félicité la retuvo, buscando a alguien con los ojos, a su alrededor. Después, habiendo distinguido al padre Faujas:

«Señor cura, dijo, riendo, ¿es usted un hombre galante?».

El sacerdote se inclinó.

«Entonces, tenga la bondad de acompañar a mi hija, usted que vive en la misma casa; no le molestará, y hay un trecho de calleja oscura que verdaderamente no es muy tranquilizadora».

Marthe, con su aire apacible, aseguraba que no era una niña, que no tenía miedo; pero como su madre insistió, diciendo que estaría más tranquila, aceptó los buenos oficios del cura. Y, mientras éste se marchaba con ella, Félicité, que los había acompañado hasta el descansillo, repitió al oído del sacerdote con una sonrisa:

«Recuerde lo que le he dicho... Agrade a las mujeres, si quiere que Plassans sea suya».

VII

Esa misma noche, Mouret, que no dormía, acosó a Marthe a preguntas, queriendo saber los acontecimientos de la velada. Ella respondió que todo había ocurrido como de costumbre, que no había observado nada extraordinario. Agregó simplemente que el padre Faujas la había acompañado, charlando con ella de insignificancias. Mouret quedó muy contrariado con lo que él llamaba «la indolencia» de su mujer.

«Podrían asesinar a alguien en casa de tu madre, dijo, hundiendo la cabeza en la almohada, con aire furioso, y ciertamente no serías tú la que me trajera la noticia».

Al día siguiente, cuando regresó a cenar, le gritó a Marthe en cuanto la vio de lejos:

«Lo sabía perfectamente, no tienes ojos en la cara, prenda... ¡Ah! ¡Cómo te conozco! Estar toda la velada en un salón, ¡sin sospechar siquiera lo que dicen y hacen a tu alrededor!... Toda la ciudad habla de eso, ¿oyes? No pude dar un paso sin encontrar a alguien que me lo contara:

—¿El qué, amigo mío?, preguntó Marthe, extrañada.

—¡El gran éxito del padre Faujas, caray! Lo pusieron en la puerta del salón verde.

—Nada de eso, te lo aseguro; no vi nada parecido.

—¡Eh! ¡Te lo he dicho, tú no ves nada!... ¿Sabes lo que hizo ese cura en Besançon? Estranguló a un párroco o cometió ciertas falsificaciones. Nadie puede afirmarlo con exactitud... No importa, parece que le dieron su merecido. Estaba verde. Es hombre acabado».

Marthe había bajado la cabeza, dejando a su marido exultar con el fracaso del sacerdote. Mouret estaba encantado.

«Sigo con mi primera idea, continuó; tu madre debe de tramar algo con él. Me han contado que se mostró muy amable. ¿Fue ella, verdad, la que rogó al cura que te acompañase? ¿Por qué no me dijiste eso?».

Ella se encogió suavemente de hombros, sin responder.

«¡Realmente, eres asombrosa!, exclamó él. Todos esos detalles tienen mucha importancia... La señora Paloque, a quien acabo de encontrar, me dijo que se había quedado con varias damas para ver cómo saldría el cura. Tu madre se sirvió de ti para proteger la retirada de ese bribón, ¿es que no lo comprendes?... Vamos, trata de acordarte; ¿qué te dijo, al acompañarte hasta aquí?».

Se había sentado delante de su mujer, la tenía bajo la interrogación aguda de sus ojillos.

«¡Dios mío!, respondió ella pacientemente, me dijo cosas sin importancia, cosas que cualquiera puede decir... Habló del frío, que era muy vivo; de la tranquilidad de la ciudad durante la noche; y después, creo, de la agradable velada que acababa de pasar.

—¡Ah! ¡Qué farsante!... ¿Y no te interrogó sobre tu madre, sobre la gente que recibe?

—No. Además, no hay mucho trecho, desde la calle de la Banne hasta aquí; no tardamos ni tres minutos. Caminaba a mi lado, sin cogermelo del brazo; daba unas zancadas tan grandes, que casi me veía obligada a correr... No sé qué les pasa, para ensañarse así con él. No tiene aspecto de feliz. Tiritaba, el pobre hombre, con su vieja sotana».

Mouret no era malo.

«Eso es cierto, murmuró; no debe de tener mucho calor, desde que hiela.

—Además, continuó Marthe, no tenemos queja de él: paga puntualmente, no alborota... ¿Dónde encontrarías un inquilino tan bueno?

—En ninguna parte, lo sé... Lo que decía, hace un instante, era para demostrarte qué poca atención prestas, cuando vas a alguna parte. Por lo demás, conozco demasiado la camarilla que tu madre recibe, para pararme en lo que sale del famoso salón verde. Siempre chismes, embustes, paparruchas increíbles. El cura no ha estrangulado a nadie, sin duda, lo mismo que no debe de haber hecho bancarrota... Se lo decía yo a la señora Paloque: “Antes de desnudar a los demás, más valdría lavar la propia ropa sucia”. ¡Si lo ha tomado por ella, mejor!».

Mouret mentía, no le había dicho eso a la señora Paloque. Pero la dulzura de Marthe le inspiraba cierta vergüenza de la alegría que acababa de atestiguar a cuenta de las desdichas del cura. Durante los días siguientes se puso abiertamente del lado del sacerdote. Habiendo encontrado a varios personajes a quienes detestaba, al señor de Bourdeu, a Delangre, al doctor Porquier, les hizo encendidos elogios del padre Faujas, por no hablar como ellos, por llevarles la contraria y asombrarlos. Era, según él, un hombre muy notable, de gran coraje, de una gran sencillez en su pobreza. Realmente tenía que haber gente muy mala. Y deslizaba alusiones a las personas que recibían los Rougon, un hato de hipócritas, de gazmoños, de necios vanidosos, que tenían el resplandor de la verdadera virtud. Al cabo de cierto tiempo, había hecho totalmente suya la causa del cura, se servía de él para reventar a la pandilla de los Rastoil y a la pandilla de la subprefectura.

«¡Da verdadera lástima, decía a veces a su mujer, olvidando que Marthe había oído otro lenguaje de su boca, ensañarse así con un pobre hombre que ni siquiera tiene veinte francos para comprarse una carretada de leña!... No, ya ves, esas cosas me repugnan. Yo puedo salir fiador por él, ¡qué diantres! Sé lo que hace, sé cómo es, ya que vive en mi casa. Por eso no me trago la verdad, los trato como se merecen, cuando los encuentro... Y no me limitaré a eso. Quiero que el cura sea amigo mío. Voy a sacarlo de mi brazo, en pleno paseo, para demostrar que no temo ser visto con él, por honrado y rico que yo sea... Ante todo, te recomiendo que seas muy amable con esa pobre gente».

Marthe sonreía discretamente. Estaba encantada con las buenas disposiciones de su marido hacia los inquilinos. Rose recibió la orden de mostrarse complaciente. Por

la mañana, cuando llovía, podía ofrecerse para hacer la compra de la señora Faujas. Pero ésta rechazó siempre la ayuda de la cocinera. Sin embargo, ya no tenía la muda tiesura de los primeros tiempos. Una mañana, al encontrarse con Marthe, que bajaba del desván, donde guardaba la fruta, conversó un instante, se humanizó incluso hasta aceptar dos soberbias peras. Fueron esas dos peras las que se convirtieron en el motivo de una relación más estrecha.

El padre Faujas, por su parte, ya no se escurría tan rápidamente a lo largo de la barandilla. El roce de su sotana en los peldaños advertía a Mouret, quien, casi cada día, ahora, se encontraba al pie de la escalera, feliz de hacer, como le decía, un trecho de camino con él. Le había agradecido el pequeño servicio hecho a su mujer, interrogándole hábilmente al tiempo para saber si regresaría por casa de Rougon. El cura había sonreído; confesaba sin cortedad que no estaba hecho para la vida social. Mouret quedó encantado, imaginándose que él tenía algo que ver en la decisión de su inquilino. Entonces soñó con arrebatarlo por entero al salón verde, conservarlo para sí. Por eso, la noche que Marthe le contó que la señora Faujas había aceptado dos peras, vio en ello una feliz circunstancia que iba a facilitar sus proyectos.

«¿De veras no encienden fuego en el segundo, con el frío que hace?, preguntó, delante de Rose.

—¡Toma! Sería difícil, señor, respondió la cocinera, que comprendió que la pregunta se dirigía a ella, ya que nunca he visto traer el menor haz de leña. A menos que quemen sus cuatro sillas o que la señora Faujas suba la leña en su cesto.

—Hace mal en burlarse, Rose, dijo Marthe. Esos infelices deben de tiritar, en esas habitaciones tan grandes.

—Ya lo creo, prosiguió Mouret; estuvimos a diez grados la noche pasada, y se teme por los olivos. Nuestra jarra de agua se heló, arriba... Aquí la habitación es pequeña, en seguida se tiene calor».

En efecto, el comedor estaba cuidadosamente guarnecido de burletes, de modo que ni un soplo de aire pasaba por las rendijas de las maderas. Una gran estufa de azulejos mantenía allí un calor de bañera. En invierno, los niños leían o jugaban alrededor de la mesa; mientras que Mouret, a la espera de la hora de acostarse, obligaba a su mujer a jugar a los cientos, lo cual era un auténtico suplicio para ella. Durante mucho tiempo se había negado a tocar las cartas, diciendo que no sabía ningún juego; pero él le había enseñado los cientos, y desde entonces se había resignado.

«¿Sabes?, continuó él, habría que invitar a los Faujas a venir aquí a pasar la velada. Así se calentarán por lo menos dos o tres horas. Y además nos harán compañía, nos aburrirémos menos... Invítalos tú; no se atreverán a negarse».

Al día siguiente Marthe, habiendo encontrado a la señora Faujas en el vestíbulo, hizo la invitación. La anciana aceptó en el acto, en nombre de su hijo, sin la menor cortedad.

«Resulta muy sorprendente que no haya hecho dengues, dijo Mouret. Creía que se

harían rogar más. El cura empieza a comprender que se equivoca al vivir como un lobo».

Por la noche, Mouret quiso que la mesa estuviera quitada temprano. Había sacado una botella de vino dulce y mandado comprar una bandeja de pastelillos. Aunque no fuera muy espléndido, quería demostrar que los Rougon no eran los únicos que sabían hacer las cosas. Los del segundo bajaron a eso de las ocho. El padre Faujas llevaba una sotana nueva. La cosa sorprendió tanto a Mouret que sólo pudo balbucir unas palabras, en respuesta a los cumplidos del sacerdote.

«Realmente, señor cura, el honor es para nosotros... Vamos, hijos míos, ofreced sillas».

Se sentaron alrededor de la mesa. Hacía demasiado calor, porque Mouret había atiborrado la estufa más de la cuenta, para demostrar que no reparaba en leño más, leño menos. El padre Faujas se mostró muy dulce; acarició a Desirée, interrogó a los dos muchachos sobre sus estudios. Marthe, que calcetaba unas medias, alzaba a veces los ojos, extrañada de las blandas inflexiones de aquella voz ajena, que no estaba habituada a oír en la pesada paz de su comedor. Contemplaba allí enfrente el rostro sólido del sacerdote, sus rasgos cuadrados; después bajaba de nuevo la cabeza, sin pretender ocultar el interés que se tomaba por aquel hombre tan robusto y tierno, a quien sabía muy pobre. Mouret, torpemente, devoraba con la mirada la sotana nueva; no pudo dejar de decir con una risa socarrona:

«Señor cura, hizo usted mal al componerse para venir aquí. Somos campechanos, lo sabe usted bien».

Marthe se ruborizó. Pero el sacerdote contó alegremente que se había comprado la sotana ese día. La traía puesta por darle gusto a su madre, que lo encontraba más guapo que un rey, vestido de nuevo.

«¿No es verdad, madre?».

La señora Faujas hizo un signo afirmativo, sin quitarle ojo a su hijo. Se había sentado frente a él, lo miraba bajo la cruda claridad de la lámpara, con aire extasiado.

Después conversaron de toda clase de cosas. Parecía como si el padre Faujas hubiera perdido su triste frialdad. Seguía grave, pero con una gravedad atenta, llena de bondad. Escuchó a Mouret, le respondió sobre los temas más insignificantes, pareció interesado por sus comadreo. Éste había llegado a explicarle la forma en que vivía:

«Así, acabó diciendo, pasamos las veladas como usted ve; sin más artificios. No invitamos a nadie, porque siempre se está mejor en familia. Todas las noches juego a los cientos con mi mujer. Es un viejo hábito, si no me costaría trabajo dormirme.

—¡Pero no queremos estorbarles!, exclamó el padre Faujas. Háganme el favor de no molestarse por nosotros.

—No, no, ¡qué diantres! No soy un maniático; por una vez, no me moriré».

El sacerdote insistió. Viendo que Marthe rehusaba con mayor vivacidad aún que su marido, se volvió a su madre, que permanecía silenciosa, con las dos manos

cruzadas entre sí.

«Madre, le digo, juegue unos cientos con el señor Mouret».

Ella lo miró atentamente a los ojos. Mouret continuaba debatiéndose, negándose, declarando que no quería perturbar la velada; pero cuando el sacerdote le hubo dicho que su madre era un buen punto, flaqueó, murmuró:

«¿De verdad?... Entonces, si la señora se empeña, si eso no contraría a nadie...

—Vamos, madre, juegue una partida, repitió el padre Faujas con voz categórica.

—Desde luego, respondió ella por fin, será un placer... Sólo que tengo que cambiar de sitio.

—¡Pues claro! No es difícil, prosiguió Mouret encantado. Cámbiese usted de sitio con su hijo... Señor cura, tenga la bondad de ponerse al lado de mi mujer; la señora va a sentarse ahí, a mi lado... Ven ustedes, ahora está perfecto».

El sacerdote, que al principio se había sentado frente a Marthe, del otro lado de la mesa, se encontró así empujado junto a ella. Quedaron incluso como aislados en un extremo, pues los jugadores habían acercado sus sillas para entablar la lucha. Octave y Serge acababan de subir a su habitación. Desirée, como tenía por costumbre, dormía sobre la mesa. Cuando sonaron las diez, Mouret, que había perdido una primera partida, no quiso de ningún modo ir a acostarse; exigió una revancha. La señora Faujas consultó a su hijo con una mirada; después, con su aire tranquilo, se puso a barajar las cartas. Mientras tanto, el cura apenas intercambiaba unas palabras con Marthe. Esa primera noche habló de cosas indiferentes, del gobierno de la casa, del precio de los víveres en Plassans, de las preocupaciones que causan los hijos. Marthe respondía complaciente, alzando de cuando en cuando su mirada clara, dando a la conversación un poco de su sensata lentitud.

Eran cerca de las once cuando Mouret tiró sus cartas con cierto despecho.

«Vaya, perdí de nuevo, dijo. No me ha entrado una buena carta en toda la noche. Quizá mañana tenga más suerte... Hasta mañana, ¿verdad, señora?».

Y como el padre Faujas se disculpaba, diciendo que no querían abusar, que no podían molestarles así cada noche.

«¡No nos molestan ustedes nada!, exclamó; es un placer... Además, ¡qué diantres!, he perdido, y la señora no puede negarme una partida».

Cuando hubieron aceptado y volvieron a subir, Mouret refunfuñó, se disculpó por haber perdido. Estaba furioso.

«La vieja es menos buena que yo, estoy seguro, dijo a su mujer. ¡Sólo que tiene unos ojos! Se diría que hace trampas, ¡palabra de honor!... Habrá que ver mañana».

Desde entonces, todos los días, con regularidad, los Faujas bajaron a pasar la velada con los Mouret. Se había entablado una formidable batalla entre la anciana y su casero. Ella parecía tomarle el pelo, dejarle ganar lo justo para no desanimarlo, lo cual mantenía en él una rabia sorda, tanto más cuanto que se preciaba de jugar muy bien a los cientos. El soñaba con derrotarla semanas enteras, sin dejarle apuntarse ni una partida. Ella conservaba una maravillosa sangre fría; su rostro cuadrado de

campesina permanecía mudo, sus gruesas manos abatían las cartas con una fuerza y una regularidad de máquina. A partir de las ocho, se sentaban ambos en su punta de la mesa, sumiéndose en su juego, sin moverse.

En la otra punta, a los dos lados de la estufa, el padre Faujas y Marthe estaban como solos. El cura sentía un desprecio de hombre y de sacerdote por las mujeres; las apartaba, al igual que un obstáculo vergonzoso, indigno de los fuertes. A su pesar, ese desprecio se traslucía a menudo en una palabra más ruda. Y Marthe, entonces, presa de extraña ansiedad, alzaba los ojos, con uno de esos temores bruscos que hacen mirar detrás de sí por si algún enemigo escondido levanta el brazo. Otras veces, en medio de una risa, se detenía bruscamente, al distinguir la sotana; se detenía, cortada, extrañada de hablar así con un hombre que no era como los demás. La intimidad tardó en establecerse entre ellos.

Nunca el padre Faujas interrogó abiertamente a Marthe sobre su marido, sus hijos, su casa. Poco a poco, empero, fue penetrando en los más menudos detalles de su historia y de su existencia actual. Cada noche, mientras Mouret y la señora Faujas contendían furiosamente, se enteraba de algún hecho nuevo. Una vez hizo la observación de que los dos esposos se parecían sorprendentemente.

«Sí, contestó Marthe con una sonrisa; cuando teníamos veinte años, nos tomaban por hermanos. E incluso eso fue lo que decidió en parte nuestra boda; nos gastaban bromas, nos ponían siempre uno al lado del otro, nos decían que haríamos una bonita pareja. El parecido era tan impresionante que el bueno del señor Compan, que, sin embargo, nos conocía, dudaba en casarnos.

—Pero son ustedes primos, ¿no?, preguntó el sacerdote.

—En efecto —dijo ella ruborizándose ligeramente, mi marido es un Macquart, yo soy una Rougon».

Calló un instante, molesta, adivinando que el sacerdote conocía la historia de su familia, célebre en Plassans. Los Macquart eran una rama bastarda de los Rougon.

«Lo más singular, prosiguió para ocultar su apuro, es que los dos nos parecemos a nuestra abuela. La madre de mi marido le transmitió ese parecido, mientras que, en mi caso, se reprodujo a distancia. Se diría que saltó por encima de mi padre».

Entonces el cura citó un ejemplo similar en su familia. Tenía una hermana que era, al parecer, el vivo retrato del abuelo de su madre. El parecido, en aquel caso, había saltado dos generaciones. Y su hermana recordaba en todo al hombrecillo, por su carácter, sus hábitos y hasta en los gestos y el tono de voz.

«Igual que yo, dijo Marthe; cuando era pequeña oía decir: “Es tía Dide escupida”. La pobre mujer está hoy en Les Tulettes; nunca tuvo una cabeza muy sólida... Con la edad, me he vuelto muy tranquila, me he encontrado mejor; pero recuerdo que, a los veinte años, no era nada fuerte, tenía vértigos, ideas extravagantes. Mire, todavía me río cuando pienso en la chiquilla tan rara que era.

—¿Y su marido?

—¡Oh! El sale a su padre, un sombrerero, de natural sensato y metódico... Nos

parecemos de cara; pero por dentro es otra cosa... A la larga nos hemos vuelto muy parecidos. ¡Estábamos tan tranquilos, en nuestras tiendas de Marsella! Pasé allí quince años que me enseñaron a ser dichosa, en mi casa, en medio de mis hijos».

El padre Faujas, cada vez que le sacaba esta conversación, notaba en ella una leve amargura. Seguramente era dichosa, como decía; pero él creía adivinar antiguos combates en aquella naturaleza nerviosa, apaciguados con la cercanía de los cuarenta. Se imaginaba el drama, aquella mujer y aquel marido, parientes de rostro, a quienes todos sus conocidos juzgaban hechos el uno para el otro, mientras que, en el fondo de su ser, el germen de la bastardía, la disputa de las sangres mezcladas y siempre rebeldes, irritaban el antagonismo de dos temperamentos diferentes. Después, se explicaba los alivios fatales de una vida regulada, el desgaste de los caracteres con las preocupaciones cotidianas del comercio, la desidia de aquellas dos naturalezas en medio de la fortuna ganada en quince años, comida modestamente al fondo de un barrio desierto de pequeña ciudad. Hoy, aun cuando ambos fuesen todavía jóvenes, no parecía que hubiera en ellos sino cenizas. El cura intentó hábilmente saber si Marthe estaba resignada. La encontraba muy razonable.

«No, decía ella, estoy a gusto en casa; mis hijos me bastan. Jamás he sido muy alegre. Me aburría un poco, sin más; habría necesitado una ocupación mental que no he encontrado... Pero ¿para qué? Quizá me habría roto los cascos. Ni siquiera podía leer una novela sin tener espantosas jaquecas; durante tres noches, todos los personajes me bailaban en el cerebro... Sólo la costura no me ha fatigado nunca. Me quedo en casa para evitar todos esos ruidos del exterior, esos comadreos, esas necesidades que me fatigan».

Se detenía a veces, miraba a Desirée dormida sobre la mesa, sonriendo en sueños con su sonrisa de inocente.

«¡Pobre niña!, murmuraba, no puede ni coser, le dan vértigos en seguida... Sólo le gustan los animalitos. Cuando va a pasar un mes a casa de su nodriza, vive en el corral, y me regresa con las mejillas rosas, rebosando salud».

Y volvía a hablar a menudo de Les Tulettes; con un sordo miedo a la locura. El padre Faujas percibía así un extraño pavor, en el fondo de aquella casa tan apacible. Marthe amaba a su marido, ciertamente, con mucho cariño; solamente que en su afecto entraba el miedo a las bromas de Mouret, a sus continuas chanzas. También la herían su egoísmo, el abandono en el cual la dejaba; le guardaba un vago rencor por la paz que había construido alrededor de ella, por aquella felicidad con la cual se decía dichosa. Cuando hablaba de su marido, repetía:

«Es demasiado bueno con nosotros... Usted debe de oírle chillar a veces; es que le gusta el orden en todo, mire usted, hasta resultar a menudo ridículo; se enfada por un tiesto fuera de sitio en el jardín, por un juguete caído en el entarimado... Por lo demás, tiene toda la razón al hacer lo que le peta. Sé que lo critican por ello, porque ha amasado algún dinero, y continúa haciendo, de vez en cuando, buenos negocios, mientras se burla de las habladurías... También se burlan de él por mi culpa. Dicen

que es avaro, que me tiene en casa, que me niega hasta unas botinas. No es cierto. Yo soy totalmente libre. Sin duda él prefiere encontrarme aquí, cuando vuelve, en lugar de saberme siempre por las calles, paseándome o devolviendo visitas. Por lo demás, él conoce mis gustos. ¿Qué iba a buscar yo fuera?».

Cuando defendía a Mouret de las habladurías de Plassans, ponía en sus palabras una repentina animación, como si hubiera tenido la necesidad de defenderlo igualmente de acusaciones secretas que ascendían de su propio interior; y volvía con inquietud nerviosa sobre esa vida de fuera. Parecía refugiarse en el estrecho comedor, en el viejo jardín de grandes bojés, presa del temor a lo desconocido, dudando de sus fuerzas, temiendo una catástrofe. Después, sonreía de ese espanto de niña; se encogía de hombros, volvía lentamente a calcetar su media o a zurcir una vieja camisa. Entonces el padre Faujas no tenía ante sí más que una burguesa fría, de tez fresca, de ojos pálidos, que ponía en la casa un aroma de ropa recién lavada y de ramillete cortado a la sombra.

Dos meses transcurrieron así. El padre Faujas y su madre habían entrado en los hábitos de los Mouret. Por la noche, cada cual tenía su sitio señalado alrededor de la mesa; la lámpara estaba en el mismo sitio, las mismas palabras de los jugadores caían en los mismos silencios, en las mismas palabras templadas del sacerdote y Marthe. Mouret, cuando la señora Faujas no lo había derrotado demasiado brutalmente, calificaba a sus inquilinos de «gente como es debido».

Toda su curiosidad de burgués desocupado se había calmado con la preocupación de las partidas de la velada; ya no espiaba al cura, diciendo que ahora lo conocía bien, que lo tenía por un buen hombre.

«¡Ah! ¡Déjenme en paz!, gritaba a los que atacaban al padre Faujas delante de él. Se andan ustedes con cuentos, le buscan cinco pies al gato, cuando es tan fácil explicar las cosas sencillamente... ¡Qué diantres! Lo conozco al dedillo, tiene la amabilidad, de venir a pasar todas sus veladas con nosotros... ¡Ah!, no es hombre que se prodigue, comprendo que no lo quieren y lo acusan de orgulloso».

Mouret disfrutaba al ser el único en Plassans que pudiera presumir de conocer al padre Faujas; e incluso abusaba un poco de esta ventaja. Cada vez que encontraba a la señora Rougon, exultaba, le daba a entender que le había robado a su invitado. Ella se contentaba con sonreír finamente. Con sus íntimos, Mouret llevaba las confidencias más lejos; murmuraba que esos diablos de curas no pueden hacer nada de la misma manera que los otros hombres; contaba entonces pequeños detalles, la forma en que el cura bebía, cómo hablaba con las mujeres, cómo mantenía las rodillas separadas sin cruzar jamás las piernas; ligeras anécdotas en las que ponía su inquieto pasmo de librepensador frente a aquella misteriosa sotana que le caía hasta los talones a su huésped.

Con la sucesión de las veladas, llegaron a los primeros días de febrero. En sus mano a mano, el padre Faujas parecía evitar cuidadosamente hablar de religión con Marthe. Ésta le había dicho una vez, casi alegremente:

«No, señor cura, no soy devota, no voy a menudo a la iglesia... ¿Qué quiere? En Marsella estaba siempre muy ocupada; ahora me da pereza salir. Además, debo confesárselo, no he sido educada en ideas religiosas. Mi madre decía que Dios venía a casa».

El sacerdote se había inclinado sin responder, queriendo dar a entender con ello que prefería no hablar de esas cosas, en tales circunstancias. Sin embargo, una noche, trazó el cuadro de los inesperados socorros que las almas dolientes hallan en la religión. Comentaban el caso de una pobre mujer a quien reveses de todo tipo acababan de conducir al suicidio.

«Hizo mal en desesperar, dijo el sacerdote con su voz profunda. Ignoraba, sin duda, los consuelos de la oración. Las he visto a menudo venir a nosotros, llorosas, destrozadas, y marchar con una resignación vanamente buscada en otra parte, una alegría de vivir. Es que se habían arrodillado, habían saboreado la dicha de humillarse en un rincón perdido de la iglesia. Volvían a venir, lo olvidaban todo, eran de Dios».

Marthe había escuchado con aire soñador estas palabras, cuyas últimas frases languidecieron con un tono de dicha extrahumana.

«Sí, debe de ser una felicidad; murmuró como hablando consigo misma; lo he pensado a veces, pero siempre he tenido miedo».

El sacerdote sólo tocaba raras veces tales temas; en cambio hablaba a menudo de caridad. Marthe era muy buena; se le llenaban los ojos de lágrimas con el relato del menor infortunio. Él parecía complacido, al verla así estremecida de piedad; tenía cada noche una nueva historia conmovedora, la destrozaba con una compasión continua que la hacía abandonarse. Ella dejaba caer su labor, juntaba las manos, con cara toda dolorida, mirándolo, mientras él entraba en detalles desconsoladores sobre la gente que se muere de hambre, sobre los infelices a quienes la miseria empuja a malas acciones. Entonces ella le pertenecía, podría haber hecho con ella lo que hubiera querido. Y a menudo, en el otro extremo del comedor, estallaba una disputa entre Mouret y la señora Faujas, a cuenta de un catorce de reyes anunciado por equivocación o de una carta cogida en un descarte.

Fue hacia mediados de febrero cuando una deplorable aventura consternó a Plassans. Se descubrió que una pandilla de chicas jovencísimas, casi unas niñas, habían resbalado hasta el libertinaje al andar todo el día en la calle; y el asunto no era sólo entre chiquillos de la misma edad, se decía que iban a verse comprometidos personajes muy bien situados. Durante ocho días, Marthe estuvo muy impresionada por esta historia, que metía un ruido enorme; conocía a una de las infelices, una rubita a la que había acariciado a menudo y que era sobrina de Rose, su cocinera; no podía pensar en la pobre cría, decía, sin que un estremecimiento le corriera por el cuerpo.

«Es de lamentar, le dijo una noche el padre Faujas, que no haya en Plassans una institución piadosa por el estilo de la que existe en Besançon».

Y acosado a preguntas por Marthe, le contó cómo era aquella institución piadosa. Se trataba de una especie de asilo para las hijas de los obreros, para las que tienen de

ocho a quince años, y a quienes sus padres se ven obligados a dejar solas en casa al ir al trabajo. Se las tenía ocupadas, durante el día, con labores de costura; después, por la tarde, eran devueltas a sus padres, cuando éstos regresaban a casa. De esta manera las pobres niñas crecían lejos del vicio, en medio de los mejores ejemplos. Marthe juzgó la idea generosa. Poco a poco, la ganó hasta el punto de que no hablaba sino de la necesidad de crear en Plassans una institución similar.

«Se colocaría bajo el patrocinio de la Virgen, insinuaba el padre Faujas. Pero ¡cuántas dificultades habría que vencer! No sabe usted las penas que cuesta la menor buena obra. Se necesitaría, para llevar a buen puerto semejante obra, un corazón maternal, cálido, todo abnegación».

Marthe bajaba la cabeza, miraba a Desirée dormida a su lado, sentía las lágrimas al borde de los párpados. Se informaba sobre las gestiones que habría que hacer, sobre los costes del establecimiento, sobre los gastos anuales.

«¿Quiere usted ayudarme?», le preguntó una noche bruscamente al sacerdote.

El padre Faujas, gravemente, le cogió una mano, que conservó un instante en la suya, murmurando que ella tenía una de las almas más hermosas que hubiera encontrado nunca. Aceptaba, pero contaba totalmente con ella; él podía muy poco. Era ella quien encontraría en la ciudad unas señoras para formar un comité, quien reuniría las suscripciones, quien se encargaría, en una palabra, de los detalles tan delicados, tan laboriosos, de un llamamiento a la caridad pública. Y la citó, al día siguiente, en San Saturnino, para ponerla en relación con el arquitecto de la diócesis, que podría, mucho mejor que él, informarla sobre los gastos.

Esa noche, al acostarse, Mouret estaba muy alegre. No le había dejado apuntarse ni una partida a la señora Faujas.

«Tienes un aspecto muy feliz, prenda, le dijo a su mujer. ¡Eh! ¿Has visto cómo le maté su quinta? ¡Se quedó patidifusa, la vieja!».

Y, como Marthe sacaba de un armario un vestido de seda, le preguntó con sorpresa si pensaba salir al día siguiente. No había oído nada, abajo.

«Sí, contestó, voy de compras; tengo una cita en la iglesia, con el padre Faujas, para algo que ya te contaré».

Se quedó plantado delante de ella, estupefacto, mirándola, para ver si se burlaba de él. Después, sin enfadarse, con aire guasón:

«Vaya, vaya, murmuró, lo que me faltaba por ver. ¿Vas a volverte tragasantos, ahora?».

VIII

Marthe, al día siguiente, fue primero a casa de su madre. Le explicó la buena obra con la que soñaba. Como la anciana señora meneaba la cabeza sonriente, casi se enfadó; le dio a entender que tenía muy poca caridad.

«Ésa es una idea del padre Faujas, dijo bruscamente Félicité.

—En efecto, murmuró Marthe, sorprendida; hemos hablado largo y tendido los dos. ¿Cómo lo sabe?».

La señora Rougon se encogió levemente de hombros, sin contestar más claramente. Prosiguió con vivacidad:

«¡Bien! ¡Querida, tienes razón! Debes ocuparte de algo, y lo que has encontrado está muy bien. Realmente me apena verte siempre encerrada en esa casa apartada, que huele a muerte. Sólo que no cuentes conmigo, no quiero entrar en tu asunto. Dirían que soy yo la que hago todo, que nos hemos entendido para imponer nuestras ideas a la ciudad. Deseo, por el contrario, que te beneficies tú sola de tu buena idea. Te ayudaré con mis consejos, si lo consientes, pero nada más.

—Sin embargo, yo había contado con usted para formar parte del comité fundador, dijo Marthe, a quien la idea de estar sola, en una aventura tan grande, asustaba un poco.

—No, no, mi presencia estropearía las cosas, te lo aseguro. Di más bien muy alto que no puedo ser del comité, que me negué pretextando otras ocupaciones. Da a entender incluso que no tengo fe en tu proyecto... Eso decidirá a esas señoras, ya verás... Estarán encantadas de participar en una buena obra en la que yo no esté. Vete a ver a la señora Rastoil, a la señora de Condamin, a la señora Delangre; visita también a la señora Paloque, pero la última; se sentirá halagada, te servirá más que todas las otras... Y, si estuvieras en aprietos, ven a consultarme».

Acompañó a su hija a la escalera. Luego, mirándola a la cara, con su sonrisa aguda de vieja:

«¿Está bien, mi querido cura?, preguntó.

—Muy bien, respondió tranquilamente Marthe. Voy a San Saturnino, donde tengo que ver al arquitecto de la diócesis».

Marthe y el sacerdote habían pensado que las cosas estaban aún demasiado en el aire para molestar al arquitecto. Contaban con procurarse simplemente un encuentro con él, que iba todos los días a San Saturnino, donde estaban reparando una capilla. Podrían consultarle allí como por casualidad. Marthe, tras atravesar la iglesia, distinguió al padre Faujas y al señor Lieutaud, charlando sobre un andamio, del que se apresuraron a descender. Uno de los hombros del cura estaba todo blanco de yeso; se interesaba por las obras.

A esas horas del mediodía no había una devota, la nave central y las laterales

estaban desiertas, atestadas de sillas en desbandada que unos sacristanes ordenaban ruidosamente. Los albañiles se llamaban desde lo alto de las escaleras, en medio de un rumor de llanas que rascaban los muros. San Saturnino no tenía nada de religioso, de suerte que Marthe ni siquiera se había santiguado. Se sentó delante de la capilla en reparación, entre el padre Faujas y el señor Lieutaud, como lo hubiera hecho en el estudio de éste, si hubiera ido a pedirle parecer a su casa.

La entrevista duró media hora larga. El arquitecto se mostró muy complaciente; su opinión fue que no era preciso construir un local para la obra de la Virgen como llamaba el cura al establecimiento proyectado. Eso resultaría demasiado caro. Era preferible comprar un edificio ya hecho, que se reformaría para las necesidades de la obra. E incluso indicó, en el arrabal, un antiguo internado, donde se había instalado a continuación un vendedor de forraje, y que estaba en venta. Con unos cuantos miles de francos, se comprometía a transformar completamente aquella ruina; prometía incluso maravillas, una entrada elegante, vastas salas, un patio con árboles. Poco a poco, Marthe y el sacerdote habían alzado la voz, y discutían los detalles bajo la bóveda sonora de la nave, mientras el señor Lieutaud, con la punta de su bastón, arañaba las losas, para darles una idea de la fachada.

«Entonces, convenido, caballero, dijo Marthe despidiéndose del arquitecto; nos hará usted un presupuesto aproximado, de forma que sepamos a qué atenernos... Y nos guardará el secreto, ¿verdad?».

El padre Faujas quiso acompañarla hasta la puerta pequeña de la iglesia. Al pasar juntos ante el altar mayor, y mientras ella continuaba conversando vivamente con él, se quedó muy sorprendida de no hallarlo a su lado; lo buscó, lo divisó, doblado en dos, frente a la gran cruz escondida en su estuche de muselina. Aquel sacerdote, que se inclinaba así, cubierto de yeso, le causó una singular sensación. Recordó dónde estaba, mirando a su alrededor con aire inquieto, ahogando el rumor de sus pasos. En la puerta, el cura, que se había puesto muy serio, le tendió silenciosamente el dedo mojado en agua bendita. Ella se santiguó, muy turbada. La doble hoja forrada cayó a sus espaldas suavemente, con un suspiro ahogado.

Desde allí, Marthe fue a casa de la señora Condamin. Estaba feliz de caminar al aire libre, por las calles; las pocas diligencias que le quedaban por hacer le parecían una diversión. La señora de Condamin la recibió con sorprendida amistad. ¡La querida señora Mouret iba por allí tan raramente! Cuando supo de qué se trataba, se declaró encantada, dispuesta a cualquier sacrificio. Vestía un delicioso traje malva con lazos de raso gris perla, en un saloncito donde jugaba a la parisiense desterrada en provincias.

«¡Qué bien ha hecho usted al contar conmigo!, dijo estrechando las manos de Marthe. Pobres chicas, quién acudirá en su ayuda salvo nosotras, a quienes se acusa de darles el mal ejemplo del lujo... Y, además, resulta espantoso pensar que la infancia está expuesta a esas cosas tan feas. Me ha puesto enferma... Disponga enteramente de mí».

Y cuando Marthe la informó de que su madre no podía formar parte del comité, redobló aún más su buena voluntad.

«Es una lástima que tenga tantas ocupaciones, prosiguió con una pizca de ironía; nos habría sido de gran ayuda... Pero ¿qué quiere? Se hará lo que se pueda. Tengo algunos amigos. Iré a ver a monseñor; removeré cielo y tierra, si es preciso... Lo conseguiremos, se lo prometo».

No quiso escuchar ningún detalle de acondicionamientos ni de gastos. Siempre encontrarían el dinero necesario. Pretendía que la obra hiciera honor al comité, que todo fuera bonito y cómodo. Agregó riendo que ella perdía la cabeza en medio de las cifras, que se encargaba en particular de las primeras gestiones, de la dirección general del proyecto. La querida señora Mouret no estaba acostumbrada a solicitar. La acompañaría en sus diligencias, y hasta podría evitarle algunas. Al cabo de un cuarto de hora la obra fue cosa suya, y era ella la que daba instrucciones a Marthe. Ésta iba a retirarse, cuando entró el señor de Condamin; se quedó, cohibida, sin atreverse a hablar ya del objeto de su visita delante del director de Montes, quien estaba, decían, comprometido en el asunto de aquellas pobres chicas, cuya vergüenza ocupaba a la ciudad.

Fue la señora de Condamin quien explicó la gran idea a su marido, que se mostró perfecto de tranquilidad y de buenos sentimientos. Consideró la cosa excesivamente moral.

«Es una idea que sólo podía salir de una madre, dijo gravemente, sin que fuera posible adivinar si se estaba burlando; Plassans le deberá sus buenas costumbres, señora.

—Le confieso que me limité a recoger la idea, respondió Marthe, molesta por aquellos elogios; me fue inspirada por una persona a quien estimo mucho.

—¿Qué persona?, preguntó curiosamente la señora de Condamin.

—El padre Faujas».

Y Marthe, con gran sencillez, dijo la buena opinión que tenía del sacerdote. No hizo, por lo demás, ninguna alusión a los feos rumores que habían corrido; lo presentó como un hombre digno de todo respeto, al cual estaba feliz de abrir su casa. La señora Condamin escuchaba haciendo pequeños ademanes con la cabeza.

«Siempre lo he dicho, exclamó, el padre Faujas es un sacerdote muy distinguido... ¡Si supiera usted qué mala es la gente! Aunque, desde que ustedes le reciben, nadie se atreve ya a hablar. Eso ha cortado de raíz todas las malignas suposiciones... ¿Dice usted, entonces, que la idea es de él? Habrá que decidirle a ponerse al frente. Hasta entonces, queda convenido que seremos discretas... Se lo aseguro, siempre he querido y defendido a ese sacerdote...

—Yo he conversado con él, me ha parecido muy buen chico», interrumpió el director de Montes.

Pero su mujer le hizo callar con un gesto; lo trataba como a un lacayo, con frecuencia. En la turbia boda de que se acusaba al señor de Condamin, había ocurrido

que sólo él cargaba con la vergüenza; la joven a quien había traído no se sabía de dónde, se había hecho perdonar y querer por toda la ciudad, por su gracia, por su amable belleza, a las cuales los provincianos son más sensibles de lo que se cree. Él comprendió que estaba de más en aquella conversación virtuosa.

«Las dejo con el buen Dios, dijo con aire ligeramente irónico. Voy a fumar un cigarro... Octavie, no te olvides de vestirse temprano; esta noche vamos a la subprefectura».

Cuando ya no estuvo allí, las dos mujeres conversaron todavía un instante, volviendo sobre lo que ya habían dicho, apiadándose de las pobres jovencitas que se echan a perder, exhortándose cada vez más a ponerlas al abrigo de todas las seducciones. La señora de Condamin hablaba con mucha elocuencia contra el desenfreno.

«¡Bueno! De acuerdo, dijo estrechando por última vez la mano de Marthe, me tiene a su disposición a la primera llamada... Si va a ver a las señoras Rastoil y Delangre, dígalas que yo me encargo de todo; ellas no tendrán más que aportarnos el nombre... Mi idea es buena, ¿verdad? No nos apartaremos de ella ni una línea... Muchos recuerdos al padre Faujas».

Marthe se dirigió inmediatamente a casa de la señora Delangre, después a casa de la señora Rastoil. Las encontró corteses, aunque más frías que la señora de Condamin. Las dos discutieron el lado pecuniario del proyecto; se necesitaría mucho dinero, la caridad pública jamás proporcionaría las sumas necesarias, se arriesgaban a desembocar en un desenlace ridículo. Marthe las tranquilizó, les dio cifras. Entonces quisieron saber qué señoras habían accedido a formar parte del comité. El nombre de la señora de Condamin las dejó mudas. Después, cuando supieron que la señora Rougon se había excusado, estuvieron más amables.

La señora Delangre había recibido a Marthe en el despacho de su marido. Era una mujercita pálida, de una suavidad de sirvienta, cuyos excesos habían sido legendarios en Plassans.

«¡Dios mío!, murmuró por fin, no pido nada mejor Sería una escuela de virtud para la juventud obrera. Se salvarían muchas almas débiles. No puedo negarme, pues comprendo que le sería muy útil gracias a mi marido, a quien sus funciones de alcalde ponen en continua relación con todas las personas influyentes. Sólo que le pido hasta mañana para darle una respuesta definitiva. Nuestra posición nos fuerza a una gran prudencia y quiero consultar al señor Delangre».

En casa de la señora Rastoil, Marthe encontró a una mujer igualmente blanda, muy gazmoña, que buscaba palabras puras para hablar de las desgraciadas que olvidan sus deberes. Era gorda, ésta, y bordaba un alba muy rica, entre sus dos hijas. Desde las primeras palabras, las había mandado salir.

«Le agradezco que haya pensado en mí, dijo; pero, realmente, me pone en un aprieto. Formo ya parte de varios comités, no sé si tendré tiempo... Se me había ocurrido la misma idea que a usted; sólo que mi proyecto era más ambicioso, quizá

más completo. Hace más de un mes que me prometo ir a hablar de ello con monseñor, sin encontrar nunca un minuto. En fin, podemos unir nuestros esfuerzos. Le explicaré mis puntos de vista, pues creo que está usted equivocada en muchas cosas... Ya que es preciso, me sacrificaré aún más. Ayer me lo decía mi marido: “Realmente, ya no se ocupa usted de sus asuntos, se consagra por entero a los de los demás”».

Marthe la miraba curiosamente, pensando en su antigua relación con el señor Delangre, puesta todavía en solfa en los cafés del paseo Sauvaire. La mujer del alcalde y la mujer del presidente habían acogido el nombre del padre Faujas con gran circunspección; la segunda sobre todo. Marthe se había picado incluso con esta desconfianza respecto a una persona de la que ella respondía; conque había insistido en las grandes cualidades del cura, lo cual había obligado a las dos mujeres a reconocer el mérito del sacerdote, que vivía retirado y sostenía a su madre.

Al salir de casa de la señora Rastoil, Marthe sólo tuvo que cruzar la calzada para ir a ver a la señora Paloque, que vivía al otro lado de la calle Balande. Eran las siete; pero ella deseaba quitarse de encima esta última gestión, aun a riesgo de hacer esperar a Mouret y a ser regañada por él. Los Paloque iban a sentarse a la mesa, en un comedor frío, donde se notaba la estrechez provinciana, una estrechez limpia, cuidadosamente ocultada. La señora Paloque se apresuró a tapar la sopa que iba a servir, contrariada de que los encontrara así a la mesa. Se mostró muy cortés, casi humilde, inquieta en el fondo por una visita que no se esperaba. Su marido, el juez, permaneció ante su plato vacío, las manos sobre las rodillas.

«¡Unas bribonas!, exclamó él, cuando Marthe habló de las chicas del barrio viejo. Menudos detalles me han dado, hoy, en el Palacio. Son ellas las que han instigado al desenfreno a personas muy honorables... Se equivoca usted, señora, al interesarse por esa chusma.

—Además, dijo a su vez la señora Paloque, mucho me temo no poder serle de ninguna utilidad. No conozco a nadie. Mi marido se dejaría cortar una mano antes de solicitar la más ínfima cosa. Nos hemos colocado al margen, asqueados por todas las injusticias que hemos visto. Vivimos modestamente aquí, muy felices de que nos olviden... Fíjese, aunque ahora le ofrecieran un ascenso a mi marido, lo rechazaría. ¿Verdad, amigo mío?».

El juez bamboleó la cabeza asintiendo. Ambos intercambiaron una leve sonrisa, y Marthe se quedó cortada, frente a aquellos dos horribles rostros, llenos de costurones, lívidos de bilis, que se entendían tan bien en aquella comedia de engañosa resignación. Afortunadamente recordó los consejos de su madre.

«Y, sin embargo, yo había contado con usted, dijo, poniéndose muy amable. Tendremos a todas esas damas, las señoras Delangre, Rastoil, de Condamin; pero, entre nosotras, esas señoras pondrán poco más que sus nombres. Me habría gustado encontrar una persona muy respetable, muy abnegada, que se tomara la cosa más a pecho, y había pensado que muy bien podría usted ser dicha persona... ¡Piense en el agradecimiento que nos deberá Plassans, si llevamos a buen puerto tal proyecto!

—Ciertamente, ciertamente, murmuró la señora Paloque, arrobada con aquellas buenas palabras.

—Además, se equivoca usted al creerse sin ningún poder. Es bien sabido que en la subprefectura tienen una gran opinión del señor Paloque. Entre nosotros, le reservan la sucesión del señor Rastoil. No lo niegue usted: sus méritos son conocidos, por mucho que se esconda. Y, mire, ésta es una excelente ocasión para que la señora Paloque salga de la sombra en que se mantiene, para demostrar qué mujer de cabeza y de corazón hay en ella».

El juez se removía mucho. Miraba a su mujer con sus ojos parpadeantes.

«La señora Paloque no se ha negado, dijo.

—No, sin duda, prosiguió ésta. Ya que tiene usted verdadera necesidad de mí, eso basta. Quizá cometa una nueva tontería, me tome mucho trabajo sin verme recompensada por ello. Pregúntele al señor Paloque todo el bien que hemos hecho, sin decir nada. Ya ve a dónde nos ha llevado... No importa, una no puede cambiar, ¿verdad? Seremos unos primos hasta el final... Cuento conmigo, mi querida señora».

Los Paloque se levantaron y Marthe se despidió de ellos, agradeciéndoles su abnegación. Mientras permanecía un instante en el descansillo, para retirar el volante de su traje, enganchado entre la barandilla y los peldaños, los oyó conversar animadamente, detrás de la puerta.

«Vienen a buscarte porque tienen necesidad de ti, decía el juez con voz agria. Serás su burro de carga.

—¡Pues claro!, respondía su mujer; ¡pero no te creas que no me pagarán esto con todo lo demás!».

Cuando Marthe regresó por fin a su casa, eran cerca de las ocho. Mouret la esperaba hacía media hora larga para sentarse a la mesa. Ella se temía una escena horrorosa. Pero, cuando se hubo desvestido y bajó, encontró a su marido sentado a horcajadas en una silla dada la vuelta, tocando tranquilamente a retreta con la yema de los dedos sobre el mantel. Estuvo terrible de guasa, con chanzas de todas clases.

«Yo, dijo, creía que dormirías en un confesionario esta noche... Ahora que vas a la iglesia, tendrás que avisarme, para que cene fuera, cuando estés de invitada de los curas».

Durante toda la cena se le ocurrieron bromas de este corte. Marthe sufría mucho más que si le hubiera reñido. En dos o tres ocasiones imploró con la mirada, le suplicó que la dejara tranquila. Pero con eso no hizo sino espolear su inspiración. Octave y Desirée reían. Serge callaba, poniéndose de parte de su madre. A los postres, Rose acudió a decir, pasmada, que estaba allí el señor Delangre, y que quería hablar con la señora.

«¡Ah! ¿Andas también con las autoridades?», se rió Mouret con aire de guasa.

Marthe fue al salón a recibir al alcalde. Éste, amabilísimo, casi galante, le dijo que no había querido esperar al día siguiente para felicitarla por su generosa idea. La señora Delangre era un poco tímida; había hecho mal al no aceptar sobre la marcha, y

él venía a contestar en su nombre que sería una gran satisfacción formar parte del patronato de damas de la obra de la Virgen. Él, por su lado, pretendía contribuir lo más posible al éxito de un proyecto tan útil, tan moral.

Marthe lo acompañó hasta la puerta de la calle. Allí, mientras Rose levantaba la lámpara para iluminar la acera, el alcalde agregó:

«Dígale al padre Faujas que estaría encantado de conversar con él, si quisiera tomarse la molestia de pasar a verme. Puesto que ha conocido un establecimiento de este tipo en Besançon, podría proporcionarme informaciones valiosas. Quiero que la ciudad pague por lo menos el local. Hasta la vista, mi querida señora; mis mejores saludos al señor Mouret, a quien no quiero molestar».

A las ocho, cuando el padre Faujas bajó con su madre, Mouret contentó con decirle, riendo:

«¿Conque me ha quitado usted hoy a mi mujer? No me la eche demasiado a perder, al menos, no me la convierta en una santa».

Después se sumió en las cartas; tenía que tomarse un terrible desquite sobre la señora Faujas, incrementado por tres días de pérdidas. Marthe fue muy dueña de contarle sus gestiones al sacerdote. Tenía una alegría infantil, toda vibrante aún por aquella tarde pasada fuera de la casa. El cura le hizo repetir ciertos detalles; prometió ir a ver a Delangre, aunque hubiera preferido permanecer totalmente en la sombra.

«Hizo usted mal al nombrarme tan pronto, le dije rudamente al verla tan emocionada, tan abandonada ante él. Pero es usted como todas las mujeres, las mejores causas se estropean en sus manos».

Ella lo miró, sorprendida por esta salida brutal, retrocediendo, experimentando la sensación de espanto que todavía sentía a veces ante su sotana. Le parecía que unas manos de hierro se posaban sobre sus hombros y la doblegaban. Para todo sacerdote la mujer es la enemiga. Cuando él la vio rebelarse bajo aquella corrección demasiado severa, se dulcificó, murmurando:

«Pienso sólo en el éxito de su noble proyecto... Temo comprometer ese éxito, si me ocupo de él. Usted sabe que no me quieren mucho en la ciudad».

Marthe, al ver su humildad, le aseguró que se engañaba, que todas las señoras habían hablado de él en los mejores términos. Se sabía que sostenía a su madre, que llevaba una vida retirada, digna de todos los elogios. Después, hasta las once, conversaron sobre el gran proyecto, volviendo sobre los menores detalles. Fue una velada encantadora.

Mouret había captado algunas frases, entre dos jugadas.

«Entonces, dijo, cuando se fueron a dormir, piensan suprimir el vicio entre ustedes dos... Bonito invento».

Tres días después, el patronato se hallaba constituido. Como las señoras habían nombrado presidenta a Marthe, ésta, por recomendación de su madre, a quien consultaba en secreto, se había apresurado a designar tesorera a la señora Paloque. Ambas se tomaban un trabajo loco, redactando circulares, ocupándose de mil detalles

internos. Durante ese tiempo, la señora de Condamin iba de la subprefectura al obispado, y del obispado a casa de los personajes influyentes, explicando con todo su gracejo «el acertado proyecto que había concebido», paseando atavíos adorables, recolectando limosnas y promesas de apoyo; por su parte, la señora Rastoil, devotamente, contaba a los sacerdotes que recibía el martes cómo se le había ocurrido la idea de salvar del vicio a tantas infelices niñas, al tiempo que se contentaba con encargar al padre Bourrette de hacer gestiones con las hermanas de San José, para conseguir que accediesen a servir en el establecimiento proyectado; mientras, la señora Delangre hacía al mundillo de los funcionarios la confianza de que la ciudad debería aquél establecimiento a su marido, a cuya gentileza debía el comité ya una sala del ayuntamiento, donde se reunía y se concertaba a sus anchas. Plassans estaba toda agitada por aquel pío alboroto. Pronto no se habló sino de la obra de la Virgen. Hubo entonces una explosión de elogios, los íntimos de cada dama del patronato entraban en el juego, cada círculo trabajaba por el éxito de la empresa. Las listas de suscripción, que recorrieron los tres barrios, fueron cubiertas en una semana. Como *La Gaceta de Plassans* publicaba estas listas, con la cifra de las contribuciones, se despertó el amor propio, las familias más conocidas rivalizaron entre sí en generosidad.

Mientras tanto, en medio del jaleo, el nombre del padre Faujas reaparecía a menudo. Aun cuando cada patrocinadora reclamara la idea como propia, se creía saber que el cura había traído la famosa idea de Besançon. El señor Delangre lo declaró abiertamente en el ayuntamiento, en la sesión en la que se votó la compra del inmueble designado por el arquitecto diocesano como muy adecuado para la instalación de la obra de la Virgen. La víspera, el alcalde había tenido una larguísima entrevista con el sacerdote, y se habían separado intercambiando largos apretones de mano. El secretario del ayuntamiento los había oído incluso llamarse «querido señor». Esto operó una revolución en favor del cura. Tuvo, desde entonces, partidarios que lo defendieron de los ataques de sus enemigos.

Los Mouret, por lo demás, se habían convertido en la honorabilidad del padre Faujas. Patrocinado por Marthe, designado como el promotor de una buena obra cuya paternidad rechazaba modestamente, ya no tenía, en la calle, aquel porte humilde que le hacía rozar los muros. Desplegaba al sol su sotana nueva, andaba por el centro de la calzada. Desde la calle Balande a San Saturnino necesitaba ya responder a gran número de sombrerazos. Un domingo, la señora de Condamin lo había parado a la salida de las vísperas, en la plaza del Obispado, donde había charlado con él media hora larga.

«¿Qué, señor cura?, le decía Mouret riendo, ya está usted en olor de santidad, ahora... ¡Y pensar que yo era el único que lo defendía, aún no hace seis meses!... Sin embargo, en su lugar, yo no me fiaría. Sigue teniendo al obispado en contra».

El sacerdote se encogía ligeramente de hombros. No ignoraba que la hostilidad que aún encontraba procedía del clero. El padre Fenil tenía a monseñor Rousselot

temblando bajo la rudeza de su voluntad. A finales del mes de marzo, cuando el vicario general marchó a un pequeño viaje, el padre Faujas pareció aprovechar esta ausencia para hacer varias visitas al obispo. El padre Surin, el secretario particular, contaba que «aquel diablo de hombre» permanecía encerrado horas enteras con monseñor, y que éste estaba de un humor atroz, tras esas largas entrevistas. Cuando el padre Fenil regresó, el padre Faujas interrumpió sus visitas, borrándose de nuevo ante él. Pero el obispo siguió inquieto; fue evidente que alguna catástrofe se había producido en su bienestar de prelado indiferente. En una cena que dio al clero, se mostró especialmente amable con el padre Faujas, quien no era, sin embargo, más que un humilde coadjutor de San Saturnino. Los delgados labios del padre Fenil se apretaban aún más; sus penitentas le inspiraban cóleras contenidas, al pedirle, solícitas, nuevas de su salud.

El padre Faujas entonces entró en una serenidad plena. Continuaba con su vida severa, sólo que adquiriría una amable soltura. Fue un martes por la tarde cuando triunfó definitivamente. Estaba en su casa, en una ventana, disfrutando de las primeras tibiezas de la primavera, cuando la sociedad del señor Péqueur des Saulaies bajó al jardín y lo saludó de lejos; allí estaba la señora de Condamin, quien llevó su familiaridad hasta agitar el pañuelo. Pero en el mismo momento, del otro lado, la sociedad del señor Rastoil se sentaba delante de la cascada, en rústicos asientos. El señor Delangre, apoyado en la terraza de la subprefectura, espiaba lo que pasaba en casa del juez, por encima del jardín de los Mouret, gracias al declive de los terrenos.

«Verás cómo ni siquiera se dignan verlo», murmuró.

Se equivocaba. El padre Fenil, girando la cabeza como por casualidad, se quitó el sombrero. Entonces todos los sacerdotes que allí estaban hicieron otro tanto, y el padre Faujas devolvió el saludo. Luego, tras haber paseado lentamente sus miradas, a derecha e izquierda, sobre las dos sociedades, abandonó la ventana, corrió sus blancas cortinas de una discreción religiosa.

IX

El mes de abril fue muy suave. Por la noche, después de la cena, los niños abandonaban el comedor para ir a jugar al jardín. Como se ahogaba uno en el fondo de la estrecha pieza, Marthe y el sacerdote acabaron por bajar también a la terraza. Se sentaban a unos pasos de la ventana, de par en par, fuera del crudo rayo con el que la lámpara listaba los grandes bojes. Allí hablaban, en la noche que caía, de los mil cuidados de la obra de la Virgen. Esta continua preocupación de caridad ponía en su charla una dulzura más. Frente a ellos, entre los enormes perales del señor Rastoil y los castaños negros de la subprefectura, ascendía un ancho trozo de cielo. Los niños corrían bajo los cenadores, en la otra punta del jardín; mientras que cortas disputas, en el comedor, hacían alzarse bruscamente las voces de Mouret y de la señora Faujas, solos, empedernidos en su juego.

Y a veces Marthe, enternecida, impregnada de una languidez que refrenaba las palabras en sus labios, se detenía, al ver el cohete de oro de una estrella fugaz. Sonreía, la cabeza un poco hacia atrás, mirando el cielo.

«Un ánima del purgatorio que entra en el paraíso», murmuraba.

Después, como el sacerdote permanecía silencioso, agregaba:

«Son creencias encantadoras, todas esas ingenuidades... Una debería de seguir siendo una niña, señor cura».

Ahora, por la noche, ya no zurcía la ropa de la familia. Habría habido que encender una lámpara en la terraza, y ella prefería aquella sombra, aquella noche tibia, en el fondo de la cual se encontraba bien. Por otra parte, salía casi todos los días, lo cual la fatigaba mucho. Después de cenar no se sentía con fuerzas para coger una aguja. Rose tuvo que ponerse a zurcir la ropa, al quejarse Mouret de que todos sus calcetines estaban agujereados.

A decir verdad, Marthe estaba muy ocupada. Amén de las sesiones del comité, que presidía, tenía un montón de preocupaciones, visitas que hacer, vigilancias que ejercer. Se descargaba en la señora Paloque, por supuesto, de las cuentas y de las atenciones menudas; pero experimentaba tal fiebre de ver por fin funcionar la obra, que iba al arrabal hasta tres veces por semana, para cerciorarse del celo de los obreros. Como le parecía que las cosas marchaban siempre con demasiada lentitud, acudía a San Saturnino, en busca del arquitecto, regañándole, suplicándole que no abandonase a sus hombres, celosa incluso de las obras que ejecutaba allí, opinando que la reparación de la capilla avanzaba mucho más de prisa. El señor Lieutaud sonreía, asegurándole que todo estaría terminado en la época convenida.

El padre Faujas declaraba, también, que nada marchaba. La inducía a no darle un minuto de tregua al arquitecto. Marthe acabó entonces por ir todos los días a San Saturnino. Entraba allí, con la cabeza llena de cifras, preocupada por los muros que

había que derribar y reconstruir. El frío de la iglesia la calmaba un poco. Cogía agua bendita, se santiguaba maquinalmente para hacer como todo el mundo. Entre tanto, los sacristanes acababan por conocerla y la saludaban; ella misma se familiarizaba con las diferentes capillas, con la sacristía a donde iba a veces a buscar al padre Faujas, los grandes corredores, los pequeños patios del claustro, que le hacían cruzar. Al cabo de un mes, San Saturnino no tenía un rincón que ella desconociese. A veces tenía que esperar al arquitecto; se sentaba, en una capilla apartada, descansando de su carrera demasiado lápida, repasando en el fondo de su memoria las mil recomendaciones que se prometía hacer al señor Lieutaud; después, el gran silencio estremecido que la rodeaba, la sombra religiosa de las vidrieras, la arrojaban a una especie de ensoñación vaga y dulcísima. Comenzaba a amar las altas bóvedas, la solemne desnudez de los muros, de los altares, guarnecidos con sus fundas, de las sillas alineadas regularmente en filas. Era, en cuanto la doble puerta forrada caía blandamente a sus espaldas, como una sensación de reposo supremo, de olvido de las molestias del mundo, de aniquilamiento de todo su ser en la paz de la tierra.

«¡En San Saturnino sí que hace bueno!, dejó escapar una noche delante de su marido, después de un cálido día de tormenta.

—¿Quieres que vayamos a dormir allí?», dijo Mouret riendo.

Marthe se sintió herida. Esa idea del bienestar puramente físico que experimentaba en la iglesia la lastimó como una cosa inconveniente. Cuando volvió por San Saturnino lo hizo con una ligera turbación, esforzándose por permanecer indiferente, por entrar allí lo mismo que entraba en las grandes salas del ayuntamiento, y a su pesar conmovida hasta las entrañas por un temblor. Sufría con ello, insistía de buen grado en aquel sufrimiento.

El padre Faujas no parecía percibir el lento despertar que la animaba cada día más. Seguía siendo para ella un hombre atareado, que dejaba a un lado el cielo. El cura jamás se clareaba. A veces, no obstante, ella le molestaba durante un funeral; él llegaba con sobrepelliz, charlaba un instante entre dos pilares, aportando consigo un vago olor a incienso y cera. Era a menudo para una cuenta de albañilería, una exigencia del carpintero. El indicaba cifras concretas, y se marchaba a acompañar a su muerto, mientras que ella se quedaba allí, se rezagaba en la nave vacía, donde un sacristán apagaba los cirios. Cuando el padre Faujas, al atravesar la iglesia con ella, se inclinaba delante del altar mayor, ella había cogido la costumbre de inclinarse también, al principio por simple conveniencia; después el saludo se volvió maquinal y saludaba incluso cuando se encontraba sola. Hasta entonces, esa reverencia era toda su devoción. Dos o tres veces acudió allí sin saberlo, en días de gran ceremonia; pero al oír el ruido de los órganos, al ver la iglesia llena, había escapado, presa de temor, sin atreverse a cruzar la puerta.

«¿Qué?, le preguntaba a menudo Mouret con guasa, ¿cuándo haces la primera comunión?».

Continuaba acribillándola a bromas. Ella no contestaba jamás; fijaba en él unos

ojos inmóviles, donde se encendía una breve llama, cuando él iba demasiado lejos. Poco a poco, se volvió más amargo, no tuvo ya ánimos para burlarse. Después, al cabo de un mes, se enojó.

«¿Te parece sensato meterte con la clerigalla?, refunfuñaba, los días que no encontraba su cena preparada. Siempre estás fuera ahora, no hay manera de retenerte una hora en casa... Y me daría igual si las cosas aquí no lo pagaran. Pero ya no tengo ropa zurcida, la mesa nunca está puesta a las siete, de Rose no hay quien haga carrera, la casa está hecha un desastre».

Y recogía un trapo del suelo, guardaba una botella de vino olvidada, limpiaba el polvo de los muebles con la yema de los dedos, espoleando su cólera cada vez más, chillando:

«¡Sólo me queda coger una escoba, verdad, y ponerme un delantal de cocina!... ¡Tolerarías eso, palabra de honor! Me dejarías hacer la limpieza, sin siquiera darte cuenta. ¿Sabes que me pasé dos horas esta mañana ordenando este armario? No, prenda, la cosa no puede seguir así».

Otras veces la disputa estallaba a propósito de los niños. Mouret, al volver a casa, había encontrado a Desirée «hecha un cerdito», sola en el jardín, de bruces, delante de un agujero de hormigas, para ver qué hacían las hormigas en la tierra.

«¡Menuda suerte que no duermas fuera!, gritaba a su mujer, en cuanto la veía. Ven a ver a tu hija. No he querido que se cambiase de traje, para que disfrutaras con tan lindo espectáculo».

La niña lloraba a lágrima viva, mientras su padre le daba vueltas en todos los sentidos.

«¿Qué? ¿Está preciosa?... Así es cómo se ponen los niños cuando se les deja solos. La culpa no es de la pobre inocente. Tú no querías separarte de ella ni cinco minutos, decías que prendería fuego a algo... Sí, prenderá fuego, todo arderá, y te estará bien empleado».

Después, cuando Rose se había llevado a Desirée, continuaba durante horas:

«Ahora vives para los hijos de los otros. Ya no puedes cuidarte de los tuyos. Se explica... ¡Ah! ¡Bien tonta que eres! ¡Aperrearte por un hato de bribonas que se burlan de ti, que se citan en todos los rincones de las murallas! Vete a pasear una noche, por el lado de la Explanada, y las verás con las sayas por encima de la cabeza, a esas tunantas a quienes tú pones bajo la protección de la Virgen...».

Cogía resuello, continuaba:

«Vela al menos por Desirée, antes de ir a recoger chicas al arroyo. Tiene agujeros como puños en el traje. Un día de estos la encontraremos con algún miembro roto, en el jardín... No te hablo de Octave ni de Serge, aunque me gustaría saberte en casa cuando regresan del colegio. Se les ocurren inventos diabólicos. Ayer rajaron dos baldosas de la terraza tirando petardos... Te digo que, si no te quedas aquí, un día de estos encontraremos la casa por los suelos».

Marthe se disculpaba en pocas palabras. Había tenido que salir. Mouret, con su

buen sentido guasón, estaba en lo cierto: la casa marchaba mal. Aquel rincón tranquilo, donde el sol se ponía tan felizmente, se volvía chillón, abandonado, lleno del desorden de los niños, de los malos humores del padre, de los hastíos indiferentes de la madre. A la mesa, por la noche, toda aquella gente comía mal y se peleaba. Rose hacía lo que le daba la gana. Por otra parte, la cocinera le daba la razón a su señora.

Las cosas llegaron a tal punto que Mouret, habiendo encontrado a su suegra, se quejó amargamente de Marthe, aunque notaba el gusto que le daba a la anciana señora al contarle los problemas de su matrimonio.

«Me deja usted asombrada, dijo Félicité con una sonrisa. Marthe parecía temerle; yo incluso la encontraba demasiado débil, demasiado obediente. Una mujer no debe temblar ante su marido.

—¡Ay, sí!, exclamó Mouret desesperado. Por evitar una disputa, se habría metido bajo tierra. Bastaba una sola mirada; hacía todo lo que yo quería... Pero ahora, nada; por mucho que yo chille, no deja de obrar a su antojo. No responde, eso es cierto; no se enfrenta conmigo, pero todo llegará...».

Félicité respondió hipócritamente:

«Si usted quiere, hablaré con Marthe. Sólo que eso podría herirla. Este tipo de cosas deben quedar entre marido y mujer... No estoy inquieta: sabrá usted recobrar esa paz que tanto le enorgullecía».

Mouret meneaba la cabeza, los ojos en el suelo. Prosiguió:

«No, no, me conozco; chillo, pero eso no sirve de nada. Soy débil como un niño, en el fondo... Se equivoca quien cree que siempre he tratado a mi mujer a la baqueta. Si ha hecho con frecuencia lo que he querido, era porque le traía sin cuidado, le resultaba indiferente hacer una cosa u otra. Con su aire de dulzura, es muy cabezota... En fin, trataré de manejarla por las buenas».

Después, levantando la cabeza:

«Habría hecho mejor en no contarle todo esto; no se lo diga a nadie, ¿eh?».

Al día siguiente, Marthe fue a ver a su madre y ésta adoptó un aire afectado, diciéndole:

«Te equivocas, hija, al conducirte mal con tu marido... Lo he visto ayer, está exasperado. Sé perfectamente que tiene muchas ridiculeces, pero ésa no es razón para descuidar tu casa».

Marthe miró fijamente a su madre.

«¡Ah! Se queja de mí, dijo con voz breve. Debería callarse, al menos; yo no me quejo de él».

Y habló de otra cosa; pero la señora Rougon la devolvió a su marido, al pedirle noticias del padre Faujas.

«Dime, a lo mejor a Mouret no le gusta, y se enfurruña por culpa de él...».

Marthe quedó sorprendidísima.

«¡Vaya idea!, murmuró. ¿Por qué quiere usted que a mi marido no le guste el padre Faujas? Por lo menos, nunca rae ha dicho nada que pueda hacérmelo suponer.

Tampoco le habré dicho a usted nada, ¿no?... No, se equivoca usted. Iría a buscarlos a sus habitaciones, si la madre no bajara a jugar su partida».

En efecto, Mouret no abría la boca sobre el padre Faujas. Lo embromaba un poco rudamente a veces. Lo mezclaba en las burlas con que atormentaba a su mujer, a propósito de la religión. Pero eso era todo.

Una mañana, le gritó a Marthe mientras se hacía la barba:

«Oye, prenda, si alguna vez te confiesas, coge al padre de director espiritual. Tus pecados quedarán entre nosotros, al menos».

El padre Faujas confesaba los martes y los viernes. Esos días Marthe evitaba ir a San Saturnino, decía que no quería molestarle; pero obedecía aún más a esa especie de pudor asustado que la cohibía cuando lo encontraba en sobrepelliz, trayendo en la muselina los olores discretos de la sacristía. Un viernes fue con la señora de Condamin a ver en qué situación estaban los trabajos de la obra de la Virgen. Los obreros remataban la fachada. La señora de Condamin protestó, juzgando la decoración mezquina, sin carácter; habrían hecho falta dos ligeras columnas con una ojiva, algo joven y religioso a la vez, un detalle de arquitectura que hiciera honor al patronato de damas. Marthe, vacilante, convencida poco a poco, acabó confesando que resultaría muy pobre, en efecto. Después, empujada por la otra, prometió hablar ese mismo día con el señor Lieutaud. Antes de volver a casa, para cumplir su palabra, pasó por la catedral. Eran las cuatro, el arquitecto acababa de marcharse. Cuando preguntó por el padre Faujas, un sacristán le respondió que confesaba en la capilla de Santa Aurelia. Sólo entonces se acordó de qué día era, murmuró que no podía esperar. Pero al retirarse, cuando pasó por delante de la capilla de Santa Aurelia, pensó que el cura quizá la hubiera visto. La verdad era que se sentía asaltada de singular debilidad. Se sentó fuera de la capilla, pegada a la reja. Y allí se quedó.

El cielo estaba gris, la iglesia se llenaba de un lento crepúsculo. En las naves laterales, ya negras, brillaban la estrella de una mariposa, el pie dorado de un candelabro, el traje de plata de una virgen; y, enfilando la nave principal, un rayo pálido moría sobre el roble pulido de los bancos y las sillas de coro. Marthe nunca había experimentado tal abandono de sí misma; sus piernas le parecían como rotas; sus manos eran tan pesadas que las unía sobre sus rodillas para no tomarse el trabajo de sostenerlas. Se dejaba resbalar a un sueño, en el cual continuaba viendo y oyendo, pero de una forma muy dulce. Los leves ruidos que corrían bajo la bóveda, la caída de una silla, el paso remolón de una beata, la enternecían, adquirían una sonoridad musical que la arrobaba hasta lo más hondo; mientras que los postreros reflejos del día, las sombras que ascendían a vio largo de los pilares como fundas de sarga, adoptaban para ella delicadezas de seda cambiante, todo un desfallecimiento exquisito que la ganaba, en el fondo del cual sentía fundirse y morir su ser. Después, todo se apagó a su alrededor. Fue perfectamente feliz con algo innominado.

El ruido de una voz la sacó de este éxtasis.

«Lo siento mucho, decía el padre Faujas. La había visto, pero no podía

abandonar...».

Entonces ella pareció despertar sobresaltada. Lo miró. Estaba en sobrepelliz, de pie, en la luz agonizante. Su última penitente acababa de marcharse, y la iglesia vacía tenía profundidades más solemnes.

«¿Quería usted hablarme?», preguntó.

Ella hizo un esfuerzo, trató de recordar.

«Sí, murmuró, ya no sé... ¡Ah!, es la fachada, que la señora de Condamín juzga demasiado mezquina. Harían falta dos columnas, en lugar de esa puerta lisa que no dice nada. Se colocaría una ojiva con vidrieras. Sería muy bonito... Lo entiende usted, ¿verdad?».

Él la contemplaba con aire profundo, las manos enlazadas sobre la sobrepelliz, dominándola, bajando hacia ella su cara grave; y ella, sentada, sin fuerzas para ponerse en pie, balbucía aún más, como sorprendida en un sueño de su voluntad, que no podía sacudirse.

«Serían más gastos, cierto es... Podríamos contentarnos con columnas de piedra blanca, con una simple moldura... Hablaremos con el maestro de obras, si le parece; nos diría los precios. Sólo que convendría pagarle antes la última cuenta. Son dos mil ciento y pico de francos, creo. Tenemos fondos, la señora Paloque me lo dijo esta mañana... Todo puede arreglarse, señor cura».

Bajaba la cabeza, como oprimida por la mirada que sentía sobre sí. Cuando la alzó y encontró los ojos del sacerdote, juntó las manos con el gesto de un niño que pide perdón, prorrumpió en sollozos. El sacerdote la dejó llorar, siempre de pie, silencioso. Entonces ella calló de hinojos ante él, llorando entre sus manos cerradas, con las que se cubría el rostro.

«Por favor, levántese, dijo dulcemente el padre Faujas; se arrodillará usted delante de Dios».

La ayudó a levantarse, se sentó a su lado. Después, en voz baja, conversaron largamente. La noche había caído del todo, las mariposas pinchaban con sus puntas de oro las profundidades negras de la iglesia. Sólo el murmullo de sus voces ponía un temblor delante de la capilla de Santa Aurelia. Se oía el habla abundante del padre Faujas fluir largamente, sin pausa, tras cada respuesta débil y rota de Marthe. Cuando por fin se levantaron, él pareció negar una gracia que ella reclamaba encarecidamente, la llevó del lado de la puerta, elevando el tono:

«No, no puedo, se lo aseguro, dijo; es preferible que coja usted al padre Bourrette.

—Y, sin embargo, yo tendría una gran necesidad de sus consejos, murmuró Marthe suplicante. Me parece que con usted todo me resultará fácil.

—Se equivoca, prosiguió él con voz más dura. Temo, por el contrario, que mi dirección le sería perjudicial, al comienzo. El padre Bourrette es el sacerdote que usted necesita, créame... Más adelante, le daré quizá una respuesta».

Marthe obedeció. Al día siguiente, las devotas de San Saturnino quedaron enormemente sorprendidas al ver a la señora Mouret ir a arrodillarse ante el

confesonario del padre Bourrette. Dos días después, por todo Plassans corría el rumor de esta conversión. Ciertas personas pronunciaron el nombre del padre Faujas, con finas sonrisas; pero, en resumen, la impresión fue excelente, todo en beneficio del cura. La señora Rastoil felicitó a la señora Mouret, en pleno comité; la señora Delangre quiso ver en ello una primera bendición de Dios, que recompensaba a las damas del patronato por su buena obra, tocando el corazón de la única de ellas que no practicaba; mientras que la señora de Condamin dijo a Marthe, llevándosela aparte:

«Ea, querida, ha tenido usted razón; eso es necesario para una mujer. Y además, realmente, cuando una sale un poco, tiene que ir a la iglesia».

Se extrañaron sólo de la elección del padre Bourrette. El buen hombre no confesaba más que a las niñas pequeñas. ¡Las señoras lo consideraban «tan poco divertido»! El jueves de los Rougon, como Marthe no había llegado aún, charlaron sobre ello en un rincón del salón verde, y fue la señora Paloque quien, con su lengua de víbora, encontró la última palabra de aquellos comadreo.

«El padre Faujas ha hecho bien en no guardársela para sí, dijo con un mohín que la puso más espantosa; el padre Bourrette lo salva todo y no tiene nada de chocante».

Cuando Marthe llegó, ese día, su madre salió a su encuentro, poniendo cierta afectación en besarla con ternura delante de la gente. También ella se había reconciliado con Dios, después del golpe de Estado. Le pareció que el padre Faujas podía aventurarse ya por el salón verde; pero él se excusó, hablando de sus ocupaciones, de su amor a la soledad. Ella creyó comprender, que se reservaba una entrada triunfal para el invierno siguiente. Por otra parte, los éxitos del cura aumentaban. En los primeros meses sólo había tenido de penitentes a las devotas del mercado de hortalizas que se celebra detrás de la catedral, vendedoras de lechugas, cuyo dialecto escuchaba tranquilamente, sin entenderlo a veces; mientras que ahora, sobre todo desde el ruido ocasionado por la obra de la Virgen, veía, martes y viernes, todo un corro de burguesas con trajes de seda arrodilladas alrededor de su confesonario. Cuando Marthe contó ingenuamente que a ella no la había querido, la señora de Condamin no se lo pensó dos veces: dejó a, su director, el primer coadjutor de San Saturnino, a quien este abandono desesperó, y se pasó clamorosamente al padre Faujas. Tal escándalo situó definitivamente a éste en la sociedad de Plassans.

Cuando Mouret se enteró de que su mujer iba a confesarse, se limitó a decirle:

«¿Haces algo malo ahora, puesto que sientes la necesidad de contarle tus cosas a una sotana?».

Por lo demás, en medio de toda aquella agitación piadosa, pareció aislarse, encerrarse más en sus hábitos, en su vida estrecha. Su mujer le había reprochado sus quejas.

«Tienes razón, hice mal, había respondido. No hay que darles gusto a los demás, contándoles nuestros problemas... Te prometo que no le proporcionaré esa alegría a tu madre por segunda vez. He reflexionado. ¡Ya puede derrumbarse la casa sobre mi cabeza, el diablo me lleve si lloriqueo delante de alguien!».

Y desde ese momento, en efecto, se había mostrado respetuoso con su matrimonio, sin pelearse con su mujer delante de nadie, diciéndose como antaño el más feliz de los hombres. Este esfuerzo de buen sentido le costó poco, entraba en el cálculo constante de su bienestar. Y hasta exageró su papel de burgués metódico, satisfecho de la vida. Marthe sólo notaba sus impacencias por sus pataleos más vivos. La respetaba semanas enteras, acribillando a los niños y a Rose a burlas, chillando contra ellos, de la mañana a la noche, por los menores pecadillos. Si la hería, era lo más a menudo con malignidades que solamente ella podía entender.

Sólo era ahorrativo, se volvió avaro.

«No tiene ningún sentido, rezongaba, gastar el dinero como lo hacemos. Apuesto a que se lo das todo a tus bribonzuelas. Ya haces de más con perder tu tiempo... Oye, prenda, te entregaré cien francos al mes para comida. Si te empeñas en hacer limosnas a unas chicas que no lo merecen, las sacarás del dinero de tu vestuario».

Se mantuvo firme: negó, al mes siguiente, un par de botinas a Marthe, con el pretexto de que eso alteraba sus cálculos y que ya la había avisado. Una noche, sin embargo, su mujer lo encontró llorando a lágrima viva en su dormitorio. Toda su bondad se conmovió: lo cogió entre sus brazos, le suplicó que le confiara sus pesares. Pero él se desprendió brutalmente, dijo que no estaba llorando, que tenía jaqueca, y que era eso lo que le enrojecía los ojos.

«¿Es que te crees, gritó, que soy tan tonto como tú, para sollozar?».

Se sintió herida. Al día siguiente, él fingió una gran alegría. Luego, a unos días de eso, después de la cena, cuando el padre Faujas y su madre habían bajado ya, se negó a jugar su partida de cientos. No tenía la cabeza para juegos, decía. Los días posteriores encontró otros pretextos, de modo que cesaron las partidas. Todo el mundo bajaba a la terraza, Mouret se sentaba frente a su mujer y al cura, conversando, buscando las ocasiones de tomar la palabra, que conservaba el mayor tiempo posible; mientras que la señora Faujas, a unos pasos se mantenía en la sombra, muda, inmóvil, las manos sobre las rodillas, semejante a una de esas figuras legendarias que guardan un tesoro con la arrogante fidelidad de un perro agazapado.

«¡Ay! ¡Qué buena velada!, decía Mouret cada noche. Se está mejor aquí que en el comedor. Tenían ustedes razón al salir a tomar el fresco... ¡Vaya!, ¡una estrella fugaz! ¿Ha visto, señor cura? Me han dicho que es San Pedro que enciende la pipa, allá arriba».

Reía. Marthe permanecía seria, molesta por las bromas con que él estropeaba el ancho cielo que se extendía ante ella, entre los perales del señor Rastoil y los castaños de la subprefectura. Él fingía a veces ignorar que ella era practicante, ahora; se llevaba al cura aparte, declarándole que contaba con él para lograr la salvación de toda la casa. Otras veces, no empezaba una frase sin decir en tono de buen humor: «Ahora que mi mujer se confiesa...». Después, cuando estaba harto de este eterno tema, escuchaba lo que se decía en los jardines vecinos; reconocía las voces ligeras que se alzaban, llevadas por el aire tranquilo de la noche, mientras los últimos ruidos

de Plassans se extinguían, a lo lejos.

«Ésas, murmuraba, aguzando la oreja hacia la subprefectura, son las voces del señor de Condamin y del doctor Porquier. Deben de burlarse de los Paloque... ¿Han oído ustedes el falsete de Delangre, que ha dicho: “Señoras, deberían entrar; está haciendo fresco”? ¿No opinan ustedes que ese enano de Delangre tiene siempre pinta de haberse tragado un silbato?».

Y se volvía hacia el jardín de los Rastoil:

«No hay nadie ahí, proseguía; no oigo nada... ¡Ah, sí! Esas pavas de las hijas están delante de la cascada.

Se diría que la mayor masca guijarros cuando habla. Todas las noches, cotorrean durante una hora larga. Si se confían las declaraciones que les hacen, no deben de tener para mucho... ¡Eh!, están todos. Ahí está el padre Surin, que tiene voz de pito, y el padre Fenil, que podría servir de carraca el viernes santo. En ese jardín se amontonan a veces unos veinte, sin mover ni un dedo. Creo que se ponen ahí para escuchar lo que nosotros decimos».

A todas estas habladurías el padre Faujas y Marthe respondían con cortas frases, cuando los interrogaba directamente. De ordinario, con el rostro levantado, los ojos perdidos, estaban juntos, en otro lugar, más lejos, más arriba. Una noche Mouret se durmió. Entonces, lentamente, empezaron a charlar; bajaban la voz, acercaban sus cabezas. Y, a unos pasos, la señora Faujas, las manos en las rodillas, los oídos alargados, los ojos abiertos, sin oír, sin ver, parecía guardarles.

X

Transcurrió el verano. El padre Faujas no parecía tener la menor prisa por beneficiarse de su naciente popularidad. Continuó encerrándose en casa de los Mouret, feliz de la soledad del jardín, al que había acabado por bajar incluso durante el día. Leía su breviario bajo el cenador del fondo, caminando lentamente, la cabeza gacha, a lo largo de la tapia. A veces cerraba el libro, aflojaba aún más el paso, como absorto en una profunda ensoñación; y Mouret, que le espiaba, acababa por sentirse asaltado de una sorda impaciencia, al ver, durante horas, aquella figura negra ir y venir, detrás de sus frutales.

«Uno ya no está en su casa, murmuraba. No puedo levantar los ojos, ahora, sin ver esa sotana... Es como los cuervos, ese mozo; tiene un ojo redondo que parece acechar y esperar algo. No me fío nada de todo su aire de desinterés».

Sólo hacia los primeros días de septiembre estuvo listo el local de la obra de la Virgen. Las obras se eternizan en provincias. Hay que reconocer que las damas del patronato habían trastornado, en dos ocasiones, los planes del señor Lieutaud con sus ideas. Cuando el comité tomó posesión del establecimiento, recompensaron la complacencia del arquitecto con los más amables elogios. Todo les pareció acertado: vastas salas, corredores excelentes, patio plantado de árboles y adornado con dos pequeñas fuentes. La señora de Condamin quedó encantada con la fachada, una de sus ideas. Encima de la puerta, sobre una placa de mármol negro, las palabras *Obra de la Virgen* estaban grabadas en letras de oro.

La inauguración dio motivo a una fiesta muy conmovedora. El obispo en persona, con el capítulo, acudió a dar posesión a las hermanas de San José, que estaban autorizadas a atender el establecimiento. Habían reunido a unas cincuenta muchachas de ocho a quince años, recogidas en las calles del barrio viejo. Los padres, para que las admitieran, habían tenido que declarar simplemente que sus ocupaciones los obligaban a ausentarse de casa el día entero. El señor Delangre pronunció un discurso muy aplaudido; explicó por extenso, en estilo noble, este asilo de un nuevo tipo; lo llamó «escuela de buenas costumbres y de trabajo, donde unas jóvenes e interesantes criaturas iban a escapar a las malas tentaciones». Se señaló mucho, al final del discurso, una delicada alusión al verdadero autor de la obra, al padre Faujas. Estaba allí, mezclado con los otros sacerdotes. Permaneció tan tranquilo, con su hermoso rostro grave, cuando todos los ojos se volvieron hacia él. Marthe se había ruborizado, en el estrado donde estaba sentada, en medio de las damas del patronato.

Cuando la ceremonia hubo terminado, el obispo quiso visitar la casa en sus menores detalles. Pese al evidente mal humor del padre Fenil, mandó llamar al padre Faujas, cuyos grandes ojos negros no lo habían dejado un solo instante, y le rogó que tuviera la bondad de acompañarlo, agregando en voz alta, con una sonrisa, que

ciertamente no podía elegir un guía mejor informado. La frase corrió entre los asistentes que se retiraban; por la noche, todo Plassans comentaba la actitud de monseñor.

El patronato de damas se había reservado una sala en la casa. Ofrecieron en ella un tentempié al obispo, que aceptó una galleta y dos dedos de Málaga, encontrando la manera de mostrarse amable con cada una de ellas. Así terminó felizmente la piadosa fiesta; pues había habido, durante la ceremonia y antes de ella, roces de amor propio entre las señoras, a quienes las delicadas alabanzas de monseñor Rousselot devolvieron el buen humor. Cuando se encontraron solas, declararon que todo se había desarrollado muy bien; no paraban de hablar de la simpatía del prelado. Sólo la señora Paloque perdió el color. El obispo, en su distribución de cumplidos, la había olvidado.

«Tenías razón, dijo rabiosamente a su marido, cuando volvió a casa, ¡he sido como el perro, en las tonterías de éstas! ¡Menuda idea la de juntar unas chiquillas corrompidas!... En fin, les consagré todo mi tiempo, y ese inocentón del obispo, que tiembla delante de su clero, no ha tenido ni un “gracias” para mí... ¡Como si la señora de Condamin hubiera hecho algo! Está demasiado ocupada en exhibir sus vestidos, esa antigua... Sabemos lo que sabemos, ¿no? Acabarán por obligarnos a contar historias que no a todo el mundo le parecerán divertidas. No tenemos nada que ocultar, nosotros... ¡Y la señora Delangre, y la señora Rastoil! Sería fácil hacerlas ruborizarse hasta el blanco de los ojos. ¿Es que se han movido de sus salones? ¿Es que se han tomado la mitad del trabajo que yo he tenido? ¡Y esa señora Mouret, que tenía pinta de guiar la barca, y que sólo estaba ocupada en colgarse de la sotana de su padre Faujas! Otra hipócrita, ésa, que nos las hará pasar negras... ¡Bueno! Pues todas, todas, recibieron una frase encantadora; y yo, nada. Soy el perro... Esto no puede durar, Paloque, ya lo ves. El perro acabará por morder».

A partir de ese día, la señora Paloque se mostró mucho menos complaciente. Sólo llevó las cuentas muy irregularmente, rechazó las tareas que le desagradaban, hasta el punto de que las damas del patronato hablaron de coger un empleado. Marthe contó estos problemas al padre Faujas, a quien preguntó si tendría una persona de fiar para recomendarle.

«No busque a nadie, le contestó; quizá tenga a alguien... Deme dos o tres días».

Desde hacía algún tiempo recibía frecuentes cartas, franqueadas en Besançon. Eran todas de la misma letra, una letra grande y fea. Rose, que se las subía, pretendía que se enfadaba con sólo ver los sobres.

«Se le pone una cara rara, decía. Seguro que no quiere mucho a la persona que le escribe con tanta frecuencia».

La vieja curiosidad de Mouret se despertó un instante, a propósito de esta correspondencia. Un día, subió él mismo una de las cartas, con amable sonrisa, con la disculpa de que Rose no estaba. El cura desconfiaba, sin duda, pues se hizo el encantado, como si hubiera esperado aquella carta con impaciencia. Pero Mouret no

se dejó engañar por aquella comedia; se quedó en el descansillo, pegando la oreja a la cerradura.

«¿De tu hermana otra vez, no?, decía la voz ruda de la señora Faujas. ¿Por qué te persigue así?».

Hubo un silencio; después arrugaron violentamente un papel, y la voz del cura rezongó:

«¡Por descontado! Siempre la misma canción. Quiere venir con nosotros y traernos a su marido, para que se lo coloquemos. Cree que nadamos en la abundancia... Me temo que hagan una cabezonada, que se nos presenten aquí un buen día.

—No, no, no los necesitamos, ¿oyes, Ovide?, prosiguió la voz de la madre. Nunca te han querido, siempre han estado celosos de ti... Trouche es un granuja, y Olympe una desalmada. Verás cómo quieren todo el provecho para ellos. Te comprometerían, te perturbarían en tus asuntos».

Mouret oía mal, muy emocionado por la mala acción que estaba cometiendo. Creyó que tocaban la puerta, escapó. Por lo demás, tuvo buen cuidado de no jactarse de esta expedición. Fue unos días más tarde, en su presencia, en la terraza, cuando el padre Faujas le dio una respuesta definitiva a Marthe.

«Tengo que proponerle un empleado, dijo con su aire de tranquilidad; es uno de mis parientes, un cuñado, que va a llegar de Besançon dentro de unos días».

Mouret aguzó la oreja. Marthe pareció encantada.

«¡Ah! ¡Qué bien!, exclamó. Yo estaba en apuros para hacer una buena elección. Comprenderá usted, se necesita un hombre de intachable moralidad, con todas esas jovencitas... Pero desde el momento en que se trata de un pariente suyo...

—Sí, prosiguió el sacerdote. Mi hermana tenía un pequeño comercio de ropa blanca, en Besançon; ha tenido que liquidarlo por razones de salud; ahora desea reunirse con nosotros, pues los médicos le han prescrito el aire del Sur... Mi madre está feliz.

—Sin duda, dijo Marthe, no se habían separado ustedes nunca, va a parecerles estupendo encontrarse en familia... ¿Sabe usted lo que vamos a hacer? Hay dos habitaciones que ustedes no utilizan, arriba. ¿Por qué no se alojan en ellas su hermana y su marido?... ¿No tienen niños?

—No, son sólo los dos... En efecto, yo había pensado por un instante en darles esas dos habitaciones; pero tuve miedo de contrariar a ustedes, al introducir tanta gente en su casa.

—Nada de eso, se lo aseguro; son ustedes pacíficos».

Se detuvo. Mouret le tiraba violentamente de una punta del traje. No quería saber nada de la familia del cura en su casa, se acordaba de la bonita manera con que la señora Faujas calificaba a su hija y su yerno.

«Las habitaciones son muy pequeñas, dijo a su vez; al señor cura le estorbarían... Más valdría para todos que la hermana del señor cura alquilase algo al lado;

precisamente hay una vivienda libre, en casa de los Paloque, en frente».

La conversación se cortó en seco. El sacerdote no respondió nada, miró al aire. Marthe lo creyó herido, y sufrió mucho con la brutalidad de su marido. Por ello, al cabo de un instante, no pudo soportar más aquel silencio embarazado.

«De acuerdo, pues, prosiguió, sin tratar de reanudar más hábilmente la conversación; Rose ayudará a su madre a limpiar las dos habitaciones... A mi marido le preocupaba sólo la comodidad personal de ustedes; pero, puesto que así lo desean, no seremos nosotros quienes les impidamos disponer del piso a su gusto».

Cuando Mouret estuvo a solas con su mujer, se enfureció.

«No te entiendo, de veras. Cuando alquilé al cura, te enfurruñaste, no querías dejar entrar un gato en tu casa; ahora, el cura podría traerte a toda su familia, toda la caterva, hasta los sobrinos nietos, y encima le darías las gracias... Y eso que te tiré bastante del vestido. ¿No lo notabas? Estaba bien claro, no quería aquí esa gente... No son personas honradas.

—¿Cómo puedes saberlo?, exclamó Marthe, a quien la injusticia irritaba. ¿Quién te lo ha dicho?

—¡Eh! El propio padre Faujas. Sí, lo oí un día; hablaba con su madre».

Ella lo miró fijamente. Entonces él se ruborizó un poco, balbuceó:

«En fin, lo sé, y basta... La hermana es una desalmada, y su marido, un granuja. Por muchos aires de reina ofendida que pongas, son sus palabras, no invento nada. Como comprenderás, no necesito esa camarilla en mi casa. La vieja era la primera en no querer oír hablar de su hija. Ahora el cura dice otra cosa. Ignoro qué ha podido hacerle cambiar de opinión. Algún nuevo tapujo por su parte. Debe de tener necesidad de ellos».

Marthe se encogió de hombros y lo dejó gritar. El dio órdenes a Rose de que no limpiara las habitaciones; pero Rose ya sólo obedecía a su señora. Durante cinco días su cólera se gastó en palabras amargas, en recriminaciones terribles. Cuando el padre Faujas estaba allí, se contentaba con enfurruñarse, no se atrevía a atacarlo en su cara. Después, como siempre, se aguantó. Se le ocurrieron sólo burlas sobre aquella gente que iba a llegar. Apretó aún más los cordones de su bolsa, se aisló en mayor medida, se hundió del todo en el círculo egoísta en el que giraba. Cuando se presentaron los Trouche, una tarde de octubre, se limitó a murmurar:

«¡Diantres! No huelen bien, tienen una pinta desastrosa».

El padre Faujas pareció poco deseoso de dejar ver a su hermana y su cuñado el día de su llegada. La madre se había apostado en el umbral de la puerta. En cuanto los distinguió asomando por la plaza de la Subprefectura, se puso al acecho, echando ojeadas inquietas a sus espaldas, al pasillo y la cocina. Pero tuvo mala pata. Cuando los Trouche entraban, Marthe, que iba a salir, subió desde el jardín, seguida por los niños.

«¡Ah! ¡Aquí tenemos a toda la familia!», dijo con una sonrisa amable.

La señora Faujas, tan dueña de sí de ordinario, se turbó ligeramente, balbuciendo

una frase de respuesta. Durante unos minutos allí se quedaron, frente a frente, en medio del vestíbulo, examinándose. Mouret había salvado rápidamente los peldaños de la escalinata. Rose se había plantado en el umbral de su cocina.

«¡Estará usted feliz!», prosiguió Marthe, dirigiéndose a la señora Faujas.

Después, consciente de la confusión que tenía mudo a todo el mundo, y queriendo mostrarse amable con los recién llegados, se volvió hacia Trouche, añadiendo:

«Han llegado ustedes en el tren de las cinco, ¿verdad?... ¿Cuánto hay de Besançon a aquí?

—Diecisiete horas de ferrocarril, respondió Trouche, mostrando su boca vacía de dientes. En tercera, le aseguro que se las trae... Acaba uno con la barriga terriblemente sacudida».

Se echó a reír, con un singular ruido de mandíbulas. La señora Faujas le echó una ojeada terrorífica. Entonces, maquinalmente, él intentó arreglar un botón reventado de su levita pringosa, acercándose a los muslos, sin duda para tapar las manchas, dos sombrereras que llevaba, una verde, otra amarilla. Su cuello rojizo tenía un cloqueo continuo, bajo un jirón de corbata negra retorcida, que dejaba asomar un trozo de camisa sucia. Su cara, llena de costurones, rezumaba vicio y estaba como iluminada por dos ojillos negros, que revolvía sin cesar sobre la gente, sobre las cosas, con aire de codicia y de pasmo; ojos de ladrón que estudia la casa a donde volverá de noche, a dar un golpe.

Mouret creyó que Trouche miraba las cerraduras.

«Tiene unos ojos como para sacar moldes, el mozo», pensó.

Mientras tanto Olympe comprendió que su marido acababa de decir una tontería. Era una mujer alta y delgada, rubia, ajada, de semblante insulso e ingrato. Llevaba una pequeña caja de madera de pino y un gran paquete anudado en un mantel.

«Hemos traído almohadas, dijo indicando con una mirada el gran paquete. No se está mal, en tercera, con almohadas. Se está tan bien como en primera... ¡Toma!, es una buena economía. Por mucho dinero que uno tenga, es inútil tirarlo por la ventana, ¿verdad, señora?

—Ciertamente», contestó Marthe, un poco sorprendida con los personajes.

Olympe se adelantó, se situó a plena luz, entrando en conversación, con tono melifluo.

«Es lo mismo que la ropa; yo, cuando salgo de viaje, me pongo lo peor que tengo. Le he dicho a Honoré: “Ea, tu vieja levita es lo bastante buena”. Lleva también su pantalón de faena, un pantalón que está harto de ponerse... Ya ve usted, elegí mi traje más estropeado; tiene hasta agujeros, creo. Este mantón era de mamá; planchaba con él, en casa. ¡Y mi cofia! Una vieja cofia que sólo utilizaba para ir al lavadero... Todo esto incluso es demasiado bueno para el polvo, ¿verdad, señora?

—Ciertamente, ciertamente», repitió Marthe, que intentaba sonreír.

En ese momento una voz irritada se dejó oír en lo alto de la escalera, lanzando esta breve exclamación:

«¡Eh! ¿Qué pasa, madre?».

Moutet, alzando la cabeza, vio al padre Faujas, apoyado en la barandilla del segundo piso, un rostro terrible, inclinándose, a riesgo de caer, para ver mejor lo que pasaba en el vestíbulo. Había oído el ruido de las voces, debía de estar allí desde hacía un instante, impacientándose.

«¡Eh! ¿Qué pasa, madre?, gritó de nuevo.

—Sí, sí, subimos», contestó la señora Faujas, a quien el acento furioso de su hijo pareció hacer temblar.

Y, volviéndose hacia los Trouche:

«Vamos, hijos míos, hay que subir... Dejemos a la señora con sus cosas».

Pero los Trouche no parecieron oír. Estaban bien en el vestíbulo; miraban a su alrededor, con aire arrobado, como si les hubieran regalado la casa.

«Es muy bonito, muy bonito, murmuró Olympe, ¿verdad, Honoré? Por las cartas de Ovide no pensábamos que fuera tan bonito. Ya te lo decía yo: “Tenemos que ir allá, estaremos mejor, me encontraré mejor”... ¿Eh? Tenía razón.

—Sí, sí, se debe de estar muy a gusto, dijo Trouche entre dientes... Y el jardín es bastante grande, creo».

Después, dirigiéndose a Mouret:

«Caballero, ¿permite usted a sus inquilinos pasear por el jardín?».

Mouret no tuvo tiempo de contestar. El padre Faujas, que había bajado, gritó con voz tonante:

«¡Eh, Trouche! ¡Eh, Olympe!».

Se volvieron. Cuando lo vieron de pie en un peldaño, formidable de cólera, se empequeñecieron del todo, lo siguieron, bajando el espinazo. Él subió delante de ellos, sin añadir una palabra, sin siquiera parecer darse cuenta de que los Mouret estaban allí, contemplando aquel singular desfile. La señora Faujas, para arreglar las cosas, le sonrió a Marthe, cerrando el cortejo. Pero cuando ésta hubo salido, y Mouret se encontró solo, se quedó un instante en el vestíbulo. Arriba, en el segundo piso, las puertas se batían con violencia. Hubo estallidos de voces, luego reinó un silencio de muerte.

«¿Los habrá metido en el calabozo?, dijo riendo. No importa, es una familia asquerosa».

A partir del día siguiente, Trouche, vestido decentemente, todo de negro, afeitado, con los escasos cabellos pegados cuidadosamente a las sienes, fue presentado por el padre Faujas a Marthe y a las damas del patronato. Tenía cuarenta y cinco años, poseía una letra bastante buena, decía haber llevado mucho tiempo los libros en una casa de comercio. Las señoras le dieron posesión de inmediato. Tenía que representar al comité, ocuparse de los detalles materiales, de diez a cuatro, en una oficina que se encontraba en el primer piso de la obra de la Virgen. Sus honorarios eran de mil quinientos francos.

«Ya ves lo tranquila que es esa buena gente», dijo Marthe a su marido, al cabo de

unos días.

En efecto, los Trouche no hacían más ruido que los Faujas. En dos o tres ocasiones, Rose pretendía haber oído peleas entre la madre y la hija; pero al punto se alzaba la voz grave del cura, poniendo paz. Trouche se marchaba regularmente a las diez menos cuarto y regresaba a las cuatro y cuarto; de noche no salía nunca. Olympe, a veces, iba a hacer la compra con la señora Faujas; nadie la había visto aún bajar sola.

La ventana de la habitación donde dormían los Trouche daba al jardín; era la última, a la derecha, frente a los árboles de la subprefectura. Grandes cortinas de calicó rojo, bordeadas de una tira amarilla, colgaban tras los cristales, resaltando en la fachada, al lado de las cortinas blancas del sacerdote. Por otra parte, la ventana permanecía constantemente cerrada. Una noche que el padre Faujas se había quedado con su madre, en la terraza, en compañía de los Mouret, una tosecilla involuntaria se dejó oír. El cura, alzando vivamente la cabeza, con aire irritado, distinguió las sombras de Olympe y su marido que se inclinaban, acodados, inmóviles. Permaneció un instante con los ojos hacia lo alto, cortando la conversación que tenía con Marthe. Los Trouche desaparecieron. Se oyó el chirrido ahogado de la falleba.

«Madre, dijo el sacerdote, deberías subir; tengo miedo de que cojas un resfriado».

La señora Faujas deseó las buenas noches a la compañía. Cuando se hubo retirado, Marthe reanudó la conversación, preguntando con su voz cortés:

«¿Su hermana está más enferma? Hace ocho días que no la he visto.

—Tiene una gran necesidad de reposo», respondió secamente el sacerdote.

Pero ella insistió bondadosa.

«Se encierra demasiado, el aire le sentaría bien... Estas noches de octubre son todavía tibias... ¿Por qué nunca baja al jardín? Aún no ha puesto los pies en él. Sabe usted, sin embargo, que el jardín está a su entera disposición».

Él se disculpó mascullando sordas palabras, mientras Mouret, para azorarlo más, se ponía más amable que su mujer.

«¡Eh! Es lo que yo decía esta mañana. La hermana del señor cura podría perfectamente venir a coser al sol, por la tarde, en lugar de encerrarse entre cuatro paredes, allá arriba. Creería uno que ni se atreve a aparecer en la ventana. ¿Es que le damos miedo, a lo mejor? No somos tan terribles, no obstante... Y el señor Trouche igual, sube las escaleras de cuatro en cuatro. Dígales que vengan, de vez en cuando, a pasar una velada con nosotros. Deben de aburrirse como ostras, solos, en su cuarto».

El cura, esa noche, no estaba de humor para tolerar las chanzas de su casero. Lo miró a la cara y, muy francamente:

«Se lo agradezco, pero es poco probable que acepten. Están cansados, por la noche, se acuestan. Además, es lo mejor que pueden hacer.

—Como guste, mi querido señor», contestó Mouret, picado por el tono duro del cura.

Y, cuando estuvo a solas con Marthe:

«¡Pues sí! ¡Ese cura se cree que me va a hacer confundir la gimnasia con la magnesia! Está claro, tiembla por si esos picaros que ha recogido le juegan una mala pasada... Has visto, esta noche, como estuvo al quite, cuando los vio en la ventana. Estaban allí espiándonos. Todo esto acabará mal».

Marthe vivía en una gran dulzura. Ya no oía los chillidos de Mouret. El acercamiento a la fe constituía para ella un exquisito disfrute; se deslizaba a la devoción, lentamente, sin sacudidas; se mecía en ella, se dormía. El padre Faujas seguía evitando hablarle de Dios; era su amigo como siempre, la fascinaba sólo con su gravedad, con ese vago olor a incienso que se desprendía de su sotana. En dos o tres ocasiones, sola con él, había estallado de nuevo en nerviosos sollozos, sin saber por qué, sintiéndose feliz al llorar así. Cada vez, él se había contentado con cogerle las manos, silencioso, calmándola con su mirada tranquila y poderosa. Cuando ella quería hablarle de sus tristezas sin causa, de sus secretas alegrías, de sus necesidades de ser guiada, él la hacía callar sonriendo; decía que esas cosas no le concernían, que tenía que hablar de ello con el padre Bourrette. Entonces se lo guardaba todo para sí, se quedaba temblorosa. Y él adquiría una altura mayor, se ponía fuera de su alcance, como un dios a los pies del cual ella acababa por arrodillar su alma.

Las grandes ocupaciones de Marthe, ahora, eran las misas y los ejercicios religiosos a los que asistía. Se encontraba bien en la vasta nave de San Saturnino; allí saboreaba más a fondo el reposo totalmente físico que buscaba. Cuando estaba allí, lo olvidaba todo; era como una inmensa ventana abierta sobre otra vida, una vida dilatada, infinita, llena de una emoción que la colmaba y le bastaba. Pero todavía tenía miedo a la iglesia; acudía con un inquieto pudor, una vergüenza que instintivamente le hacía lanzar una ojeada a sus espaldas, cuando empujaba la puerta, para ver si había alguien mirándola entrar. Después se abandonaba, todo se ablandaba, hasta la gruesa voz del padre Bourrette que, tras haberla confesado, la tenía a veces arrodillada durante unos minutos más, hablándole de las cenas de la señora Rastoil o de la última velada de los Rougon.

Marthe, con frecuencia, volvía a casa abrumada. La religión la destrozaba. Rose se había vuelto omnipotente en la vivienda. Zamarreaba a Mouret, le regañaba porque ensuciaba demasiada ropa, le daba de comer cuando la cena estaba lista. Hasta se propuso trabajar por su salvación.

«La señora tiene toda la razón al vivir como buena cristiana, le decía. Usted se condenará, señor, y le estará bien empleado, porque en el fondo no es bueno; ¡no, no es usted bueno!... Debería de acompañarla a misa, el próximo domingo».

Mouret se encogía de hombros. Dejaba correr las cosas, dedicándose él mismo a limpiar, dando unos escobazos, cuando el comedor le parecía demasiado sucio. Los niños lo inquietaban más. Durante las vacaciones su madre casi nunca estaba allí, y Desirée y Octave, que había fracasado de nuevo en los exámenes del bachillerato, revolvieron toda la casa. Serge estuvo malo, guardó cama, permaneció días enteros leyendo en su cuarto. Se había convertido en el preferido del padre Faujas, que le

prestaba libros. Mouret pasó dos meses abominables, sin saber cómo dirigir aquel pequeño mundo; Octave, en particular, le volvía loco. No quiso esperar al final de las vacaciones, decidió que el niño no volvería al colegio, que lo colocarían en una casa comercial de Marsella.

«Ya que no quieres velar por ellos, le dijo a Marthe, tendré que meterlos en alguna parte... Yo ya no puedo más, prefiero echarlos a la calle. ¡Peor para ti, si sufres por ellos!... En primer lugar, Octave es insoportable. Nunca será bachiller. Vale más enseñarle pronto a ganarse la vida en vez de dejarle andar con un hato de bribones. Se le ve sólo a él en toda la ciudad».

Marthe se emocionó mucho; despertó como de un sueño, al enterarse de que uno de sus hijos iba a separarse de ella. Durante ocho días, consiguió que se retrasara la partida. Incluso se quedó más en casa, reanudó su vida activa de antaño. Después, languideció de nuevo; y el día en que Octave la besó, informándole que se marchaba esa noche a Marsella, no tuvo fuerzas para más, se contentó con darle buenos consejos.

Mouret, cuando volvió de la estación, tenía el corazón oprimido. Buscó a su mujer, la encontró en el jardín, bajo un cenador donde estaba llorando. Allí se descargó:

«¡Uno menos, ya!, gritó. Te dará mucho gusto. Podrás merodear por las iglesias a tus anchas... Hale, quédate tranquila, los otros dos no estarán aquí mucho tiempo. Conservo a Serge porque es muy agradable, y lo encuentro demasiado joven para irse a estudiar derecho; pero, si te molesta, no tienes más que decírmelo, te desembarazaré también de él... En cuanto a Desirée, irá a casa de su nodriza».

Marthe continuaba llorando en silencio.

«¿Qué quieres? No se puede estar fuera de casa y en ella. Tú has escogido estar fuera, los niños ya no cuentan nada para ti, es lógico... Además, ahora, hace falta sitio para toda esa gente que vive en nuestra casa, ¿no? Nuestra casa no es lo bastante grande. Será una suerte que no nos echen a la calle a nosotros mismos».

Había levantado la cabeza, examinaba las ventanas del segundo piso. Después, bajando la voz:

«No llores como una tonta; te están mirando. ¿No ves ese par de ojos entre las cortinas rojas? Son los ojos de la hermana del cura, los conozco bien. Uno está seguro de encontrarlos allí, durante todo el día... Ya ves, el cura quizá sea buena persona; pero a esos Trouche, los noto agazapados detrás de sus cortinas como lobos en acecho. Apuesto a que, si el cura no se lo impidiese, bajarían de noche por la ventana, para robarme mis peras... Sécate los ojos, prenda; puedes estar segura de que disfrutan con nuestras peleas. Y el que ellos tengan la culpa de la marcha del niño, no es motivo para mostrarles el daño que esa marcha nos hace a los dos».

Su voz se enternecía, estaba a punto de sollozar también él. Marthe, consternada, emocionada en lo más hondo por estas últimas palabras, iba a arrojarle en sus brazos. Pero tuvieron miedo de ser vistos, sentían como un obstáculo entre ellos. Entonces se

separaron, mientras los ojos de Olympe seguían brillando entre las de dos cortinas rojas.

XI

Una mañana llegó el padre Bourrette trastornado. Divisó a Marthe en la escalinata, fue a estrecharle las manos, balbuciendo:

«El pobre Compan, se acabó, se muere... Voy a subir, tengo que ver a Faujas ahora mismo».

Y cuando Marthe le hubo señalado al sacerdote que, según su costumbre, paseaba al fondo del jardín, leyendo su breviario, corrió hacia él, flaqueándole sus cortas piernas. Quiso hablar, informarle de la enojosa noticia; pero el dolor lo estranguló, sólo pudo arrojarse a su cuello, con la garganta llena de sollozos.

«¿Qué? ¿Qué tienen esos dos curas?, preguntó Mouret, quien se apresuró a salir del comedor.

—Parece que el párroco de San Saturnino está muriéndose», respondió Marthe muy conmovida.

Mouret hizo un mohín de sorpresa. Volvió a entrar, murmurando:

«¡Bah! El bueno de Bourrette se consolará mañana, cuando lo nombren párroco, en sustitución del otro... Cuenta con la plaza; me lo ha dicho».

Mientras tanto, el padre Faujas se había desprendido del abrazo del anciano sacerdote. Recibió la mala noticia con gravedad y cerró pausadamente su breviario.

«Compan quiere verlo, tartamudeaba Bourrette; no llegará a esta tarde... ¡Ay!, era un amigo queridísimo. Hicimos nuestros estudios juntos... Quiere decirle adiós, me ha repetido toda la noche que usted era el único de la diócesis que tenía valor. Llevaba consumiéndose más de un año, y ni un cura de Plassans se atrevía a ir a estrecharle la mano. Y usted, que apenas lo conocía, le dedicaba todas las semanas una tarde. Lloraba hace un rato, al hablar de usted... Tiene que apresurarse, amigo mío».

El padre Faujas subió un instante a su piso, mientras el padre Bourrette pataleaba de impaciencia y desesperación en el vestíbulo; por fin, al cabo de un cuarto de hora, se marcharon los dos. El viejo sacerdote se enjugaba la frente, corría sobre los adoquines, dejando escapar frases inconexas.

«Habría muerto sin una plegaria, como un perro, si su hermana no hubiera venido a avisarme, ayer por la noche, a eso de las once. Hizo muy bien, pobre señorita... Él no quería comprometer a ninguno de nosotros, no habría recibido incluso los últimos sacramentos... Sí, amigo mío, estaba a punto de morir en un rincón, solo, abandonado, él, que ha sido tan inteligente y que sólo ha vivido para el bien».

Enmudeció; después, al cabo de un silencio, con voz cambiada:

«¿Cree usted que Fenil me perdonará esto? No, jamás, ¿verdad?... Cuando Compan me vio llegar con los santos óleos, no quería, me gritaba que me fuese. ¡Bueno, pues ya está hecho! No seré nunca párroco. Lo prefiero así. No habría dejado

morir a Compan como a un perro... Hacía treinta años que estaba en guerra con Fenil. Cuando se metió en la cama, me lo dijo: “Ea, Fenil ha podido más que yo; ahora que estoy en tierra, me va a acogotar...”. ¡Ay, pobre Compan! ¡Él, a quien he visto tan orgulloso, tan enérgico, en San Saturnino!... El pequeño Eusebe, el monaguillo a quien me llevé para tocar el viático, se quedó cortado, cuando vio a donde íbamos; miraba detrás de sí, a cada campanillazo, como si tuviera miedo de que Fenil pudiera oírlo».

El padre Faujas, que caminaba de prisa, con la cabeza gacha y aire preocupado, continuaba guardando silencio; parecía no escuchar a su compañero.

«¿Monseñor está avisado?», preguntó bruscamente.

Pero el padre Bourrette, a su vez, parecía pensativo. No respondió; después, al llegar ante la puerta del padre Compan, murmuró:

«Dígale que acabamos de encontrarnos con Fenil y que nos ha saludado. Le agradecerá... Creerá que soy el párroco».

Subieron silenciosamente. La hermana del moribundo vino a abrirles. Al ver a los dos sacerdotes, prorrumpió en sollozos, balbuciendo en medio de sus lágrimas:

«Todo terminó. Acaba de quedarse entre mis brazos... Yo estaba sola. Al morir ha mirado a su alrededor, ha murmurado: “Conque tengo la peste, pues me han abandonado...”. ¡Ay!, señores, ha muerto con los ojos llenos de lágrimas».

Entraron en la pequeña habitación donde el párroco Compan, con la cabeza sobre una almohada, parecía dormir. Sus ojos habían quedado abiertos y aquella cara blanca, profundamente triste, lloraba aún; las lágrimas corrían a lo largo de las mejillas. Entonces el padre Bourrette cayó de rodillas, sollozando, rezando, la frente contra las mantas que colgaban. El padre Faujas permaneció de pie, mirando al pobre muerto; después, tras haberse arrodillado un instante, salió discretamente. El padre Bourrette, perdido en su dolor, ni siquiera lo oyó cerrar la puerta.

El padre Faujas se fue derecho al obispado. En la antesala de monseñor Rousselot encontró al padre Surin, cargado de papeles.

«¿Desea usted hablar con monseñor?, le preguntó el secretario con su eterna sonrisa. Llega en mal momento Monseñor está tan ocupado que ha mandado condenar su puerta.

—Es por un asunto muy urgente, dijo tranquilamente el padre Faujas. Siempre se puede avisarle, hacerle saber que estoy aquí. Aguardaré, si es preciso.

—Me temo que será inútil. Monseñor tiene ahí a varias personas. Vuelva mañana, valdrá más».

Pero el cura cogía ya una silla, cuando el obispo abrió la puerta de su despacho. Pareció muy contrariado al ver a su visitante, a quien al principio fingió no reconocer.

«Hijo mío, dijo a Surin, cuando haya clasificado usted esos papeles, venga en seguida; tengo que dictarle una carta».

Después, volviéndose hacia el sacerdote, que se mantenía respetuosamente en pie:

«¡Ah! ¿Es usted, padre Faujas? Tengo mucho gusto en verle... ¿Tiene algo que

decirme, acaso? Entre, entre en mi despacho; usted no molesta nunca».

El despacho de monseñor Rousselot era una vasta estancia, un poco oscura, donde un gran fuego ardía continuamente, en verano o invierno. La alfombra, las cortinas muy gruesas, sofocaban la atmósfera. Parecía como entrar en un agua tibia. El obispo vivía allí, frioleramente, en un sillón, como una dueña retirada del mundo, sintiendo horror por el ruido, descargando sobre el padre Fenil el cuidado de su diócesis. Adoraba las literaturas antiguas. Se contaba que traducía a Horacio en secreto; los versitos de la Antología Griega le entusiasmaban también, y se le escapaban citas escabrosas, que saboreaba con una ingenuidad de letrado insensible a los pudores del vulgo.

«Ve usted, no tengo a nadie, dijo instalándose delante del fuego; pero estoy un poco indispuerto, y había mandado defender mi puerta. Puede usted hablar, me pongo a su disposición».

Había, en su amabilidad ordinaria, una vaga inquietud, una especie de resignada sumisión. Cuando el padre Faujas lo hubo informado de la muerte del padre Compan, se levantó, espantado, irritado:

«¡Cómo!, exclamó, ¡mi buen Compan ha muerto, y no he podido decirle adiós!... ¡Nadie me ha avisado! ¡Ay!, mire, amigo mío, tenía usted razón cuando me daba a entender que ya no era el dueño aquí; abusan de mi bondad.

—Monseñor, dijo el padre Faujas, sabe cuán adicto le soy; no espero sino una señal suya».

El obispo meneó la cabeza, murmurando:

«Sí, sí, me acuerdo de lo que me ofreció; tiene usted un gran corazón. Sólo que ¡menudo alboroto, si rompiera con Fenil! ¡Me darían la lata durante ocho días! Sin embargo, si yo estuviera bien seguro de que usted me desembarazaría de golpe del personaje, si no tuviera miedo de que al cabo de una semana él volviera para pisarle a usted el cuello...».

El padre Faujas no pudo reprimir una sonrisa. Unas lágrimas subieron a los ojos del obispo.

«Tengo miedo, es cierto, prosiguió dejándose caer de nuevo en su sillón; he llegado a eso. Ese infeliz ha matado a Compan y ha hecho que me ocultasen su agonía, para que no pudiera ir a cerrarle los ojos; tiene inventos terribles... Pero, ya ve usted, prefiero vivir en paz. Fenil es muy activo, me presta grandes servicios en la diócesis. Cuando yo ya no esté, quizá las cosas se arreglen más sensatamente».

Se calmaba, recuperaba su sonrisa.

«Además, todo marcha bien en este momento, no veo ninguna dificultad... Se puede esperar».

El padre Faujas se sentó y, tranquilamente:

«Sin duda... Sin embargo, va a tener que nombrar un párroco en San Saturnino, en sustitución del padre Compan».

Monseñor Rousselot se llevó las manos a las sienes, con aire de desesperación.

«¡Dios mío! Tiene usted razón, balbució. Ya no pensaba en eso. El bueno de Compan no sabe en qué lío me mete, al morirse tan de repente, sin que yo esté avisado. Le había prometido a usted la plaza, ¿verdad?».

El cura se inclinó.

«¡Pues bueno!, amigo mío, es usted mi salvación; permítame que retire mi palabra. Sabe usted cuánto lo detesta Fenil; el éxito de la obra de la Virgen lo puso furiosísimo; jura que le impedirá a usted conquistar Plassans. Ya ve que le hablo con el corazón en la mano. Ahora bien, estos últimos días, como se hablaba de la parroquia de San Saturnino, pronuncié el nombre de usted. Fenil montó en una cólera espantosa, y tuve que jurar que daría la parroquia a uno de sus protegidos, el padre Chardon, a quien usted conoce, un hombre, muy digno, por otra parte... Amigo mío, hágalo por mí, renuncie a esa idea. Le compensaré con algo que le agrade».

El sacerdote permaneció serio. Tras un silencio, como si hubiera deliberado:

«No ignora usted, monseñor, que no tengo la menor ambición personal; deseo vivir retirado, sería para mí una gran alegría renunciar a esa parroquia. Sólo que no soy dueño de mis actos, tengo empeño en satisfacer a los protectores que se interesan por mí... Por usted mismo, monseñor, reflexione antes de tomar una determinación que podría lamentar más adelante».

Aunque el padre Faujas había hablado muy humildemente, el obispo percibió la amenaza oculta que encerraban aquellas palabras. Se levantó, dio unos pasos, presa de una perplejidad llena de angustia. Después, levantando las manos:

«Vamos, tenemos tormento para rato... Yo habría querido evitar todas estas explicaciones; pero, ya que usted insiste, hay que hablar francamente... ¡Bueno!, querido señor, el padre Fenil le acusa de muchas cosas. Como ya creí haberle dicho, ha debido de escribir a Besançon, en donde se habrá enterado de las enojosas historias que usted sabe... Usted me lo ha explicado todo, cierto, yo conozco sus méritos, su vida de arrepentimiento y de retiro; pero ¿qué quiere? El vicario general tiene armas contra usted, y las usa terriblemente. Con frecuencia no sé cómo defenderle... Cuando el ministro me rogó que le aceptase a usted en mi diócesis, no le oculté que su situación sería difícil. Se mostró más apremiante, me dijo que eso era asunto de usted, y acabé por consentir. Sólo que hoy no tiene que pedirme un imposible».

El padre Faujas no había bajado la cabeza; incluso la levantó, miró al obispo a la cara, diciendo con su voz breve:

«Me dio usted su palabra, monseñor.

—Ciertamente, ciertamente... El pobre Compan decaía día tras día, usted vino a confiarme ciertas cosas; entonces prometí, no lo niego... Escuche, quiero decirle todo, para que no pueda acusarme de girar como una veleta. Pretendía usted que el ministro deseaba vivamente su nombramiento para la parroquia de San Saturnino. ¡Bueno! Pues he escrito, me he informado, uno de mis amigos fue al ministerio. Casi se le han reído en las barbas, le han dicho que ni siquiera lo conocían a usted. El

ministro niega en redondo ser su protector, ¿oye? Si lo desea, le dejaré leer una carta donde se muestra muy severo respecto a usted».

Y alargaba el brazo para rebuscar en una gaveta; pero el padre Faujas se había puesto en pie, sin quitarle la vista de encima, con una sonrisa en la que se traslucía una pizca de ironía y de piedad.

«¡Ah! ¡Monseñor, monseñor!», murmuró.

Después, al cabo de un silencio, como no queriendo explicarse más:

«Le devuelvo su palabra, monseñor, prosiguió. Créame que, en todo esto, trabajaba aún más para usted que para mí. Más adelante, cuando ya no esté a tiempo, se acordará de mis advertencias».

Se dirigía hacia la puerta; pero el obispo lo retuvo, le hizo volver, murmurando inquieto:

«Veamos, ¿qué quiere usted decir? Explíquese, querido Faujas. Sé perfectamente que en París me tienen atragantado, desde la elección del marqués de Lagrifoul. Realmente me conocen muy poco, si se imaginan que me he mezclado en eso; no salgo de este despacho ni dos veces al mes... ¿Cree usted, entonces, que me acusan de haber hecho nombrar al marqués?

—Sí, me lo temo, dijo claramente el sacerdote.

—¡Ah! Es absurdo, jamás he metido la nariz en la política, vivo con mis queridos libros. Es Fenil quien ha hecho todo. Le dije veinte veces que terminaría por ponerme en aprietos en París».

Se detuvo, se ruborizó ligeramente por haber dejado escapar estas últimas palabras. El padre Faujas se sentó de nuevo delante de él y, con voz profunda:

«Monseñor, acaba usted de condenar a su vicario general... Yo no le he dicho otra cosa. No continúe haciendo causa común con él, o le causará preocupaciones muy graves. Tengo amigos en París, aunque usted no se lo crea. Sé que la elección del marqués de Lagrifoul ha indispuerto gravemente con usted al gobierno. Con razón o sin ella, le cree la causa única del movimiento de oposición que se manifiesta en Plassans, donde el ministro, por motivos particulares, está empeñado en obtener la mayoría. Si, en las próximas elecciones, volviera a salir el candidato legitimista, sería sumamente enojoso, yo temería por la tranquilidad de usted.

—¡Pero es abominable!, exclamó el desdichado obispo, agitándose en su sillón; ¡yo no puedo impedir que salga el candidato legitimista! ¿Es que tengo la menor influencia, es que me he inmiscuido alguna vez en semejantes cosas?... ¡Ah!, mire, hay días en que me entran ganas de encerrarme en un convento. Me llevaría mi biblioteca, viviría tan tranquilo... Es Fenil quien debería ser obispo en mi lugar. Si le hiciera caso a Fenil, me pondría totalmente en contra del gobierno, sólo escucharía a Roma, mandaría a paseo a París^[3]. Pero eso no va con mi temperamento, quiero morir tranquilo... Conque, ¿dice usted que el ministro está furioso conmigo?».

El sacerdote no contestó; dos pliegues que se ahondaban en las comisuras de su boca imprimían a su cara un mudo desprecio.

«¡Dios mío!, continuó el obispo, si yo creyera serle agradable nombrándole a usted párroco de San Saturnino, intentaría arreglarlo... Sólo que se equivoca, se lo aseguro; no anda usted en olor de santidad».

El padre Faujas tuvo un gesto brusco. Se descubrió, con una corta impaciencia:

«¡Eh!, dijo, ¡olvida usted las infamias que corren sobre mí y que llegué a Plassans con una sotana agujereada! Cuando se envía un hombre perdido a un puesto peligroso, se reniega de él hasta el día del triunfo... Ayúdeme a triunfar, monseñor, y verá cómo tengo amigos en París».

Después, como el obispo, sorprendido por esta figura de enérgico aventurero que acababa de erguirse ante él, continuaba mirándolo silenciosamente, volvió a mostrarse flexible; prosiguió:

«Son sólo suposiciones, quiero decir que tengo mucho que hacerme perdonar. Mis amigos esperan, para darle las gracias, a que mi situación esté completamente asentada».

Monseñor Rousselot permaneció mudo un instante aún. Era de natural muy fino, al haber aprendido el vicio humano en los libros. Tenía conciencia de su gran debilidad, incluso estaba un poco avergonzado de ella; pero se consolaba juzgando a los hombres por lo que valían. En su vida de letrado epicúreo había, a veces, una profunda burla de los ambiciosos que lo rodeaban y se disputaban los jirones de su poder.

«Vamos, dijo sonriendo, es usted un hombre tenaz, mi querido Faujas. Ya que le he hecho una promesa, la mantendré... Hace seis meses, lo confieso, habría tenido miedo de sublevar contra mí a todo Plassans; pero usted ha sabido hacerse querer, las señoras de la ciudad me hablan de usted a menudo con grandes elogios. Al darle la parroquia de San Saturnino, pago la deuda de la obra de la Virgen».

El obispo había recobrado su amabilidad festiva, sus modales exquisitos de prelado encantador. El padre Surin, en ese momento, pasó su bonita cabeza por la abertura de la puerta.

«No, hijo mío, dijo el obispo, no le dictaré esa carta. Ya no lo necesito. Puede usted retirarse.

—El padre Fenil está aquí, murmuró el joven sacerdote.

—¡Ah! Bueno, que espere».

Monseñor Rousselot había tenido un ligero estremecimiento; pero hizo un gesto de decisión casi gracioso, miró al padre Faujas con aire de inteligencia.

«Mire, salga por aquí», le dijo abriendo una puerta oculta tras un portier.

Lo detuvo en el umbral, continuó mirándolo mientras reía.

«Fenil va a ponerse furioso... ¿Me promete defenderme de él, si chilla demasiado? Lo entrego en sus manos, se lo advierto. Y cuento también con que no permita usted la reelección del marqués de Lagrifoul... ¡Vaya!, ahora me apoyo en usted, querido Faujas».

Lo saludó con la punta de su mano blanca, después regresó indolentemente a la

tibieza del despacho. El cura había permanecido inclinado, sorprendido por la facilidad totalmente femenina con la que monseñor Rousselot cambiaba de dueño y se entregaba al más fuerte. Sólo entonces notó que el obispo acababa de burlarse de él, como debía de burlarse del padre Fenil, desde el muelle sillón donde traducía a Horacio.

El jueves siguiente, a eso de las diez, en el momento en que la buena sociedad de Plassans se apretujaba en el salón verde de los Rougon, el padre Faujas apareció en el umbral. Estaba magnífico, alto, rosado, vestido con una sotana fina que brillaba como raso. Permaneció grave, con una ligera sonrisa, apenas un pliegue amable de los labios, lo mínimo preciso para iluminar su cara austera con un rayo de bondad.

«¡Ah! ¡Es mi querido padre!», gritó alegremente la señora de Condamín.

Pero la dueña de la casa se precipitó; cogió en sus dos manos una de las manos del cura, conduciéndolo al medio del salón, mimándolo con la mirada, con un suave balanceo de la cabeza.

«¡Qué sorpresa, qué grata sorpresa!, repitió. Hace un siglo que no se le ha visto. ¿Es que hace falta que la felicidad llame a su puerta, para que usted se acuerde de sus amigos?».

Él saludaba con soltura. A su alrededor, había una ovación halagadora, un cuchicheo de mujeres arrobadas. La señora Delangre y la señora Rastoil no esperaron a que fuera a saludarlas; se adelantaron para felicitarlo por su nombramiento, que era oficial desde esa mañana. El alcalde, el juez de paz, hasta el señor de Bourdeu le dieron vigorosos apretones de mano.

«¡Eh! ¡Qué tipo!, murmuró el señor de Condamín al oído del doctor Pourquoi; llegará lejos. Me lo oí desde el primer día... ¿Sabe usted que mienten como sacamuelas, la vieja Rougon y él, con sus melindres? Lo he visto deslizarse aquí más de diez veces, ya entrada la noche. Deben de estar pringados en lindas historias, los dos».

Pero el doctor Pourquoi tuvo un miedo atroz de que el señor de Condamín lo comprometiera; se apresuró a separarse de él para estrechar, como los demás, la mano del padre Faujas, aunque nunca le hubiera dirigido la palabra.

Esta entrada triunfal fue el gran acontecimiento de la velada. Cuando el cura se sentó, lo rodeó un triple círculo de faldas. Conversó con encantadora sencillez, habló de todo, evitando cuidadosamente responder a las alusiones. Al interrogarlo directamente Félicité, se contentó con decir que no viviría en la rectoral, que prefería la vivienda donde habitaba tan tranquilo, desde hacía casi tres años. Marthe estaba allí, entre las señoras, muy reservada, como de ordinario. Se había limitado a sonreírle al cura, mirándolo de lejos, un poco pálida, con aspecto cansado e inquieto. Pero cuando él dio a conocer su intención de no abandonar la calle Balande, se ruborizó mucho, se levantó para pasar al saloncito, como sofocada por el calor. La señora Paloque, junto a la cual había ido a sentarse el señor de Condamín, rió burlona diciendo en voz bastante alta para ser oída:

«¿Habrás visto?... Ella debería, por lo menos, no citarlo aquí, ya que tienen todo el día en su casa».

Sólo el señor de Condamin se echó a reír. Las otras personas adoptaron un aire frío. La señora Paloque, comprendiendo que acababa de meter la pata, trató de echar la cosa a broma. Mientras tanto, por los rincones se hablaba del padre Fenil. La gran curiosidad era saber si iba a ir. El señor de Bourdeu, uno de los amigos del vicario general, contó doctamente que estaba indispuerto. La noticia de esta indisposición fue acogida con discretas sonrisas. Todo el mundo estaba al tanto de la revolución que se había producido en el obispado. El padre Surin daba a las señoras detalles muy curiosos sobre la horrible escena ocurrida entre monseñor y el vicario general. Este último, derrotado por monseñor, hacía contar que un ataque de gota lo tenía clavado en casa. Pero ése no era el desenlace, y el padre Surin agregaba que «aún se verían otras muchas». Esto se repetía al oído con pequeñas exclamaciones, cabeceos, mohínes de sorpresa y de duda. De momento, al menos, el padre Faujas salía ganando. Por ello las hermosas devotas se calentaban dulcemente con aquel sol naciente.

Hacia la mitad de la velada, entró el padre Bourrette. Las conversaciones callaron, se le miró con curiosidad. Nadie ignoraba que, todavía la víspera, contaba con la parroquia de San Saturnino; había suplido al padre Compan durante su larga enfermedad; la plaza era suya. Se quedó un instante en el umbral, sin fijarse en el movimiento que producía su llegada, un poco jadeante, los párpados latiendo. Después, habiendo distinguido al padre Faujas, se precipitó hacia él, le estrechó ambas manos con efusión, exclamando:

«¡Ah! Mi buen amigo, permítame felicitarle... Vengo de su casa, donde su madre me informó de que estaba aquí... Estoy encantado de encontrarle».

El padre Faujas se había levantado, cohibido, pese a su gran sangre fría, sorprendido por aquellas muestras de afecto que no se esperaba.

«Sí, murmuró, tuve que aceptar, pese a mis pocos méritos... Al principio me negué, mencionando a monseñor sacerdotes más dignos, mencionándole a usted mismo...».

El padre Bourrette guiñó los ojos; y, llevándose aparte, bajó la voz:

«Monseñor me lo ha contado todo... Parece que Fenil se negaba rotundamente a oír hablar de mí. Habría prendido fuego a la diócesis, si me hubieran nombrado: son sus propias palabras. Mi crimen es haber cerrado los ojos del pobre Compan... Y exigía, como sabe, el nombramiento del padre Chardon. Un hombre piadoso, sin duda, pero de una insuficiencia notoria. El vicario general contaba con reinar en su nombre en San Saturnino... Entonces es cuando monseñor le dio a usted la plaza para escaparle y jugarle una mala pasada. Eso me venga. Estoy encantado, mi querido amigo... ¿Sabía usted la historia?»

—No, no con detalle.

—¡Bueno! Pues las cosas han ocurrido así, se lo aseguro. Conozco los hechos de

los propios labios de monseñor... Entre nosotros, me ha dejado entrever una buena compensación. El vicevicario general, el padre Vial, desea desde hace tiempo ir a establecerse en Roma; el puesto quedaría libre, ya entiende. En fin, silencio sobre todo esto... No cambiaría el día de hoy por mucho dinero».

Y continuaba estrechando las manos del padre Faujas, mientras su ancha cara resplandecía de júbilo. A su alrededor, las señoras se miraban extrañadas, con sonrisas. Pero la alegría del buen hombre era tan franca, que acabó por comunicarse a todo el salón verde, donde la ovación dedicada al nuevo párroco adoptó un carácter más íntimo y más tierno. Las faldas se acercaron; se habló de los órganos de la catedral, que necesitaban ser reparados; la señora de Condamin prometió un altar magnífico para la procesión del próximo Corpus.

El padre Bourrette disfrutaba con su parte del triunfo, cuando la señora Paloque, alargando su cara de monstruo, le tocó el hombro, musitándole al oído:

«Entonces, señor cura, ¿ya no confesará usted en la capilla de San Miguel?».

El sacerdote, desde que suplía al padre Compan, había cogido el confesionario de la capilla de San Miguel, el más grande, el más cómodo de la iglesia, que estaba reservado especialmente al párroco. Al principio no entendió; guiñó los ojos, mirando a la señora Paloque.

«Le pregunto, prosiguió ésta, si mañana volverá a su antiguo confesionario de la capilla de los Santos Ángeles».

Se puso un poco pálido y guardó silencio un instante. Bajaba los ojos hacia la alfombra, experimentando un leve dolor en la nuca, como si acabaran de asestarle un golpe por detrás. Después, notando que la señora Paloque seguía allí, escrutándole:

«Ciertamente, balbució, vuelvo a mi antiguo confesionario... Venga a la capilla de los Santos Angeles, la última a la izquierda, del lado del claustro. Es muy húmeda. Abríguese bien, mi querida señora, abríguese bien».

Tenía lágrimas en el borde de los párpados. Le había cogido cariño al hermoso confesionario de la capilla de San Miguel, donde entraba el sol, por la tarde, justo a la hora de la confesión. Hasta entonces no había sentido el menor pesar por entregar la catedral en manos del padre Faujas; pero este hecho insignificante, esta mudanza de una capilla a otra, le pareció horriblemente penoso; le pareció que no había alcanzado la meta de toda su vida. La señora Paloque hizo observar en voz alta que se había puesto triste de golpe; pero él lo negó, trató de sonreír de nuevo. Abandonó el salón temprano.

El padre Faujas se quedó de los últimos. Rougon había ido a felicitarle, conversaban gravemente, sentados ambos en las dos esquinas de un canapé. Hablaban de la necesidad de los sentimientos religiosos en un Estado juiciosamente administrativo; mientras, cada señora que se retiraba hacía ante ellos una prolongada reverencia.

«Señor cura, dijo graciosamente Félicité, ya sabe usted que es el acompañante de mi hija».

Se levantó. Marthe lo esperaba junto a la puerta. La noche era muy negra. En la calle, quedaron como cegados por la oscuridad. Cruzaron la plaza de la Subprefectura sin pronunciar palabra; pero en la calle Balande, delante de la casa, Marthe le tocó el brazo, en el momento en que él iba a meter la llave en la cerradura.

«Me siento muy feliz con el éxito que le llega, le dijo con voz muy conmovida... Sea bueno, hoy, concédame la gracia que me ha negado hasta ahora. Se lo aseguro, el padre Bourrette no me entiende. Sólo usted puede dirigirme y salvarme».

La apartó con un ademán. Después, cuando hubo abierto la puerta y encendido la pequeña lámpara que Rose dejaba al pie de la escalera, subió diciéndole dulcemente:

«Me había prometido usted ser razonable... Pensaré en lo que me pide. Ya hablaremos».

Ella le habría besado las manos. Sólo entró en su casa cuando lo hubo oído cerrar su puerta, en la planta superior. Y, mientras se desnudaba y se acostaba, no escuchó a Mouret, medio dormido, que le contaba por extenso los cotilleos que corrían por la ciudad. Había ido a su casino, el Círculo Comercial, donde raramente ponía los pies.

«El padre Faujas le ha dado el timo a Bourrette, repetía por décima vez, girando lentamente la cabeza sobre la almohada. ¡Qué pobre hombre, el padre Bourrette! No importa, resulta divertido ver a los tragasantos comerse entre sí. El otro día, ¿te acuerdas?, cuando se abrazaban al fondo del jardín, ¿no parecían dos hermanos? ¡Ah! ¡Sí! Pues se roban hasta sus devotas... ¿Por qué no contestas, prenda? ¿Crees que no es cierto?... No, duermes, ¿verdad? Entonces buenas noches, hasta mañana».

Volvió a dormirse, mascullando jirones de frases. Marthe, con los ojos como platos, miraba al aire seguía en el cielo raso, iluminado por la lamparilla, el roce de las zapatillas del padre Faujas, que se metía en la cama.

XII

Cuando volvió el verano, el cura y su madre bajaron de nuevo cada noche a tomar el fresco en la terraza. Mouret estaba taciturno. Rechazaba las partidas de cientos que la anciana le proponía; se quedaba allí, balanceándose en una silla. Como bostezaba, sin tratar siquiera de ocultar su aburrimiento, Marthe le decía:

«Amigo mío, ¿por qué no te vas al círculo?».

Iba a él con más frecuencia que antaño. Cuando regresaba, encontraba a su mujer y al cura en el mismo sitio, en la terraza; mientras que la señora Faujas, a unos pasos, seguía con su actitud de guardiana muda y ciega.

En la ciudad, cuando a Mouret le hablaban del nuevo párroco, él continuaba haciendo los mayores elogios de él. Decididamente era un hombre superior. Él, Mouret, jamás había dudado de sus buenas cualidades. La señora Paloque nunca pudo arrancarle una palabra agria, pese a la malignidad que ponía en pedirle noticias de su mujer, en medio y medio de una frase sobre el padre Faujas. La anciana señora Rougon tampoco conseguía leer mejor los pesares secretos que creía adivinar bajo su bondad; lo escrutaba sonriendo finamente, le tendía trampas; pero aquel charlatán incorregible, por cuya lengua pasaba toda la ciudad, se mostraba ahora presa de pudor, cuando se trataba de los asuntos de su matrimonio.

«¿Tu marido ha acabado por ser razonable?, preguntó un día Félicité a su hija. Te deja en libertad».

Marthe la miró con aire sorprendido.

«Siempre he tenido libertad, dijo.

—Querida niña, no quieres acusarlo... Me habías dicho que veía con malos ojos al padre Faujas.

—Nada de eso, te lo aseguro. Al contrario, es usted la que se imaginó eso... Mi marido está en los mejores términos con el padre Faujas. No tienen ninguna razón para estar a disgusto juntos».

Marthe se extrañaba de la persistencia con que todo el mundo se empeñaba en que su marido y el cura no fuesen buenos amigos. A menudo, en el comité de la obra de la Virgen, las señoras le hacían preguntas que la impacientaban. La verdad era que se encontraba muy feliz, muy tranquila; nunca la casa de la calle Balande le había parecido más tibia. El padre Faujas le había dado a entender que se encargaría de su conciencia cuando juzgara que el padre Bourrette resultaba insuficiente, y vivía con esta esperanza, con ingenuas alegrías de primera comulgante a la cual le han prometido unas estampas, si es buena. Creía, a veces, ser de nuevo una niña; tenía unas sensaciones tan frescas, unos deseos tan pueriles que la enternecían. En la primavera, Mouret, que podaba los grandes bojés, la sorprendió con los ojos bañados en lágrimas, bajo el cenador del fondo, en medio de los jóvenes brotes, en el aire

cálido.

«¿Qué te pasa, prenda?, le preguntó con inquietud.

—Nada, te lo aseguro, le dijo sonriente. Estoy contenta, muy contenta».

El se encogió de hombros, al tiempo que daba delicados tijeretazos para igualar bien la línea de bojes; ponía un gran amor propio, cada año, en tener los bojes más correctos del barrio. Marthe, que había enjugado su llanto, lloró de nuevo a lágrima viva, con un nudo en la garganta, emocionada en lo más hondo por el olor de todo aquel verdor cortado. Contaba entonces cuarenta años, y lloraba por su juventud.

Mientras tanto, el padre Faujas, desde que era párroco de San Saturnino, tenía una suave dignidad, que parecía engrandecerlo aún más. Llevaba su breviario y su sombrero magistralmente. En la catedral, se había revelado con unas demostraciones de autoridad que le aseguraron el respeto del clero. El padre Fenil, vencido de nuevo en dos o tres cuestiones de detalle, parecía dejar el campo libre a su adversario. Pero éste no cometía la necedad de triunfar brutalmente. Tenía una altivez muy suya, de una flexibilidad y una humildad sorprendentes. Notaba a la perfección que Plassans estaba lejos de pertenecerle aún. Por eso, si se paraba a veces en la calle... para estrechar la mano al señor Delangre, se limitaba a intercambiar breves saludos con el señor de Bourdeu, Maffre y los otros invitados del presidente Rastoil. Todo un sector de la sociedad de la ciudad conservaba una gran desconfianza respecto a él. Lo acusaban de tener ideas políticas muy turbias. Era preciso que se explicara, que se declarara en favor de un partido. Pero él sonreía, decía que era del partido de la gente decente, lo cual lo dispensaba de responder con mayor claridad. Además, no demostraba la menor prisa, seguía permaneciendo al margen, esperando que las puertas se abriesen por sí solas.

«No, amigo mío, más adelante, veremos», decía al padre Bourrette, quien le apremiaba para que visitase al señor Rastoil.

Y se supo que había rechazado dos invitaciones a cenar en la subprefectura. Seguía tratando sólo a los Mouret. Allí se quedaba, como en observación, entre los dos campos enemigos. El martes, cuando las dos sociedades estaban reunidas en los jardines, a la derecha y a la izquierda, se asomaba a la ventana, miraba el sol ponerse a lo lejos, detrás de los bosques de la Seille; después, antes de retirarse, bajaba los ojos, respondía de forma igualmente amable a los saludos de los Rastoil y a los saludos de la subprefectura. Ésas eran todas las relaciones que mantenía con los vecinos.

Un martes, no obstante, bajó al jardín. El jardín de Mouret le pertenecía ahora. Ya no se contentaba con reservarse el cenador del fondo, a las horas de su breviario; todos los senderos, todos los arriates eran suyos; su sotana manchaba de negro todo el verde. Aquel martes dio una vuelta, saludó al señor Maffre y a la señora Rastoil, a quienes distinguió más abajo; después pasó bajo la terraza de la subprefectura, donde se encontraba acodado el señor de Condamin, en compañía del doctor Porquier. Aquellos caballeros lo saludaron, y estaba remontando ya el sendero, cuando el

doctor lo llamó:

«Señor cura, por favor, dos palabras».

Y le preguntó a qué hora podría verlo, al día siguiente. Era la primera vez que una de las dos sociedades dirigía así la palabra al sacerdote, de un jardín a otro. El médico estaba muy preocupado: el granuja de su hijo acababa de ser sorprendido, con una pandilla de otros perdís, en una casa sospechosa, detrás de la cárcel. Lo peor era que se acusaba a Guillaume de ser el jefe de la banda y de haber corrompido a los jóvenes Maffre, mucho menores que él.

«¡Bah!, dijo el señor de Condamín con su risa escéptica, la juventud tiene sus desahogos. ¡Qué lindo caso! Toda la ciudad revolucionada porque esos jóvenes jugaban al bacará y porque han encontrado a una dama con ellos».

El médico se mostró muy disgustado.

«Quiero pedirle consejo, dijo dirigiéndose al sacerdote. El señor Maffre ha venido a mi casa hecho una furia; me ha dirigido los más sangrantes reproches, gritando que la culpa es mía, que he educado mal a mi hijo... Mi situación es realmente penosa. Y, sin embargo, deberían conocerme mejor. Tengo sesenta años de vida sin tacha a mis espaldas».

Y continuó gimiendo, contando los sacrificios que había hecho por su hijo, hablando de su clientela, que temía perder. El padre Faujas, de pie en medio del sendero, alzaba la cabeza, escuchaba gravemente.

«No pido nada mejor que serle útil, dijo con cortesía Veré al señor Maffre, le haré comprender que una justa indignación lo ha llevado demasiado lejos; incluso le voy a rogar que me conceda una cita para mañana. Esta ahí, al lado».

Cruzó el jardín, se inclinó hacia el señor Maffre que, en efecto, seguía allí, en compañía de la señora Rastoil. Pero cuando el juez de paz supo que el párroco deseaba tener una entrevista con él, no quiso que se molestara, se puso a su disposición, diciéndole que tendría el honor de hacerle una visita al día siguiente.

«Ah, señor cura, agregó la señora Rastoil, enhorabuena por la plática del domingo. Todas las señoras estaban emocionadísimas, se lo aseguro».

Él saludó, cruzó de nuevo el jardín, para tranquilizar al doctor Porquier. Después, lentamente, paseó hasta la noche por los senderos, sin mezclarse en las conversaciones, escuchando las risas de las dos sociedades, a derecha e izquierda.

Al día siguiente, cuando el señor Maffre se presentó, el padre Faujas vigilaba el trabajo de dos obreros que reparaban el estanque. Había manifestado el deseo de ver funcionar el surtidor; aquel estanque sin agua era triste, decía. Mouret no quería, pretendía que podían producirse accidentes; pero Marthe lo había solucionado, decidiendo que rodearían el estanque con una verja.

«Señor cura, gritó Rose, está ahí el señor juez de paz, que pregunta por usted».

El padre Faujas se apresuró. Quería subir al señor Maffre a su piso, al segundo, pero Rose ya había abierto la puerta del salón.

«Entre, decía. ¿Es que no está usted aquí en su casa? Es inútil hacer subir dos

pisos al señor juez de paz... Sólo que, si me hubiera avisado usted esta mañana, habría desempolvado el salón».

Cuando cerró la puerta detrás de ellos, tras haber abierto los postigos, Mouret la llamó al comedor.

«Eso es, Rose, dijo, le darás mi cena, esta noche, a tu cura, y, si no tiene bastantes mantas arriba, me lo traerás a mi cama, ¿verdad?».

La cocinera intercambió una mirada de inteligencia con Marthe, que trabajaba delante de la ventana, esperando a que el sol se fuese de la terraza. Después, encogiéndose de hombros, murmuró:

«Mire, señor, nunca ha tenido usted buen corazón».

Y se marchó. Marthe continuó trabajando sin levantar la cabeza. Desde hacía unos días había reanudado el trabajo con una especie de fiebre. Bordaba una sabanilla; era un regalo para la catedral. Las damas querían donar un altar entero. Las señoras Rastoil y Delangre se habían encargado de los candelabros. La señora de Condamin había pedido a París un soberbio cristo de plata.

Mientras tanto, en el salón, el padre Faujas dirigía una suave reprimenda al señor Maffre, diciéndole que el doctor Porquier era un hombre religioso, de gran honorabilidad, y sufría más que nadie con la deplorable conducta de su hijo. El juez de paz le escuchaba con arrobó; su cara gruesa, sus ojos saltones, adoptaba un aire de éxtasis ante ciertas frases piadosas que el sacerdote pronunciaba de forma más penetrante. Reconoció que se había mostrado un poco impulsivo, dijo estar dispuesto a todas las disculpas, ya que el señor cura pensaba que había pecado.

«¿Y sus hijos?, preguntó el cura; tendrá que enviármelos, hablaré con ellos».

El señor Maffre sacudió la cabeza con una ligera risa.

«No tenga miedo, señor cura; esos bribones no volverán a empezar... Llevan tres días encerrados en su cuarto, a pan y agua. Mire, cuando me enteré del asunto, si hubiera tenido un palo, se lo habría roto en las costillas».

El cura lo miró, acordándose de que Mouret lo acusaba de haber matado a su mujer con su dureza y su avaricia; después, con un ademán de protesta:

«No, no, dijo; no es así como hay que tratar a los jóvenes. Su hijo mayor, Ambrose, tiene unos veinte años, y el pequeño anda por los dieciocho, ¿no? Piense que ya no son unos niños; hay que tolerarles ciertas diversiones».

El juez de paz estaba mudo de sorpresa.

«Entonces, ¿usted los dejaría fumar, les permitiría ir al café?, murmuró.

—Sin duda, prosiguió el sacerdote sonriente. Le repito que los jóvenes deben poder reunirse para charlar, fumar cigarrillos, y hasta jugar una partida de billar o de ajedrez... Si usted no les tolera nada, se lo permitirán todo... Sólo que, como usted puede figurarse, yo no los mandaré a cualquier café. Desearía para ellos un centro particular, un círculo, como los que he visto en varias ciudades».

Y desarrolló todo un plan. El señor Maffre, poco a poco, comprendía, meneaba la cabeza, diciendo:

«Perfecto, perfecto... Sería el digno equivalente de la obra de la Virgen. ¡Ah!, señor cura, hay que poner en ejecución un proyecto tan hermoso.

—¡Bueno!, concluyó el sacerdote acompañándolo hasta la calle, ya que la idea le parece buena, dígales dos palabras a sus amigos. Yo veré al señor Delangre, le hablaré igualmente de ella... El domingo, después de las vísperas, podríamos reunirnos en la catedral, para tomar una decisión».

El domingo, el señor Maffre llevó a Rastoil. Encontraron al padre Faujas y a Delangre en un cuartito contiguo a la sacristía. Aquellos caballeros se mostraban muy entusiastas. En principio, se resolvió crear un círculo juvenil; sólo se batalló algún tiempo sobre el nombre que llevaría el círculo. El señor Maffre estaba empeñadísimo en llamarlo Círculo de Jesús.

«¡Eh! ¡No!, acabó por exclamar el sacerdote, impaciente; no tendrían ustedes a nadie, se burlarían de los raros afiliados. Comprendan de una vez que no se trata de meter la religión en el asunto como sea; al contrario, yo cuento con dejar la religión en la puerta. Queremos distraer honestamente a la juventud, ganarla para nuestra causa, nada más».

El juez de paz miraba al presidente con aire tan extrañado, tan ansioso, que el señor Delangre tuvo que bajar la nariz para ocultar una sonrisa. Tiró disimuladamente de la sotana del cura. Éste, calmándose, prosiguió con más suavidad:

«Me imagino que ustedes no desconfían de mí, caballeros. Déjenme, por favor, dirigir este asunto. Propongo elegir un nombre muy sencillo, por ejemplo éste: el círculo de la Juventud, que dice lo que quiere decir».

Los señores Rastoil y Maffre se conformaron, aunque les pareció un poco soso. Hablaron a continuación de nombrar al señor cura presidente de un comité provisional.

«Creo, murmuró el señor Delangre, echando una ojeada al padre Faujas, que eso no entra en los planes del señor cura.

—Sin duda, no acepto, dijo el cura encogiéndose levemente de hombros; mi sotana asustaría a los tímidos, a los tibios. No tendríamos sino a los jóvenes piadosos, y no abrimos el círculo para ellos. Deseamos atraer a nosotros a los descarriados; en una palabra, hacer discípulos, ¿no?

—Evidentemente, respondió el presidente.

—¡Bueno! Pues es preferible que nos mantengamos en la sombra, yo sobre todo. Oigan lo que les propongo. Su hijo, señor Rastoil, y el suyo, señor Delangre, son los únicos que van a aparecer. Serán ellos los que han tenido la idea del círculo. Enviémoslos mañana, me entenderé con todo detalle con ellos. Tengo ya un local a la vista, con un proyecto de estatutos listo... En cuanto a sus dos hijos, señor Maffre, naturalmente, se inscribirán a la cabeza de la lista de afiliados».

El presidente pareció halagado con el papel destinado a su hijo. Conque así quedó convenido, pese a la resistencia del juez de paz, quien había esperado sacar alguna gloria de la fundación del círculo. Ya al día siguiente Séverin Rastoil y Lucien

Delangre se pusieron en relación con el padre Faujas, Séverin era un joven alto de veinticinco años, de cráneo mal hecho, de cerebro obtuso, que acababa de obtener el título de abogado gracias a la posición ocupada por su padre; éste soñaba ansiosamente con hacerlo nombrar suplente, pues desesperaba de verle crearse una clientela. Lucien, en cambio, bajito de estatura, de ojos vivos, cabeza sagaz, pleiteaba con el aplomo de un viejo profesional, aunque era un año menor que el otro; *La Gaceta de Plassans* lo anunciaba como una futura lumbrera del foro. Fue sobre todo a este último a quien el cura dio las instrucciones más minuciosas; el hijo del presidente hacía los recados, reventaba de importancia. En tres semanas, el Círculo de la Juventud fue creado e instalado.

Había entonces, debajo de la iglesia de los Mínimos, situada al final del paseo Sauvaire, unas amplias antecocinas y un viejo refectorio del convento, que ya no se utilizaban. Ése era el local que el padre Faujas tenía a la vista. El clero de la parroquia lo cedió de muy buen grado. Una mañana, el comité provisional del Círculo de la Juventud metió a los obreros en aquella especie de sótanos, y los burgueses de Plassans quedaron estupefactos al comprobar que estaban instalando un café debajo de la iglesia. A partir del quinto día no cupo la menor duda. Se trataba de un café, aunque pareciese imposible. Llevaban divanes, veladores de mármol, sillas, dos billares, tres cajas de vajillas y cristalería. Se abrió una puerta, en el extremo del edificio, lo más lejos posible del pórtico de los Mínimos; grandes cortinas rojas, cortinas de restaurante, colgaban detrás de la puerta vidriera, que se empujaba tras haber bajado cinco escalones de piedra. Allí se encontraba primero una gran sala; después, a la derecha, se abrían una sala más reducida y un salón de lectura; por último, en una pieza cuadrada, al fondo, se habían colocado los dos billares. Estaban exactamente bajo el altar mayor.

«¡Ah! ¡Pobres niños!, dijo un día Guillaume Porquier a los jóvenes Maffre, a quienes se encontró en el paseo, os van a hacer ayudar a misa ahora, entre dos partidas de brisca».

Ambroise y Alphonse le suplicaron que no les volviera a hablar en público, porque su padre los había amenazado con enrolarlos en la marina si seguían tratándole.

La verdad era que, una vez pasado el primer asombro, el Círculo de la Juventud obtenía un gran éxito. Monseñor Rousselot había aceptado la presidencia de honor; acudió a él incluso una tarde, en compañía de su secretario, el padre Surin; bebieron cada uno un vaso de jarabe de grosellas, en el salón pequeño, y se guardó con respeto, en un trincherero, el vaso que había usado monseñor. Todavía hoy en Plassans se cuenta con emoción esta anécdota. Eso decidió la afiliación de todos los jóvenes de la buena sociedad. Fue de mal tono no formar parte del Círculo de la Juventud.

Mientras tanto, Guillaume Porquier rondaba alrededor del círculo, con risas de joven lobo que sueña con entrar en el aprisco. Los jóvenes Maffre, pese al horrible miedo que le tenían a su padre, adoraban a aquel muchachote descarado, que les

contaba historias de París y les procuraba farras de postín en la campiña de las cercanías. Por ello acabaron por darle una cita todos los sábados, a las nueve, en un banco del paseo de la Explanada. Se escapaban del círculo, charloteaban hasta las once, ocultos en la sombra negra de los plátanos. Guillaume volvía con insistencia sobre las veladas que pasaban debajo de la iglesia de los Mínimos.

«Sois demasiado buenos, vosotros, decía, al dejaros manejar como peleles... Es el sacristán, ¿verdad?, quien os sirve vasos de agua con azúcar, como si os diera la comunión.

—Nada de eso, te equivocas, te lo aseguro, afirmaba Ambroise. Uno se creería en uno de los cafés del Paseo, el café de Francia o el café del Viajero... Tomamos cerveza, ponche, madera, lo que queramos, en fin, todo lo que se hace fuera».

Guillaume continuaba burlándose:

«No importa, murmuraba; yo no querría tomar ninguna de sus porquerías; tendría demasiado miedo de que hubieran metido dentro alguna droga para hacerme ir a confesar. Apuesto a que os jugáis la consumición a las prendas o a adivina quién te dio».

Los jóvenes Madre se reían mucho con estas bromas. Lo desengañaban, sin embargo, le contaban que los propios naipes estaban permitidos. No olía para nada a iglesia. Y se estaba muy bien, los divanes eran cómodos había espejos por todas partes.

«Veamos, proseguía Guillaume, no me iréis a hacer creer que no se oye el órgano, cuando hay una ceremonia, por la tarde, en los Mínimos... Se me atragantaría el café sólo con saber que bautizan, casan y entierran encima de mi taza.

—En eso tienes algo de razón, decía Alphonse; el otro día, mientras jugaba una partida de billar con Séverin, durante el día, hemos oído perfectamente que enterraban a alguien. Era la niña del carnicero de la esquina de la calle de la Banne... Ese Séverin es de lo más tonto; creía meterme miedo, al contarme que el entierro me iba a caer en la cabeza.

—¡Ah! ¡Bueno! ¡Menudo círculo, ese vuestro!, exclamaba Guillaume. No pondría los pies en él por todo el oro del mundo. Lo mismo da tomar el café en una sacristía».

Guillaume se sentía muy herido por no formar parte del Círculo de la Juventud. Su padre le había prohibido presentarse, temiendo que no lo admitieran. Pero la irritación que experimentaba resultó demasiado fuerte. Hizo una petición, sin avisar a nadie. Se armó un buen lío. La comisión encargada de pronunciarse sobre las admisiones contaba entonces entre sus miembros a los jóvenes Maffre. Lucien Delangre era presidente y Séverin Rastoil, secretario. Los jóvenes se vieron en un terrible aprieto. Aunque no se atrevían a apoyar la petición, no querían desagradar al doctor Pourquoi, un hombre tan digno, tan bien trajeado, que tenía la total confianza de las señoras de la buena sociedad. Ambroise y Alphonse instaron a Guillaume a que no llevase las cosas más lejos, dándole a entender que no tenía ninguna posibilidad.

«¡No me digáis!, les respondió; sois los dos unos cobardes... ¿Es que os creéis que me interesa entrar en vuestra cofradía? Es una broma que os gasto. Quiero ver si tendréis el valor de votar contra mí... Me reiré a gusto el día que esos santurrones me cierren la puerta en las narices. Y en cuanto a vosotros, pequeños, podéis iros a divertir donde os pete; no os volveré a hablar en mi vida».

Los jóvenes Maffre, consternados, suplicaron a Lucien Delangre que arreglara las cosas para evitar un escándalo. Lucien sometió la dificultad a su consejero de costumbre, el padre Faujas, por quien había concebido una admiración de discípulo. El padre, todas las tardes, de cinco a seis, iba al Círculo de la Juventud. Cruzaba la sala grande con aire afable, saludando, deteniéndose a veces, de pie delante de una mesa, a conversar unos minutos con un grupo de jóvenes. Jamás aceptaba nada, ni un vaso de agua pura. Después entraba en el salón de lectura, se sentaba delante de la gran mesa cubierta con un tapete verde, leía atentamente todos los diarios que recibía el círculo, los periódicos legitimistas de París y de los departamentos vecinos. A veces tomaba una rápida nota, en un cuadernito. Después de lo cual se retiraba discretamente, sonriendo de nuevo a los parroquianos, dándoles apretones de mano. Ciertos días, sin embargo, se quedaba más tiempo, se interesaba por una partida de ajedrez, hablaba con alegría de todo. Los jóvenes, que lo querían mucho, decían de él:

«Cuando habla, uno no creería que es un sacerdote».

Cuando el hijo del alcalde le hubo hablado del aprieto en que la petición de Guillaume ponía a la comisión, el padre Faujas prometió mediar. En efecto, al día siguiente vio al doctor Pourquoi, a quien le contó el asunto. El médico quedó aterrado. ¿Es que su hijo quería matarlo a disgustos, deshonorando su cabello cano? ¿Y qué resolver, en aquel trance? Aunque la petición fuera retirada la vergüenza no sería menor por ello. El sacerdote le aconsejó que desterrara a Guillaume, durante dos o tres meses, a una finca que poseía a unas cuantas leguas; él se encargaría del resto. El desenlace fue de lo más sencillo. En cuanto Guillaume se marchó, la comisión dejó la petición de lado, declarando que no corría prisa y que posteriormente se tomaría una decisión.

El doctor Pourquoi se enteró de esta solución por Lucien Delangre, una tarde, cuando se encontraba en el jardín de la subprefectura. Corrió a la terraza. Era la hora del breviario del padre Faujas; allí estaba, bajo el cenador de los Mouret.

«¡Ah, señor cura, cuánto se lo agradezco!, dijo el doctor inclinándose. Tendría mucho gusto en estrecharle la mano.

—¡Es un poco alto!», respondió el sacerdote, que miraba el muro con una sonrisa.

Pero el doctor Pourquoi era hombre muy efusivo, a quien los obstáculos no desanimaban.

«¡Espere!, exclamó. Si me lo permite, señor cura, voy a dar la vuelta».

Y desapareció. El cura, siempre sonriente, se dirigió lentamente hacia la puertecita que se abría al callejón de las Chevillottes. El doctor ya daba unos

golpecitos discretos en la madera.

«Es que esta puerta está condenada, murmuró el sacerdote. Hay uno de los clavos que está roto... Si tuviera una herramienta, no sería difícil quitar el otro».

Miró a su alrededor, vio una laya. Entonces, con un ligero esfuerzo, abrió la puerta, cuyos cerrojos había corrido. Después salió al callejón de las Chevillottes, donde el doctor Pourquoi lo abrumó a frases amables. Mientras paseaban charlando a lo largo del callejón, el señor Maffre, que se encontraba justamente en el jardín de Rastoil, abrió por su parte la puertecita escondida detrás de la cascada. Y aquellos señores se rieron mucho al encontrarse así los tres en la calleja desierta.

Permanecieron allí un instante. Cuando se despidieron del cura, el juez de paz y el doctor asomaron la cabeza por el jardín de los Mouret, mirando curiosamente a su alrededor.

Mientras tanto, Mouret, que ponía unos rodrigones a las matas de tomates, los distinguió al alzar la vista. Se quedó mudo de sorpresa.

«¡Qué bien! ¡Ya los tengo en mi casa!, murmuró. Lo único que falta es que el cura me traiga aquí a las dos pandillas».

XIII

Serge tenía entonces diecinueve años. Ocupaba un cuartito en la segunda planta, frente al piso del sacerdote, donde vivía casi enclaustrado, leyendo mucho.

«Tendré que tirarte los libros al fuego, decía Mouret con cólera. Ya verás cómo acabas metiéndote en la cama».

En efecto, el joven era de un temperamento tan nervioso que tenía, a la menor imprudencia, indisposiciones de jovencita, pupas que lo retenían en su habitación durante dos o tres días. Rose lo ahogaba entonces en tisanas, y cuando Mouret subía a sacudirlo un poco, como decía él, si la cocinera estaba allí ponía a su amo en la puerta, gritándole:

«¡Déjelo tranquilo, al monín! ¿No ve usted que lo está matando con sus brutalidades?... Ea, no sale a usted en nada, es el vivo retrato de su madre. No los entenderá usted nunca, ni al uno ni a la otra».

Serge sonreía. Su padre, al verlo tan delicado, dudaba, desde su salida del colegio, si enviarlo o no a estudiar derecho a París. No quería oír hablar de una facultad de provincias; París, según él, era necesario para un mozo que quisiera llegar lejos. Ponía en su hijo una gran ambición, diciendo que otros más brutos —sus primos Rougon, por ejemplo— se habían abierto un gran camino. Cada vez que el joven le parecía robusto, fijaba la partida para los primeros días del mes siguiente; luego el baúl nunca estaba listo, el joven tosía un poco, la partida se encontraba aplazada de nuevo.

Marthe, con su indiferente dulzura, se contentaba con murmurar cada vez:

«Todavía no tiene veinte años. No es muy prudente enviar a un chico tan joven a París... Además, aquí no pierde el tiempo. Tú mismo opinas que trabaja demasiado».

Serge acompañaba a su madre a misa. Era de espíritu religioso, muy tierno y muy serio. Como el doctor Porquier le había recomendado mucho ejercicio, le había entrado una pasión por la botánica y hacía excursiones, se pasaba luego las tardes disecando las hierbas que había cogido, pegándolas, clasificándolas, etiquetándolas. Fue entonces cuando el padre Faujas se convirtió en su gran amigo. El cura había herborizado en tiempos; le dio ciertos consejos prácticos por los que el joven se mostró muy agradecido. Se prestaron algunos libros, salieron un día juntos en busca de una planta que el sacerdote decía que debía crecer en la región. Cuando Serge estaba indispuerto, recibía cada mañana la visita de su vecino, quien conversaba largamente a la cabecera de su cama. Los otros días, cuando se encontraba en pie, era él quien llamaba a la puerta del padre Faujas, en cuanto lo oía andar por su cuarto. Sólo los separaba el estrecho rellano, y acababan por vivir el uno en casa del otro.

A menudo Mouret se enfurecía aún, pese a la tranquilidad impasible de Marthe y los ojos irritados de Rose.

«¿Qué puede estar haciendo arriba ese pillo?, rezongaba. Me paso días enteros sin siquiera verlo. Ya no sale de casa del cura; andan siempre charlando por los rincones... En primer lugar, se va a marchar a París. Es fuerte como un toro. Todas esas plepas son pamemas para que lo mimen. Ya podéis mirarme las dos como queráis, pero el cura no va a convertirme al niño en un santurrón».

Entonces acechó a su hijo. Cuando lo creía en casa del cura, lo llamaba con rudeza.

«¡Preferiría que se fuera de mujeres!, gritó un día exasperado.

—¡Oh!, señor, dijo Rose, semejantes ideas son abominables.

—¡Sí, de mujeres! ¡Y lo llevaré yo mismo, si me ponéis en el disparadero con vuestra clerigalla!».

Serge formó parte, naturalmente, del Círculo de la Juventud. Iba poco, por otra parte, pues prefería su soledad. De no ser por la presencia del padre Faujas, a quien encontraba allí a veces, sin duda nunca hubiera puesto los pies en él. El cura, en el salón de lectura, le enseñó a jugar al ajedrez. Mouret, que supo que el «pequeño» se encontraba con el cura hasta en el café, juró que lo pondría en el tren al lunes siguiente. El baúl estaba hecho, y esta vez en serio, cuando Serge, que había querido pasar una última mañana en pleno campo, regresó empapado por un repentino chaparrón. Tuvo que meterse en la cama, castañeteando los dientes de fiebre. Durante tres semanas estuvo entre la vida y la muerte. La convalecencia duró dos meses largos. Los primeros días, sobre todo, estaba tan débil que permanecía con la cabeza levantada por almohadones, los brazos extendidos a lo largo de las sábanas, semejante a una figura de cera.

«La culpa es suya, señor, gritaba la cocinera a Mouret. Si el niño muere, lo tendrá usted sobre su conciencia».

Mientras su hijo estuvo en peligro, Mouret, entristecido, los ojos rojos de lágrimas, deambuló silenciosamente por la casa. Subía raras veces, rondaba por el vestíbulo, esperando la salida del médico. Cuando supo que Serge estaba salvado, se deslizó en la habitación, ofreciendo sus servicios. Pero Rose lo puso en la puerta. No tenían necesidad de él; el niño aún no estaba lo bastante fuerte para soportar sus brutalidades; mejor haría en atender a sus asuntos, en vez de andarles así entre las faldas. Entonces Mouret se quedó solo en la planta baja, más triste y más ocioso; no le sacaba gusto a nada, decía. Cuando cruzaba el vestíbulo, oía con frecuencia, en el segundo, la voz del padre Faujas, que pasaba tardes enteras a la cabecera del convaleciente Serge.

«¿Cómo va hoy, señor cura?, preguntaba Mouret al sacerdote, tímidamente, cuando este último bajaba al jardín.

—Bastante bien; será largo, es menester mucho tacto».

Y leía tranquilamente su breviario, mientras el padre, una podadera en la mano, lo seguía por los senderos, tratando de reanudar la conversación, para tener noticias más detalladas sobre el «pequeño». Cuando la convalecencia avanzó, observó que el

sacerdote ya no salía del cuarto de Serge. Habiendo subido en varias ocasiones, mientras las mujeres no estaban, lo había encontrado siempre sentado junto al joven, conversando dulcemente con él, prestándole los pequeños servicios de azucararle la tisana, subirle las mantas, darle los objetos que deseaba. Y había en la casa todo un murmullo dulcificado, palabras intercambiadas en voz baja entre Marthe y Rose, un recogimiento especial que transformaba el segundo piso en un rincón de convento. Mouret notaba como un olor a incienso en su casa; a veces le parecía, por el balbuceo de las voces, que allá arriba decían misa.

«¿Qué hacen?, pensaba. Sin embargo, el pequeño está salvado: no le dan la extremaunción».

El mismo Serge le inquietaba. Parecía una chica, con su ropa blanca. Sus ojos se habían agrandado; su sonrisa era un dulce éxtasis de los labios, que conservaba incluso en medio de los más crueles sufrimientos. Mouret ya ni se atrevía a hablar de París, tan femenino y púdico le parecía el querido enfermo.

Una tarde había subido ahogando el rumor de sus pasos. Por la puerta entornada distinguió a Serge al sol, en un sillón. El joven lloraba, con los ojos en el cielo, mientras su madre, delante de él, sollozaba igualmente. Se volvieron los dos, al ruido de la puerta, sin enjugar sus lágrimas. Y de inmediato, con su voz débil de convaleciente:

«Padre mío, dijo Serge, tengo que pedirle una gracia. Mi madre asegura que se enfadará, que me negará una autorización que me colmaría de gozo... Quisiera entrar en el seminario».

Había unido las manos con una especie de devoción calenturienta.

«¡Tú! ¡Tú!», murmuró Mouret.

Y miró a Marthe, que apartaba la cabeza. No agregó nada, fue a la ventana, regresó a sentarse a los pies de la cama, maquinalmente, como acogotado por el golpe.

«Padre mío, prosiguió Serge al cabo de un largo silencio, he visto a Dios, tan cerca de la muerte; he jurado ser suyo. Le aseguro que toda mi alegría estriba en eso. Créame, no me desconsuele».

Mouret, con cara lúgubre, los ojos en el suelo, seguía sin pronunciar palabra. Hizo un gesto de supremo desaliento, murmurando:

«Si yo tuviera el menor valor, metería dos camisas en un pañuelo y me iría».

Después se levantó, fue a tabalear en los cristales con la yema de los dedos. Cuando Serge iba a implorarle de nuevo, dijo simplemente:

«No, no; de acuerdo. Hazte cura, hijo mío».

Y salió. Al día siguiente, sin avisar a nadie, se marchó a Marsella, donde pasó ocho días con su hijo Octave. Pero regresó preocupado, envejecido. Octave le daba pocos consuelos. Lo había encontrado llevando una vida regalada, acibillado a deudas, escondiendo a sus amantes en los armarios; por lo demás, no despegó los labios sobre estas cosas. Se volvía sedentario, ya no tenía ni una sola de sus buenas

intuiciones, una de esas compras de cosecha en agraz, que antes tanto le enorgullecían. Rose observó que exhibía un silencio casi total, que incluso evitaba saludar al padre Faujas.

«¿Sabe que no es usted nada educado?, le dijo un día, atrevida; acaba de pasar el señor cura y usted le ha vuelto la espalda... Si hace eso a causa del niño, se equivoca. El señor cura no quería que entrara en el seminario; le echó muchas broncas por eso, yo lo oí... ¡Ah!, la casa está alegre, ahora; usted ya no habla, ni siquiera con la señora; cuando se sientan a la mesa, se diría un funeral... Yo empiezo a estar harta, señor».

Mouret salía de la estancia, pero la cocinera lo perseguía al jardín.

«¿No debería estar feliz al ver al niño levantado? Ayer comió una chuleta, el querubín, y con mucho apetito... Eso le da igual, ¿verdad? Querría convertirlo en un pagano como usted... Ea, necesita usted demasiadas oraciones; es Dios, que quiere la salvación de todos nosotros. En su lugar, yo lloraría de gozo, al pensar que ese pobre corazoncito va a rezar por mí. Pero es usted de piedra, sí, usted, señor... ¡Qué guapo estará, el monín, con sotana!».

Entonces Mouret subía al primer piso. Allí se encerraba en una habitación, a la que llamaba su despacho, una gran estancia desnuda, amueblada con una mesa y dos sillas. Esa estancia se convirtió en su refugio cuando la cocinera lo acorralaba. Se aburría en ella, volvía a bajar al jardín, que cultivaba con mayor solicitud. Marthe no parecía consciente de los enfurruñamientos de su marido; a veces él permanecía una semana en silencio, sin que ella se inquietara ni enojara. Se desprendía cada día más de lo que la rodeaba; creyó incluso, de tan apacible como le pareció la casa cuando ya no oyó a todas horas la voz rezongona de Mouret, que éste había entrado en razón, que se había procurado como ella un rincón de felicidad. Esto la tranquilizó, la autorizó a sumirse más en su sueño. Cuando él la miraba, con ojos turbios, no la reconocía, ella le sonreía, no veía las lágrimas que hinchaban sus párpados.

El día en que Serge, totalmente curado, entró en el seminario, Mouret se quedó solo en casa con Desirée. Ahora cuidaba de ella con frecuencia. Aquella niña grande, que frisaba en los dieciséis años, habría podido caer al estanque, o prender fuego a la casa jugando con cerillas, como una cría de seis años. Cuando Marthe regresó, encontró las puertas abiertas, las estancias vacías. La casa le pareció toda desnuda. Bajó a la terraza, y descubrió, al fondo de un sendero, a su marido jugando con la jovencita. Estaba sentado en el suelo, sobre la arena; llenaba muy serio, con ayuda de una palita de madera, una carretilla que Desirée sujetaba por un cordel.

«¡Arre! ¡Arre!, gritaba la niña.

—Espera, decía pacientemente el hombre, no está llena... Ya que quieres hacer de caballo, hay que esperar a que esté llena».

Entonces ella pataleó haciendo como un caballo que se impacienta; después, incapaz de quedarse quieta, echó a andar, riendo a carcajadas. La carretilla saltaba, se vaciaba. Cuando hubo dado la vuelta al jardín, regresó, gritando:

«¡Llénala, llénala otra vez!».

Mouret la llenó de nuevo, a pequeñas paladas. Marthe se había quedado en la terraza, mirando, conmovida, incómoda; aquellas puertas abiertas, aquel hombre jugando con aquella niña, al fondo de una casa vacía, la entristecían, sin que tuviera clara conciencia de lo que ocurría en su interior. Subió a desvestirse, oyendo a Rose, que había regresado también, decir desde lo alto de la escalinata:

«¡Dios mío! ¡Qué tonto es el señor!».

Según la expresión de sus amigos del paseo Sauvaire, de los pequeños rentistas con los cuales daba todos los días una vuelta, Mouret «estaba guillado». El pelo le había encanecido en unos meses, le flaqueaban las piernas, ya no era el terrible burlón temido por toda la ciudad. Se creyó por un instante que se había lanzado a especulaciones aventuradas y que se doblegaba bajo una gruesa pérdida de dinero.

La señora Paloque, acodada a la ventana de su comedor, que daba a la calle Balande, decía incluso «que iba por mal camino», cada vez que lo veía salir. Y, si el padre Faujas cruzaba la calle, unos minutos más tarde, disfrutaba exclamando, sobre todo cuando tenía gente en casa:

«Ahí va el señor cura; ése sí que engorda... Si comiera en el mismo plato que el señor Mouret, una creería que no le deja más que los huesos».

Reía, y le hacían coro. El padre Faujas, en efecto, tenía un aspecto soberbio, siempre con sus guantes negros, la sotana reluciente. Sonreía de un modo especial, con un pliegue irónico en los labios, cuando la señora de Condamin lo felicitaba por su buena cara. A aquellas señoras les gustaba bien arreglado, vestido de forma señorial y comfortable. Él debía de soñar en peleas con los puños cerrados, los brazos desnudos, sin preocuparse por los harapos. Pero, cuando se descuidaba, el menor reproche de la anciana señora Rougon lo sacaba de su abandono; sonreía, iba a comprar medias de seda, un sombrero, una faja nueva. Desgastaba mucho, su gran cuerpo lo reventaba todo.

Desde la fundación de la obra de la Virgen todas las mujeres eran sus partidarias; lo defendían de las feas historias que seguían corriendo a veces, sin que se pudiera adivinar claramente su fuente. Lo juzgaban un poco duro a veces, sí; pero esa brutalidad no les disgustaba, sobre todo en el confesonario, donde les agradaba sentir aquella mano de hierro abatiéndose sobre su nuca.

«Querida, dijo un día la señora de Condamin a Marthe, me ha regañado ayer. Creo que me habría pegado, si no hubiese habido una tabla entre nosotros... ¡Ay!, ¡no siempre resulta cómodo!».

Y soltó una risita, disfrutando aún de esta pelea con su director. Hay que decir que la señora de Condamin había creído observar la palidez de Marthe cuando le hacía ciertas confidencias sobre la manera en que el padre Faujas confesaba; adivinaba sus celos, sacaba un maligno placer de torturarla, redoblando los detalles íntimos.

Cuando el padre Faujas hubo creado el Círculo de la Juventud, se volvió campechano; fue como una nueva encarnación. Bajo el esfuerzo de su voluntad, su

naturaleza severa se plegaba al igual que blanda cera. Dejó contar el papel que había tenido en la apertura del círculo, se hizo amigo de todos los jóvenes de la ciudad, vigilándose aún más, pues sabía que los colegiales escapados no sienten la afición de las mujeres a las brutalidades. Estuvo a punto de enfadarse con el joven Rastoil, a quien amenazó con tirarle de las orejas a propósito de un altercado sobre el reglamento interno del círculo; pero, con un sorprendente dominio de sí mismo, le tendió la mano casi en seguida, humillándose, poniendo a los presentes de su parte gracias a sus buenos modos al ofrecer sus disculpas «a ese animalote de Saturnin»^[4], como le llamaban.

Aunque el cura había conquistado a las mujeres y los niños, seguía en un plano de simple cortesía con padres y maridos. Las personas serias seguían desconfiando de él, al verlo permanecer apartado de todo grupo político. En la subprefectura, el señor Péqueur des Saulaies lo discutía con viveza; mientras que el señor Delangre, sin defenderlo de forma clara, decía con finas sonrisas que había que esperar para juzgarle. En casa del señor Rastoil se había convertido en un auténtico motivo de desavenencias. Séverin y su madre no cesaban de importunar al presidente con elogios del sacerdote.

«¡Bueno! ¡Bueno! Tendrá todas las cualidades que queráis, gritaba el infeliz. De acuerdo, dejadme en paz. Hice que lo invitaran a cenar; no ha venido. No puedo ir a cogerlo del brazo para traerlo.

—Pero, amigo mío, decía la señora Rastoil, casi no lo saludas cuando te lo encuentras. Es eso lo que ha debido de ofenderlo.

—Sin duda, agregaba Séverin; se da perfecta cuenta de que usted no es con él como debería ser».

El señor Rastoil se encogía de hombros. Cuando el señor Bourdeu estaba allí, ambos acusaban al padre Faujas de inclinarse hacia la subprefectura. La señora Rastoil observaba que no cenaba allí, que nunca había puesto los pies en ella, incluso.

«Ciertamente, respondía el presidente, no lo acuso de ser bonapartista... Digo que se inclina a eso, sin más. Ha tenido relaciones con el señor Delangre.

—¡Ah! ¡Y usted también!, exclamaba Séverin, ¡usted ha tenido relaciones con el alcalde! Uno se ve obligado, en ciertas circunstancias... Diga que no puede usted aguantar al padre Faujas, valdría más».

Y todos se enfurruñaban en casa de los Rastoil durante días enteros. El padre Fenil ya sólo acudía raramente, diciéndose clavado en casa por la gota. Por lo demás, en dos ocasiones, requerido a pronunciarse sobre el párroco de San Saturnino, había hecho su elogio, en unas cuantas frases breves. El padre Surin y el padre Bourrette, al igual que el señor Maffre, eran siempre de la misma opinión que la dueña de la casa. La oposición procedía, pues, únicamente del presidente, sostenido por el señor de Bourdeu, y ambos declaraban gravemente que no podían comprometer su posición política acogiendo a un hombre que ocultaba sus opiniones.

Séverin, para hacerles rabiar, inventó entonces ir a llamar a la puertecita del

callejón de las Chevillottes, cuando quería decirle algo al sacerdote. Poco a poco el callejón se convirtió en terreno neutral. El doctor Porquier, primero en haber usado ese camino, Delangre hijo, el juez de paz, indistintamente, acudieron a él a conversar con el padre Faujas. A veces durante toda una tarde las puertecitas de los dos jardines, así como la puerta cochera de la subprefectura, permanecían abiertas de par en par. El cura estaba allí, al fondo de aquel callejón sin salida, apoyado en el muro, sonriente, dando apretones de mano a las personas de las dos sociedades que querían ir a saludarle. Pero el señor Péqueur des Saulaies fingía no querer poner los pies fuera del jardín de la subprefectura; mientras que Rastoil y de Bourdeu, obstinándose igualmente en no aparecer por el callejón, permanecían sentados bajo los árboles, delante de la cascada. Raramente invadía el cenador de los Mouret la pequeña corte del sacerdote. Sólo, de vez en cuando, asomaba una cabeza, echaba una ojeada, desaparecía.

Por lo demás, el padre Faujas no se cohibía; sólo vigilaba con inquietud la ventana de los Trouche, donde brillaban a todas horas los ojos de Olympe. Los Tronche se mantenían allí emboscados, detrás de las cortinas rojas, roídos por unas rabiosas ganas de bajar, también ellos, a probar la fruta, a conversar con la buena sociedad. Golpeaban las persianas, se acodaban un instante, se retiraban, furiosos, bajo las miradas domeñadoras del sacerdote; después volvían, de puntillas, a pegar sus caras descoloridas a una esquina de los cristales, espionando cada uno de sus movimientos, torturados al verlo disfrutar tan a sus anchas de aquel paraíso que les vedaba.

«¡Es demasiado idiota!, dijo un día Olympe a su marido; nos metería en un armario, si pudiera, para guardarse todo el placer... Vamos a bajar, si quieres. Veremos qué dice».

Trouche acababa de regresar de la oficina. Se cambió de cuello postizo, se limpió los zapatos, queriendo estar presentable. Olympe se puso un traje claro. Después bajaron valientemente al jardín, caminando a pasitos a lo largo de los grandes bojes, deteniéndose delante de las flores. En ese preciso momento el padre Faujas les daba la espalda, charlaba con el señor Maffre, en el umbral de la puertecita del callejón. Cuando oyó crujir la arena, los Trouche estaban detrás de él, bajo el cenador. Se volvió, se detuvo en seco en medio de una frase, estupefacto de encontrarlos allí. El señor Maffre, que no los conocía, los miraba curioso.

«Bonito tiempo, ¿verdad, caballeros?», dijo Olympe, que había palidecido con la mirada de su hermano.

El cura, bruscamente, arrastró al juez de paz al callejón, donde se desembarazó de él.

«Está furioso, murmuró Olympe. ¡Peor para él! Hay que quedarse. Si volvemos a subir, creará que tenemos miedo... Estoy harta. Ya verás cómo voy a hablarle».

E hizo sentar a Trouche en una de las sillas que Rose había traído unos momentos antes. Cuando el cura entró, los descubrió tranquilamente instalados. Corrió los

cerrojos de la puertecita, se aseguró con un vistazo de que las hojas los ocultaban lo suficiente; después, acercándose, con voz ahogada:

«Olvidáis nuestro convenio, dijo, me habíais prometido quedaros en vuestra casa.

—Hace demasiado calor, arriba, respondió Olympe. No cometemos un crimen, al venir a respirar aquí el fresco».

El sacerdote iba a encolerizarse; pero su hermana, muy pálida, con el esfuerzo que hacía al resistirle, agregó en tono singular:

«No grites; hay gente ahí al lado, podrías salir perjudicado».

Los Trouche soltaron una risita. Los miró, se cogió la frente, con un gesto silencioso y terrible.

«Siéntate, dijo Olympe. Quieres una explicación, ¿no? Bueno, pues ahí va... Estamos hartos de encerrarnos. Tú vives aquí a cuerpo de rey; la casa es tuya, el jardín es tuyo. Mejor para ti, nos da gusto que los asuntos te marchen bien; pero no por eso has de tratarnos como a unos desharrapados. Nunca tuviste el detalle de subirme un racimo de uvas; nos has dado el cuarto más feo; nos escondes, te avergüenzas de nosotros, nos encierras como si tuviéramos la peste... ¡Compréndelo, esto no puede durar!

—Yo no soy el dueño, dijo el padre Faujas. Diríjios al señor Mouret, si queréis devastar la finca».

Los Trouche intercambiaron una nueva sonrisa.

«Nadie se mete en tus asuntos, prosiguió Olympe, sabemos lo que sabemos, con eso basta... Todo esto prueba que tienes mal corazón. ¿Crees que si estuviéramos en tu situación no te diríamos que cogieras tu parte?

—Pero, en fin, ¿qué queréis de mí?, preguntó el cura. ¿Es que os imagináis que nado en oro? Conocéis mi habitación, mis muebles son peores que los vuestros. Sin embargo, no puedo daros esta casa, que no me pertenece».

Olympe se encogió de hombros; hizo callar a su marido, que iba a responder, y tranquilamente:

«Cada cual entiende la vida a su manera. Podrías tener millones y no comprarías una alfombrilla de pie de cama; te gastarías el dinero en algún gran negocio idiota. A nosotros nos gusta estar cómodos... ¿Te atreverás a decir que si quisieras los mejores muebles de la casa, y la lencería, y las provisiones, y toda, no los tendrías esta misma noche?... Bueno, pues un buen hermano, en ese caso, habría pensado ya en sus parientes; no los tendría hechos una porquería, como tú a nosotros».

El padre Faujas miró profundamente a los Trouche. Se bamboleaban los dos en sus sillas.

«Sois unos ingratos, les dijo tras un silencio. Ya he hecho mucho por vosotros. Si hoy coméis pan, a mí me lo debéis; porque tengo aún tus cartas, Olympe, esas cartas donde me suplicabas que os salvara de la miseria, trayéndoos a Plassans. Ahora que estáis junto a mí, con la vida asegurada, me venís con nuevas exigencias...

—¡Bah!, interrumpió brutalmente Trouche, si nos hizo venir usted, era porque

tenía necesidad de nosotros. Me pagan para no creer en los buenos sentimientos de nadie... Hace un momento dejaba hablar a mi mujer; pero las mujeres nunca van al grano... En dos palabras, mi querido amigo, acabaremos por hacer alguna tontería. Déjenos un poco de libertad, ¡qué diablos! Ya que la casa no es suya y desdeña sus comodidades, ¿qué puede importarle que nos instalemos a nuestro aire? ¡No nos vamos a comer las paredes!

—Sin duda, insistió Olympe; nos pondríamos rabiosos, siempre bajo llave... Seremos muy amables contigo. Sabes que mi marido no espera más que una señal... Sigue tu camino, cuenta con nosotros; pero queremos nuestra parte... ¿Está claro, no?».

El padre Faujas había bajado la cabeza; se quedó un momento silencioso; después, levantándose:

«Escuchad, dijo, sin responder directamente, si alguna vez os convertís en un impedimento para mí, os juro que os mandaré a un rincón a reventar en la miseria».

Y subió, dejándolos en el cenador. A partir de ese momento los Trouche bajaron al jardín casi todos los días; pero lo hacían con cierta discreción, evitaban encontrarse en él a las horas en que el sacerdote charlaba con las sociedades de los jardines vecinos.

A la semana siguiente, Olympe se quejó tanto del cuarto que ocupaba, que Marthe, complaciente, le ofreció el de Serge, que había quedado libre. Los Trouche conservaron las dos estancias. Durmieron en la antigua habitación del joven, de la que no se retiró ni un solo mueble, y convirtieron la otra pieza en una especie de salón, para el que Rose les encontró en el desván un viejo sofá de terciopelo. Olympe, encantada, se encargó una bata rosa en la mejor costurera de Plassans.

Mouret, olvidando una tarde que Marthe le había pedido que prestara la habitación de Serge, quedó muy sorprendido al encontrar en ella a los Trouche. Subía a coger un cuchillo que el joven había debido de dejar en el fondo de algún cajón. Justamente Trouche tallaba con aquel cuchillo un bastón de peral, que acababa de cortar en el jardín. Entonces Mouret volvió a bajar, disculpándose.

XIV

En la gran procesión del Corpus, en la plaza de la Subprefectura, cuando Monseñor Rousselot bajó los peldaños del magnífico altar levantado a expensas de la señora de Condamin, junto a la misma puerta del hotelito donde habitaba, los asistentes advirtieron con sorpresa que el prelado le daba bruscamente la espalda al padre Faujas.

«¡Vaya!, dijo la señora Rougon, que se encontraba en la ventana de su salón, ¿conque están regañados?

—¿No lo sabía usted?, contestó la señora Paloque, acodada al lado de la anciana señora; se habla de eso desde ayer. El padre Fenil vuelve a estar en el candelero».

El señor de Condamin, en pie detrás de las damas, se echó a reír. Había escapado de su casa, diciendo que «apestaba a iglesia».

«¡Ah! ¡Pues sí!, murmuró, ¡no irán a hacer caso de esas historias!... El obispo es una veleta, que gira en cuanto el Faujas o el Fenil le soplan; hoy uno, mañana otro. Se han enfadado y reconciliado más de diez veces. Ya verán cómo antes de tres días el Faujas vuelve a ser el niño mimado.

—No creo, prosiguió la señora Paloque, esta vez va en serio... Parece que el padre Faujas le atrae grandes sinsabores a monseñor. Al parecer hizo antiguamente unos sermones que desagradaron mucho a Roma. No puedo explicarles esto con detalle. En fin, sé que monseñor ha recibido de Roma cartas de reproche, en las cuales le dicen que se mantenga en guardia... Pretenden que el padre Faujas es un agente político.

—¿Quién pretende eso?, preguntó la señora Rougon, guiñando los ojos como para seguir la procesión, que se alargaba por la calle de la Banne.

—Lo he oído decir, no sé más», dijo la mujer del juez con aire indiferente.

Y se retiró, asegurando que se debía ver mejor por la ventana de al lado. El señor de Condamin ocupó su lugar junto a la señora Rougon, a la cual dijo al oído:

«La he visto entrar ya dos veces en casa del padre Fenil; maquina seguramente algo con él... El padre Faujas ha debido de pisar a esa víbora, y ella trata de morderle... Si no fuera tan fea, yo le haría el favor de advertirla de que su marido nunca será presidente.

—¿Por qué? No entiendo», murmuró la anciana señora con aire ingenuo.

El señor de Condamin la miró curiosamente; luego se echó a reír.

Los dos últimos guardias de la procesión acababan de desaparecer por la esquina del paseo Sauvare. Entonces las personas a quienes la señora Rougon había invitado a presenciar la bendición del altar entraron en el salón, charlando un instante sobre el gracejo de monseñor, las banderas nuevas de las congregaciones y sobre todo de las jovencitas de la obra de la Virgen, cuyo paso acababa de ser muy señalado. Las

señoras hablaban sin parar y el nombre del padre Faujas era pronunciado a cada instante con vivos elogios.

«Es un santo, decididamente», dijo burlona la señora Paloque al señor de Condamin, que había ido a sentarse cerca de ella.

Después, inclinándose:

«No he podido hablar libremente delante de la madre... Se cuentan muchas cosas del padre Faujas y la señora Mouret. Esos feos rumores han debido de llegar a oídos de monseñor».

El señor de Condamin se contentó con responder:

«La señora Mouret es una mujer encantadora, muy deseable aún a pesar de sus cuarenta años.

—¡Oh!, encantadora, encantadora, murmuró la señora Paloque, y una oleada de bilis verdeó su cara.

—Encantadora, sí, insistió el director de Montes; está en la edad de las grandes pasiones y las grandes dichas... Ustedes, entre mujeres, se juzgan muy mal».

Y abandonó el salón, feliz con la rabia contenida de la señora Paloque. La ciudad, en efecto, se ocupaba apasionadamente de la lucha continua que el padre Faujas sostenía con el padre Fenil para conquistarle a monseñor Rousselot. Era un combate de cada día, un asalto de barraganas que se disputaban las ternuras de un viejo. El obispo sonreía finamente; había encontrado una especie de equilibrio entre aquellas dos voluntades contrarias, las derrotaba a una con otra, se divertía viéndolas por los suelos sucesivamente, sin perjuicio siempre de aceptar las atenciones del más fuerte, para conseguir la paz. En cuanto a las murmuraciones que le referían sobre sus favoritos, lo dejaban lleno de indulgencia; sabía que eran capaces de acusarse mutuamente de asesinato.

«Ya ves, hijo mío, decía al padre Surin, en sus horas de confidencias, los dos son peores... Creo que París triunfará y que Roma será derrotada; pero no estoy bastante seguro, los dejo destruirse, mientras tanto. Cuando uno haya rematado al otro, lo sabremos... Anda, léeme la tercera oda de Horacio: hay un verso que me temo haber traducido mal».

El martes siguiente a la gran procesión, el tiempo era soberbio. Llegaban risas del jardín de los Rastoil y del jardín de la subprefectura. Había, a los dos lados, una numerosa sociedad bajo los árboles. En el jardín de los Mouret, el padre Faujas, como de costumbre, leía el breviario, paseándose despacito a lo largo de los grandes bojes. Desde hacía unos días, tenía cerrada la puerta del callejón; coqueteaba con los vecinos, parecía esconderse para que se le deseara. Quizá había observado un leve enfriamiento, a consecuencia de su último enfado con monseñor y de las abominables historias que sus enemigos hacían correr.

Hacia las cinco, al ceder el sol, el padre Surin propuso una partida de volante a las señoritas Rastoil. Él era un jugador de primera. A pesar de la cercanía de los treinta años, Angéline y Aurélie adoraban los juegos; su madre les habría hecho llevar aún

trajes cortos, de haberse atrevido. Cuando la criada trajo las raquetas, el padre Surin, que buscaba con los ojos un sitio en el jardín, soleado con los últimos rayos, tuvo una idea que las señoritas aprobaron vivamente.

«¿Y si fuéramos al callejón de las Chevillottes?, dijo. Estaríamos a la sombra de los castaños; y, además, tendríamos mucho fondo».

Salieron, y se entabló la partida más agradable del mundo. Las dos señoritas empezaron. Fue Angéline la primera en fallar el volante. Cuando la sustituyó el padre Surin, agarró la raqueta con una habilidad y una amplitud realmente magistrales. Se había recogido la sotana entre las piernas; saltaba hacia adelante, hacia atrás, a los lados, recogía el volante a ras del suelo, lo atrapaba de un revés a alturas sorprendentes, lo lanzaba con la fuerza de una bala o lo hacía describir curvas elegantes, calculadas con una ciencia perfecta. De ordinario prefería a los malos jugadores que, al arrojar el volante al azar, sin ningún ritmo, según su expresión, lo obligaban a desplegar toda la flexibilidad de su juego. La señorita Aurélie era muy buena; lanzaba un chillido de golondrina a cada raquetazo, riendo como una loca cuando el volante iba recto a la nariz del joven cura; después, se acurrucaba entre sus faldas a esperarlo o retrocedía a saltitos, con un rumor terrible de tela arrugada, cuando él le hacía la diablura de golpear con más fuerza. Al final el volante fue a plantarse en su pelo y estuvo a punto de caer de espaldas, lo cual divirtió mucho a los tres. Angéline ocupó su lugar. En el jardín de los Mouret, cada vez que el padre Faujas alzaba los ojos de su breviario, distinguía el blanco vuelo del volante por encima de la tapia, semejante a una gran mariposa.

«Señor cura, ¿está usted ahí?, gritó Angéline, yendo a llamar a la puertecita; nuestro volante se ha metido en su casa».

El cura, tras recoger el volante caído a sus pies, se decidió a abrir:

«¡Ah! Gracias, señor cura, dijo Aurélie, que tenía ya la raqueta. Ese golpe es muy del estilo de Angéline... El otro día, papá nos miraba; se lo envió a la oreja, y tan fuerte, que se quedó sordo hasta el día siguiente».

Estallaron de nuevo las risas. El padre Surin, rosado como una muchacha, se secaba delicadamente la frente, a palmaditas, con un fino pañuelo. Se echaba el pelo rubio detrás de las orejas, con ojos brillantes, el talle flexible, sirviéndose de su raqueta como de un abanico. Con el fuego del placer, el alzacuello se le había torcido ligeramente.

«Señor cura, dijo volviéndose a poner en posición, va usted a juzgar los golpes».

El padre Faujas, con el breviario bajo el brazo, sonriendo con aire paternal, se quedó en el umbral de la puertecita. Mientras tanto, por la puerta cochera de la subprefectura, entornada, el sacerdote había debido de divisar al señor Péqueur des Saulaies sentado delante del estanque, en medio de sus íntimos. No volvió la cabeza, sin embargo; marcaba los tantos, felicitaba al padre Surin, consolaba a las señoritas Rastoil.

«Oiga, Péqueur, fue a murmurar burlonamente el señor de Condamin al oído del

subprefecto, hace usted mal al no invitar a ese curita a sus saraos; es muy agradable con las señoras, debe de valsar a las mil maravillas».

Pero Péqueur des Saulaies, que conversaba animadamente con Delangre, pareció no oír. Continuó, dirigiéndose al alcalde:

«Realmente, amigo mío, no sé dónde ve usted esas cosas buenas de que me habla. El padre Faujas es, al contrario, muy comprometedor. Su pasado es muy turbio, propalan por aquí ciertas cosas... No veo la razón de ponerme a los pies de ese cura, tanto más cuanto que el clero de Plassans nos es hostil... En primer lugar, no me serviría de nada».

Los señoras Delangre y Condamin, que habían intercambiado una mirada, se contentaron con menear la cabeza, sin responder.

«De nada, prosiguió el subprefecto. No tienen ustedes necesidad de andarse con misterios. Miren, yo he escrito a París. Me habían calentado la cabeza; quería saber a qué atenerme sobre el tal Faujas, a quien ustedes parecen tratar como un príncipe disfrazado. ¡Bueno! ¿Saben lo que me han contestado? Me han contestado que no lo conocían, que no tenían nada que decirme, y que yo debía, además, evitar cuidadosamente inmiscuirme en los asuntos del clero... Ya están bastante descontentos en París, desde que ha salido ese imbécil de Lagrifoul. Yo soy prudente, comprenderán ustedes».

El alcalde intercambió una nueva mirada con el director de Montes. E incluso se encogió ligeramente de hombros ante los correctos bigotes del señor Péqueur des Saulaies.

«Óigame bien, dijo tras un silencio; ¿usted quiere ser prefecto, no?».

El subprefecto sonrió meciéndose en su silla.

«Pues entonces, vaya a estrecharle ahora mismo la mano al padre Faujas, que lo espera allá al fondo mirando cómo juegan al volante».

Péqueur des Saulaies se quedó mudo, sorprendidísimo, sin entender nada. Alzó los ojos hacia el señor de Condamin, a quien preguntó con cierta inquietud:

«¿También usted es de esa opinión?»

—Sin duda; vaya a estrecharle la mano», respondió el director de Montes.

Luego agregó, con una pizca de chanza:

«Pregúntele a mi mujer, en quién pone usted toda su confianza».

Llegaba la señora de Condamin. Tenía un delicioso traje rosa y gris. Cuando le hubieron hablado del cura, le dijo graciosamente al subprefecto:

«¡Ah! Se equivoca usted al carecer de religión; casi ni se le ve en la iglesia, los días de las ceremonias oficiales. Realmente, eso me apena demasiado; tengo que convertirlo. ¿Qué quiere que piensen del gobierno a quien usted representa, si no está usted a bien con Dios Nuestro Señor?... Déjennos, caballeros; voy a confesar al señor Péqueur».

Se había sentado, bromeando, sonriente.

«Octavie, murmuró el subprefecto, cuando estuvieron solos, no se burle de mí.

No era usted muy devota, en París, en la calle Helder. Sabe muy bien que me reporto, para no estallar, cuando la veo dar el pan bendito, en San Saturnino.

—No es usted nada serio, querido mío, respondió ella en el mismo tono; eso le gastará alguna mala pasada. Realmente me inquieta usted, cuando lo conocí era más inteligente. ¿Está tan ciego como para no ver que su puesto cuelga de un hilo? Pues entérese de que si no lo han hecho saltar aún es porque no se quiere poner en guardia a los legitimistas de Plassans. El día en que vean llegar otro subprefecto, desconfiarán; mientras que con usted se duermen, se creen seguros de la victoria, en las próximas elecciones. No es muy halagador, lo sé, tanto más cuanto que tengo la absoluta certeza de que se actúa sin usted... ¿Entiende? Querido mío, está usted perdido si no adivina ciertas cosas».

Él la miraba con verdadero espanto.

«¿Es que le ha escrito “el gran hombre”?», preguntó, aludiendo a un personaje que entre ellos designaban así.

—No, ha roto totalmente conmigo. No soy tonta, fui la primera en comprender la necesidad de esta separación. No puedo quejarme, por lo demás: se mostró muy bueno, me ha casado, me ha dado excelentes consejos, con los que me va muy bien... Pero he conservado amigos en París. Le juro que está usted justo a tiempo de no perder el tren. No sea usted pagano, vaya ahora mismo a estrechar la mano del padre Faujas... Comprenderá usted más adelante, si no lo adivina hoy».

El señor Péqueur des Saulaies permanecía con la cabeza gacha, un poco avergonzado por la lección. Era muy fatuo, enseñó sus blancos dientes, intentó zafarse del ridículo, murmurando tiernamente:

«Si usted hubiera querido, Octavie, habríamos gobernado Plassans los dos. Le había ofrecido reanudar aquella vida tan dulce...

—Decididamente, es usted un necio, interrumpió ella con voz enojada. Me irrita usted con su “Octavie”. Soy la señora de Condamin para todo el mundo, querido... ¿No entiende nada? Tengo treinta mil francos de renta; reino sobre toda una subprefectura; voy a todas partes, en todas partes soy respetada, saludada, amada. Los que sospechan el pasado, se muestran todavía más amables conmigo... ¿Qué iba a hacer yo con usted, Dios mío? Me estorbaría. Soy una mujer decente, querido mío».

Se había levantado. Se acercó al doctor Porquier, quien, según su costumbre, iba a pasar una hora en el jardín de la subprefectura después de sus visitas, para conversar con su buena clientela.

«¡Oh! Doctor, tengo una jaqueca, ¡una jaqueca horrible!, dijo con encantadores mohínes. Me ha dado aquí, en la ceja izquierda.

—Es el lado del corazón, señora», respondió galantemente el médico.

La señora de Condamin sonrió, sin llevar más lejos la consulta. La señora Paloque se inclinó al oído de su marido, a quien llevaba todos los días, con el fin de recomendarlo constantemente a la influencia del subprefecto:

«No sabe curar de otra manera», murmuró.

Mientras tanto, Péqueur des Saulaies, tras haberse reunido con de Condamin y Delangre, maniobraba hábilmente para llevarlos del lado de la puerta cochera. Cuando no estuvo sino a unos cuantos pasos, se detuvo, como interesado por la partida de volante que continuaba en el callejón. El padre Surin, el cabello al viento, las mangas de la sotana arremangadas, enseñando sus muñecas blancas y delgadas como las de una mujer, acababa de aumentar la distancia, colocando a la señorita Aurélie a veinte pasos. Se sentía observado, se superaba a sí mismo, realmente. La señorita Aurélie estaba, también, en uno de sus buenos días, en contacto con tal maestro. El volante, lanzado con la muñeca, describía una curva suave, muy alargada; y esto con tal regularidad, que parecía caer por sí solo en las raquetas, volar de una a otra, con el mismo vuelo ágil, sin que los jugadores se movieran del sitio. El padre Surin, con el talle un poco hacia atrás, desplegaba las gracias de su busto.

«¡Muy bien, muy bien!, gritó el subprefecto encantado. ¡Ah, señor cura, le doy la enhorabuena!».

Después, volviéndose hacia la señora de Condamin, el doctor Porquier y los Paloque:

«Vengan, vengan, jamás he visto nada parecido... ¿Nos permite que les admiremos, señor cura?».

Toda la sociedad de la subprefectura formó entonces un grupo, al fondo del callejón. El padre Faujas no se había movido; respondió con un ligero ademán de la cabeza a los saludos de los señores Delangre y de Condamin. Seguía marcando los tantos. Cuando Aurélie falló el volante, dijo bonachón:

«Lleva usted trescientos diez puntos, desde que se ha cambiado la distancia; su hermana no tiene más que cuarenta y siete».

Al tiempo que aparentaba seguir el volante con vivo interés, echaba rápidas ojeadas a la puerta del jardín de los Rastoil, que había quedado abierta de par en par. Sólo el señor Maffre había aparecido hasta entonces. Lo llamaron del interior del jardín.

«¿Por qué se ríen tan fuerte?, le preguntó el señor Rastoil, que charlaba con de Bourdeu, delante de la mesa rústica.

—Es el secretario de monseñor, que está jugando, respondió el señor Maffre. Hace cosas sorprendentes, todo el barrio lo mira... El señor cura, que está ahí, está maravillado».

El señor de Bourdeu cogió una buena pulgarada, murmurando:

«¡Ah! ¿El padre Faujas está ahí?».

Encontró la mirada del señor Rastoil. Los dos parecieron molestos.

«Me han contado, aventuró el presidente, que el cura vuelve a gozar del favor de monseñor.

—Sí, esta misma mañana, dijo el señor Maffre. ¡Oh! Una reconciliación en regla. Me han contado detalles muy emocionantes. Monseñor ha llorado... Realmente, el padre Fenil ha cometido algunos errores.

—Le creía a usted amigo del vicario general, hizo observar el señor de Bourdeu.

—Sin duda, pero también soy amigo del párroco, replicó vivamente el juez de paz. ¡A Dios gracias! Es de una piedad que desafía las calumnias. ¿No han llegado incluso a atacar su moralidad? ¡Es una vergüenza!».

El ex prefecto miró de nuevo al presidente con aire singular.

«¿Y no han tratado de comprometer al señor cura en asuntos políticos?, continuó el señor Maffre. Se decía que venía a trastornarlo todo, a dar cargos a diestro y siniestro, a hacer triunfar a la camarilla de París. No habrían labiado peor de un jefe de bandoleros... ¡Un montón de mentiras, en fin!».

El señor de Bourdeu, con la punta del bastón, dibujaba un perfil sobre la arena del paseo.

«Sí, he oído hablar de esas cosas, dijo negligentemente no es muy creíble que un ministro de la religión acepte semejante papel... Además, por el honor de Plassans, quiero creer que fracasaría rotundamente. Aquí no se puede comprar a nadie.

—¡Chismorreos!, exclamó el presidente, encogiéndose de hombros. ¿Es que se le va a dar la vuelta a una ciudad como a una chaqueta vieja? Por muchos soplones que nos envíe París, Plassans seguirá siendo legitimista. ¿Ven al pequeño Péqueur? Lo hemos llevado de calle... ¡La gente es que es boba! Mira que imaginarse que hay personajes misteriosos que recorren las provincias, ofreciendo cargos. Les confieso que siento mucha curiosidad por ver a uno de esos señores».

Se enfadaba. El señor Maffre, inquieto, se creyó en el deber de defenderse:

«Permítame, lo interrumpió, yo no he afirmado que el padre Faujas fuese un agente bonapartista; al contrario, opiné que era una acusación absurda.

—¡Eh! Ya no se trata del padre Faujas; hablo en general. Uno no se vende así como así, ¡qué diantres!... El padre Faujas está por encima de toda sospecha».

Hubo un silencio. El señor de Bourdeu remataba el perfil, en la arena, con una gran barba puntiaguda.

«El padre Faujas no tiene opinión política, dijo con voz seca.

—Evidentemente, prosiguió el señor Rastoil; le reprochábamos su indiferencia; pero, hoy, la apruebo. Con todos esos comadreo, la religión se encontraría comprometida... Lo sabe usted tan bien como yo, Bourdeu, no se le puede acusar del menor paso turbio. Nunca se le ha visto en la subprefectura, ¿no? Ha permanecido muy dignamente en su lugar... Si fuera bonapartista, ¡no lo ocultaría, caray!

—Sin duda.

—Agreguen a eso que lleva una vida ejemplar. Mi mujer y mi hijo me han dado detalles sobre él que me han emocionado vivamente».

En ese momento se redoblaron las risas, en el callejón. La voz del padre Faujas se elevó, felicitando a la señorita Aurélie por un raquetazo verdaderamente notable. El señor Rastoil, que se había interrumpido, prosiguió con una sonrisa:

«¿Oyen ustedes? ¿Qué tienen, para divertirse así? Dan ganas de ser joven».

Después, con su voz grave:

«Sí, mi mujer y mi hijo me han hecho querer al padre Faujas. Lamentamos vivamente que su discreción le impida ser de los nuestros».

El señor de Bourdeu aprobaba con la cabeza, cuando en el callejón se elevaron unos aplausos. Hubo un barullo de pasos, de risas, de gritos, toda una bocanada de alegría como de escolares en el recreo. El señor Rastoil dejó su asiento rústico:

«¡A fe mía!, dijo campechano, vamos a ver; acabo por tener picores en las piernas».

Los otros dos le siguieron. Los tres se quedaron delante de la pequeña puerta. Era la primera vez que el presidente y el exprefecto se aventuraban hasta allí. Cuando distinguieron, al fondo del callejón, el grupo formado por la sociedad de la subprefectura, adoptaron un semblante grave. El señor Péqueur des Saulaies, por su parte, se irguió, se plantó en una actitud oficial; mientras que la señora de Condamin, muy risueña, se deslizaba a lo largo de las paredes, llenando el callejón con el roce de su vestido rosa. Las dos sociedades se espiaban con ojeadas laterales, sin querer ceder el sitio ni una ni otra; y, entre ellas, el padre Faujas, siempre a la puerta de los Mouret, con su breviario bajo el brazo, se regocijaba suavemente, sin parecer comprender en absoluto la delicadeza de la situación.

Mientras tanto, todos los presentes contenían el aliento. El padre Surin, al ver aumentar su público, quiso arrancar unos aplausos con una última demostración de habilidad. Se las ingenió, se propuso dificultades, dándose la vuelta, jugando sin ver llegar el volante, devolviéndoselo a la señorita Aurélie, por encima de su cabeza, con una precisión matemática. Estaba muy colorado, sudoroso, despeinado; el alzacuello, completamente fuera de su sitio, le colgaba ahora sobre el hombro derecho. Pero seguía siendo el vencedor, con aire risueño, siempre encantador. Las dos sociedades se embelesaban admirándolo; la señora de Condamin reprimía los ¡bravo! que estallaban demasiado pronto, agitando su pañuelo de encaje. Entonces el joven abad, afinando aún más, se puso a dar saltitos sobre sí mismo, a la derecha, a la izquierda, calculándolos de manera que recibiese cada vez el volante en una nueva posición. Era el gran ejercicio final. Aceleraba el movimiento cuando, al saltar, le falló el pie; estuvo a punto de caer sobre el pecho de la señora de Condamin, que había tendido los brazos lanzando un grito. Los presentes, creyéndolo herido, se precipitaron; pero él, tambaleante, recobrándose en el suelo sobre las rodillas y sobre las manos, se enderezó con un salto supremo, recogió, envió a la señorita Aurélie el volante, que aún no había tocado tierra. Y, con la raqueta en alto, triunfó.

«¡Bravo! ¡Bravo!, gritó Péqueur des Saulaies, acercándose.

—¡Bravo! ¡Un golpe soberbio!», repitió el señor Rastoil, que se adelantó igualmente.

La partida se interrumpió. Las dos sociedades habían invadido el callejón; se mezclaban, rodeaban al padre Surin, quien, sin resuello, se apoyaba en la tapia, al lado del padre Faujas. Todos hablaban a la vez.

«Creí que se rompía la cabeza en dos», decía el doctor Pourquoi al señor Maffre

con voz llena de emoción.

«Verdaderamente, todos estos juegos acaban mal», murmuró el señor de Bourdeu dirigiéndose a Delangre y a los Paloque, al tiempo que aceptaba un apretón de manos del señor de Condamin, a quien evitaba en la calle para no tener que saludarle.

La señora de Condamin iba del subprefecto al presidente, los ponía uno frente al otro, repetía:

«¡Dios mío! Estoy más enferma que él, creí que íbamos a caer los dos. Ya vieron ustedes, es una piedra grande.

—Allí está, mire, dijo el señor Rastoil; debió de encontrarla debajo del tacón.

—¿Creen ustedes que es esta piedra redonda?», preguntó Péqueur des Saulaies recogiendo el guijarro.

Nunca se habían hablado a no ser en ceremonias oficiales. Ambos se pusieron a examinar la piedra; se la pasaban, se hacían observar que tenía filo y que habría podido cortar el zapato del cura. La señora de Condamin, entre ellos, les sonreía, les aseguraba que empezaba a recuperarse.

«¡El señor cura se encuentra mal!», exclamaron las señoritas Rastoil.

El padre Surin, en efecto, se había puesto muy pálido, al oír hablar del peligro que había corrido. Se le doblaban las rodillas cuando el padre Faujas, que se había mantenido apartado, lo cogió en sus potentes brazos y lo llevó al jardín de los Mouret, donde lo sentó en una silla. Las dos sociedades invadieron el cenador. Allí el curita se desmayó completamente.

«¡Rose, agua y vinagre!», gritó el padre Faujas lanzándose hacia la escalinata.

Mouret, que estaba en el comedor, apareció en la ventana; pero al ver toda aquella gente al fondo de su jardín, retrocedió como presa de miedo; se ocultó, no volvió a mostrarse. Mientras tanto, Rose llegaba con toda una farmacia. Se apresuraba, gruñía:

«Si la señora estuviera aquí, por lo menos; está en el seminario, con el pequeño... Estoy sola, no puedo hacer lo imposible, ¿verdad?... Ea, el señor no va a mover un dedo. Uno podría morirse, con él. Está en el comedor, escondiéndose como un hipócrita. No, no le daría ni un vaso de agua; lo dejaría reventar».

Mascullando estas palabras, había llegado delante del desmayado padre Surin.

«¡Oh! ¡Cristo Jesús!», dijo con apiadada ternura de comadre.

El padre Surin, con los ojos cerrados, la cara pálida entre sus largos cabellos rubios, parecía uno de esos mártires amables que desfallecen en las estampas sacras. La mayor de las señoritas Rastoil le sostenía la cabeza, blandamente echada hacia atrás, descubriendo el cuello blanco y delicado. La señora de Condamin, con ligeros toques, le humedeció las sienes con un paño empapado en agua con vinagre. Las dos sociedades esperaban, ansiosas. Por fin abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos. Se desmayó todavía dos veces.

«¡Buen miedo me ha metido usted!», le dijo cortésmente el doctor Pourquoi, que había conservado su mano en la suya.

El cura permanecía sentado, confuso, dando las gracias, asegurando que no era

nada. Después vio que le habían desabrochado la sotana y que tenía el cuello al aire; sonrió, se puso el alzacuello. Y, como le aconsejaban que estuviera tranquilo, quiso demostrar que era robusto; regresó al callejón, con las señoritas Rastoil, a acabar la partida.

«Está usted muy bien aquí, dijo el señor Rastoil al padre Faujas, de quien no se había separado.

—El aire es excelente en este declive», agregó el señor Péqueur des Saulaies con su aire encantador.

Las dos sociedades miraban curiosamente la casa de los Mouret.

«Damas y caballeros, dijo Rose, si quieren quedarse un rato en el jardín... El señor cura está en su casa... Esperen, voy a buscar sillas».

E hizo tres viajes, pese a las protestas. Entonces, tras haberse mirado un instante, las dos sociedades se sentaron, por educación. El subprefecto se había puesto a la derecha del padre Faujas, mientras que el presidente se colocaba a su izquierda. La conversación fue muy amistosa.

«No es usted un vecino alborotador, señor cura, repetía graciosamente Péqueur des Saulaies. No puede imaginarse el placer que siento al verlo todos los días, a las mismas horas, en este pequeño paraíso. Eso me descansa de mis ajetreos.

—¡Un buen vecino es cosa rara!, proseguía el señor Rastoil.

—Sin duda, interrumpía de Bourdeu; el señor cura ha introducido aquí una dichosa tranquilidad de claustro».

Mientras el padre Faujas sonreía y saludaba, de Condamin, que no se había sentado, fue a inclinarse al oído de Delangre, murmurando:

«Ahí tiene a Rastoil soñando con una plaza de suplente para el larguirucho de su hijo».

El señor Delangre le lanzó una mirada terrible, temblando ante la idea de que aquel charlatán incorregible pudiera estropearlo todo; lo cual no impidió al director de Montes añadir:

«Y Bourdeu ¡que se cree haber recuperado ya su prefectura!».

Pero la señora de Condamin acababa de causar sensación, diciendo con aire fino:

«Lo que me gusta de este jardín es ese encanto íntimo que parece convertirlo en un rinconcito cerrado a todas las miserias de este mundo. Caín y Abel se habrían reconciliado en él».

Y había subrayado su frase acompañándola de dos ojeadas, a derecha e izquierda, hacia los jardines vecinos. El señor Maffre y el doctor Porquier menearon la cabeza con aire de aprobación; mientras que los Paloque se interrogaban, inquietos, sin entender, temiendo comprometerse con un lado o con otro si abrían la boca.

Al cabo de un cuarto de hora, el señor Rastoil se levantó.

«Mi mujer no va a saber dónde nos hemos metido», murmuró.

Todos se habían puesto de pie, un poco cohibidos al despedirse. Pero el padre Faujas alargó las manos:

«Mi paraíso sigue abierto», dijo con su aire más sonriente.

Entonces el presidente prometió hacer, de vez en cuando, una visita al señor cura. El subprefecto se comprometió a otro tanto, con más efusión. Y las dos sociedades se quedaron allí todavía cinco minutos largos cumplimentándose, mientras, en el callejón, las risas de las señoritas Rastoil y del padre Surin se elevaban de nuevo. La partida había recobrado todo su ardor: el volante iba y venía, con vuelo regular, por encima de la tapia.

XV

Un viernes, la señora Paloque, que entraba en San Saturnino, quedó muy sorprendida al distinguir a Marthe arrodillada delante de la capilla de San Miguel. El padre Faujas confesaba.

«¡Vaya!, pensó, ¿habrá acabado por tocarle el corazón al padre? Tengo que quedarme. Si viniera la señora de Condamin, sería divertido».

Cogió una silla, un poco más atrás, arrodillándose a medias, la cara entre las manos, como sumida en ardiente plegaria; apartó los dedos, miró. La iglesia estaba muy oscura. Marthe, la cabeza caída sobre un libro de misa, parecía dormir; formaba una masa negra contra la blancura de un pilar; y, de todo su ser, sólo sus hombros vivían, levantados por gruesos suspiros. Estaba tan profundamente abatida que dejaba pasar la vez, a cada nueva penitente que el padre Faujas despachaba. El cura esperaba un minuto, se impacientaba, daba unos golpecitos secos contra la madera del confesionario. Entonces una de las mujeres que se encontraban allí, viendo que Marthe no se movía, se decidía a ocupar su lugar. La capilla se vaciaba, Marthe permanecía inmóvil y desfallecida.

«Le ha dado fuerte, se dijo la Paloque; es indecente, exhibirse así en una iglesia... ¡Ah!, ahí viene la señora de Condamin».

En efecto, la señora de Condamin entraba. Se detuvo un instante delante de la pila, quitándose el guante, santiguándose con un lindo gesto. Su traje de seda tuvo un murmullo en el estrecho camino abierto entre las sillas. Cuando se arrodilló, llenó la alta bóveda con el temblor de sus faldas. Tenía su aire afable, sonreía a las tinieblas de la iglesia. Pronto sólo quedaron ella y Marthe. El cura se enfadaba, golpeaba con más fuerza contra la madera del confesionario.

«Señora, le toca, yo soy la última», murmuró servicial la señora de Condamin, inclinándose hacia Marthe, a quien no había reconocido.

Ésta volvió el rostro, un rostro nerviosamente enflaquecido, empalidecido por una emoción extraordinaria; no pareció entender. Salía como de un sueño extático, los párpados palpitantes.

«¿Qué, señoras? ¿Qué?», dijo el cura, que entreabrió la puerta del confesionario.

La señora de Condamin se levantó, sonriente, obediente a la llamada del sacerdote. Pero, habiéndola reconocido, Marthe entró bruscamente en la capilla; después cayó de nuevo de hinojos, se quedó allí, a tres pasos.

La Paloque se divertía mucho; esperaba que las dos mujeres iban a andar a la greña: Marthe debía de oír todo, porque la señora de Condamin tenía una voz de pito; cacareaba sus pecados, animaba el confesionario con un comadreo adorable. En cierto momento soltó incluso una risa, una risita ahogada, que hizo alzarse la cara doliente de Marthe. Por otra parte, acabó rápidamente. Se iba ya, pero regresó,

encorvándose, siempre charlando pero sin arrodillarse.

«A esa arpía la traen sin cuidado la señora Mouret y el cura, pensaba la mujer del juez; es demasiado lista para complicarse la vida».

Por fin la señora de Condamin se retiró. Marthe la siguió con los ojos, pareciendo esperar a que ya no estuviera allí. Entonces se apoyó en el confesionario, se dejó caer, chocó rudamente contra la madera con las rodillas. La señora Paloque se había acercado, estirando el cuello; pero no vio sino el traje oscuro de la penitente que desbordaba y se desplegaba. Durante una media hora, nada se movió. Creyó en cierto momento sorprender unos sollozos ahogados en el estremecido silencio, cortado a veces por un crujido seco del confesionario. Este espionaje acabó por aburrirla; se quedaba sólo para mirar de hito en hito a Marthe a su salida.

El padre Faujas abandonó el confesionario el primero, cerrando la puerta con mano irritada. La señora Mouret se quedó un buen rato aún, inmóvil, curvada, en la estrecha caja. Cuando se retiró, con el velillo bajado, parecía destrozada. Olvidó santiguarse.

«Hay riña, el padre no ha estado amable», murmuró la Paloque, que la siguió hasta la plaza del Arzobispado.

Se paró, vaciló un instante; después, tras haberse asegurado de que nadie la espía, se deslizó solapadamente en la casa que ocupaba el padre Fenil, en uno de los ángulos de la plaza.

Ahora Marthe vivía en San Saturnino. Cumplía sus deberes religiosos con gran fervor. El propio padre Faujas le regañaba a menudo por la pasión que ponía en sus prácticas. Sólo le permitía comulgar una vez al mes, regulaba las horas de sus ejercicios piadosos, exigía de ella que no se encerrase en la devoción. Tuvo que suplicarle mucho tiempo antes de que él le concediera asistir todas las mañanas a una misa rezada. Un día, al contarle que se había tumbado durante una hora en las baldosas heladas de su habitación, para castigarse por una falta, se encolerizó, le dijo que sólo el confesor tenía derecho a imponer penitencias. La dirigía con mucha dureza, la amenazaba con devolverla al padre Bourrette si no se humillaba.

«Me equivoqué al aceptarla, repetía a menudo; no quiero más que almas obedientes».

Ella se sentía feliz con aquellos golpes. La mano de hierro que la doblegaba, la mano que la retenía al borde de aquella adoración continua en cuyo fondo habría querido aniquilarse, la azotaba con un deseo sin cesar renaciente. Seguía siendo neófita, no profundizaba en el amor más que poco a poco, detenida bruscamente, adivinando otras honduras, con el arrobo de aquel lento viaje hacia alegrías ignoradas. Aquel gran descanso que al principio había saboreado en la iglesia, aquel olvido del exterior y de sí misma, se mudaba en un disfrute activo, en una felicidad que evocaba, que tocaba. Era la felicidad cuyo deseo había sentido vagamente desde su juventud, y que hallaba por fin a los cuarenta años; una felicidad que le bastaba, que la compensaba de sus verdes años muertos, que la hacía vivir como una egoísta,

embargada por todas las sensaciones nuevas que despertaban en ella como caricias.

«Sea bueno, le murmuraba al padre Faujas; sea bueno, porque tengo necesidad de bondad».

Y cuando era bueno, se lo habría agradecido de rodillas. El se mostraba flexible entonces, le hablaba paternalmente, le explicaba que era demasiado viva de imaginación. A Dios, decía, no le gustaba que se le adorase así, a cabezonadas. Ella sonreía, volvía a ser guapa, y joven, y ruborizada. Prometía portarse bien. Después, en algún rincón negro, hacía actos de fe que la aplastaban sobre las losas; ya no estaba arrodillada, se dejaba caer, casi sentada en el suelo, balbuciendo palabras ardientes; y, cuando las palabras morían, continuaba su oración con un impulso de todo su ser, con una llamada a aquel beso divino que pasaba sobre sus cabellos sin posarse jamás.

Marthe, en el hogar, se volvió camorrista. Hasta entonces se había arrastrado, indiferente, cansada, dichosa, cuando su marido la dejaba tranquila; pero, desde que él se pasaba los días en casa, habiendo perdido su charlatanería burlona, adelgazando y amarilleando, la impacientaba.

«Siempre lo tenemos encima, le decía a la cocinera.

—Pues claro, es su mala intención, respondía ésta. En el fondo, no es buena persona. Y no es hoy cuando me doy cuenta. Igual que esa cara hipócrita que pone, él, a quien tanto le gusta hablar, ¿cree usted que no representa una comedia para que lo compadezcamos? Rabia por enfurruñarse, pero se aguanta, para que tengamos lástima de él y hagamos su santa voluntad. Ea, señora, tiene usted toda la razón al no hacer caso de esos melindres».

Mouret dominaba a las dos mujeres con el dinero. No quería discutir, por miedo a perturbar aún más su vida. Aunque ya no refunfuñaba, ni ponía pegas o pataleaba, se distraía aún de las tristezas que lo asaltaban negándole una pieza de cinco francos a Marthe o a Rose. A esta última le daba cien francos al mes para comida; vino, aceite, conservas había en la casa. Pero la cocinera tenía de todos modos que llegar a fin de mes, aunque fuera poniendo dinero suyo. En cuanto a Marthe, no tenía nada; la dejaba sin un céntimo. Se veía reducida a entenderse con Rose, a tratar de economizar diez francos de los cien francos del mes. A menudo no tenía unas botinas que ponerse. Se veía obligada a ir a ver a su madre para pedirle un préstamo para un vestido o un sombrero.

«¡Pero Mouret se está volviendo loco!, gritaba la señora Rougon. Tú no puedes ir desnuda. Hablaré con él.

—Por favor, madre, no haga nada, respondía ella. La detesta. Me trataría aún peor, si supiera que le cuento estas cosas».

Lloraba, agregaba:

«Lo he defendido durante mucho tiempo, pero hoy ya no tengo fuerzas para callar... ¿Se acuerda usted, de cuando no quería que pusiera los pies en la calle? Me encerraba, me usaba como si yo fuera una cosa. Si ahora se muestra duro, es porque

ve perfectamente que me he escapado de él, y que nunca más consentiré ser su criada. Es un hombre sin religión, un egoísta, un mal corazón.

—¿No te pegará, al menos?

—No, pero todo llegará. Se limita a negármelo todo. Hace cinco años que no compro camisas. Ayer, le enseñaba las que tengo; están gastadas, y tan llenas de zurcidos, que me da vergüenza llevarlas. Las miró, las palpó, y dijo que podían durar tranquilamente hasta el año que viene... No tengo un céntimo mío; he de implorar una moneda de un franco. El otro día, tuve que pedirle prestados diez céntimos a Rose, para comprar hilo. He recosido mis guantes, que se abrían por todos los lados».

Y contaba otros veinte detalles: los puntos que daba ella misma a sus botinas con hilo untado en pez; las cintas que lavaba en té, para remozar sus sombreros; la tinta que extendía sobre los pliegues raídos de su único vestido de seda, con el fin de ocultar su desgaste. La señora Rougon se apiadaba, la animaba a rebelarse. Mouret era un monstruo. Llevaba su avaricia, decía Rose, hasta contar las peras del desván y los trozos de azúcar de los armarios, vigilaba las conservas, se comía él mismo los mendrugos de pan de la víspera.

Marthe sufría sobre todo por no poder dar en las colectas de San Saturnino; escondía monedas de medio franco en trozos de papel, que guardaba como un tesoro para las misas cantadas de los domingos. Ahora, cuando las damas del patronato de la obra de la Virgen ofrecían algún regalo a la catedral, un copón, una cruz de plata, una bandera, estaba toda avergonzada; las evitaba, fingiendo ignorar su proyecto. Las señoras la compadecían mucho. Habría robado a su marido, si hubiera encontrado la llave sobre el escritorio, de tanto como la torturaba la necesidad de engalanar aquella iglesia amada. Unos celos de mujer engañada le roían las entrañas cuando el padre Faujas utilizaba un cáliz donado por la señora de Condamin; mientras que los días que decía misa sobre la sabanilla que ella había bordado, experimentaba una alegría muy honda, rezaba entre estremecimientos, como si algo de ella misma se encontrara bajo las manos abiertas del sacerdote. Habría querido que una capilla entera le perteneciese; soñaba con meter en ella una fortuna, con encerrarse en ella, con recibir a Dios en su casa, para ella sola.

Rose, que recibía sus confidencias, se las ingeniaba para procurarle dinero. Aquel año hizo desaparecer las mejores frutas del jardín y las vendió; también desembarazó el desván de un montón de viejos muebles, de suerte que acabó reuniendo una suma de trescientos francos, que entregó triunfalmente a Marthe. Ésta abrazó a la vieja cocinera.

«¡Ah! ¡Qué buena eres!, dijo tuteándola. ¿Estás segura, por lo menos, de que él no ha visto nada?... He mirado, el otro día, en la calle de los Orfebres, unas vinajeras de plata cincelada, monísimas; valen doscientos francos... Me vas a hacer un favor, ¿verdad? No quiero comprarlas yo, porque podrían verme entrar. Dile a tu hermana que vaya a buscarlas; las traerá de noche, te las entregará por la ventana de la cocina».

Esta compra de las vinajeras fue para ella toda una intriga prohibida, con la que saboreó vivos goces. Las guardó, durante tres días, en el fondo de un armario, escondidas tras pilas de ropa; y, cuando se las dio al padre Faujas, en la sacristía de San Saturnino, temblaba, balbucía. Él le regañó amistosamente. No le gustaban los regalos; hablaba del dinero con el desdén de un hombre fuerte, que no tiene sino necesidades de poder y dominación. Durante sus dos primeros años de miseria, incluso en los días en que su madre y él vivían a pan y agua, nunca había pensado en pedirles prestados diez francos a los Mouret.

Marthe encontró un escondite seguro para los cien francos que le quedaban. Se volvía avara también ella; calculaba el empleo de ese dinero, compraba cada mañana una cosa nueva. Mientras seguía vacilando, Rose le comunicó que la señora Trouche quería hablarle en confianza. Olympe, que se quedaba horas en la cocina, se había hecho íntima amiga de Rose, a quien a menudo pedía prestados un par de francos, para no tener que subir los dos pisos, los días en que decía haber olvidado su monedero.

«Suba a verla, agregó la cocinera; estarán mejor para charlar. Son muy buena gente, y quieren mucho al señor cura. Han pasado por muchas borrascas, ea. Lo que doña Olympe me ha contado parte el corazón».

Marthe encontró a Olympe llorosa. Eran demasiado buenos, siempre habían abusado de ellos; y entró en explicaciones sobre sus negocios en Besançon, donde la bribonada de un socio había cargado sobre sus espaldas pesadas deudas. Lo peor era que los acreedores se enfadaban. Acababa de recibir una carta insultante, en la cual la amenazaban con escribir al alcalde y al obispo de Plassans.

«Estoy dispuesta a sufrirlo todo, agregó sollozando; pero daría mi cabeza porque mi hermano no se viese comprometido... Ya ha hecho demasiado por nosotros; no quiero hablarle de esto, porque no es rico, se atormentaría inútilmente... ¡Dios mío! ¿Qué hacer para impedir que ese hombre escriba? Sería como para morirse de vergüenza, si semejante carta llegase al ayuntamiento o al obispado. Sí, conozco a mi hermano, se moriría».

Entonces las lágrimas ascendieron también a los ojos de Marthe. Estaba palidísima, estrechaba las manos de Olympe. Después, sin que ésta le hubiera pedido nada, ofreció sus cien francos.

«Es poco, sin duda; pero ¿y si eso pudiera conjurar el peligro?, preguntó con ansiedad.

—Cien francos, cien francos, repetía Olympe; no, no, no se contentará nunca con cien francos».

Marthe se desesperaba. Juraba que no poseía nada más. Tanto se azaró que habló de las vinajeras. Si no las hubiera comprado, habría podido dar los trescientos francos. Los ojos de la señora Trouche se habían iluminado.

«Trescientos francos, exactamente lo que pide, dijo. Ea, habría hecho usted un favor más grande a mi hermano al no regalarle eso, que, además, quedará en la

iglesia. ¡Cuántas cosas bonitas le han llevado las señoras de Besançon! Y hoy no es más rico por eso. No vuelva a dar nada, es un robo. Consúlteme a mí. ¡Hay tantas miserias ocultas! No, cien francos nunca bastarán».

Al cabo de media hora larga de lamentaciones, cuando vio que Marthe no tenía realmente más que cien francos, acabó aceptándolos.

«Voy a mandarlos para pedirle paciencia a ese hombre, murmuró, pero no nos dejará en paz mucho tiempo... Y, sobre todo, se lo suplico, no hable de esto con mi hermano; lo mataría usted... Más vale también que mi marido ignore nuestros asuntos; es tan orgulloso, que haría tonterías para pagarle a usted. Entre mujeres nos entendemos siempre».

Marthe fue feliz con este préstamo. Desde entonces tuvo una nueva preocupación: apartar del padre Faujas, sin que él lo sospechase, el peligro que le amenazaba. Subía a menudo a casa de los Trouche, se pasaba allí horas, buscando con Olympe el medio de pagar los créditos. Ésta le había contado que numerosos pagarés impagados estaban endosados por el sacerdote, y que el escándalo sería mayúsculo si alguna vez esos pagarés eran enviados a un alguacil de Plassans. La cifra de los créditos era tan alta, según ella, que durante mucho tiempo se negó a decirla, llorando más fuerte cuando Marthe la apremiaba. Un día, por fin, habló de veinte mil francos. Marthe se quedó helada. Jamás encontraría veinte mil francos. Los ojos fijos, pensaba que tendría que esperar a la muerte de Mouret para disponer de semejante suma.

«Digo veinte mil francos en total, se apresuró a agregar Olympe, inquieta ante su semblante grave; pero estaríamos encantados si pudiéramos pagarlos en diez años, a pequeñas entregas. Los acreedores esperarían todo el tiempo que se quisiera, si supieran que iban a cobrar regularmente... Es una lástima que no encontremos a una persona que tenga confianza en nosotros y nos haga los anticipos necesarios».

Ése era el tema habitual de sus conversaciones. Olympe también hablaba con frecuencia del padre Faujas, a quien parecía adorar. Contaba a Marthe detalles íntimos sobre el sacerdote: temía las cosquillas; no podía dormir del lado izquierdo; tenía un antojo en el hombro derecho, que se ponía rojo en mayo, como una fruta natural. Marthe sonreía, jamás se cansaba de estos detalles; interrogaba a la joven sobre su infancia, sobre la de su hermano. Después, cuando reaparecía la cuestión del dinero, estaba como loca por su impotencia; se abandonaba hasta quejarse amargamente de Mouret, a quien Olympe, envalentonada, acabó por no llamar delante de ella más que «el viejo tacaño». A veces, cuando Trouche volvía de su oficina, las dos mujeres estaban todavía allí, de charla; se callaban, cambiaban de conversación. Trouche mantenía una actitud digna. Las damas del patronato de la obra de la Virgen estaban contentísimas con él. No se le veía en ningún café de la ciudad.

Mientras tanto, Marthe, para ayudar a Olympe, que hablaba algunos días de tirarse por la ventana, indujo a Rose a llevar a un chamarilero del mercado todas las antiguallas inútiles tiradas por los rincones. Las dos mujeres se mostraron al principio

tímidas; mandaron llevar, durante la ausencia de Mouret, sólo las sillas y las mesas cojas; después la emprendieron con los objetos serios, vendieron porcelanas, joyas, todo lo que podía desaparecer sin producir un vacío demasiado grande. Estaban en una pendiente fatal; habrían acabado por llevarse los muebles grandes y no dejar sino las cuatro paredes, de no haber calificado un día Mouret a Rose de ladrona, amenazándola con el comisario.

«¿Ladrona, yo? ¡Señor!, había exclamado. ¡Tenga mucho cuidado con lo que dice!... Porque usted me ha visto vender una sortija de la señora. Era mía esa sortija; la señora me la había dado, la señora, que no es tan perra como usted... ¿No le da vergüenza, dejar a su pobre mujer sin un céntimo? No tiene zapatos que ponerse. El otro día he pagado yo a la lechera... ¿Qué? Sí, he vendido su sortija. ¿Qué pasa? ¿Es que su sortija no es suya? Bien puede convertirla en dinero, ya que usted le niega todo... Yo vendería la casa, ¿me oye? La casa entera. Me da demasiada pena verla andar desnuda como un San Juan».

Mouret entonces ejerció una vigilancia de todas las horas; cerró los armarios y cogió las llaves. Cuando Rose salía, le miraba las manos con aire desafiante; palpaba sus bolsillos, si creía observar una hinchazón sospechosa bajo su falda. Compró en el chamarilero del mercado ciertos objetos que puso en su sitio, limpiándolos, cuidándolos con afectación, delante de Marthe, para recordarle lo que él llamaba «los robos de Rose». Jamás la acusó directamente a ella. La torturó sobre todo con una botella de cristal tallado, vendida en un franco por la cocinera. Ésta, que había pretendido haberla roto, tenía que traérsela a la mesa a cada comida. Una mañana, a la hora del almuerzo, la dejó caer delante de él, exasperada.

«Ahora, señor, está bien rota, ¿no?», dijo riéndose en sus narices.

Y como él quería echarla:

«Inténtelo... Hace veinticinco años que les sirvo, señor. La señora se iría conmigo».

Marthe, sacada de sus casillas, aconsejada por Rose y Olympe, se rebeló al fin. Necesitaba indispensablemente quinientos francos. Desde hacía ocho días Olympe sollozaba, pretendiendo que si no tenía quinientos francos al final del mes, uno de los pagarés endosados por el padre Faujas «iba a ser publicado en un periódico de Plassans». La publicación del pagaré, aquella amenaza espantosa que no se explicaba muy claramente, espantó a Marthe y la decidió a atreverse a todo. Por la noche, al acostarse, le pidió los quinientos francos a Mouret; después, como él la contemplaba atolondrado, habló de sus quince años de abnegación, de los quince años transcurridos en Marsella, detrás de un mostrador, con la pluma en la oreja, como un dependiente.

«Hemos ganado el dinero juntos, dijo; es de los dos. Quiero quinientos francos».

Mouret salió de su mutismo con extremada violencia. Reapareció todo su arrebatado charlatán.

«¡Quinientos francos!, gritó. ¿Son para tu cura?... Me hago el imbécil, ahora, me

callo, porque tendría demasiado que decir. Pero no vayáis a creer por eso que os burlaréis de mí hasta el final... ¡Quinientos francos! ¿Y por qué no la casa? ¡Es cierto que es suya la casa! Y quiere dinero, ¿verdad? ¿Te ha dicho que me pidas dinero?... ¡Cuando pienso que estoy en mi casa lo mismo que en un bosque! Acabarán por robarme el pañuelo en el bolsillo. Apuesto a que, si subiera a registrar su cuarto, encontraría todas mis pobres cosas en el fondo de sus cajones. Me faltan tres calzoncillos, siete pares de calcetines, cuatro o cinco camisas; ayer saqué la cuenta. Ya nada es mío, todo desaparece, todo se va... No, ni un céntimo, ni un céntimo, ¿oyes?

—Quiero quinientos francos, la mitad del dinero me pertenece», repitió ella tranquilamente.

Durante una hora Mouret vociferó, espoleándose, hartándose de gritar veinte veces el mismo reproche. Ya no reconocía a su mujer; antes de la llegada del cura le amaba, le escuchaba, defendía los intereses de su casa. Realmente, la gente que la instigaba contra él debía de ser una gente muy mala. Después, la voz se le trabó; se dejó caer en un sillón, roto, tan débil como un niño.

«Dame la llave del escritorio», pidió Marthe.

Se levantó, puso sus últimas fuerzas en un grito supremo.

«Quieres cogerlo todo, ¿verdad? Dejar a tus hijos en la miseria, no conservar para nosotros ni un trozo de pan... ¡Pues bien! ¡Cógelo todo, llama a Rose para que llene el delantal! Ten, ahí va la llave».

Y tiró la llave, que Marthe escondió bajo su almohada. Estaba muy pálida con esta disputa, la primera disputa violenta que había tenido con su marido. Ella se acostó; él pasó la noche en el sillón. Hacia la madrugada, lo oyó sollozar. Le habría devuelto la llave si no hubiese bajado al jardín como un loco, aunque aún estaba todo negro.

La paz pareció restablecerse. La llave del escritorio permanecía colgada de un clavo, junto al espejo. Marthe, que no estaba acostumbrada a ver grandes sumas juntas, tenía una especie de miedo al dinero. Se mostró al principio muy discreta, avergonzada, cada vez que abría la gaveta, donde Mouret guardaba siempre en metálico unas docenas de miles de francos para sus compras de vino. Cogía estrictamente lo que necesitaba. Olympe, por lo demás, le daba excelentes consejos: puesto que ahora tenía la llave, debía mostrarse ahorrativa. E incluso, al verla toda trémula delante del «gato», dejó durante algún tiempo de hablarle de las deudas de Besançon.

Mouret volvió a caer en su lúgubre silencio. Había recibido un nuevo golpe, más violento aún que el primero, cuando la entrada de Serge en el seminario. Sus amigos del paseo Sauvage, los pequeños rentistas que daban regularmente una vuelta, de cuatro a seis, empezaban a inquietarse seriamente cuando lo veían llegar, los brazos colgantes, con pinta de alelado, sin responderles apenas, como invadido por un mal incurable.

«Decae, decae, murmuraban. A los cuarenta y cuatro años, es inconcebible. Acabará por perder la chaveta».

No parecía oír ya las alusiones que malignamente dejaban escapar delante de él. Si lo interrogaban de forma directa sobre el padre Faujas, se ruborizaba levemente, respondiendo que era un buen inquilino, que pagaba su trimestre con gran puntualidad. A sus espaldas, los pequeños rentistas reían burlones, sentados en algún banco del paseo, al sol.

«No tiene más que su merecido, después de todo, decía un ex comerciante de almendras. Acuérdense de lo partidario que era del cura; era él quien hacía su elogio por todos los rincones de Plassans. Hoy, cuando le sacan ese tema, pone una cara muy rara».

Aquellos señores repetían entonces ciertos cotilleos escandalosos que se confiaban al oído, de una punta del banco a la otra.

«No importa, proseguía a media voz un maestro curtidor retirado, Mouret no tiene agallas, yo pondría al cura en la puerta».

Y todos declaraban que, en efecto, Mouret no tenía agallas, él que tanto se había burlado de los maridos a quienes sus mujeres traían al retortero.

En la ciudad, estas calumnias, pese a la persistencia que ciertas personas parecían poner en difundirlas, no salían de cierto círculo de ociosos y charlatanes. Si el cura, negándose a ir a ocupar la rectoral, se había quedado en casa de Mouret, no podía ser, como él mismo decía, más que por cariño al hermoso jardín, donde leía tan tranquilamente su breviario. Su alta piedad, su vida rígida, su desdén por las coqueterías que los sacerdotes se permiten, lo situaban por encima de toda sospecha. Los miembros del Círculo de la Juventud acusaban al padre Fenil de tratar de perderle. Toda la ciudad nueva, por lo demás, le pertenecía. Sólo tenía ya contra él al barrio de San Marcos, cuyos nobles habitantes se mantenían en guardia cuando lo encontraban en los salones de monseñor Rousselot. Sin embargo, él meneaba la cabeza, los días que la anciana señora Rougon le decía que podía atreverse a todo.

«Nada es sólido aún, murmuraba; no cuento con nadie. Bastaría una paja para que el edificio se derrumbase».

Marthe lo inquietaba desde hacía algún tiempo. Se sentía impotente para calmar aquella fiebre de devoción que la consumía. Se le escapaba, desobedecía, se lanzaba más lejos de lo que él hubiera querido. Esta mujer tan útil, esta patrocinadora respetada, podía perderlo. Había en ella una llama interior que le quebraba el talle, le ennegrecía la piel, le amorataba los ojos. Era como un mal en aumento, un enloquecimiento del entero ser, que ganaba poco a poco el cerebro y el corazón. Su cara se anegaba de éxtasis, sus manos se extendían con temblores nerviosos. Una tos seca la sacudía a veces de pies a cabeza, sin que pareciera sentir su desgarramiento. Y él se endurecía más, rechazaba aquel amor que se ofrecía, le prohibía ir a San Saturnino.

«La iglesia está helada, decía, usted tose demasiado. No quiero que se agrave su

mal».

Ella aseguraba que no era nada, una simple irritación de la garganta. Después, se plegaba, aceptaba esta prohibición de ir a la iglesia como un castigo merecido, que le cerraba la puerta del cielo. Sollozaba, se creía condenada, arrastraba unos días vacíos; y, a su pesar, como una mujer que regresa al cariño prohibido, cuando llegaba el viernes se deslizaba humildemente en la capilla de San Miguel, iba a apoyar su frente ardiente contra la madera del confesonario. No hablaba, permanecía allí, aplastada; mientras que el padre Faujas, irritado, la motejaba brutalmente de hija indigna. La despedía. Entonces ella se marchaba, aliviada, feliz.

El sacerdote tuvo miedo de las tinieblas de la capilla de San Miguel. Hizo intervenir al doctor Pourquoi, quien decidió a Marthe a confesarse en el pequeño oratorio de la obra de la Virgen, en el arrabal. El padre Faujas prometió esperarla allí cada quince días, los sábados. Este oratorio, instalado en una gran pieza encalada, con cuatro inmensas ventanas, tenía una alegría con la cual él contaba para calmar la imaginación sobreexcitada de su penitente. Allí la dominaría, haría de ella una esclava sumisa, sin tener que temer un posible escándalo. Por otra parte, para cortar de raíz cualquier maligno rumor, quiso que su madre acompañara a Marthe. Mientras él confesaba a esta última, la señora Faujas se quedaba en la puerta. La vieja, a quien no le gustaba perder el tiempo, se llevaba una media, que calcetaba.

«Mi querida niña, le decía a menudo, cuando regresaban juntas a la calle Balande, he vuelto a oír a Ovide hablar muy fuerte hoy. ¿Es que no puede usted contentarlo? ¿No lo quiere? ¡Ah!, ojalá estuviera yo en lugar de usted, para besarle los pies... Acabaré por detestarla, si no sabe usted más que apenarlo».

Marthe bajaba la cabeza. Sentía una gran vergüenza delante de la señora Faujas. No la quería, tenía celos, al encontrarla siempre entre ella y el sacerdote. Y además sufría con las miradas negras de la anciana señora, que encontraba sin cesar sobre ella, llenas de recomendaciones extrañas e inquietantes.

El mal estado de salud de Marthe bastó para explicar sus citas con el padre Faujas en el oratorio de la obra de la Virgen. El doctor Pourquoi aseguraba que seguía simplemente una de sus prescripciones. Esa frase hizo reír mucho a los paseantes de Sauvaire.

«No importa, dijo la señora Paloque a su marido, un día que miraba a Marthe bajar por la calle Balande, en compañía de la señora Faujas, tengo mucha curiosidad por estar en un rinconcito, para ver lo que el párroco hace con su enamorada... ¡Resulta graciosa, cuando habla de su gran catarro! ¡Como si un catarro impidiera confesarse en una iglesia! Yo he estado acatarrada y no por eso he ido a esconderme con los curas en las capillas.

—Te equivocas al ocuparte de los asuntos del padre Faujas, respondió el juez. Me han avisado. Es un hombre a quien hay que tratar con miramientos; eres demasiado rencorosa, nos impedirás conseguir algo.

—¡Vaya!, replicó ella agriamente, me han pisoteado sin consideración, se

acordarán de mí... Tu padre Faujas es un imbécil de remate. ¿Es que te crees que el padre Fenil no estaría agradecido, si yo sorprendiera al cura y a su chica diciéndose ternezas? Anda, pagaría muy bien semejante escándalo... Déjame a mí, tú no entiendes nada de estas cosas».

Quince días después, el sábado, la señora Paloque acechó la salida de Marthe. Estaba totalmente vestida tras sus cortinas, ocultando su semblante de monstruo, vigilando la calle por un agujero de la muselina. Cuando las dos mujeres hubieron desaparecido por la esquina de la calle Taravelle, rió burlona, la boca hendida. No se apresuró, se puso los guantes, echó a andar despacito por la plaza de la Subprefectura, dando un gran rodeo, demorándose por el picudo empedrado. Al pasar por delante del hotelito de la señora de Condamin, se le ocurrió por un instante la idea de subir a recogerla; pero quizá la otra tendría escrúpulos. En resumidas cuentas, más valía prescindir de un testigo y dirigir la expedición rotundamente.

«Les he dado tiempo de llegar a los pecados gordos creo que puedo presentarme ahora», pensó, al cabo de un cuarto de hora de paseo.

Entonces apretó el paso. Iba a menudo a la obra de la Virgen para entenderse con Trouche sobre detalles de la contabilidad. Ese día, en lugar de entrar en el despacho del empleado, bordeó el corredor, volvió a bajar, fue directamente al oratorio. Delante de la puerta, en una silla, la señora Faujas calcetaba tranquilamente. La mujer del juez había previsto este obstáculo; llegó derecha a la puerta, con el aire brusco de una persona ajetreada. Pero, antes incluso de que hubiera podido alargar el brazo para girar la manilla, la anciana señora, que se había levantado, la había apartado a un lado con extraordinario vigor.

«¿A dónde va?, le preguntó, con su ruda voz de campesina.

—Voy a donde necesito, respondió la señora Paloque, el brazo magullado, la cara convulsa de cólera. Es usted una insolente y una bruta... Déjeme pasar. Soy la tesorera de la obra de la Virgen, tengo derecho a entrar en todas partes».

La señora Faujas, de pie, apoyada en la puerta, se había ajustado los anteojos sobre la nariz. Reanudó su calceta con la mayor sangre fría del mundo.

«No, dijo rotundamente, no entrará usted.

—¡Ah!... ¿Y por qué, si me hace usted el favor?

—Porque yo no quiero».

La mujer del juez sintió que le había fallado la jugada; la bilis la ahogaba. Se puso espantosa, repitió, tartamudeando:

«No la conozco a usted, no sé lo que hace ahí, podría gritar y mandarla detener, porque me ha pegado. Tienen que pasar cosas muy feas, detrás de esa puerta, para que usted esté encargada de impedir la entrada a la gente de la casa. Soy de la casa, ¿me oye?... Déjeme pasar o llamaré a todo el mundo.

—Llame a quien quiera, respondió la anciana señora encogiéndose de hombros. Le he dicho que no entrará; no quiero yo, ¿está claro?... ¿Cómo sé que es usted de la casa? Y además, aunque fuera, sería lo mismo. Nadie puede entrar... Es asunto mío».

Entonces la señora Paloque perdió toda contención; elevó el tono, gritó:

«No necesito entrar. Me basta con esto. Estoy edificada. Es usted la madre del padre Faujas, ¿verdad? ¡Muy bien! ¡Pues buena la ha hecho, menudo oficio el suyo aquí!... Claro que no, no entraré; no quiero mezclarme en todas esas asquerosidades».

La señora Faujas, dejando la calceta en la silla, la miraba a través de sus anteojos con mirada brillante, ligeramente encorvada, las manos hacia adelante, como dispuesta a arrojarse sobre ella, para hacerla callar. Iba a abalanzarse, cuando la puerta se abrió bruscamente y el padre Faujas apareció en el umbral. Llevaba sobrepelliz y su aire era severo.

«¿Qué, madre?, preguntó, ¿qué es lo que pasa?».

La anciana señora bajó la cabeza, retrocedió como un dogo que se pone detrás de las piernas de su amo.

«¿Es usted, mi querida señora Paloque?, continuó el sacerdote. ¿Deseaba hablar conmigo?».

La mujer del juez, con un supremo esfuerzo de voluntad, había sonreído. Respondió en tono terriblemente amable, con aguda chanza:

«¿Cómo? ¿Estaba usted ahí, señor cura? ¡Ah!, si lo hubiera sabido, no habría insistido. Quería ver la sabanilla de nuestro altar, que no debe de estar ya en buenas condiciones. Ya sabe usted, soy el ama de casa de aquí; velo por los pequeños detalles. Pero, si está usted ocupado, no quiero molestarle. Atienda, atienda a sus asuntos, la casa es suya. La señora no tenía más que decirme una palabra, la hubiera dejado velando por su tranquilidad».

La señora Faujas dejó escapar un gruñido. Una mirada de su hijo la calmó.

«Entre, por favor, prosiguió éste; no me molesta en absoluto. Estaba confesando a la señora Mouret, que anda un poco delicada... Entre de una vez. La sabanilla del altar podría cambiarse, en efecto.

—No, no, ya volveré, repitió ella; estoy desolada por haberle interrumpido. Continúe, continúe, señor cura».

Entró, sin embargo. Mientras miraba con Marthe la sabanilla del altar, el sacerdote regañó a su madre, en voz baja:

«¿Por qué la ha parado, madre? Yo no le he dicho que me guarde la puerta».

Ella miraba fijamente ante sí, con su aire de animal terco.

«Habría pasado sobre mi cadáver, antes de entrar, murmuró.

—Pero ¿por qué?

—Porque... Escucha, Ovide, no te enfades; sabes que me matas cuando te enfadas... Me habías dicho que acompañara a la casera, ¿no? ¡Bueno! Pues yo creí que tenías necesidad de mí, a causa de los curiosos. Entonces me senté ahí. Ea, te respondo de que erais libres de hacer lo que hubiérais querido: nadie habría metido la nariz».

El comprendió, le agarró las manos, sacudiéndola, diciéndole:

«¿Cómo, madre, ha podido suponer usted...?»

—¡Eh! Yo no he supuesto nada, respondió con sublime despreocupación. Eres muy dueño de hacer lo que te pete, y todo lo que hagas está bien hecho, ya ves; eres mi hijo... Yo saldría a robar por ti, está claro».

Pero él ya no la escuchaba. Había soltado las manos de su madre, la contemplaba, como perdido en las reflexiones que hacían su cara más austera y más dura.

«No, jamás, jamás, dijo con áspero orgullo. Se equivoca usted, madre... Los hombres castos son los únicos fuertes».

XVI

A los diecisiete años, Desirée seguía riéndose con su ancha risa de inocente. Se había convertido en una muchacha alta y guapa, regordeta, con brazos y hombros de mujer hecha y derecha. Medraba como una planta robusta, feliz de crecer, despreocupada de la desgracia que vaciaba y ensombrecía la casa.

«Tú no te ríes, decía a su padre. ¿Quieres jugar a la cuerda? ¡Eso sí que es divertido!».

Se había apoderado de todo un cuadro del jardín; cavaba, plantaba verduras, regaba. Su alegría eran los trabajos duros. Además, había querido tener gallinas, que le comían sus verduras, gallinas a las que regañaba con ternuras de madre. Con aquellos juegos, en la tierra, en medio de los animales, se ensuciaba terriblemente.

«¡Está hecha una porquería!, gritaba Rose. En primer lugar, no quiero que entre en mi cocina, lo mancha todo de barro... Ea, señora; es usted muy buena al emperejilarla; yo, en su lugar, la dejaría chapotear a sus anchas».

Marthe, con su ser entregado a otras cosas, ni siquiera veló porque Desirée cambiase de ropa interior. La niña usaba a veces la misma camisa durante tres semanas; sus medias, que caían sobre unos zapatos con los tacones gastados, no tenían ya talones; sus faldas lamentables colgaban como andrajos de mendiga. Mouret, un día, tuvo que coger una aguja; el vestido, rajado por detrás de arriba a abajo, enseñaba la piel. Ella se reía de estar semidesnuda, con el pelo caído sobre los hombros, las manos negras, la cara toda embadurnada.

Marthe acabó por sentir una especie de asco. Cuando regresaba de misa, conservando en sus cabellos los vagos perfumes de la iglesia, le chocaba el poderoso olor a tierra que su hija llevaba sobre sí. La mandaba al jardín, en cuanto acababa el almuerzo; no podía tolerarla a su lado, inquieta por aquella salud robusta, aquella risa clara que se divertía con todo.

«¡Dios mío! ¡Qué cansada es esta niña!», murmuraba, a veces, con nerviosa lasitud.

Mouret, al oírla quejarse, le dijo con un movimiento de cólera:

«Si te estorba, podemos ponerla en la puerta de la calle, como a los otros dos.

—Estaría muy tranquila, palabra, si no anduviera por ahí», respondió con toda sinceridad.

Hacia el final del verano, una tarde, Mouret se asustó al no oír a Desirée, que armaba, minutos antes, un alboroto espantoso al fondo del jardín. Corrió, la encontró en el suelo, caída de una escalera a la que había subido para coger higos; los bojes, felizmente, habían amortiguado su caída. Mouret, espantado, la cogió en brazos, llamando en su auxilio. La creía muerta; pero volvió en sí, aseguró que no se había hecho daño y quiso volver a subir a la escalera.

Mientras tanto, Marthe había bajado la escalinata. Cuando oyó reír a Desirée, se enfadó.

«Esta niña me matará, dijo; no sabe qué inventar para darme sustos. Estoy segura de que se ha tirado adrede al suelo. Es inaguantable. Me encerraré en mi cuarto, me marcharé por la mañana para no volver hasta la noche... ¡Sí, riéte, animalota! ¿Es posible haber echado al mundo semejante animal? ¡Ay, me costarás cara!

—Eso, seguro, agregó Rose, que había acudido desde la cocina, es un incordio, y no hay peligro de que la case nunca».

Mouret, herido en lo más hondo, las escuchaba, las miraba. No respondió nada, permaneció al fondo del jardín con la jovencita. Hasta la caída de la noche parecieron conversar dulcemente juntos. Al día siguiente, Marthe y Rose tenían que ausentarse toda la mañana; iban, a una legua de Plassans, a oír misa en una capilla dedicada a San Janvier, a donde todas las devotas de la ciudad se dirigían ese día en peregrinación. Cuando regresaron, la cocinera se apresuró a servir una comida fría. Marthe llevaba comiendo unos minutos, cuando se dio cuenta de que su hija no estaba en la mesa.

«¿Desirée no tiene hambre?, preguntó. ¿Por qué no almuerza con nosotros?

—Desirée ya no está en casa, dijo Mouret, que dejaba los trozos en el plato; la he llevado esta mañana a San Eutropio, a casa de su nodriza».

Ella dejó el tenedor, un poco pálida, asombrada y herida.

«Habrías podido consultarme», prosiguió.

Pero él continuó, sin responder directamente:

«Está bien con su nodriza. Esa buena mujer, que la quiere mucho, velará por ella... De esa forma la niña no te atormentará más, todo el mundo estará contento».

Y, como ella seguía muda, añadió:

«Si la casa no te parece lo bastante tranquila, dímelo, y me iré».

Ella se levantó a medias, un resplandor pasó por sus ojos. Acababa de hierla tan cruelmente que adelantó la mano, como para arrojarle la botella a la cabeza. En aquella naturaleza tanto tiempo sometida, soplaban cóleras desconocidas; crecía un odio contra aquel hombre que rondaba sin cesar a su alrededor, semejante a un remordimiento. Volvió a comer con afectación, sin hablar más de su hija. Mouret había doblado la servilleta; permanecía sentado delante de ella, escuchando el ruido de su tenedor, lanzando lentas miradas en tomo de aquel comedor, tan alegre en tiempos con el alboroto de los niños, tan vacío y triste hoy. La estancia le parecía helada. Unas lágrimas ascendieron a sus ojos cuando Marthe llamó a Rose para el postre.

«Tiene usted buen apetito, ¿verdad, señora?, dijo ésta trayendo una fuente de fruta. ¡Es que hemos caminado de lo lindo!... Si el señor, en vez de hacer el pagano, hubiera venido con nosotras, no le habría dejado comerse las sobras de la pierna de cordero usted sola».

Cambió los platos, sin dejar de charlotear.

«Es muy bonita, la capilla de San Janvier, pero es demasiado pequeña... Ya vio usted las señoras que llegaron tarde; tuvieron que arrodillarse fuera, sobre la hierba, a pleno sol... Lo que no comprendo es que la señora de Condamin haya venido en coche; qué mérito tiene, entonces, hacer la peregrinación... De todos modos, hemos pasado una buena mañana, ¿verdad, señora?»

—Sí, una buena mañana, repitió Marthe. El padre Mousseau, que ha predicado, estuvo muy conmovedor».

Cuando Rose advirtió a su vez la ausencia de Desirée, y se enteró de la marcha de la niña, exclamó:

«¡El señor ha tenido una buena idea, a fe mía!... ¡Me quitaba todas las cacerolas para regar sus lechugas...! Vamos a poder respirar un poco.

—Sin duda», dijo Marthe, que empezaba una pera.

Mouret se ahogaba. Salió del comedor, sin escuchar a Rose, que le gritaba que el café estaría listo en seguida. Marthe, al quedarse sola en el comedor, terminó tranquilamente su pera.

Cuando la cocinera trajo el café, la señora Faujas bajaba.

«Entre, le dijo; hará usted compañía a la señora y tomará el café del señor, que ha escapado como un loco».

La anciana señora se sentó en el sitio de Mouret.

«Creía que no tomaban café nunca, hizo observar al servirse el azúcar.

—Sí, en tiempos, respondió Rose, cuando el señor tenía los cuartos... Ahora, la señora sería bien tonta al privarse de lo que le gusta».

Conversaron una hora larga. Marthe, enternecida, acabó por contarle sus penas a la señora Faujas; su marido acababa de hacerle una escena horrorosa, a propósito de su hija, a quien había llevado a casa de su nodriza, menuda ocurrencia. Y se defendía, aseguraba que quería mucho a la niña, que iría a buscarla un día.

«Era un poco ruidosa, insinuó la señora Faujas. La he compadecido a usted a menudo... Mi hijo habría renunciado a venir a leer su breviario en el jardín; le daba mucho la lata».

A partir de ese día, las comidas de Marthe y Mouret fueron silenciosas. El otoño era muy húmedo; el comedor estaba melancólico, con los dos cubiertos aislados, separados por toda la longitud de la gran mesa. La sombra llenaba los rincones, el frío caía del cielo raso. Hubiérase dicho un funeral, según la expresión de Rose.

«¡Ah! ¡Bueno!, decía ésta a menudo al traer las fuentes, no hay que armar tanto ruido... A este paso, no hay peligro de que se queden sin lengua... Alegre esa cara, señor, tiene usted todo el aire de seguir a un muerto. Acabará por hacer que la señora se meta en cama. No es bueno para la salud comer sin hablar».

Cuando llegaron los primeros fríos, Rose, que trataba de complacer a la señora Faujas, le ofreció sus hornillos para cocinar. La cosa empezó por hervidores de agua que la anciana señora bajó a calentar; no tenía fuego y el cura andaba con prisas de afeitarse. Cogió prestadas luego planchas, utilizó algunas cacerolas, pidió el asador

para hacer una pierna de cordero; y luego, como no tenía arriba una chimenea preparada de forma conveniente, acabó por aceptar los ofrecimientos de Rose, quien encendió un fuego de sarmientos como para asar un cordero entero.

«No se apure, repetía dando ella misma vueltas a la pierna de cordero. La cocina es grande, ¿no? Hay sitio para dos... No sé cómo ha podido aguantar usted hasta ahora, cocinando en el suelo, delante de la chimenea de su cuarto, en una birria de hornillo de chapa. A mí me habría dado miedo de coger una congestión... El señor Mouret es ridículo, también; no se alquila un piso sin cocina. Y es que ustedes son buenas personas, nada orgullosas, tolerantes...».

Poco a poco, la señora Faujas hizo el almuerzo y la cena en la cocina de los Mouret. Al principio aportó su carbón, su aceite, sus especias. A continuación, cuando olvidaba alguna provisión, la cocinera no quería que subiera a su casa; la forzaba a coger en la despensa lo que le faltaba.

«Mire, la mantequilla está ahí. Lo que usted coja con la punta del cuchillo no va a arruinarnos. Ya sabe usted que todo está a su disposición... La señora me regañaría, si no se encontrase usted a sus anchas».

Entonces se instauró una gran intimidad entre Rose y la señora Faujas; la cocinera estaba encantada de tener allí siempre una persona que accediese a escucharla, mientras ella removía sus salsas. Se entendía a las mil maravillas, por lo demás, con la madre del sacerdote, cuyos trajes de indiana, la expresión ruda, la brutalidad populachera, la ponían casi en pie de igualdad. Durante horas se demoraban juntas delante de sus hornillos apagados. La señora Faujas gozó pronto de un ascendiente absoluto en la cocina; conservaba su actitud impenetrable, no decía sino lo que tenía a bien decir, se hacía contar cuanto deseaba saber. Decidió la cena de los Mouret, probó antes que ellos las fuentes que les enviaba; a menudo incluso Rose hacía aparte golosinas destinadas especialmente al cura, manzanas con azúcar, pasteles de arroz, buñuelos. Las provisiones se mezclaban, las cacerolas rodaban en desorden, las dos cenas se confundían hasta el punto de que la cocinera exclamaba riendo, en el momento de servir:

«Dígame, señora, ¿los huevos al plato son suyos? ¡Yo ya no sé!... ¡Palabra! Más valdría que comieran juntos».

Fue el día de Todos los Santos cuando el padre Faujas almorzó por vez primera en el comedor de los Mouret. Tenía mucha prisa, debía regresar a San Saturnino. Marthe, para que perdiese menos tiempo, lo hizo sentarse a su mesa, diciéndole que así su madre no tendría que subir dos pisos. Una semana más tarde habían cogido la costumbre, los Faujas bajaban a cada comida, se sentaban a la mesa, se quedaban hasta el café. Los primeros días, las dos cocinas eran diferentes; luego, Rose opinó que era «demasiado idiota», diciendo que muy bien podía ella guisar para cuatro personas, y que se entendería con la señora Faujas.

«No me dé las gracias, agregó. Son ustedes muy amables al bajar a hacerle compañía a la señora; traerán un poco de alegría... Yo no me atrevía a entrar en el

comedor; me parecía entrar en un velatorio. ¡Daba miedo, de vacío que estaba!... Y si el señor se enfurruña ahora, ¡peor para él! Se enfurruñará solo».

La estufa zumbaba, la estancia estaba tibia. Fue un infierno encantador. Jamás Rose había puesto la mesa con manteles tan limpios; colocaba la silla del señor cura junto a la estufa, de manera que estuviese de espaldas al fuego. Cuidaba especialmente su vaso, su cuchillo, su tenedor; se cuidaba, en cuanto había la menor mancha en el mantel, de que la mancha no cayera de su lado. Amén de eso, tenía con él mil atenciones delicadas.

Cuando le preparaba un plato que le gustaba, se lo avisaba para que se quedara con apetito. A veces, por el contrario, le daba una sorpresa; traía la bandeja tapada, se reía por lo bajo con las miradas interrogantes, decía, con aire de contenido triunfo:

«Es para el señor cura, una negreta rellena de aceitunas, como a él le gustan... Señora, dele un filete al señor cura, ¿no? El plato es para él».

Marthe servía. Insistía, con ojos suplicantes, para que aceptara los mejores bocados. Comenzaba siempre por él, hurgaba en la fuente, mientras Rose, inclinada sobre ella, le señalaba con el dedo lo que le parecía más rico. E incluso tenían breves disputas sobre la excelencia de tales o cuales partes de un pollo o de un conejo. Rose metía un cojín de tapicería bajo los pies del sacerdote. Marthe exigía que tuviera su botella de burdeos y su panecillo, un panecillo dorado que encargaba todos los días en la panadería.

«¡Eh! ¡Nada es demasiado bueno!, repetía Rose, cuando el cura les daba las gracias. ¿Quién iba a vivir bien, si la gente de corazón como ustedes no tuviera sus comodidades? ¡Déjenos a nosotras, Dios Nuestro Señor pagará su deuda!».

La señora Faujas, sentada a la mesa en frente de su hijo, sonreía con todas estas zalamerías. Empezaba a querer a Marthe y a Rose; por lo demás, encontraba natural su adoración, las miraba como felicísimas de estar así de rodillas delante de su dios. Cabezona, comiendo lentamente y mucho, como una campesina que despacha bien su trabajo, presidía realmente las comidas, viéndolo todo sin perder una cucharada, velando por que Marthe permaneciese en su papel de sirvienta, comiéndose a su hijo con una mirada de disfrute satisfecho. Sólo hablaba para decir en tres palabras los gustos del cura o para cortar en seco las cortesías negativas que él aventuraba aún. A veces se encogía de hombros, le daba con el pie. ¿Es que la mesa no era suya? Podía comerse la fuente enterita, si le apetecía; los otros se contentarían mordiendo su pan seco al tiempo lo que miraban.

En cuanto al padre Faujas, permanecía indiferente a los tiernos cuidados de que era objeto; muy frugal, comía de prisa, con el espíritu en otras cosas, y a menudo no se daba cuenta de los mimos que se le reservaban. Había cedido a las instancias de su madre al aceptar la compañía de los Mouret; sólo saboreaba, en el comedor de la planta baja, la alegría de verse totalmente desembarazado de las preocupaciones de la vida material. Por eso conservaba una tranquilidad soberbia, habituado poco a poco a ver adivinados sus menores deseos, sin extrañarse ya, sin dar ya las gracias, reinando

desdeñosamente entre la dueña de la casa y la cocinera, que espiaban con ansiedad los menores pliegues de su rostro grave.

Y Mouret, sentado enfrente de su mujer, permanecía olvidado. Se mantenía, con los puños al borde de la mesa, como un niño, a la espera de que Marthe tuviera a bien pensar en él. Le servía el último, a la buena de Dios, no muy abundantemente. Rose, de pie detrás de ella, la avisaba, cuando se equivocaba y tropezaba con un buen bocado.

«No, no, ese trozo no... Ya sabe que al señor le gusta la cabeza; chupa los huesecitos».

Mouret, acoquinado, comía con vergüenzas de gorrón. Notaba que la señora Faujas lo miraba cuando se cortaba pan. Reflexionaba un minuto largo, con los ojos en la botella, antes de atreverse a servirse de beber. Una vez se equivocó, tomó tres dedos del burdeos del señor cura. ¡Bonita cosa! Durante un mes Rose le reprochó aquellos tres dedos de vino. Cuando hacía algún plato de dulce, exclamaba:

«No quiero que el señor lo pruebe... Jamás me ha hecho un cumplido. Una vez, me dijo que mi tortilla al ron estaba quemada. Entonces le contesté: “Para usted, siempre estarán quemadas”. ¿Oye, señora?, no le dé al señor».

Además lo hacía rabiarse. Le pasaba los platos rajados, le metía una pata de la mesa entre las piernas, dejaba en su vaso las pelusillas del paño de cocina, colocaba el pan, el vino, la sal, en el otro extremo de la mesa. Mouret era el único a quien le gustaba la mostaza; iba en persona a la tienda de ultramarinos a comprar tarros, que la cocinera hacía desaparecer regularmente, con el pretexto de que «apestaban». La privación de mostaza bastaba para estropearle las comidas. Lo que lo desesperaba aún más, lo que le quitaba totalmente el apetito, era haber sido expulsado de su sitio, del sitio que había ocupado siempre, delante de la ventana, y que le daban al sacerdote por ser el más agradable. Ahora estaba frente a la puerta; le parecía comer en casa de extraños, desde que no podía echar un vistazo a sus árboles frutales a cada bocado.

Marthe no tenía la acritud de Rose; lo trataba como a un pariente pobre, a quien se tolera; acababa ignorando que estaba allí, no le dirigía la palabra casi nunca, obraba como si el padre Faujas fuese el único que daba órdenes en la casa. Por lo demás, Mouret no se rebelaba; intercambiaba algunas frases corteses con el sacerdote, comía en silencio, respondía con lentas miradas a los ataques de la cocinera. Después, como siempre acababa el primero, doblaba su servilleta metódicamente, y se retiraba, a menudo antes del postre.

Rose pretendía que rabiaba. Cuando conversaba con la señora Faujas en la cocina, le explicaba a su amo de cabo a rabo.

«Lo conozco bien, nunca me ha asustado del todo... Antes de que ustedes vinieran, la señora temblaba ante él, porque estaba siempre vociferando, dándose las de terrible. Nos fastidiaba a todos de lo lindo, sin cesar encima de nosotros, no encontrando nada de su gusto, metiendo las narices en todo, queriendo demostrar que el amo era él... Ahora es dulce como un cordero, ¿no? Es que la señora se ha llevado

el gato al agua. ¡Ah!, si fuera valiente, si no temiera todo tipo de problemas, iban ustedes a saber lo que es bueno. Pero tiene demasiado miedo de su hijo; sí, tiene miedo del señor cura. Se diría que se vuelve imbécil, a veces. Después de todo, ya que no nos molesta, puede ser como le pete, ¿verdad, señora?».

La señora Faujas contestaba que el señor Mouret le parecía una persona dignísima; sólo tenía un pero, que no era religioso. Pero seguramente volvería al buen camino, más adelante. Y la anciana señora se apoderaba lentamente de la planta baja, yendo de la cocina al comedor, trotando por el vestíbulo y el pasillo. Mouret, cuando se la encontraba, recordaba el día de la llegada de los Faujas, cuando, vestida con unos andrajos negros, sin soltar el cesto que sujetaba con las dos manos, estiraba el cuello en cada estancia, con la tranquila soltura de la persona que visita una casa en venta.

Desde que los Faujas comían en la planta baja, el segundo piso pertenecía a los Trouche. Se volvían bulliciosos; ruidos de muebles arrastrados, pisadas, estallidos de voces, descendían por las puertas abiertas y violentamente cerradas. La señora Faujas, que conversaba en la cocina, alzaba la cabeza con inquietud, Rose, para arreglar las cosas, decía que la pobre señora Trouche no se encontraba muy bien. Una noche, el cura, que aún no estaba acostado, oyó en la escalera un extraño alboroto. Habiendo salido con su palmatoria, vio a Trouche abominablemente ebrio que subía los peldaños de rodillas. Lo levantó con sus robustos brazos, lo arrojó dentro de su habitación. Olympe, acostada, leía tranquilamente una novela, bebiendo a traguitos un grog colocado en la mesilla de noche.

«Escuchad, dijo el padre Faujas, lívido de cólera, mañana mismo haréis las maletas y os marcharéis.

—¡Vaya! ¿Y eso por qué?, preguntó Olympe sin inmutarse; estamos a gusto aquí».

Pero el sacerdote la interrumpió rudamente:

«¡Cállate! Eres una desgraciada, nunca has buscado más que perjudicarme. Nuestra madre tenía razón, no habría debido sacaros de vuestra miseria... ¡Y ahora tengo que recoger a tu marido en la escalera! Es una vergüenza. Piensa en el escándalo, si lo vieran en tal estado... Os marcharéis mañana».

Olympe se había sentado para beber un trago de grog.

«¡Ah! ¡No, de eso nada!», murmuró.

Trouche reía. Tenía una borrachera alegre. Se había derrumbado en un sillón, regocijado, encantado.

«No nos enfademos, tartamudeó. No es nada, un pequeño mareo, a causa del aire, que es muy vivo. Además, las calles son muy raras en esta condenada ciudad... Voy a decirle, Faujas, son unos jóvenes muy decentes. Está el hijo del doctor Porquier. Lo conoce usted bien, al doctor Porquier, ¿no?... Entonces, nos vemos en un café, detrás de la cárcel. Lo lleva una arlesiana, una guapa moza, morena...».

El sacerdote, los brazos cruzados, lo miraba con aire terrible.

«No, se lo aseguro, Faujas, se equivoca usted al resentirse conmigo... Sabe que soy un hombre bien educado; conozco las conveniencias. De día, no tomaría un vaso de jarabe, por miedo a comprometerle... En fin, desde que estoy aquí, voy a la oficina como si fuera a la escuela, con rebanadas de pan y mermelada en un cestito; y eso que el oficio es bien tonto. Me encuentro tonto, sí, palabra de honor; y si no fuera por hacerle a usted un favor... Pero, de noche, no me ve nadie, quizá. Puedo pasear de noche. Me sienta bien, acabaría reventando al estar bajo llave. En primer lugar, no hay nadie en las calles, ¡son tan raras!...

—¡Borracho!, dijo el sacerdote entre sus dientes apretados.

—¿No hacemos las paces?... ¡Peor para usted, amigo mío! Yo soy buen chico; no me gustan las caras largas.

Si eso le desagrada, lo dejo plantado con todas sus beatas. Sólo la pequeña Condamín es un poco mona, y la arlesiana está todavía mejor... Ya puede revolver usted los ojos, ya, no tengo necesidad de usted. Mire, ¿quiere que le preste cien francos?».

Y sacó unos billetes de banco, que exhibió sobre sus rodillas, riendo a carcajadas; después los hizo revolotear se los pasó por las narices al cura, los tiró al aire. Olympe, de un salto, se levantó semidesnuda; recogió los billetes, que escondió bajo la almohada, con aire contrariado. Mientras tanto, el padre Faujas miraba a su alrededor, sorprendidísimo; veía botellas de licor alineadas a lo largo de la cómoda, un *pâté* casi entero sobre la chimenea, peladillas en una vieja caja destripada. La habitación estaba llena de compras recientes: trajes tirados sobre las sillas; un paquete de encaje desplegado; una magnífica levita nueva, colgada de la falleba de la ventana; una piel de oso delante de la cama. Al lado del grog, sobre la mesilla de noche, un relojito de mujer, de oro, brillaba en una copa de porcelana.

«¿A quién habrán desvalijado?», pensó el sacerdote.

Entonces se acordó de haber visto a Olympe besando las manos de Marthe.

«Pero, desdichados, exclamó, ¡estáis robando!».

Trouche se levantó. Su mujer lo arrojó sobre el canapé.

«Quédate tranquilo, le dijo; duerme, lo necesitas».

Y, volviéndose hacia su hermano:

«Es la una, ya podías dejarnos dormir, si es que sólo tienes cosas desagradables que decirnos... Mi marido ha hecho mal al emborracharse, es cierto; pero ésa no es razón para maltratarlo... Ya hemos tenido varias explicaciones; es preciso que ésta sea la última, ¿oyes, Ovide?... Somos hermanos, ¿no? ¡Pues bueno!, ya te lo he dicho, debemos repartir... Tú te regodeas abajo, te haces guisar buenos platos, vives como un bienaventurado entre la casera y la cocinera. Es asunto tuyo. Nosotros no vamos a mirar en tu plato, ni a retirarte los bocados de la boca. Te dejamos bandearte como te parece. Pues entonces no nos atormentes, concédenos la misma libertad... Me parece que soy muy razonable...».

Y, como el sacerdote hacía un gesto:

«Sí, comprendo, continuó, siempre tienes miedo de que arruinemos tus planes... La mejor manera de que no los arruinemos, es que no nos busques las cosquillas. ¿Por qué andar repitiendo: “Ah, si lo hubiera sabido, os habría dejado donde estabais”? ¡Vaya! No eres muy listo, a pesar de todos tus aires. Tenemos los mismos intereses que tú; estamos en familia, podemos buscar nuestro acomodo juntos. Sería muy agradable, si tú quisieras... Vete a acostar. Mañana le regañaré a Trouche; te lo enviaré, le darás tus órdenes.

—Sin duda, murmuró el borracho, que se estaba durmiendo. Faujas es raro... Yo no quiero a la casera, prefiero sus escudos».

Entonces Olympe se echó a reír descaradamente mirando a su hermano. Se había vuelto a acostar, arrellanándose cómodamente, con un almohadón a la espalda. El sacerdote, un poco pálido, reflexionaba; después se marchó, sin decir palabra, mientras ella seguía con su novela y Trouche roncaba en el canapé.

Al día siguiente, Trouche, pasada la borrachera, tuvo una larga conversación con el padre Faujas. Cuando regresó junto a su mujer, la informó de en qué condiciones habían hecho las paces.

«Escucha, querido, le dijo ella, conténtalo, haz lo que pide; trata sobre todo de serle útil, ya que te da los medios... Yo aparento valor, cuando él está aquí; pero en el fondo sé que nos pondría en la calle, como a perros, si lo sacáramos de sus casillas. Y no quiero marcharme... ¿Estás seguro de que nos conservará?

—Sí, no temas, respondió el empleado. Me necesita, nos dejará hacer nuestro agosto».

A partir de ese momento, Trouche salió todas las noches, hacia las nueve, cuando las calles estaban desiertas. Contaba a su mujer que iba al barrio viejo a hacer propaganda para el cura. Por lo demás, Olympe no era celosa; reía, cuando él le refería alguna historia subida de color; prefería las golosinas en solitario, las copitas tomadas a solas, los pasteles comidos a escondidas, las largas veladas pasadas calentita en cama, devorando un viejo fondo de un gabinete de lectura, descubierto por ella en la calle Canquoin. Trouche regresaba razonablemente borracho; se quitaba los zapatos en el vestíbulo, para subir la escalera sin ruido. Cuando había bebido demasiado, cuando apestaba a pipa y a aguardiente, su mujer no lo quería a su lado; lo obligaba a acostarse en el canapé. Había entonces una pugna sorda, silenciosa. Él volvía a la cama con la terquedad de la borrachera, se colgaba de las mantas; pero se tambaleaba, resbalaba, caía de bruces, y ella acababa por hacerlo rodar como a un bulto. Si empezaba a gritar, ella le apretaba la garganta, mirándolo fijamente, murmurando:

«Ovide te oye. Ovide va a venir».

Entonces a él le entraba el miedo, igual que a un niño cuando le hablan del lobo; después se dormía mascullando excusas. Por lo demás, en cuanto se alzaba el sol, procedía a su aseo de hombre serio, limpiaba de su rostro amoratado las vergüenzas de la noche, se ponía cierta corbata que, según su expresión, le daba «pinta de

tragasantos». Pasaba por delante de los cafés bajando los ojos. En la obra de la Virgen, lo respetaban. A veces, cuando las jovencitas jugaban en el patio, levantaba una punta de la cortina, las miraba con aire paternal, con breves llamas que flameaban bajo sus párpados semibajados.

Los Trouche estaban aún mantenidos a raya por la señora Faujas. Madre e hija seguían con sus continuas disputas, la una quejándose de haber sido siempre sacrificada a su hermano, la otra motejándola de mal bicho a quien habría debido aplastar en la cuna. Como mordían en la misma presa, se vigilaban, sin soltar el bocado, furiosas, inquietas por saber cuál de las dos se llevaría la mejor parte. La señora Faujas quería toda la casa; defendía hasta las barreduras de los dedos ganchudos de Olympe. Cuando se percató de las gruesas sumas que ésta sacaba de los bolsillos de Marthe, se puso terrible. Al encogerse de hombros su hijo, como hombre que desdeña tales miserias, y que se halla obligado a cerrar los ojos, ella tuvo a su vez una espantosa explicación con su hija, a quien llamó ladrona, como si le hubiera sacado dinero de su propio bolsillo.

«¡Eh, mamá! Ya basta, ¿no?, dijo Olympe impaciente. No es su bolsa lo que está en danza... De momento, sólo pido prestado dinero, no me hago alimentar.

—¿Qué quieres decir, mala pécora?, balbució la señora Faujas, en el colmo de la exasperación. ¿Es que no pagamos nuestras comidas? Pregúntale a la cocinera, te enseñará nuestro libro de cuentas».

Olympe prorrumpió en carcajadas.

«¡Ah! ¡Qué gracia!, prosiguió. Ya lo conozco, el libro de cuentas. Ustedes pagan los rábanos y la mantequilla, ¿no?... Mire, mamá, quédese en la planta baja; yo no voy a molestarla ahí. Pero no vuelva a subir a atormentarme, o gritaré. Ya sabe que Ovide ha prohibido hacer ruido».

La señora Faujas bajaba rezongando. Aquella amenaza de alboroto la forzaba a batirse en retirada. Olympe, para burlarse, canturreaba a sus espaldas. Pero, cuando ella iba al jardín, su madre se vengaba, sin cesar pegada a sus talones, mirándole las manos, acechándola. No la toleraba ni en la cocina ni en el comedor. La había enfadado con Rose, a cuenta de una cacerola prestada y no devuelta. Sin embargo, no se atrevía a atacarla en la amistad de Marthe, por miedo a algún escándalo, con el que el cura habría sufrido.

«Ya que te preocupan tan poco tus intereses, dijo un día a su hijo, yo sabré defenderlos en tu lugar; no tengas miedo, seré prudente... Si yo no estuviera, ¿ves?, tu hermana te retiraría el pan de las manos».

Marthe no tenía conciencia del drama que se anudaba a su alrededor. La casa le parecía más viva, simplemente, desde que toda aquella gente llenaba el vestíbulo, la escalera, los pasillos. Hubiérase dicho el jaleo de una pensión, con el ruido ahogado de las disputas, las puertas batiéndose, la vida desenvuelta y personal de cada huésped, la cocina llameante, donde Rose parecía tener toda una mesa redonda que abastecer. Además, había una continua procesión de proveedores. Olympe, que se

cuidaba las manos, no quería lavar los platos y se lo hacía traer todo de fuera, de una pastelería de la calle de la Banne, que preparaba cenas para la ciudad. Y Marthe sonreía, se decía feliz con aquel tráfago de la casa entera; ya no le gustaba quedarse sola, necesitaba ocupar la fiebre que la quemaba.

Mientras tanto, Mouret, como para huir de aquel jaleo, se encerraba en la habitación del primer piso, la que llamaba su despacho; había vencido su repugnancia; por la soledad; casi no bajaba ya al jardín, con frecuencia desaparecía de la mañana a la noche.

«Me gustaría saber qué estará haciendo, ahí dentro, decía Rose a la señora Faujas. No se le oye moverse. Se le creería muerto. Si se esconde, será porque no está haciendo nada limpio, ¿verdad?».

Cuando llegó el verano, la casa se animó aún más. El padre Faujas recibía a las sociedades del subprefecto y del presidente, al fondo del jardín, bajo el cenador. Rose, por orden de Marthe, había comprado una docena de sillas rústicas, con el fin de que se pudiera tomar el fresco sin andar trasladando las sillas del comedor. La costumbre estaba adquirida. Todos los martes, por la tarde, las puertas del callejón permanecían abiertas; los caballeros y las damas venían a saludar al señor cura, como buenos vecinos, tocados con sombreros de paja, en zapatillas, con las levitas desabrochadas, las faldas remangadas con alfileres. Los visitantes llegaban uno a uno; luego, las dos sociedades acababan por encontrarse en su totalidad, mezcladas, confundidas, divirtiéndose, comadreando en la mayor intimidad.

«¿No teme usted, dijo un día el señor de Bourdeu al señor Rastoil, que estos encuentros con la banda de la subprefectura sean juzgados mal?... Se acercan las elecciones generales.

—¿Por qué iban a ser juzgados mal?, respondió el señor Rastoil. No vamos a la subprefectura, estamos en un terreno neutral... Y, además, mi querido amigo, no nos andamos con ceremonias. Yo conservo mi chaqueta de tela. Es mi vida privada. Nadie tiene derecho a juzgar lo que yo hago en la trasera de mi casa... Por delante, es otra cosa; pertenecemos al público, por delante... El señor Péqueur y yo ni siquiera nos saludamos, en la calle.

—Péqueur des Saulaies es un hombre que gana mucho cuando se le conoce, aventuró el ex-prefecto, tras un silencio.

—Sin duda, replicó el presidente, estoy encantado de haberlo conocido... ¡Y qué gran persona el padre Faujas!... No, de veras, no temo la maledicencia, cuando voy a saludar a nuestro excelente vecino».

El señor de Bourdeu, desde que se hablaba de las elecciones generales, estaba inquieto; decía que los primeros calores lo fatigaban mucho. A menudo tenía escrúpulos, manifestaba sus dudas al señor Rastoil, para que éste lo tranquilizase. Por otra parte, jamás se abordaba la política en el jardín de los Mouret. Una tarde, el señor de Bourdeu, tras haber buscado en vano una transición, exclamó, dirigiéndose al doctor Porquier:

«Dígame, doctor, ¿ha leído usted *Le Moniteur*, esta mañana? El marqués ha hablado por fin: ha pronunciado trece palabras, las he contado... ¡Pobre Lagrifoul! Ha tenido un éxito de ataques de risa».

El padre Faujas había levantado un dedo con fina campechanía.

«Nada de política, caballeros, ¡nada de política!», murmuró.

El señor Péqueur des Saulaies conversaba con el señor Rastoil; ambos fingieron no haber oído nada. La señora de Condamín sonrió. Continuó, interpelando al padre Surin:

«¿Verdad, padre, que las sobrepellices se almidonan con un agua engomada muy ligera?

—Sí, señora, con agua engomada, respondió el curita. Hay planchadoras que utilizan almidón cocido, pero eso corta la muselina, no vale nada.

—¡Bueno!, prosiguió la joven, pues no puedo conseguir que mi planchadora emplee la goma para mis enaguas».

Entonces el padre Surin le dio servicialmente el nombre y la dirección de su planchadora, en el reverso de una de sus tarjetas de visita. Hablaban, así, de trapos, del tiempo, de las cosechas, de los acontecimientos de la semana. Pasaban una hora encantadora. Partidas de raqueta, en el callejón, cortaban las conversaciones. El padre Bourrette acudía muy a menudo, contaba con su aire arrobado cuentecillos de santidad, que el señor Maffre escuchaba hasta el final. Sólo una vez se habían encontrado las señoras Delangre y Rastoil, ambas muy educadas, muy ceremoniosas, conservando en sus ojos apagados la flama brusca de su antigua rivalidad. El señor Delangre no se prodigaba mucho. En cuanto a los Paloque, aunque seguían frecuentando la subprefectura, evitaban encontrarse en ella cuando Péqueur des Saulaies iba a visitar al padre Faujas; la mujer del juez seguía perpleja, desde su desdichada expedición al oratorio de la obra de la Virgen. Pero el personaje que se mostraba más asiduo era ciertamente el señor de Condamín, siempre admirablemente enguantado, y que iba allí para burlarse de la gente, mentía, soltaba indecencias con un aplomo extraordinario, se divertía la semana entera con las intrigas que había olfateado. Aquel anciano alto, tan tieso en su levita ajustada al talle, sentía pasión por la juventud; se burlaba de los «viejos», se aislaba con las señoritas de la pandilla, reventaba de risa por los rincones.

«¡La chiquillería por aquí!, decía con una sonrisa; dejemos a los viejos juntos».

Un día había estado a punto de derrotar al padre Surin, en una formidable partida de volante. La verdad era que pinchaba a toda aquella gente menuda. Había cogido de víctima sobre todo al joven Rastoil, un muchacho inocente a quien contaba barbaridades. Acabó acusándolo de hacer la corte a su mujer, y revolvió unos ojos terribles, que daban sudores de angustia al infeliz Séverin. Lo peor fue que éste se creyó realmente enamorado de la señora de Condamín, ante la cual se plantaba con un semblante enternecido y asustado, que divertía extraordinariamente al marido.

Las señoritas Rastoil, con las cuales el director de Montes se mostraba de una

galantería de joven viudo, eran también objeto de sus bromas más crueles. Aunque frisasen en los treinta, las inducía a juegos infantiles, les hablaba como a colegialas. Su gran diversión era estudiarlas cuando Lucien Delangre, el hijo del alcalde, se encontraba allí. Se llevaba aparte al doctor Porquier, capaz de oír cualquier cosa, y le murmuraba al oído, aludiendo al antiguo enredo de Delangre y la señora Rastoil:

«Dígame, Porquier, ahí tiene un chico bien perplejo... ¿Es Angéline, es Aurélie la que es de Delangre?... Adivina, si puedes, y elige, si te atreves».

El padre Faujas era amable con todos los visitantes, sin embargo, incluido el terrible Condamín, tan inquietante. Se borraba lo más posible, hablaba poco, dejaba que las dos sociedades se fundieran, parecía no sentir sino la discreta alegría de un anfitrión, feliz de ser un vínculo entre personas distinguidas, nacidas para entenderse. Marthe, en dos ocasiones, se había creído en el deber de aparecer para que los visitantes se encontraran a sus anchas. Pero sufría al ver al cura en medio de toda aquella gente; esperaba a que estuviera solo, lo prefería serio, caminando lentamente, bajo la paz del cenador. Los Trouche, por su parte, el martes reanudaban su espionaje envidioso, detrás de las cortinas; mientras que la señora Faujas y Rose, desde el fondo del vestíbulo, estiraban el cuello, admiraban con arrobos el gracejo con que el señor cura recibía a la gente más encopetada de Plassans.

«Vaya, señora, decía la cocinera, se ve en seguida que es un hombre distinguido... Mírelo, está saludando al subprefecto. A mí me gusta más el señor cura, aunque el subprefecto sea un hombre guapo... ¿Por qué no sale usted al jardín? Yo, en su lugar, me pondría un vestido de seda, y saldría. Es usted su madre, después de todo».

Pero la vieja campesina se encogía de hombros.

«Él no se avergüenza de mí, contestaba; pero temería estorbarle... Prefiero mirarlo desde aquí. Me da mucho más gusto.

—¡Ah! Eso lo comprendo. ¡Debe de estar usted muy orgullosa!... No es como el señor Mouret, que había clavado la puerta para que nadie entrara. Ni una visita nunca, ni una cena que hacer, el jardín vacío hasta meter miedo por la noche. Vivíamos como lobos. Es cierto que el señor Mouret no habría sabido recibir; ponía una cara, cuando venía alguien, por casualidad... Dígame usted si no debería tomar ejemplo del señor cura. En vez de encerrarme, yo bajaría al jardín, me divertiría con los demás; mantendría mi rango, en fin... Pues no, está allá arriba, escondido como si temiera que le pegasen la sarna... A propósito, ¿quiere usted que subamos a ver qué hace, allá arriba?».

Un martes, subieron. Ese día, las dos sociedades estaban muy bulliciosas; las risas subían a la casa por las ventanas abiertas, mientras un proveedor, que traía una cesta de vino para los Trouche, hacía en la segunda planta un ruido de platos rotos, al recoger las botellas vacías. Mouret estaba encerrado con doble vuelta de llave en su despacho.

«La llave no me deja ver, dijo Rose, tras haber aplicado un ojo a la cerradura.

—Espere», murmuró la señora Faujas.

Giró delicadamente la punta de la llave, que sobresalía un poco. Mouret estaba sentado en el centro de la estancia, delante de la gran mesa vacía, cubierta con una espesa capa de polvo, sin un libro, sin un papel; se echaba hacia atrás contra el respaldo de la silla, los brazos colgando, la cabeza cana y fija, la mirada perdida. No se movía.

Las dos mujeres, silenciosamente, lo examinaron una tras otra.

«Me ha entrado frío en los huesos, dijo Rose al bajar. ¿Se ha fijado usted en sus ojos? ¡Y qué suciedad! Hace más de dos meses que no ha dejado una pluma sobre el escritorio. ¡Y yo que me imaginaba que escribía ahí dentro!... Cuando una piensa en lo alegre que está la casa, ¡y él se divierte haciendo el muerto, ahí solo!».

XVII

La salud de Marthe causaba inquietudes al doctor Pourquoi. Éste conservaba su sonrisa afable, la trataba como un médico de la buena sociedad, para el cual la enfermedad no existía nunca, y que pasaba consulta como una modista prueba un vestido; pero cierto pliegue de sus labios decía que la «querida señora» no tenía solo una ligera tos de sangre, como él la persuadía. Le aconsejó distraerse, en los días buenos, dar paseos en coche, aunque sin fatigarse. Entonces Marthe, asaltada cada vez más por una vaga angustia, por una necesidad de ocupar sus impacencias nerviosas, organizó paseos a las aldeas vecinas. Dos veces a la semana se marchaba después de almorzar, en una vieja calesa repintada, que le alquilaba un carroceros de Plassans; iba a dos o tres leguas, a fin de estar de regreso a eso de las seis. Acariciaba el sueño de llevar consigo al padre Faujas; sólo con esa esperanza había accedido a seguir la prescripción del médico; pero el cura, sin negarse abiertamente, se declaraba siempre demasiado ocupado. Tenía que contentarse con la compañía de Olympe o de la señora Faujas.

Una tarde que pasaba con Olympe por la aldea de Les Tulettes, a lo largo de la pequeña finca del tío Macquart, éste, habiéndola visto, le gritó, desde lo alto de su terraza plantada con dos moreras:

«¿Y Mouret? ¿Por qué no ha venido Mouret?».

Tuvo que pararse un instante en casa del tío, a quien hubo de explicar largamente que estaba indispuesta y que no podía cenar con él. Se empeñaba en matar un pollo.

«No importa, dijo al final. Lo mataré de todos modos. Te lo llevarás».

Y se fue a matarlo de inmediato. Cuando hubo traído el pollo, lo extendió sobre la mesa de piedra, delante de la casa, murmurando encantado:

«¿Qué tal? ¡Es gordo, el sinvergüenza!».

El tío estaba justamente bebiéndose una botella de vino, debajo de las moreras, en compañía de un muchacho alto y flaco, todo vestido de gris. Había decidido a las dos mujeres a sentarse, traía sillas, hacía los honores de su casa con una risa de satisfacción.

«Estoy bien aquí, ¿verdad?... Mis moreras son terriblemente bonitas. En verano, fumo la pipa al fresco. En invierno, me siento allí, pegado al muro, al sol... ¿Ves mis verduras? El gallinero está al fondo. Tengo también un trozo de terreno, detrás de la casa, donde hay patatas y alfalfa... ¡Ah! ¡Caray!, me hago viejo; ya es hora de que disfrute un poco».

Se frotaba las manos, girando suavemente la cabeza, comiéndose con ojos enternecidos su finca. Pero un pensamiento pareció ensombrecerlo.

«¿Hace mucho tiempo que no has visto a tu padre?, preguntó bruscamente. Rougon no es nada amable... Ahí, a la izquierda, el trigal está en venta. Si él hubiera

querido, lo habríamos comprado. Para un hombre que tiene dinero a espuestas, ¿qué puede significar eso? Una birria de suma, tres mil francos, creo... Se ha negado. La última vez, me mandó a decir por tu madre que no estaba... Ya verás, eso les dará mala suerte».

Y repitió varias veces, meneando la cabeza, recuperando su risa maligna:

«Sí, les dará mala suerte».

Después fue a buscar vasos, empeñado en que las dos mujeres probasen su vino. Era el vinillo de San Eutropio, un vino que había descubierto; lo bebía religiosamente Marthe apenas humedeció los labios. Olympe acabó de vaciar la botella. Aceptó a continuación un vaso de jarabe. El vino era muy fuerte, decía.

«¿Y tu cura, qué haces con él?», preguntó de repente el tío a su sobrina.

Marthe, sorprendida, chocada, lo miró sin contestar.

«Me han dicho que anda detrás de ti, continuó el tío ruidosamente. A esas sotanas no les gusta más que doñar. Cuando me lo contaron, contesté que Mouret se lo tenía merecido. Yo lo avisé... ¡Ah! Yo te pondría al tal cura a la puerta. Mouret no tiene más que venir a pedirme consejo; y hasta le echaré una mano, si quiere. Jamás he podido sufrirlos, a esos animales... Conozco uno, el padre Fenil, que tiene una casa al otro lado de la carretera. No es mejor que los otros; pero es más listo que el hambre, me divierte. Creo que no se entiende muy bien con tu cura, ¿verdad?».

Marthe se había puesto muy pálida.

«La señora es la hermana del padre Faujas, dijo señalando a Olympe, que escuchaba curiosamente.

—No va con la señora, lo que yo digo, prosiguió el tío sin desconcertarse. La señora no está enfadada... Tomará un poco más de jarabe».

Olympe se dejó servir tres dedos de jarabe. Pero Marthe, que se había levantado, quería marcharse. El tío la obligó a visitar su finca. Al final del jardín ella se detuvo, contemplando una gran casa blanca, edificada sobre el declive, a unos cientos de metros de Les Tulettes. Los patios interiores recordaban los de una prisión; las estrechas ventanas, regulares, que marcaban las fachadas con barrotes negros, daban al cuerpo central una macilenta desnudez de hospital.

«Es la casa de locos, murmuró el tío, que había seguido la dirección de los ojos de Marthe. El chico que está ahí es uno de los guardianes. Estamos a gusto juntos, viene a beber una botella de cuando en cuando».

Y volviéndose hacia el hombre vestido de gris, que acababa su vaso debajo de las moreras:

«¡Eh, Alexandre!, gritó, ven a decirle a mi sobrina dónde está la ventana de nuestra pobre vieja».

Alexandre se adelantó, solícito.

«¿Ve usted esos tres árboles?, dijo, el dedo extendido, como si trazara un plano en el aire. ¡Bueno!, pues un poco por encima del de la izquierda, se distingue una fuente, en la esquina de un patio... Siga las ventanas del bajo, a la derecha: es la quinta

ventana».

Marthe guardaba silencio, los labios blancos, los ojos clavados a pesar suyo en aquella ventana que le mostraban. El tío Macquart miraba también, pero con una complacencia que le hacía guiñar los ojos.

«A veces la veo, prosiguió, por la mañana, cuando el sol da por el otro lado. Anda bien de salud, ¿verdad, Alexandre? Es lo que les digo siempre, cuando voy a Plassans... Estoy bien situado aquí para velar por ella. Imposible estar mejor situado».

Dejó escapar su risa de satisfacción.

«Ya ves, hijita, la cabeza no es más sólida entre los Rougon que entre los Macquart. Cuando me siento en este sitio, frente a esa condenación de casa, me digo con frecuencia que toda la camarilla vendrá quizá un día, ya que está ahí la mamá... ¡a Dios gracias! No temo por mí, tengo la chola en su sitio. Pero conozco a algunos que les falta un tornillo... ¡Bueno! Pues aquí estaré para recibirlos, los veré desde mi agujero, se los recomendaré a Alexandre, aunque no siempre hayan sido amables conmigo en la familia».

Y agregó con su espantosa sonrisa de zorro buenecito:

«Menuda suerte para todos vosotros que yo viva en Les Tuilettes».

A Marthe le entró un temblor. Aunque conocía la afición del tío a las bromas feroces y la alegría que saboreaba al torturar a las mismas personas a las que llevaba conejos, le pareció que decía la verdad, que toda la familia vendría a habitar allí, en aquellas hileras grises de celdas. No quiso quedarse ni un minuto más, pese a los ruegos de Macquart, que hablaba de abrir otra botella.

«¡Eh! ¿Y el pollo?», gritó, en el momento en que ella montaba al coche.

Corrió a buscarle, se lo puso sobre las rodillas.

«Es para Mouret, ¿oyes?, repetía con maligna intención; para Mouret, no para otro, ¿eh? Además, cuando vaya a verlo, le preguntaré qué tal le pareció».

Guiñaba los ojos, mirando a Olympe. El cochero levantaba ya el látigo, cuando él se colgó de nuevo del coche, continuando:

«Ve a ver a tu padre, háblale del trigo... Mira, es ese campo que está ahí delante de nosotros... Rougon se equivoca. Somos compadres demasiado viejos para enfadarnos ahora. Sería peor para él, lo sabe bien... Hazle comprender que se equivoca».

La calesa partió. Olympe, al volverse, vio a Macquart bajo sus moreras, riendo burlón con Alexandre, abriendo la segunda botella de que había hablado. Marthe recomendó expresamente al cochero no volver a pasar por Les Tuilettes. Además, aquellos paseos la fatigaban; los espació cada vez más, los abandonó del todo, cuando comprendió que el padre Faujas jamás consentiría en acompañarla.

Toda una nueva mujer crecía en Marthe. Estaba afinada por la vida nerviosa que llevaba. Su bastardad burguesa, la pesada paz adquirida en quince años de somnolencia detrás de un mostrador, parecían fundirse en la llama de su devoción. Se

vestía mejor, charlaba en casa, de los Rougon, los jueves.

«La señora Mouret se está convirtiendo en una jovencita, decía la señora de Condamin, maravillada.

—Sí, murmuraba el doctor Porquier meneando la cabeza, desciende por la vida hacia atrás».

Marthe, más delgada, las mejillas rosadas, los ojos soberbios, ardientes y negros, tuvo entonces durante unos meses una belleza singular. Su cara resplandecía; un extraordinario derroche de vida brotaba de todo su ser, la envolvía en una cálida vibración. Parecía que la juventud olvidada ardiera en ella, a los cuarenta años, con un esplendor de incendio. Ahora, desatada en la plegaria, arrastrada por una necesidad de todas las horas, desobedecía al padre Faujas. Se desgastaba las rodillas en las losas de San Saturnino, vivía en los cánticos, en las adoraciones, se aliviaba frente a las custodias radiantes, a las capillas llameantes, a los altares y los sacerdotes que brillaban con resplandores de astros sobre el fondo negro de la nave. Había, en ella, una especie de apetito físico de esas glorias, un apetito que la torturaba, se hundía en su pecho, le vaciaba el cráneo, cuando no lo satisfacía. Sufría demasiado, se moría, y le era menester ir a tomar el alimento de su pasión, apelonarse entre los cuchicheos de los confesionarios, curvarse bajo el escalofrío poderoso de los órganos, desvanecerse en el espasmo de la comunión. Entonces ya no sentía nada, su cuerpo ya no le hacía daño. Era arrebatada de la tierra, agonizando sin sufrimiento, convirtiéndose en una pura llama que se consumía de amor.

El padre Faujas redoblaba su severidad, la contenía aún al tratarla con dureza. Ella lo asombraba con aquel despertar apasionado, aquel ardor para amar y morir. A menudo la interrogaba de nuevo sobre su infancia. Fue a ver a la señora Rougon, se quedó algún tiempo perplejo, descontento de sí.

«La casera se queja de ti, le decía su madre. ¿Por qué no la dejas ir a la iglesia cuando le apetece?... Haces mal en contrariarla: es muy buena con nosotros.

—Se está matando, murmuraba el sacerdote».

La señora Faujas tenía entonces el encogimiento de hombros que le era habitual.

«Es asunto suyo. Cada cual saca su placer de donde lo encuentra. Más vale matarse a rezar que cogiendo indigestiones, como esa tunanta de Olympe... Sé menos severo con la señora Mouret. Eso acabará por poner la casa imposible».

Un día que ella le daba estos consejos, él dijo con voz sombría:

«Madre, esa mujer será el obstáculo.

—¡Ella!, exclamó la vieja campesina, ¡pero sí te adora, Ovide!... Harás de ella todo lo que quieras, cuando no la regañes más. Los días de lluvia, te llevaría de aquí a la catedral, para que no te mojaras los pies».

El propio padre Faujas comprendió la necesidad de no emplear más la rudeza. Temía un estallido. Poco a poco, dejó a Marthe en mayor libertad, permitiéndole los retiros, los largos rosarios, las oraciones repetidas delante de cada estación del viacrucis; le permitió incluso ir dos veces a la semana a su confesionario de San

Saturnino. Marthe, al no oír ya aquella voz terrible que la acusaba de su piedad como de un vicio vergonzosamente satisfecho, pensó que Dios la había perdonado. Entró por fin en las delicias del paraíso. Tuvo enternecimientos, lágrimas inagotables que lloraba sin sentir las correr; crisis nerviosas de las cuales salía debilitada, desmayada, como si toda su vida se hubiera ido a lo largo de sus mejillas. Rose la llevaba entonces a la cama, donde permanecía horas y horas con los labios afilados, los ojos entreabiertos de una muerta.

Una tarde, la cocinera, asustada por su inmovilidad, creyó que expiraba. No se le ocurrió llamar a la puerta del cuarto donde Mouret estaba encerrado; subió al segundo piso, suplicó al padre Faujas que bajara al lado de su cama. Cuando éste estuvo allí, en el dormitorio, ella corrió a buscar éter, dejándolo solo, ante aquella mujer desvanecida, tirada de través en la cama. Él se contentó con coger las manos de Marthe entre las suyas. Entonces ésta se agitó, repitiendo palabras sin ilación. Después, cuando lo reconoció, de pie en el umbral de la alcoba, una oleada de sangre subió a su rostro, colocó la cabeza en el almohadón, hizo un gesto como para tirar de las mantas hacia sí.

«¿Va usted mejor, mi querida hija?, le preguntó él. Me causa usted mucha inquietud».

Con un nudo en la garganta, sin poder contestar, ella prorrumpió en sollozos, dejó caer su cabeza entre los brazos del sacerdote.

«Ya no sufro, soy demasiado feliz, murmuró con una voz débil como un soplo. Déjeme llorar, las lágrimas son mi alegría: ¡Ah! ¡Qué bueno es al haber venido! Hace mucho tiempo que le esperaba, que lo llamaba».

Su voz se debilitaba cada vez más, no era sino un murmullo de ardiente plegaria.

«¿Quién me dará las alas para volar hacia ti? Mi alma, alejada de ti, impaciente por llenarse de ti, languidece sin ti, te desea con ardor, y suspira contigo, ¡oh, Dios mío!, oh, mi único bien, mi consuelo, mi dulzura, mi tesoro, mi felicidad y mi vida, mi Dios y mi todo...».

Sonreía al balbucir este retazo del acto de deseo. Juntaba las manos, parecía ver la cabeza grave del padre Faujas dentro de una aureola. Éste había conseguido siempre detener una confesión en los labios de Marthe; por un instante tuvo miedo, desprendió vivamente sus brazos. Y, manteniéndose en pie:

«Sea razonable, lo quiero yo, dijo con autoridad. Dios rechazará sus homenajes, si no se los dirige en la calma de su corazón... En este momento hay que cuidarse».

Rose regresaba, desesperada por no haber encontrado el éter. Él la instaló junto a la cama, repitiendo con voz dulce a Marthe:

«No se atormente. A Dios le conmoverá su amor. Cuando llegue la hora, descenderá a usted, la llenará de una felicidad eterna».

Cuando salió de la habitación, dejó a Marthe radiante, como resucitada. A partir de ese día la manejó cual blanda cera. Le resultó muy útil, en ciertas misiones delicadas con la señora de Condamin; también frecuentó asiduamente a la señora

Rastoil, cuando él expresó este simple deseo. Era de una obediencia absoluta, no trataba de comprender, repetía lo que él le rogaba que repitiese. Ya ni siquiera tomaba la menor precaución con ella, le leía crudamente la cartilla, se servía de ella como de una mera máquina. Habría mendigado por las calles si él le hubiese dado la orden. Y cuando se ponía inquieta, cuando tendía las manos hacia él, el corazón partido, los labios hinchidos de pasión, él la arrojaba a tierra con una palabra, la aplastaba bajo la voluntad del Cielo. Jamás ella se atrevió a hablar. Había entre ella y aquel hombre un muro de cólera y de asco. Cuando él salía de las cortas luchas que tenía que sostener con ella, se encogía de hombros, lleno del desprecio de un luchador detenido por un niño. Se lavaba, se cepillaba, como si hubiera tocado a su pesar un animal impuro.

«¿Por qué no utilizas la docena de pañuelos que te ha dado la señora Mouret?, le preguntaba su madre. La pobre mujer estaría feliz de vértelos entre las manos. Se ha pasado un mes bordándolos con tus iniciales».

Él tenía un ademán rudo, respondía:

«No, madre, gástelos usted. Son pañuelos de mujer. Tienen un olor que me resulta insoportable».

Aunque Marthe se plegaba delante del sacerdote, no era ya más que una cosa de éste, cada día se agriaba más, se volvía pendenciera en los mil cuidados de la vida. Rose decía que nunca la había visto «tan pesada». Pero su odio crecía contra su marido, sobre todo. El viejo germen de rencor de los Rougon despertaba frente al aquel hijo de una Macquart, aquel hombre a quien acusaba de ser el tormento de su vida. Abajo, en el comedor, cuando la señora Faujas u Olympe iban a hacerle compañía, ya no se recataba, arremetía contra Mouret.

«¡Cuando pienso que me ha tenido veinte años como a un empleado, con la pluma en la oreja, entre una tinaja de aceite y un saco de almendras! Ni el menor placer, ni el menor regalo... Me ha quitado a mis hijos. Es capaz de escaparse, un día de estos, para hacer creer que le hago la vida imposible. Afortunadamente están ustedes aquí. Dirán la verdad en todas partes».

Se lanzaba así sobre Mouret sin ninguna provocación. Todo lo que él hacía, sus miradas, sus gestos, las raras palabras que pronunciaba, la sacaban de sus casillas. Ni siquiera podía verlo ya sin estar como sublevada por una furia inconsciente. Las disputas estallaban sobre todo al final de las comidas, cuando Mouret, sin esperar al postre, doblaba su servilleta y se levantaba silenciosamente.

«Podría usted levantarse de la mesa al mismo tiempo que todos, le decía agriamente; ¡no es muy cortés lo que hace!

—He acabado, me marchó», respondía él con su voz lenta.

Pero ella veía en esta retirada de cada día una táctica ideada por su marido para herir al padre Faujas. Entonces perdía toda contención:

«Es usted un mal educado, ¡me da vergüenza, mire!... ¡Ah! Aviada estaría con usted, de no haber encontrado amigos que quieren consolarme de sus brutalidades. Ni siquiera sabe usted comportarse en la mesa; me impide hacer una sola comida

apacible... ¡Quédese, oye! Si no come, mírenos».

El terminaba de doblar su servilleta con toda tranquilidad, como si no hubiese oído; después, a pasitos cortos, se iba. Se le oía subir la escalera y encerrarse con doble vuelta de llave. Entonces ella se sofocaba, balbucía:

«¡Oh, qué monstruo!... ¡Me mata, me mata!».

La señora Faujas tenía que consolarla. Rose corría al pie de la escalera, gritando con todas sus fuerzas, para que Mouret oyese a través de la puerta:

«Es usted un monstruo, señor; la señora tiene toda la razón cuando dice que es usted un monstruo».

Ciertas peleas fueron especialmente violentas. Marthe, cuya razón se tambaleaba, se imaginó que su marido quería pegarle: fue una idea fija. Pretendía que la acechaba, que esperaba una ocasión. No se atrevía, decía, porque nunca la encontraba sola; de noche, tenía miedo que gritase, que pidiese auxilio. Rose juró que había visto al señor esconder un grueso palo en su despacho. La señora Faujas y Olympe no tuvieron ninguna dificultad en creer estos cuentos; compadecían mucho a su casera, se la disputaban, se constituían en sus guardianas. «Aquel salvaje», como llamaban ahora a Mouret, no abusaría de ella en su presencia. Por la noche, la recomendaban que fuera a buscarlas si él se movía. La casa ya sólo vivió en alarma.

«Es capaz de una mala pasada», afirmaba la cocinera.

Aquel año, Marthe siguió las ceremonias religiosas de Semana Santa con gran fervor. El viernes, en la iglesia negra, agonizó, mientras los cirios, uno a uno, se apagaban bajo la lastimera tempestad de las voces que corrían al fondo de las tinieblas de la nave. Le parecía que su aliento se iba con aquellos resplandores. Cuando el último cirio expiró, cuando el muro de sombras, ante ella, fue implacable y cerrado, se desvaneció, los costados oprimidos, el pecho vacío. Permaneció una hora doblada sobre su silla, en la actitud de la plegaria, sin que las mujeres arrodilladas a su alrededor advirtieran aquella crisis. La iglesia estaba desierta cuando volvió en sí. Soñaba que la golpeaban con azotes, que la sangre corría de sus miembros; experimentaba tan intolerables dolores de cabeza que se llevaba a ella las manos, como para arrancar las espinas cuyas puntas sentía penetrar en su cráneo. Por la noche, en la cena, estuvo rara. La conmoción nerviosa persistía; volvía a ver, al cerrar los ojos, las almas murientes de los cirios alzando el vuelo en la negrura; se examinaba maquinalmente las manos, buscando los agujeros por los cuales su sangre había corrido. Toda la Pasión sangraba en ella.

La señora Faujas, al verla indispueta, quiso que se acostara temprano. La acompañó, la metió en la cama. Mouret, que tenía una llave del dormitorio, se había retirado ya a su despacho, donde pasaba las veladas. Cuando Marthe, con las mantas hasta la barbilla, dijo que tenía calor, que se encontraba mejor, la señora Faujas habló de soplar la vela, para que durmiera tranquilamente; pero la enferma se enderezó despavorida, suplicante:

«No, no apague la luz; póngala en la cómoda, que yo pueda verla... Me moriría

en estas tinieblas».

Y, con los ojos dilatados, como estremecida por el recuerdo de algún drama espantoso:

«¡Es horrible, horrible!», murmuró más bajo, con espantada piedad.

Se dejó caer sobre el almohadón, pareció amodorrarse, y la señora Faujas abandonó la habitación despacito. Esa noche, toda la casa estuvo acostada a las diez. Rose, al subir, observó que Mouret estaba todavía en su despacho. Miró por la cerradura, lo vio dormido sobre la mesa, al lado de una vela de la cocina cuyo pabito lúgubre tiznaba.

«¡Peor para él! No le despierto, dijo prosiguiendo su ascensión. Que agarre una tortícolis, si le apetece».

Hacia medianoche, la casa dormía profundamente, cuando se oyeron unos gritos en el primer piso. Fueron primero sordas quejas, que pronto se convirtieron en auténticos aullidos, llamadas estranguladas y roncadas de una víctima a la que se degüella. El padre Faujas, despertando sobresaltado, llamó a su madre. Ésta se tomó apenas el tiempo de ponerse unas enaguas. Fue a golpear la puerta de Rose, diciendo.

«Baje a toda prisa, creo que están asesinando al señor Mouret».

Mientras tanto, los gritos se redoblaban. La casa pronto estuvo en pie. Olympe apareció, con los hombros cubiertos por una simple pañoleta, seguida por Trouche, que acababa de regresar, ligeramente ebrio. Rose bajó, seguida por los otros inquilinos.

«¡Abra, señora, abra!», gritó, perdiendo la cabeza, dando puñetazos en la puerta.

Sólo respondieron unos grandes suspiros; después cayó un cuerpo, pareció entablarse una lucha feroz sobre el entarimado, entre los muebles derribados. Golpes sordos sacudían las paredes; un estertor pasaba por debajo de la puerta, tan terrible que los Faujas y los Trouche se miraron palideciendo.

«Es su marido que la muele a palos, murmuró Olympe.

—¡Tiene usted razón, es ese salvaje!, dijo la cocinera. Lo he visto, al subir, fingía estar durmiendo. Preparaba la jugada».

Y aporreando de nuevo la puerta con los dos puños, como para romperla, prosiguió:

«Abra, señor. Si no abre, llamaremos a los guardias... ¡Oh!, qué bandido, acabará en el patíbulo».

Entonces recomenzaron los aullidos. Trouche pretendía que el bribón estaba sangrando a la pobre señora como a un pollo.

«No podemos contentarnos con llamar, dijo el padre Faujas adelantándose. Esperen».

Arrimó uno de sus fuertes hombros a la puerta y la hundió, con un esfuerzo lento y continuo. Las mujeres se precipitaron en la habitación, donde el más extraño espectáculo se ofreció a sus ojos.

En medio de la estancia, en el suelo, Marthe yacía, jadeante, el camisón

desgarrado, la piel sangrando por los desollones, llena de cardenales. Sus cabellos sueltos se habían enrollado a la pata de una silla; sus manos habían debido de aferrarse a la cómoda con tal fuerza que el mueble se encontraba de través junto a la puerta. En un rincón, Mouret, de pie, sujetando la palmatoria, la miraba retorcerse por el suelo, con aire alorado.

El padre Faujas tuvo que empujar la cómoda.

«¡Es usted un monstruo!, exclamó Rose agitando un puño hacia Mouret. ¡Poner a una mujer en semejante estado!... La habría rematado, si no hubiéramos llegado a tiempo».

La señora Faujas y Olympe se afanaban en torno a Marthe.

«¡Pobre amiga mía!, murmuraba la primera. Tenía un presentimiento esta noche, estaba toda despavorida.

—¿Dónde le duele?, preguntaba la otra. No se ha roto nada, ¿verdad?... Este hombro está todo negro; la rodilla tiene un gran desollón... Cállese. Estamos con usted, la defenderemos».

Marthe gemía como un niño. Mientras las dos mujeres la examinaban, olvidando que allí había hombres, Trouche estiraba el cuello lanzando taimadas ojeadas al cura, quien, sin afectación, acababa de ordenar los muebles. Rose acudió para ayudar a acostarla de nuevo. Cuando estuvo en la cama, el pelo recogido, se quedaron todo un instante allí, escudriñando curiosamente la habitación, a la espera de detalles. Mouret había permanecido de pie en el mismo rincón, sin soltar la palmatoria, como petrificado por lo que había visto.

«Se lo aseguro, balbució, no le he hecho daño, no la he tocado con la punta de un dedo.

—¡Eh! Hace un mes que busca usted una ocasión, gritó Rose exasperada; lo sabemos muy bien, bastante lo hemos vigilado. La pobre mujer se esperaba sus malos tratos. Mire, no mienta; ¡eso me saca de quicio!».

Las otras dos mujeres, aunque no se creían autorizadas a hablar de esta suerte, le lanzaban miradas amenazadoras.

«Se lo aseguro, repitió Mouret con voz dulce, no le he pegado. Venía a acostarme, me había puesto el pañuelo. Cuando toque la vela, que estaba sobre la cómoda, ella despertó sobresaltada; extendió los brazos lanzando un grito, empezó a golpearse la frente con los puños, a desgarrarse el cuerpo con las uñas».

La cocinera meneó terriblemente la cabeza.

«¿Por qué no ha abierto usted?, preguntó; hemos golpeado bastante fuerte.

—Se lo aseguro, no fui yo, dijo de nuevo con más dulzura aún. No sabía lo que tenía. Se arrojó al suelo, se mordía, daba saltos como para romper los muebles. No me atreví a pasar; estaba atontado. Les grité dos veces que entraran, pero no debieron de oírme ustedes, porque ella gritaba demasiado fuerte. Tuve mucho miedo. No fui yo, se lo aseguro.

—Sí, se pegó ella misma, ¿verdad?», prosiguió Rose riendo burlona.

Y agregó, dirigiéndose a la señora Faujas:

«Habrá tirado el palo por la ventana, cuando nos oyó llegar».

Mouret, dejando por fin la palmatoria en la cómoda, se había sentado, con las manos en las rodillas. No se defendió más; miraba estúpidamente a aquellas mujeres, semivestidas, que agitaban los flacos brazos delante de la cama. Trouche había intercambiado una ojeada con el padre Faujas. El pobre hombre les parecía poco feroz, en mangas de camisa, un pañuelo amarillo anudado sobre el cráneo calvo. Se acercaron, examinaron a Marthe que, con rostro convulsivo, parecía salir de un sueño.

«¿Qué pasa, Rose?, preguntó. ¿Por qué está aquí toda esa gente? Estoy destrozada. Por favor, di que me dejen tranquila».

Rose vaciló un momento.

«Su marido está en el cuarto, señora; murmuró. ¿No tiene miedo de quedarse sola con él?».

Marthe la miró, asombrada.

«No, no, respondió. Váyanse, tengo mucho sueño».

Entonces las cinco personas abandonaron la habitación, dejando a Mouret sentado, la mirada perdida, clavada en la alcoba.

«No podrá cerrar la puerta, dijo la cocinera al subir. Al primer grito, me lanzo escaleras abajo, me echo encima de él. Voy a acostarme vestida... ¿Han oído ustedes, a la pobre mujer, cómo mentía para que no pasara un mal rato ese salvaje? Se dejaría matar sin acusarlo. ¡Qué pinta de hipócrita tenía, eh!».

Las tres mujeres conversaron un instante en el descansillo del segundo piso, sujetando sus palmatorias, mostrando las sequedades de sus huesos bajo las pañoletas mal anudadas; concluyeron que no había suplicio bastante para un hombre así. Trouche, que había subido el último, murmuró riendo, detrás de la sotana del padre Faujas:

«Aún está regordeta, la casera; sólo que no siempre debe de resultar agradable, una mujer que pernea como un gusano sobre las baldosas».

Se separaron. La casa recobró su gran silencio, la noche terminó pacíficamente. Al día siguiente, cuando las tres mujeres quisieron volver sobre la espantosa escena, encontraron a Marthe sorprendida, como avergonzada y cohibida; no respondía, cortaba en seco la conversación. Esperó a que no hubiera nadie allí para hacer venir a un operario que reparase la puerta. La señora Faujas y Olympe llegaron a la conclusión de que la señora Mouret, al no hablar, quería evitar un escándalo.

Dos días después, por Pascua Florida, Marthe saboreó, en San Saturnino, todo un ardiente despertar, en las alegrías triunfantes de la resurrección. Las tinieblas del viernes habían sido barridas por una aurora; la iglesia se hundía, blanca, embalsamada, iluminada, como para unas nupcias divinas; las voces de los monaguillos tenían sonidos ahilados de flauta; y ella, en medio de aquel cántico de júbilo, se sentía levantada por un disfrute aún más terrible que sus angustias de la

crucifixión. Volvió a casa, los ojos ardientes, la voz seca; prolongó la velada, charlando con una alegría que no era normal en ella. Cuando subió a acostarse, Mouret estaba ya en cama. Y, a eso de medianoche, unos gritos terroríficos despertaron de nuevo a la casa.

La escena de la antevíspera se renovó; sólo que, al primer puñetazo asestado en la puerta, Mouret acudió a abrir, en camisón, el rostro trastornado. Marthe, completamente vestida, lloraba con grandes sollozos, tumbada de bruces, golpeándose la cabeza contra los pies de la cama. El corpiño de su vestido parecía arrancado; sobre su cuello al aire se veían dos contusiones.

«Esta vez habrá querido estrangularla», murmuró Rose.

Las mujeres la desvistieron. Mouret, tras haber abierto la puerta, se había metido en la cama, tembloroso, blanco como un papel. No se defendió, ni siquiera pareció oír las malas palabras, desapareció, hundiéndose entre la cama y la pared.

A partir de entonces, se produjeron escenas similares a intervalos regulares. La casa ya sólo vivía con el miedo de un crimen; al menor ruido, los inquilinos del segundo estaban en pie. Marthe seguía evitando las alusiones; se negaba en redondo a que Rose preparase un catre para Mouret en el despacho. Cuando se alzaba el día, parecía llevarse hasta el recuerdo del drama de la noche.

Mientras tanto, poco a poco, por el barrio se difundía el rumor de que en casa de los Mouret pasaban cosas extrañas. Se contaba que el marido molía a palos a su mujer, todas las noches, con un garrote. Rose había hecho jurar a la señora Faujas y a Olympe que no dirían nada, ya que su ama parecía desear callarse; pero ella misma, con su conmiseración, con sus alusiones y sus restricciones, había contribuido a formar entre los proveedores la leyenda que circulaba. El carnicero, un bromista, pretendía que Mouret apaleaba a su mujer porque la había encontrado con el cura; pero la frutera defendía a «la pobre señora», un auténtico corderito, incapaz de un mal paso; mientras que la panadera veía en el marido «uno de esos hombres que maltratan a las mujeres por mero placer». En el mercado ya sólo se nombraba a Marthe con los ojos en blanco, con esas zalamerías de palabra que se tienen con los niños enfermos. Cuando Olympe iba a comprar una libra de cerezas o un cacharro de fresas, la conversación recaía inevitablemente sobre los Mouret. Durante un cuarto de hora había un raudal de palabras tiernas.

«¿Qué tal? ¿Y por su casa?

—No me hable. Lloro todas las lágrimas de su cuerpo... Da lástima. Una querría saberla muerta.

—Me compró alcachofas el otro día; tenía un rasguño en la mejilla.

—¡Pues claro! El la destroza... ¡Y si viera usted su cuerpo como lo he visto yo!... Es una pura llaga... Le da taconazos, cuando ella está en el suelo. Siempre me temo encontrarla con la cabeza aplastada, de noche, cuando bajamos.

—No debe de ser muy divertido para ustedes vivir en esa casa. Yo me mudaría; caería enferma, al presenciar todas las noches semejantes horrores.

—Y esa infeliz, ¿qué sería de ella? ¡Es tan distinguida, tan dulce! Nos quedamos por ella. ¿Son veinticinco céntimos, no, la libra de cerezas?

—Sí, veinticinco... No importa, tiene usted constancia, es un alma de Dios».

Esta historia de un marido que esperaba a la medianoche para caer sobre su mujer con un palo, estaba destinada sobre todo a apasionar a las comadres del mercado. Detalles espantosos engrosaban la historia día tras día. Una beata afirmaba que Mouret estaba endemoniado, que cogía a su mujer por el cuello con los dientes, tan fuerte que el padre Faujas debía hacer tres cruces en el aire con el pulgar derecho para obligarlo a soltar su presa. Entonces, agregó, Mouret caía como un saco de patatas sobre las baldosas, y una gran rata negra saltaba de su boca y desaparecía, sin que nadie pudiera descubrir el menor hueco en el entarimado. El casquero de la esquina de la calle Taravelle aterrizó al barrio al emitir la opinión de que «aquel bergante quizá había sido mordido por un perro rabioso».

Pero la historia encontraba incrédulos entre las personas como es debido de Plassans. Cuando llegó al paseo Sauvaire, divirtió mucho a los pequeños rentistas, alineados en fila en los bancos, al tibio sol de mayo.

«Mouret es incapaz de pegarle a su mujer, decían los comerciantes de almendras retirados; tiene pinta de haber recibido latigazos, ni siquiera da una vuelta por el paseo... Es su mujer la que debe de tenerlo a pan seco.

—Nunca se sabe, proseguía un capitán retirado. Conocí a un oficial de mi regimiento a quien su mujer abofeteaba por un quítame allá esas pajas. Esto duraba desde hacía diez años. Un día, a ella se le ocurrió darle patadas; él se puso furioso y estuvo a punto de estrangularla... A lo mejor a Mouret no le gustan las patadas.

—Y le gustan aún menos los curas, sin duda», concluía una voz burlona.

La señora Rougon pareció ignorar cierto tiempo el escándalo que ocupaba a la ciudad. Seguía sonriente, evitaba comprender las alusiones que hacían delante de ella. Pero un día, tras una larga visita que le había hecho el señor Delangre, llegó a casa de su hija, pasmada, con lágrimas en los ojos.

«¡Ay! ¡Prenda mía!, dijo cogiendo a Marthe entre sus brazos, ¿qué es lo que me acaban de contar? ¡Que tu marido se abandona hasta el punto de levantarte la mano! ... Son mentiras, ¿verdad?... He dado el mentís más formal. Conozco a Mouret. Es mal educado, pero no es malo».

Marthe se ruborizó; sintió el embarazo, la vergüenza que experimentaba cada vez que alguien abordaba ese tema en su presencia.

«¡Ea!, ¡la señora no se quejará!, exclamó Rose con su atrevimiento de costumbre. Hace mucho que yo habría ido a advertirla si no hubiera tenido miedo de que me regañase la señora».

La anciana dejó caer las manos, con aire de inmensa y dolorosa sorpresa.

«¡Conque es cierto!, murmuró, ¿te pega?... ¡Oh, qué desgraciado!».

Se echó a llorar.

«¡Haber llegado a mi edad para ver tales cosas!... Un hombre a quien colmamos

de beneficios, a la muerte de su padre, cuando no era más que un empleadillo nuestro... Es Rougon el que quiso vuestra boda. Yo le decía que Mouret tenía una mirada falsa. Por lo demás, nunca se ha conducido bien con nosotros; vino a retirarse a Plassans sólo para provocarnos con los cuatro cuartos que había amasado. ¡A Dios gracias no lo necesitábamos, éramos más ricos que él, y eso mismo es lo que le enojó! Es muy corto de ingenio; es tan celoso, que se ha negado siempre como un patán a poner los pies en mi salón; habría reventado de envidia... Perol no te dejaré con semejante monstruo, hija mía. Hay leyes, afortunadamente.

—Cálmese; se exagera mucho, se lo aseguro, murmuró Marthe, cada vez más molesta.

—¡Ya verá cómo va a defenderlo!», dijo la cocinera.

En ese momento, el padre Faujas y Trouche, que estaban en plena entrevista al fondo del jardín, se adelantaron, atraídos por el ruido.

«Señor cura, soy una madre muy desdichada, prosiguió la señora Rougon lamentándose más alto; no tengo más que una hija a mi lado, y me entero de que llora lágrimas de sangre... Se lo suplico, usted que vive cerca de ella, consuélala, protéjala».

El cura la miraba, como para calar en el secreto de aquel súbito dolor.

«Acabo de ver a una persona a la que no puedo nombrar, continuó ella, clavando a su vez sus miradas en el sacerdote. Esa persona me ha asustado... ¡Bien sabe Dios que no pretendo abrumar a mi yerno! Pero tengo el deber, ¿verdad?, de defender los intereses de mi hija... ¡Bueno! Pues mi yerno es un desgraciado; maltrata a su mujer, escandaliza a la ciudad, se mezcla en todos los asuntos sucios. Ya verá usted cómo se comprometerá de nuevo en la política, cuando lleguen las elecciones. La última vez, era él quien dirigía a los granujas de los arrabales... Me moriré, señor cura.

—El señor Mouret no permitirá que se le hagan observaciones, aventuró el cura.

—¡Y, sin embargo, no puedo abandonar mi hija en manos de semejante hombre!, exclamó la señora Rougon. No dejaré que nos deshonren... La justicia no se inventó para los perros».

Trouche se contoneaba. Aprovechó un silencio.

«El señor Mouret está loco», declaró brutalmente.

La frase cayó como un mazazo, todos se miraron.

«Quiero decir que no tiene una cabeza sólida, continuó Trouche. No tienen más que estudiar sus ojos... Yo les confieso que no estoy nada tranquilo. Había en Besançon un hombre que adoraba a su hija y que la asesinó una noche, sin saber lo que hacía.

—Hace mucho tiempo que el señor está chiflado, murmuró Rose.

—Pero ¡es espantoso!, dijo la señora Rougon. Tienen ustedes razón, tenía una pinta muy rara, la última vez que lo vi. Nunca ha tenido una inteligencia muy clara... ¡Ah!, pobre hijita mía, prométeme confiármelo todo. No voy a dormir en paz ahora. ¿Oyes?, a la primera extravagancia de tu marido, no dudes más, no te expongas

más... ¡A los locos, se les encierra!».

Se marchó tras esta frase. Cuando Trouche estuvo solo con el padre Faujas, rió con su risa maligna, que enseñaba sus dientes negros.

«¡La casera me deberá un hermoso cirio!, murmuró. Podrá pernear cuanto quiera por la noche».

El sacerdote, con el rostro terroso, los ojos en el suelo, no respondió. Después se encogió de hombros y se fue a leer el breviario, bajo el cenador, al fondo del jardín.

XVIII

El domingo, por un hábito de ex comerciante, Mouret salía, daba una vuelta por la ciudad. Sólo ese día abandonaba la estrecha soledad en que se encerraba con una especie de vergüenza. Era maquinal. Por la mañana se afeitaba, se ponía una camisa blanca, cepillaba la levita y el sombrero; luego, después del almuerzo, sin saber cómo, se encontraba en la calle, marchando a pasitos cortos, aseado, las manos a la espalda.

Un domingo, al poner los pies fuera de su casa, divisó, en la acera de la calle Balande, a Rose que charlaba animadamente con la criada de los Rastoil. Las dos cocineras se callaron al verlo. Lo examinaban con aire tan singular que se aseguró de que una punta del pañuelo no colgaba de uno de los bolsillos traseros. Cuando hubo llegado a la plaza de la Subprefectura, volvió la cabeza, las encontró plantadas en el mismo sitio: Rose imitaba el balanceo de un borracho, mientras la criada del presidente se reía a carcajadas.

«Ando demasiado de prisa, se burlan de mí», pensó Mouret.

Aflojó aún más el paso. En la calle de la Banne, a medida que avanzaba hacia el mercado, los tenderos acudían corriendo a las puertas, lo seguían curiosamente con los ojos. Hizo un leve ademán de cabeza al carnicero, que se quedó estupefacto, sin devolverle el saludo. La panadera, a la que dirigió un sombrero, pareció tan asustada que se echó hacia atrás. La frutera, el tendero de ultramarinos, el pastelero, se lo señalaban con el dedo, de una acera a otra. Detrás de él, dejaba toda una agitación; se formaban grupos, se alzaban ruidos de voces, mezclados con carcajadas.

«¿Has visto lo tieso que anda?

—Sí... Cuando quiso salvar el arroyo, casi da una voltereta.

—Dicen que todos son así.

—No importa, he tenido mucho miedo... ¿Por qué le dejan salir? Debería estar prohibido».

Mouret, intimidado, no se atrevía a darse la vuelta; le había asaltado una vaga inquietud, aun sin comprender claramente que hablaban de él. Marchó más de prisa, movió los brazos con más soltura. Lamentó haberse puesto la levita vieja, una levita avellana, pasada ya de moda. Llegado al mercado, dudó un momento, después se metió resueltamente entre las verduleras. Pero su vista produjo una verdadera revolución.

Las amas de casa de todo Plassans abrieron calle a su paso. Las verduleras, de pie en sus puestos, en jarras, lo miraron de hito en hito. Hubo empujones, unas mujeres subieron a los mojones del mercado de trigo. Él seguía apretando el paso, tratando de zafarse, sin poder creer decididamente que él era la causa de aquel jaleo.

«¡Ah! ¡Bueno! Se diría que sus brazos son alas de molino de viento, dijo una

campesina que vendía fruta.

—Camina como un desesperado; ha estado a punto de derribar mi tenderete, agregó una vendedora de lechuga.

—¡Deténganle! ¡Deténganle!», gritaron en broma los molineros.

Mouret, presa de curiosidad, se detuvo en seco, se alzó ingenuamente de puntillas, para ver qué pasaba; creía que acababan de sorprender a un ladrón. Una inmensa carcajada corrió entre el gentío; se dejaron oír abucheos, silbidos, gritos de animales.

«No es malo, no le hagan daño.

—¡Vaya! No me fiaría yo... Se levanta de noche para estrangular a la gente.

—La verdad es que tiene unos ojos muy feos.

—Conque, ¿eso le entró de golpe?

—Sí, de golpe... ¡No somos nadie! ¡Un hombre que era tan dulce!... Me marchó, me hace daño esto... Ahí tiene los quince céntimos de los nabos».

Mouret acababa de reconocer a Olympe en medio de un grupo de mujeres. Había comprado unos melocotones magníficos, que llevaba en una bolsita de labor de señora bien. Debía de estar contando una historia emocionantísima, porque las comadres que la rodeaban lanzaban exclamaciones ahogadas, juntando las manos de forma lastimosa.

«Entonces, terminaba, él la agarró del pelo, y le habría rebanado la garganta con una navaja que estaba en la cómoda, si no hubiéramos llegado a tiempo de impedir el crimen... No le digan nada, causaría una desgracia.

—¡Eh! ¿Qué desgracia?», preguntó Mouret pasmado a Olympe.

Las mujeres se habían apartado, Olympe parecía estar en guardia; lo esquivó prudentemente, murmurando:

«No se enfade, señor Mouret... Más le valdría volver a casa».

Mouret se refugió en una calleja que llevaba al paseo Sauvaire. Los gritos se redoblaron, lo persiguió un instante el rumor rugiente del mercado.

«¿Qué les pasa hoy?, pensó. Quizá se burlaban de mí; sin embargo, no oí mi nombre... Habrá habido cualquier incidente».

Se quitó el sombrero, lo miró, temiendo que algún chiquillo le hubiese arrojado un puñado de yeso; no tenía tampoco ni un monigote ni una cola de rata colgada a la espalda. Esta inspección lo calmó. Reanudó su marcha de paseante burgués, en el silencio de la calleja; desembocó tranquilamente en el paseo Sauvaire. Los pequeños rentistas estaban en su sitio, en un banco, al sol.

«¡Anda! ¡Si es Mouret!», dijo el capitán retirado, con aire de profundo asombro.

La más viva curiosidad se pintó en los rostros dormidos de aquellos señores. Alargaron el cuello, sin levantarse, dejando a Mouret de pie delante de ellos; lo estudiaban, de pies a cabeza, minuciosamente.

«¿Qué? ¿Dando una vueltecita?, prosiguió el capitán, que parecía el más atrevido.

—Sí, una vueltecita, repitió Mouret, de forma distraída; hace muy buen tiempo».

Los señores intercambiaron sonrisas de inteligencia. Tenían frío y el cielo acababa de cubrirse.

«Muy bueno, murmuró el ex curtidor, no es usted exigente... Es cierto que ya está vestido de invierno. Lleva una levita muy rara».

Las sonrisas se mudaron en risas burlonas. Mouret pareció asaltado por una idea repentina.

«Miren a ver, pidió dándose bruscamente la vuelta, si tengo un sol en la espalda».

Los comerciantes de almendras retirados no pudieron conservar más tiempo su seriedad, estallaron. El guasón del grupo, el capitán, guiñó los ojos.

«¿Un sol, dónde?, preguntó. No veo más que una luna».

Los otros se morían de risa, juzgaban la cosa sumamente ingeniosa.

«¿Una luna?, dijo Mouret. Hágame el favor de borrarla; me ha causado problemas».

El capitán le dio tres o cuatro palmadas, agregando:

«¡Ahí! Ya se desembarazó de ella, mi buen amigo... No debe de ser cómodo llevar una luna en la espalda... Tiene aspecto de enfermo...

—No me encuentro muy bien», respondió con su voz indiferente.

Y, creyendo sorprender cuchicheos en el banco:

«¡Oh! En casa me cuidan de lo lindo. Mi mujer es buenísima, me mimaa... Pero necesito mucho reposo. Por eso ya no salgo, no se me ve tanto como antes. Cuando esté curado, reanudaré los negocios.

—¡Vaya!, interrumpió brutalmente el ex maestro curtidor, dicen que es su mujer la que no se encuentra bien.

—Mi mujer... ¡No está enferma, son mentiras!, exclamó animándose. No tiene nada, nada de nada... Nos quieren mal, porque vivimos tan tranquilos en nuestra casa... ¡Ah! ¡Pues sí! ¡Mi mujer, enferma! Es muy fuerte, nunca tiene ni un dolor de cabeza».

Y continuó con frases cortas, balbuciendo con ojos inquietos de hombre que miente y una lengua cohibida de charlatán vuelto silencioso. Los pequeños rentistas meneaban la cabeza apiadados, mientras el capitán se golpeaba la frente con el índice. Un ex sombrerero del arrabal, que había examinado a Mouret desde el nudo de la corbata hasta el último botón de la levita, se había concentrado al final en el espectáculo de sus zapatos. El cordón del zapato izquierdo estaba desatado, lo cual le parecía exorbitante al sombrerero; le daba con el codo a sus vecinos, les señalaba, con un guiño de ojos, aquel cordón cuyas puntas colgaban. Pronto todo el banco sólo tuvo ojos para el cordón. Fue el colmo. Aquellos señores se encogieron de hombros, de un modo tal que demostraban no abrigar ya la menor esperanza.

«Mouret, dijo paternalmente el capitán, átese los cordones del zapato».

Mouret se miró los pies; pero no pareció entender, siguió hablando. Después, como ya no le contestaban, se calló, permaneció allí un instante, y acabó por continuar despacito su paseo.

«Se va a caer, seguro, declaró el maestro curtidor levantándose para verlo más tiempo. ¿Qué? ¿No es raro? ¿No ha desbarrado bastante?».

Al final del paseo Sauvaire, cuando Mouret pasó ante el Círculo de la Juventud, encontró las risas ahogadas que lo acompañaban desde que había puesto los pies en la calle. Vio perfectamente, en el umbral del círculo, a Séverin Rastoil que lo señalaba a un grupo de jóvenes. Decididamente, era de él de quien la ciudad se reía así. Bajó la cabeza, asaltado por una especie de miedo, sin explicarse aquella saña, desliziéndose a lo largo de las casas. Al ir a entrar en la calle Canquoin, oyó un ruido a sus espaldas; volvió la cabeza, vio a tres chiquillos que lo seguían: dos altos, de aire descarado, y uno pequeñísimo, muy serio, que llevaba en la mano una naranja pocha recogida en un arroyo. Entonces siguió la calle Canquoin, cortó por la plaza de los Recoletos, se encontró en la calle de la Banne. Los chiquillos seguían detrás de él.

«¿Queréis que vaya a tiraros de las orejas?», les gritó marchando bruscamente hacia ellos.

Se echaron a un lado, chillando, escapando a cuatro patas. Mouret, muy colorado, se sintió ridículo. Hizo un esfuerzo para calmarse, reanudó su paso de paseo. Lo que le espantaba era cruzar la plaza de la Subprefectura, pasar bajo las ventanas de los Rougon con aquel séquito de golfos que oía engrosarse y enardecerse a sus espaldas. Conforme avanzaba, se vio obligado justamente a dar un rodeo para evitar a su suegra que regresaba de las vísperas en compañía de la señora de Condamin.

«¡Al lobo! ¡Al lobo!», gritaban los chiquillos.

Mouret, la frente sudorosa, los pies tropezando con los adoquines, oyó a la anciana señora Rougon decir a la mujer del director de Montes:

«¡Oh! ¡Mire ese desdichado! ¡Es una vergüenza! No podemos tolerar esto más tiempo».

Entonces, irresistiblemente, Mouret echó a correr. Con los brazos extendidos, perdida la cabeza, se precipitó en la calle Balande, donde se abalanzó con él la banda de chiquillos, en número de diez o doce. Le parecía que los tenderos de la calle de la Banne, las mujeres del mercado, los paseantes del Sauvaire, los caballeres del círculo, los Rougon, los Condamin, todo Plassans, con sus risas ahogadas, se atropellaban a sus espaldas, a lo largo de la empinada cuesta de la calle. Los niños golpeaban con los pies, resbalaban sobre el empedrado picudo, armaban un alboroto de jauría desatada en el barrio tranquilo.

«¡Atrápale!, aullaban.

—¡Hale! ¡Hale! ¡Qué chusco está, con su levita!

—¡Eh!, vosotros, coged por la calle Taravelle; le echaréis el guante.

—¡Al galope! ¡Al galope!».

Mouret, aterrado, cogió un impulso desesperado para alcanzar su puerta; pero el pie le falló, rodó por la acera, donde se quedó unos segundos, abatido. Los chiquillos, temiendo sus coces, hicieron corro lanzando gritos de triunfo, mientras el pequeñito, adelantándose gravemente, le lanzó la naranja podrida, que se aplastó sobre su ojo

izquierdo. Se levantó penosamente, entró en su casa, sin limpiarse. Rose tuvo que coger una escoba para ahuyentar a los golfillos.

A partir de ese domingo, todo Plassans se convenció de que Mouret estaba loco de atar. Se citaban hechos sorprendentes. Por ejemplo, se encerraba días enteros en una estancia desnuda, donde no se había barrido hacía un año; la cosa no era una invención caprichosa, pues las personas que la contaban la sabían por la propia criada de la casa. ¿Qué podía hacer en aquella estancia desnuda? Las versiones diferían; la criada decía que hacía el muerto, lo cual espantaba a todo el barrio. En el mercado, creían firmemente que escondía un ataúd, en el cual se extendía cuan largo era, con los ojos abiertos, las manos sobre el pecho; y eso de la mañana a la noche, por gusto.

«Hace mucho que le amenazaba una crisis, repetía Olympe en todas las tiendas. Se estaba incubando; se ponía triste, buscaba los rincones para esconderse, ¿sabe usted?, como los animales que caen enfermos. Yo, desde el día en que puse los pies en la casa, le dije a mi marido: “El casero va por mal camino”. Tenía los ojos amarillos, un semblante taimado. Y desde entonces la casa ha estado manga por hombro... Ha tenido toda clase de antojos. Contaba los terrones de azúcar, encerraba hasta el pan. Era de una avaricia tan garrafal, que su pobre mujer no tenía zapatos que ponerse... ¡Pobre infeliz, la compadezco con todo mi corazón! ¡Ha pasado mucho, ea! Figúrese usted su vida con ese maniático, que ni siquiera sabe comportarse decentemente en la mesa; tira la servilleta a media comida, se marcha como alelado, después de haber enredado en su plato... ¡Y encima pijotero! Hacía escenas por un tarro de mostaza que no aparecía. Ahora ya no dice nada; tiene miradas de animal salvaje, salta a la garganta de la gente sin lanzar un grito... Veo cada cosa... Si quisiera hablar...».

Cuando había despertado ardientes curiosidades y la acosaban a preguntas, murmuraba:

«No, no, no es asunto mío... La señora Mouret es una santa mujer, que sufre como una verdadera cristiana; tiene sus ideas sobre esto, hay que respetarlas... ¡Creerán ustedes que él ha querido rebanarle el cuello con una navaja!».

Era siempre la misma historia, pero obtenía un efecto seguro: los puños se cerraban, las mujeres hablaban de estrangular a Mouret. Cuando un incrédulo meneaba la cabeza, lo ponían en un aprieto al pedirle categóricamente que explicara las espantosas escenas de todas las noches; sólo un loco era capaz de saltar así a la garganta de su mujer, en cuanto ésta se acostaba. Había en ello una pizca de misterio que ayudó singularmente a difundir la historia en la ciudad. Durante más de un mes, el rumor aumentó. En la calle Balande, pese a los comadreoos trágicos propalados por Olympe, se había instaurado la calma, las noches transcurrían tranquilas. Marthe tenía impacencias nerviosas cuando, sin hablar claramente, sus íntimos le recomendaban que fuera muy prudente.

«Quiere usted obrar a su antojo, ¿verdad?, decía Rose. Ya lo verá... Volverá a empezar. La encontraremos asesinada un día de estos».

La señora Rougon hacía alarde ahora de acudir cada dos días. Entraba con un aire lleno de angustia, preguntaba a Rose, ya en el vestíbulo:

«¿Qué? ¿Ningún accidente hoy?».

Después, cuando veía a su hija, la abrazaba con furiosa ternura, como si hubiera temido no encontrarla allí. Pasaba unas noches horrorosas, decía; temblaba a cada campanillazo, imaginándose siempre que acudían a enterarla de una desgracia; ya no vivía. Y cuando Marthe le aseguraba que no corría ningún peligro, la miraba con admiración, exclamaba:

«¡Eres un ángel! Si no fuera por mí, te dejarías matar sin lanzar ni un suspiro. Pero puedes estar tranquila, yo velo por ti, tomo mis precauciones. El día en que tu marido levante el meñique, sabrá lo que es bueno».

No se explicaba más. La verdad era que visitaba a todas las autoridades de Plassans. Había contado así los infortunios de su hija al alcalde, al subprefecto, al presidente del tribunal, de forma confidencial, haciéndoles jurar una discreción absoluta.

«Es una madre desesperada la que se dirige a usted, murmuraba con una lágrima; le confío el honor, la dignidad de mi pobre hija. Mi marido caería enfermo sí se produjera un escándalo público, y, sin embargo, yo no puedo esperar a una catástrofe fatal... Aconséjeme, dígame lo que debo hacer».

Aquellos caballeros estuvieron encantadores. La tranquilizaron, le prometieron velar por la señora Mouret, aunque manteniéndose apartados; además, al menor peligro, actuarían. Ella insistió especialmente con Péqueur des Saulaies y con Rastoil, ambos vecinos de su yerno, y que podrían intervenir en el acto, si ocurriera una desgracia.

Esta historia del loco razonable, que esperaba el toque de la medianoche para convertirse en furioso, dio un vivo interés a las reuniones de las dos sociedades en el jardín de los Mouret. Se mostraron muy afanosos por ir a saludar al padre Faujas. En cuanto daban las cuatro éste bajaba, hacía campechano los honores del cenador; continuaba borrándose, respondiendo con meneos de cabeza. Los primeros días, sólo se hicieron alusiones indirectas al drama que se desarrollaba en la casa; pero un martes el señor Maffre, que miraba la fachada con aire inquieto, se aventuró a preguntar, designando con una ojeada una ventana del primer piso:

«Es el dormitorio, ¿verdad?».

Entonces, bajando la voz, las dos sociedades charlaron de la extraña aventura que desquiciaba al barrio. El sacerdote dio unas vagas explicaciones: era muy enojoso, muy triste y compadecía a todos, sin arriesgarse a más.

«Pero usted, doctor, preguntó la señora de Condamin al señor Pourquoi, usted, que es el médico de la casa, ¿qué piensa de todo eso?».

El doctor Pourquoi meneó un buen rato la cabeza antes de contestar. Se las dio primero de hombre discreto.

«Es muy delicado, murmuró. La señora Mouret no tiene una gran salud. En

cuanto al señor Mouret...

—Yo he visto a la señora Rougon, dijo el subprefecto. Está muy inquieta.

—Su yerno la ha fastidiado siempre, interrumpió brutalmente el señor de Condamin. Yo he coincidido con Mouret, el otro día, en el casino. Me ganó a los cientos. Lo encontré tan inteligente como de costumbre... El buen hombre nunca ha sido un águila.

—Yo no he dicho que estuviera loco, como el vulgo lo entiende, prosiguió el doctor, que se creyó atacado; sólo que tampoco digo que sea prudente dejarlo en libertad».

Esta declaración produjo cierta emoción. El señor Rastoil miró instintivamente la tapia que separaba los dos jardines. Todos los rostros se tendían hacia el médico.

«He conocido a una dama encantadora, continuó éste, que llevaba una vida por todo lo alto, daba cenas, recibía a las personas más distinguidas y conversaba con mucho ingenio. ¡Pues bueno!, en cuanto esa señora entraba en su cuarto, se encerraba y se pasaba parte de la noche andando a gatas alrededor de la habitación, ladrando como un perro. Su gente creyó durante mucho tiempo que escondía un perro en sus habitaciones... Esa dama ofrecía uno de esos casos que los médicos llamamos de locura lúcida».

El padre Surin contenía unas risitas mirando a las señoritas Rastoil, divertidísimas con aquella historia de una persona bien haciendo el perro. El doctor Porquier se sonó gravemente.

«Podría citar veinte historias semejantes, agregó; gente que parece tener toda su razón y que se entrega a las extravagancias más sorprendentes en cuanto se encuentra a solas. El señor de Bourdeu conoció perfectamente a un marqués, a quien no quiero nombrar, en Valence...

—Fue íntimo amigo mío, dijo el señor de Bourdeu; cenaba a menudo en la prefectura. Su historia metió un ruido enorme.

—¿Qué historia?, preguntó la señora de Condamin, viendo que el médico y el ex prefecto enmudecían.

—La historia no es muy limpia, prosiguió el señor de Bourdeu, que se echó a reír. El marqués, de escasa inteligencia, por otra parte, se pasaba días enteros en su despacho, donde decía estar ocupado en una gran obra de economía política... Al cabo de diez años, se descubrió que hacía, de la mañana a la noche, bolitas de igual grosor con...

—Con sus excrementos, remató el médico con una voz tan grave que la palabra pasó sin que las damas se ruborizasen siquiera.

—Yo, dijo el padre Bourrette, a quien estas anécdotas divertían como cuentos de hadas, yo tuve una penitenta muy singular... Tenía la manía de matar moscas; no podía ver una sin experimentar el irresistible deseo de atraparla. En su casa, las ensartaba en agujas de calcetar. Después, cuando se confesaba, lloraba a lágrima viva; se acusaba de la muerte de los pobres animales, se creía condenada... Jamás pude

corregirla».

La historia del cura tuvo mucho éxito. Hasta los señores Péqueur des Saulaies y Rastoil se dignaron sonreír.

«El daño no es grande cuando sólo se matan moscas, hizo observar el doctor. Pero no todos los locos lúcidos tienen esa inocencia. Los hay que torturan a su familia con algún vicio oculto, que ha pasado al estado de manía: miserables que beben, que se entregan a un libertinaje secreto, que roban por la necesidad de robar, que agonizan de orgullo, de celos, de ambición. Y tienen la hipocresía de su locura, hasta el punto de que logran vigilarse, llevar a cabo los proyectos más complicados, contestar razonablemente, sin que nadie pueda sospechar sus lesiones cerebrales; después, en cuanto están en la intimidad, en cuanto se hallan solos con sus víctimas, se abandonan a sus concepciones delirantes, se mudan en verdugos... Si no asesinan, matan poco a poco.

—¿Y el señor Mouret, entonces?, preguntó la señora de Condamin.

—El señor Mouret siempre ha sido pijotero, inquieto, despótico. La lesión parece haberse agravado con la edad. Hoy, no dudo en situarlo entre los locos malignos... Tuve una clienta que se encerraba como él en una estancia apartada, donde se pasaba días enteros fraguando las acciones más abominables.

—Pero, doctor, si ésa es su opinión, ¡hay que tomar medidas!, exclamó el señor Rastoil. Debería usted hacer un informe a quien corresponda».

El doctor Pourquoi se quedó ligeramente cortado.

«Charlamos, sólo, dijo, recobrando su sonrisa de médico de señoras. Si soy requerido, si las cosas se agravan, cumpliré con mi deber.

—¡Bah!, concluyó malignamente el señor de Condamin, los más locos no son los que uno piensa... No hay cerebro sano, para un médico alienista... El doctor acaba de recitarnos una página de un libro sobre la locura lúcida, que yo he leído, y que es tan interesante como una novela».

El padre Faujas había escuchado con curiosidad, sin tomar parte en la conversación. Después, como callaban, dio a entender que aquellas historias de locos entristecían a las señoras; quiso que hablasen de otra cosa. Pero la curiosidad se había despertado, las dos sociedades se pusieron a espiar los menores actos de Mouret. Éste sólo bajaba una hora diaria al jardín, después del almuerzo, mientras los Faujas se quedaban a la mesa con su mujer. En cuanto había puesto los pies en él, caía bajo la vigilancia activa de la familia Rastoil y de los íntimos de la subprefectura. No podía detenerse ante un cuadro de verduras, interesarse por una lechuga, insinuar un gesto, sin provocar, a derecha e izquierda, en los dos jardines, los comentarios más descorteses. Todos se volvían contra él. Sólo el señor de Condamin lo defendía aún. Pero un día la hermosa Octavie le dijo, mientras almorzaban:

«¿Qué más le da que ese Mouret esté loco?

—¿A mí? Querida amiga, absolutamente igual, respondió extrañado.

—¡Bueno! Pues entonces, déjelo loco, ya que todo el mundo le dice que está

loco... No sé qué manía le ha entrado de ser de otra opinión que yo... Eso no le traerá suerte, querido mío... Tenga el ingenio, en Plassans, de no ser ingenioso».

El señor de Condamin sonrió.

«Tiene usted razón, como siempre, dijo galante; sabe que he puesto mi fortuna en sus manos... No me espere a cenar. Voy a caballo hasta San Eutropio, a echar un vistazo a una tala».

Marchó, mordisqueando un cigarro.

La señora de Condamin no ignoraba que andaba entusiasmado con una muchachita, por el camino de San Eutropio. Pero era tolerante, y hasta lo había salvado dos veces de las consecuencias de unas historias feísimas. En cuanto a él, estaba muy tranquilo sobre la virtud de su mujer; sabía que era demasiado lista para tener una intriga en Plassans.

«¿A que no se imaginan cómo pasa el tiempo Mouret en la habitación donde se encierra?, dijo al día siguiente el director de Montes, cuando fue a la subprefectura. ¡Pues bien! Cuenta las s que se encuentran en la Biblia. Teme haberse equivocado, y ya ha empezado tres veces el cálculo. ¡A fe mía!, tenían ustedes razón, ¡ese farsante está totalmente chiflado!».

Y, a partir de ese momento, el señor de Condamin ridiculizó terriblemente a Mouret. Hasta llevaba las cosas un poco lejos, poniendo toda su facundia en inventar historias descabelladas que dejaban pasmada a la familia Rastoil. Eligió en especial como víctima al señor Maffre. Un día, le contaba que había distinguido a Mouret en una de las ventanas de la calle, desnudo, tocado solamente con una cofia, haciendo reverencias en el vacío. Otro día, afirmaba con sorprendente aplomo que estaba seguro de haber encontrado a Mouret a tres leguas, bailando al fondo de un bosquecillo, como un hombre salvaje; después, como el juez de paz parecía dudar, se enfadaba, decía que Mouret podía irse perfectamente por los tubos de desagüe, sin que nadie se diera cuenta. Los íntimos de la subprefectura sonreían; pero, ya al día siguiente, la criada de Rastoil difundía estas narraciones extraordinarias por la ciudad, donde la leyenda del hombre que pegaba a su mujer adquiría proporciones extraordinarias.

Una tarde, la mayor de las señoritas Rastoil, Aurélie^[5], contó ruborizándose que la víspera, al asomarse a la ventana, a eso de medianoche, había visto al vecino paseando por el jardín con un gran cirio. El señor de Condamin creyó que la joven se burlaba de él; pero daba detalles concretos.

«Sujetaba el cirio en la mano izquierda. Se arrodilló en el suelo; después se arrastró de rodillas, sollozando.

—Quizá ha cometido un crimen y ha enterrado el cadáver en el jardín», dijo el señor Maffre, perdiendo el color.

Entonces las dos sociedades convinieron en velar una noche, hasta las doce, si era preciso, para saber a qué atenerse sobre esta aventura. A la noche siguiente, se mantuvieron en acecho en los dos jardines, pero Mouret no apareció. Perdieron así

tres veladas. La subprefectura abandonaba la partida; la señora de Condamin se negaba a permanecer bajo los castaños, donde estaba terriblemente oscuro, cuando, a la cuarta noche, con un cielo de tinta, una luz tembloteó en la planta baja de los Mouret. El señor Péqueur des Saulaies, avisado, se deslizó en persona por el callejón de las Chevillottes, para invitar a la familia Rastoil a ir a la terraza de su hotel, desde donde se dominaba el jardín contiguo. El presidente, al acecho con las señoritas detrás de su cascada, tuvo una breve vacilación, al reflexionar en que se comprometía mucho, políticamente, al ir así a casa del subprefecto; pero la noche era tan oscura, su hija Aurélie estaba tan interesada en probar la realidad de su historia, que siguió al señor Péqueur des Saulaies, a pasos ahogados, en la sombra. De esta suerte fue como el legitimismo, en Plassans, entró por vez primera en casa de un funcionario bonapartista.

«No hagan ruido, recomendó el subprefecto, inclínense sobre la terraza».

El señor Rastoil y las señoritas encontraron allí al doctor Porquier, a la señora de Condamin y a su marido. Las tinieblas eran tan espesas que se saludaron sin verse. Entre tanto, todas las respiraciones estaban en suspenso. Mouret acababa de aparecer en la escalinata, con una vela clavada en un gran candelabro de cocina.

«Ya ven que lleva un cirio», murmuró Aurélie.

Nadie protestó. El hecho fue admitido, Mouret llevaba un cirio. Bajó lentamente la escalinata, giró a la izquierda, se quedó inmóvil delante de un cuadro de lechugas. Alzaba la vela para iluminar las ensaladas; su cara aparecía toda amarilla sobre el fondo negro de la noche.

«¡Qué aspecto!, dijo la señora de Condamin; soñaré con él, seguro... ¿Está dormido, doctor?

—No, no, respondió el señor Porquier, no está sonámbulo, está muy despierto... Observen ustedes la fijeza de sus miradas; también les ruego que reparen en la sequedad de sus movimientos...

—Cállese, no tenemos necesidad de una conferencia», interrumpió Péqueur des Saulaies.

Entonces reinó el más profundo silencio. Mouret, tras salvar los bojes, se había arrodillado en medio de las lechugas. Bajaba la vela, buscaba a lo largo de las zanjas, bajo las hojas verdes desplegadas. De vez en cuando, soltaba un pequeño gruñido; parecía aplastar, hundir algo en tierra. Esto duró cerca de media hora.

«Está llorando, ya se lo decía yo, repetía complacida Aurélie.

—Es realmente espantoso, balbucía la señora de Condamin. Entremos, por favor».

Mouret dejó caer la vela, que se apagó. Se le oyó enfadar se y subir la escalinata tropezando en los peldaños. Las señoritas Rastoil habían lanzado un ligero grito de terror. Sólo se tranquilizaron en la salita iluminada, donde el señor Péqueur des Saulaies se empeñó en que la compañía aceptase una taza de té y galletas. La señora de Condamin continuaba toda temblorosa; se hacía un ovillo en la esquina de un

confidente; aseguraba, con tierna sonrisa, que jamás se había sentido tan impresionada, ni siquiera la mañana en que había tenido la desdichada curiosidad de ir a ver una ejecución capital.

«Es singular, dijo el señor Rastoil, que reflexionaba profundamente desde hacía un instante, Mouret tenía pinta de buscar babosas debajo de sus lechugas. Los jardines están infestados, y he oído decir que sólo se las destruye bien por la noche.

—¡Babosas!, exclamó el señor de Condamin; ¡vamos, mucho le preocupan las babosas! ¿Es que se va en busca de babosas con un cirio? Creo más bien, como el señor Maffre, que debajo de eso hay algún crimen... ¿Ese Mouret no ha tenido nunca una criada que haya desaparecido? Habría que hacer una investigación».

El señor Péqueur des Saulaies comprendió que su amigo el director de Montes iba un poco lejos. Murmuró, bebiendo un trago de té:

«No, no, amigo mío. Está loco, tiene ideas raras, eso es todo... Y ya es bien terrorífico».

Cogió el plato de galletas, que presentó a las señoritas Rastoil arqueando su talle de guapo oficial; después, dejando el plato, continuó:

«¡Cuando uno piensa que ese infeliz se ha ocupado de política! No quiero reprocharle su alianza con los republicanos, señor presidente; pero confiese que el marqués de Lagrifoul tenía en él un partidario muy extraño».

El señor Rastoil se había puesto muy serio. Hizo un gesto vago, sin responder.

«Y sigue ocupándose; quizá sea la política la que le sorbe el seso, dijo la hermosa Octavie, secándose delicadamente los labios. Dicen que está muy exaltado con las próximas elecciones, ¿verdad, amigo mío?».

Se dirigía a su marido, a quien lanzó una mirada.

«¡Va a reventar!, exclamó el señor de Condamin; repite por todas partes que él es el amo del escrutinio, que hará nombrar a un zapatero remendón, si le peta.

—Exagera usted, dijo el doctor Porquier; ya no tiene tanta influencia, la ciudad entera se burla de él.

—¡Eh! ¡Eso le engaña a usted! Si quiere, llevará a las urnas a todo el barrio viejo y a gran número de aldeas... Está loco, es cierto, pero su recomendación vale... Lo encuentro incluso muy razonable, para un republicano».

Esta broma mediocre obtuvo un vivo éxito. Las propias señoritas Rastoil soltaron unas risitas de colegialas. El presidente condescendió a aprobar con la cabeza; salió de su gravedad, dijo, evitando mirar al subprefecto: «Quizá Lagrifoul no nos haya prestado los servicios que teníamos derecho a esperar; pero, un zapatero, ¡sería realmente vergonzoso para Plassans!».

Y agregó animadamente, como para cortar en seco tras la declaración que acababa de hacer:

«Es la una y media, esto es un relajo... Señor subprefecto, muy agradecidos».

Fue la señora Condamin quien, echándose un chal sobre los hombros, encontró la manera de concluir:

«En fin, dijo, no se puede dejar que dirija las elecciones un hombre que se arrodilla en medio de sus lechugas, pasada la medianoche».

Esa noche se hizo legendaria. El señor de Condamin se superó a sí mismo al contar la aventura a de Bourdeu, Maffre y a los dos curas, que no habían visto al vecino con un cirio. Tres días después, el barrio juraba haber visto al loco que pegaba a su mujer paseándose con la cabeza cubierta con una sábana. En el cenador, durante las reuniones de la tarde, se preocupaban sobre todo por la posible candidatura del zapatero de Mouret. Se reían, al tiempo que se estudiaban entre sí. Era una manera de tantearse políticamente. De Bourdeu, por ciertas confidencias de su amigo el presidente, creía entender que podría establecerse un tácito entendimiento sobre su nombre entre la subprefectura y la oposición moderada, para derrotar vergonzosamente a los republicanos. Por ello se mostraba cada vez más sarcástico con el marqués de Lagrifoul, cuyas menores meteduras de pata en la Cámara señalaba escrupulosamente. Delangre, que sólo acudía de cuando en cuando, alegando las preocupaciones de su administración municipal, sonreía finamente, a cada nueva chanza del ex prefecto.

«No le queda más que enterrar al marqués, señor cura», dijo un día al oído del padre Faujas.

La señora de Condamin, que lo oyó, volvió la cabeza, poniéndose un dedo en los labios con un mohín de exquisita malicia.

El padre Faujas, ahora, dejaba hablar de política delante de él. E incluso daba su opinión a veces, estaba a favor de la unión de los espíritus decentes y religiosos. Todos lo ponderaban mucho, entonces, Péqueur des Saulaies, Rastoil, de Bourdeu, hasta el señor Maffre. ¡Debía de ser tan fácil entenderse entre gente de bien, trabajar en común por la consolidación de los grandes principios, sin los cuales ninguna sociedad podría existir! Y la conversación giraba en torno a la propiedad, la familia, la religión. A veces reaparecía el nombre de Mouret, y el señor de Condamin murmuraba:

«Dejo venir aquí a mi mujer temblando. Tengo miedo, ¡qué quieren!... Verán ustedes cosas muy raras, en las elecciones, si él está aún libre».

Mientras tanto, todas las mañanas, Trouche trataba de asustar al padre Faujas, en la entrevista que celebraba regularmente con él. Le daba las noticias más alarmantes: los obreros del barrio viejo se ocupaban demasiado de la casa Mouret; hablaban de ver al buen hombre, de juzgar su estado, de pedirle opinión.

El sacerdote, de ordinario, se encogía de hombros. Pero un día Trouche salió de su cuarto encantado. Fue a abrazar a Olympe, exclamando:

«Esta vez, hija mía, está arreglado.

—¿Te permite actuar?, preguntó ella.

—Sí, con toda libertad... Vamos a estar muy tranquilos, cuando ese otro ya no esté».

Ella estaba aún acostada; se metió aún más bajo las mantas, dando saltos de

carpa, riendo como una niña.

«¡Ah! ¡Qué bien! Todo va a ser nuestro, ¿verdad?... Cogeré otra habitación. Y quiero ir al jardín, quiero guisar abajo... ¡Vaya!, mi hermano nos debe al menos eso. ¡Le has echado una buena mano!».

Por la noche, Trouche llegó solo a eso de las diez al café de mala nota donde se encontraba con Guillaume Porquier y otros jóvenes como es debido de la ciudad. Lo embromaron por el retraso, lo acusaron de haber ido a las murallas con una de las tunantuelas de la obra de la Virgen. Aquella broma solía halagarle; pero se quedó serio. Dijo que había tenido unos asuntos, asuntos graves. Sólo hacia medianoche, cuando hubo vaciado las garrafitas del mostrador, se puso tierno y expansivo. Tuteó a Guillaume, balbució, de espaldas a la pared, encendiendo su pipa a cada frase:

«He visto a tu padre, esta noche. Es un buen hombre... Necesitaba yo un papel. Ha estado muy amable, muy amable. Me lo ha dado. Lo tengo aquí, en el bolsillo... ¡Ah!, al principio no quería. Decía que era cosa de la familia. Yo le dije: “La familia soy yo, tengo la orden de la mamá”... Tú ya la conoces, a la mamá; vas por su casa. Una mujer estupenda. Pareció muy contenta, cuando yo fui a contarle el asunto, hace tiempo... Entonces, él me dio el papel. Puedes tocarlo, lo notarás en mi bolsillo...».

Guillaume lo miraba fijamente, ocultando su viva curiosidad con una risa de duda.

«Yo no miento, continuó el borracho; el papel está en mi bolsillo... ¿Lo has notado?»

—Es un periódico», dijo el joven.

Trouche, riendo burlón, sacó de la levita un gran sobre, que dejó encima de la mesa entre las tazas y los vasos. Lo defendió un instante de Guillaume, que había, alargado la mano; después, se lo dejó coger, riendo más, fuerte, como si le hicieran cosquillas. Era una declaración del doctor Porquier, muy detallada, sobre el estado mental del señor François Mouret, propietario, de Plassans.

«¿Entonces, lo van a enjaular?, preguntó Guillaume, devolviendo el papel.

—No es asunto tuyo, pequeño, respondió Trouche, desconfiado de nuevo. Este papel es para su mujer. Yo no soy más que un amigo a quien le gusta hacer favores. Ella hará lo que quiera... Tampoco puede dejarse matar, la pobre señora».

Estaba tan ebrio que, cuando los pusieron en la puerta del café, Guillaume tuvo que acompañarlo a la calle Balande. Quería acostarse en todos los bancos del paseo Sauvaire. Llegado a la plaza de la Subprefectura, sollozó, repitió:

«Ya no quedan amigos, me desprecian porque soy pobre... Tú eres un buen chico. Vendrás a tomar café con nosotros cuando seamos los amos. Si el cura nos estorba, lo enviaremos a reunirse con el otro... No es muy listo, el cura, a pesar de todos sus aires; yo le hago comulgar con ruedas de molino... Tú eres un amigo, de los de verdad, ¿no? El Mouret está hundido, nos beberemos su vino».

Cuando hubo dejado a Trouche a su puerta, Guillaume cruzó Plassans dormido y fue a silbar suavemente delante de la casa del juez de paz. Era una señal. Los Maffre,

a quien su padre encerraba personalmente en su habitación, abrieron una ventana del primer piso, desde donde bajaron con ayuda de los barrotes que protegían las ventanas del bajo. Todas las noches marchaban así al vicio, en compañía del joven Porquier.

«¡Ah! ¡Qué bien!, les dijo éste, cuando hubieron alcanzado en silencio las callejas negras de las murallas, no tenemos por qué cohibirnos... Si mi padre vuelve a hablar de mandarme a hacer penitencia a algún agujero, ya tengo con qué responderle... ¿Qué apostáis a que me hago admitir en el Círculo de la Juventud, cuando yo quiera?».

Los jóvenes Maffre aceptaron la apuesta. Los tres se deslizaron en una casa amarilla, de persianas verdes, adosada a una esquina de las murallas, al fondo de un callejón sin salida.

A la noche siguiente, Marthe tuvo una crisis espantosa. Había asistido, por la mañana, a una larga ceremonia religiosa, que Olympe se había empeñado en ver hasta el final. Cuando Rose y los inquilinos acudieron corriendo ante los desgarradores gritos que lanzaba, la encontraron tendida a los pies de la cama, con la frente hendida. Mouret, de rodillas en medio de las mantas, temblaba.

«¡Esta vez la ha matado!», gritó la cocinera.

Y lo cogió entre sus brazos, aunque estuviera en camisón, lo empujó a través de la habitación hasta su despacho, cuya puerta se encontraba al otro lado del descansillo; regresó a tirarle un colchón y mantas. Trouche había salido corriendo a buscar al doctor Porquier. El médico curó la herida de Marthe; dos líneas más abajo, dijo, el golpe era mortal. Abajo, en el vestíbulo, delante de todo el mundo, declaró que había que actuar, que no se podía dejar más tiempo la vida de la señora Mouret en manos de un loco furioso.

Marthe tuvo que guardar cama, al día siguiente. Tenía aún un poco de delirio; veía una mano de hierro que la abría el cráneo con una espada flamígera. Rose se negó en redondo a dejar entrar a Mouret. Le sirvió el almuerzo en su despacho, sobre la mesa polvorienta. No comió. Miraba estúpidamente su plato, cuando la cocinera introdujo a su lado a tres señores vestidos de negro.

«¿Son ustedes los médicos?, preguntó él. ¿Cómo está?»

—Está mejor», respondió uno de los señores.

Mouret cortó maquinalmente pan, como si fuera a ponerse a comer.

«Me habría gustado que los niños estuvieran aquí, murmuró; la cuidarían, estaríamos menos solos... Está enferma desde que los niños se han marchado... Y yo tampoco estoy bien».

Se había llevado un bocado de pan a la boca, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. El personaje que había hablado ya le dijo entonces, echando una mirada a sus dos compañeros:

«¿Quiere usted que vayamos a buscar a sus hijos?»

—¡Claro que quiero!, exclamó Mouret, que se levantó. ¡Salgamos en seguida!».

En la escalera, no vio a Trouche y a su mujer, inclinados sobre la barandilla del segundo piso, que lo seguían a cada peldaño, con sus ojos ardientes. Olympe bajó rápidamente detrás de él, se lanzó a la cocina, donde Rose espiaba por la ventana, emocionadísima. Y cuando un carruaje, que esperaba a la puerta, se hubo llevado a Mouret, volvió a subir los dos pisos de cuatro en cuatro, cogió a Trouche por los hombros, le hizo bailar por todo el descansillo, reventando de gozo. «¡Pasaportado!», gritó ella.

Marthe permaneció ocho días acostada. Su madre venía a verla todas las tardes, se mostraba extraordinariamente tierna. Los Faujas, los Trouche se sucedían alrededor de su cama. La propia señora de Condamín le hizo varias visitas. Ya no se hablaba de Mouret. Rose respondía a su ama que el señor había debido ir a Marsella; pero cuando Marthe pudo bajar por primera vez a sentarse a la mesa en el comedor, se extrañó, preguntó por su marido con un comienzo de inquietud.

«Vamos, querida señora, no se haga daño, dijo la señora Faujas; volverá a caer en cama. Ha habido que tomar una determinación. Sus amigos han tenido que consultarse y actuar en interés de usted.

—No debe usted echarlo de menos, exclamó brutalmente Rose, después del bastonazo que le ha dado en la cabeza. El barrio respira desde que ya no está aquí. Siempre temíamos que prendiera fuego o que saliera a la calle con un cuchillo. Yo escondía todos los cuchillos de mi cocina; la criada del señor Rastoil, también... ¡Y su pobre madre, ya no vivía!... Ea, la gente que venía a verla durante su enfermedad, todas las señoras, todos los caballeros, me lo decían, cuando los acompañaba a la puerta: “Es un buen alivio para Plassans. Una ciudad está en continua alerta cuando un hombre así va y viene libremente”».

Marthe escuchaba este raudal de palabras, con los ojos muy grandes, horriblemente pálida. Había dejado caer la cuchara; miraba frente a sí, por la ventana abierta, como si alguna visión, subiendo por detrás de los frutales, la hubiera aterrorizado.

«¡Les Tulettes! ¡Les Tulettes!», tartamudeó, escondiendo los ojos bajo unas manos temblonas.

Se echaba hacia atrás, se ponía rígida ya con un ataque de nervios, cuando el padre Faujas, que había acabado su sopa, le cogió las manos, que estrechó con fuerza, murmurando con su voz más flexible:

«Muéstrese fuerte ante esta prueba que Dios le envía. Él le concederá sus consuelos, si usted no se rebela; sabrá procurarle la felicidad que usted merece».

Bajo la presión de las manos del sacerdote, bajo la tierna inflexión de sus palabras, Marthe se irguió, como resucitada, las mejillas ardientes:

«¡Oh! Sí, dijo sollozando, necesito mucha felicidad, prométame mucha felicidad».

XIX

Las elecciones generales iban a celebrarse en octubre. A mediados de septiembre, monseñor Rousselot se marchó repentinamente a París, tras haber tenido una larga conversación con el padre Faujas. Se habló de una grave enfermedad de una hermana suya, que vivía en Versalles. Cinco días después estaba de regreso; el padre Surin le hacía una lectura, en su despacho. Hundido en el fondo de un sillón, friolentemente envuelto en un balandrán de seda violeta, aunque la estación fuera aún muy cálida, escuchaba con una sonrisa la voz femenina del curita que escandía amorosamente unas estrofas de Anacreonte.

«Bien, bien, murmuraba, tiene usted la música de esa hermosa lengua».

Después, mirando el reloj de pared, con rostro inquieto, prosiguió:

«¿Ha venido ya esta mañana el padre Faujas?... ¡Ay!, hijo mío, ¡cuántas molestias! Tengo aún en los oídos ese abominable alboroto del ferrocarril... ¡Y en París llovió todo el tiempo! Tenía gestiones en los cuatro puntos de la dudad, no vi más que fango».

El padre Surin dejó el libro en la esquina de una consola.

«Monseñor, ¿está satisfecho de los resultados de su viaje?, preguntó, con la familiaridad de un niño mimado.

—Sé lo que quería saber, respondió el obispo, recobrando su fina sonrisa. Habría debido llevarle a usted. Habría aprendido cosas útiles de saber, cuando uno tiene su edad, y está destinado al episcopado por su cuna y sus relaciones.

—Le escucho, monseñor», dijo el joven sacerdote con aire suplicante.

Pero el prelado meneó la cabeza.

«No, no, esas cosas no se dicen... Sea amigo del padre Faujas, acaso pueda hacer mucho por usted un día. He tenido informaciones muy completas».

El padre Surin juntó las manos, con un gesto de curiosidad tan mimoso que monseñor Rousselot continuó:

«Había tenido dificultades en Besançon... Estaba en París, muy pobre, en un hotel de mala muerte. Fue a ofrecerse él. El ministro buscaba justamente sacerdotes adictos al gobierno. He creído entender que Faujas lo asustó al principio, con su pinta sombría y su sotana vieja. Por si acaso, lo envió aquí... El ministro se ha mostrado amabilísimo conmigo».

El obispo remataba sus frases con un ligero balanceo de la mano, buscando las palabras, temeroso de decir demasiado. Después, el cariño que sentía por su secretario pudo más; agregó vivamente:

«En fin, hágame caso, séale útil al párroco de San Saturnino; va a tener necesidad de todo el mundo, y me parece hombre que no olvida ni un insulto ni un beneficio. Pero no se ligue a él. Acabará mal. Ésta es una impresión personal.

—¿Acabará mal?, repitió el curita, con sorpresa.

—Sí, en este momento está en pleno triunfo... Es su semblante lo que me inquieta, hijo mío; tiene una fisonomía terrible. Ese hombre no morirá en su cama... No vaya usted a comprometerme; sólo pido vivir tranquilo, ya sólo necesito reposo».

El padre Surin recogía su libro cuando se hizo anunciar el padre Faujas. Monseñor Rousselot, con aire risueño, extendiendo las manos, se adelantó a su encuentro, llamándole «mi querido párroco».

«Déjenos, hijo mío», dijo a su secretario, que se retiró.

Habló de su viaje. Su hermana iba mejor; había podido estrechar la mano de viejos amigos.

«¿Y vio usted al ministro?, preguntó el padre Faujas, mirándolo fijamente.

—Sí, me creí en el deber de hacerle una visita, contestó el obispo, que se sintió enrojecer. Me habló muy bien de usted.

—Entonces, ¿ya no duda usted, confía en mí?

—Totalmente, mi querido párroco. Además, no entiendo nada de política, se la dejo a usted».

Conversaron juntos toda la mañana. El padre Faujas consiguió de él que hiciera una visita a la diócesis; él lo acompañaría, le apuntaría sus menores palabras. Era necesario, amén de eso, convocar a todos los deanes, de forma que los párrocos de los ayuntamientos más pequeños pudieran recibir instrucciones. Esto no presentaría la menor dificultad, el clero obedecería. La tarea más delicada estaba en el propio Plassans, en el barrio de San Marcos. La nobleza, atrincherada en el fondo de sus hoteles, escapaba por entero a la acción del sacerdote; no había podido actuar hasta entonces más que sobre los realistas ambiciosos, los Rastoil, los Maffre, los Bourdeu. El obispo le prometió sondear ciertos salones del barrio de San Marcos donde él era recibido. Además, incluso admitiendo que la nobleza votase mal, sólo reuniría una minoría ridícula, si la burguesía clerical la abandonaba.

«Y ahora, dijo monseñor Rousselot, levantándose, quizá sería bueno que yo conociese el nombre de su candidato, con el fin de recomendarle con todas sus letras».

El padre Faujas sonrió.

«Un nombre es peligroso, contestó. Dentro de ocho días, no quedaría un jirón de nuestro candidato, si lo nombrásemos hoy... El marqués de Lagrifoul resulta imposible. El señor de Bourdeu, que piensa situarse entre los aspirantes, es más imposible todavía. Los dejaremos destruirse entre sí, no intervendremos más que en el último momento... Diga simplemente que una elección puramente política resultaría lamentable, que sería menester, en interés de Plassans, un hombre elegido al margen de los partidos, buen conocedor de las necesidades de la ciudad y el departamento. Dé incluso a entender que se ha encontrado a ese hombre; pero no vaya más lejos».

El obispo sonrió a su vez. Retuvo al sacerdote, en el momento en que éste se

despedía.

«¿Y el padre Fenil?, le preguntó, bajando la voz. ¿No teme que se interfiera en sus proyectos?».

El padre Faujas se encogió de hombros.

«No ha vuelto a moverse, dijo.

—Cabalmente, prosiguió el prelado, esa tranquilidad me inquieta. Conozco a Fenil, es el cura más rencoroso de la diócesis. Quizá haya abandonado la vanidad de derrotarle a usted en el terreno político; pero tenga la seguridad de que se vengará de hombre a hombre... Debe de acecharle desde el fondo de su retiro.

—¡Bah!, dijo el padre Faujas, que enseñó sus dientes blancos, no va a comerme vivo».

El padre Surin acababa de entrar. Cuando el párroco de San Saturnino se hubo marchado, divirtió mucho a monseñor Rousselot, murmurando:

«¿Y si se devoraran el uno al otro, como los dos zorros de los que no quedaron sino las dos colas?».

El período electoral iba a abrirse. Plassans, totalmente tranquilo de ordinario con las cuestiones políticas, tenía un comienzo de ligera fiebre. Una boca invisible parecía soplar la guerra en las pacíficas calles. El marqués de Lagrifoul, que vivía en La Palud, una importante aldea vecina, se alojaba, desde hacía quince días, en casa de un pariente, el conde de Valqueyras, cuyo hotel ocupaba toda una esquina del barrio de San Marcos. Se dejaba ver, paseaba por el paseo Sauvaire, iba a San Saturnino, saludaba a las personas influyentes, aunque sin abandonar por ello su desabrimiento de hidalgo. Pero aquellos esfuerzos de amabilidad, que habían bastado la primera vez, no parecían tener gran éxito. Corrían acusaciones, engrosadas cada día, salidas de no se sabía qué fuente: el marqués era de una deplorable nulidad; con otro hombre que no fuera el marqués, Plassans habría tenido hacía tiempo un ramal del ferrocarril, que lo enlazara con la línea de Niza; por último, cuando un hijo de la tierra iba a ver al marqués a París, tenía que hacer tres o cuatro visitas antes de obtener el más insignificante servicio. Sin embargo, aunque la candidatura del diputado saliente se viera muy comprometida por estos reproches, ningún otro candidato se había situado aún de forma clara. Se hablaba del señor de Bourdeu, aunque diciendo que sería muy difícil reunir una mayoría en torno al nombre de este ex prefecto de Luis Felipe, que no tenía relaciones sólidas en ninguna parte. La verdad era que una influencia desconocida acababa, en Plassans, de perturbar totalmente las posibilidades previstas de las diferentes candidaturas, al romper la alianza de legitimistas y republicanos. Lo que dominaba era una perplejidad general, una confusión llena de aburrimiento, una necesidad de acabar lo antes posible con la elección.

«La mayoría se ha desplazado, repetían los finos políticos del paseo Sauvaire. La cuestión es saber cómo se fijará».

En aquella fiebre de división que pasaba sobre la ciudad, los republicanos quisieron tener su candidato. Eligieron a un maestro sombrerero, un tal señor Maurin,

un hombrecillo muy amado por los obreros. Trouche, en los cafés, por la noche, opinaba que Maurin era muy apagado; él proponía a un proscrito de Diciembre^[6], un carretero de Les Tulettes, que tenía el buen sentido de negarse. Hay que decir que Trouche se presentaba como un republicano de los más fervientes. Él mismo se habría puesto al frente, decía, de no haber estado entre la clerigalla el hermano de su mujer; muy a su pesar se veía obligado a comer el pan de los santurrones, lo cual lo forzaba a permanecer en la sombra. Fue uno de los primeros en difundir feos rumores sobre el marqués de Lagrifoul; aconsejó igualmente la ruptura con los legitimistas. Los republicanos, en Plassans, donde eran muy poco numerosos, tenían que ser forzosamente derrotados. Pero el triunfo de Trouche fue acusar a la pandilla de la subprefectura y a la pandilla de los Rastoil de haber hecho desaparecer al pobre Mouret, con objeto de privar al partido democrático de uno de sus jefes más honorables. La noche en que lanzó esta acusación, en un licorista de la calle Canquoin, la gente que se encontraba allí se miró con aire singular. Los comadros del barrio viejo, enternecidos con «el loco que pegaba a su mujer», ahora que estaba encerrado, contaban que el padre Faujas había querido desembarazarse de un marido molesto. Trouche, entonces, repitió su historia cada noche, golpeando con el puño los veladores de los cafés, con tal convicción que acabó por imponer una leyenda en la cual Péqueur des Saulaies desempeñaba un papel de lo más extraño. Hubo un giro total en favor de Mouret. Se convirtió en una víctima política, un hombre cuya influencia se había temido, hasta el punto de alojarlo en una celda de Les Tulettes.

«Déjeme arreglar mis asuntos, decía Trouche, con aire confidencial. Plantaré a esas condenadas beatas, y contaré cosas tremendas sobre su obra de la Virgen... ¡Linda casa, donde esas señoras dan citas!».

Entre tanto, el padre Faujas se multiplicaba; desde hacía algún tiempo no se le veía sino a él por las calles. Se cuidaba más, se esforzaba por conservar una sonrisa amable en los labios. A menudo, agotada la paciencia, hartos de las mezquinas luchas de cada día, entraba en su habitación desnuda, con los puños apretados, los hombros hinchados de su fuerza inútil, deseando algún coloso al que ahogar para descargarse. La vieja señora Rougon, a quien continuaba viendo en secreto, era su genio bueno; lo reprendía a fondo, tenía su gran cuerpo doblado ante ella en una silla baja, le repetía que debería agrandar, que lo estropearía todo enseñando tontamente sus brazos de luchador. Más adelante, cuando fuera el amo, cogería a Plassans por la garganta, la estrangularía, si eso le contentaba. Ciertamente ella no se mostraba tierna con Plassans, contra la cual sentía un rencor de cuarenta años de miseria, y a la que hacía reventar de despecho desde el golpe de Estado.

«Soy yo la que llevo la sotana, le decía a veces, sonriendo; usted tiene modales de gendarme, mi querido cura».

El sacerdote se mostraba también muy asiduo a la sala de lectura del Círculo de la Juventud. Escuchaba indulgente a los jóvenes hablar de política, meneando la cabeza, repitiendo que con la honradez bastaba. Su popularidad crecía. Había accedido una

tarde a jugar al billar, mostrándose de una habilidad notable; en reuniones íntimas aceptaba cigarrillos. Por ello el Círculo le pedía su opinión en todo. Lo que acabó de darle fama de tolerante fue la forma llena de bondad con que defendió la admisión de Guillaume Porquier, que había renovado su petición.

«He visto a ese joven, dijo; ha venido a hacer conmigo confesión general y, ¡a fe mía!, le he dado la absolución. Misericordia con cualquier pecado... No hay que tratarle como a un leproso porque haya hecho alguna calaverada en Plassans y contraído deudas en París».

Cuando Guillaume fue admitido, dijo, riendo burlón, a los Maffre:

«¿Qué tal? Me debéis dos botellas de champán... Ya veis que el cura hace todo lo que quiero. Tengo una maquinita para hacerle cosquillas en el punto sensible, y entonces se ríe, hijitos, no puede ya negarme nada.

—Y, sin embargo, no tiene pinta de quererte mucho, observó Alphonse; te mira de través.

—¡Bah! Es que le habré hecho unas cosquillas demasiado fuertes... Ya veréis como pronto seremos los mejores amigos del mundo».

En efecto, el padre Faujas pareció cogerle cariño al hijo del médico; decía que aquel pobre joven necesitaba ser guiado por una mano muy suave. Guillaume, en poco tiempo, se convirtió en el alma del círculo; inventó juegos, divulgó la receta de un ponche con kirsch, pervirtió a los jovencísimos recién salidos del colegio. Sus vicios amables le dieron una influencia enorme. Mientras los órganos zumbaban por encima de la sala de billar, bebía jarras de cerveza, rodeado por los hijos de los personajes de Plassans, contándoles indecencias que los hacían reventar de risa. El Círculo se deslizó así a verdulerías maquinadas por los rincones. Pero el padre Faujas no oía nada. Guillaume lo presentaba como «una sólida chola», que daba vueltas a grandes ideas.

«El cura será obispo cuando quiera, contaba. Ha rechazado ya una parroquia en París. Desea quedarse en Plassans, le ha cogido cariño a la ciudad... Yo lo nombraría diputado. ¡Nos convendría alguien como él en la Cámara! Pero no aceptará, es demasiado modesto... Podremos consultarle, cuando lleguen las elecciones. ¡Él no engañará a nadie!».

Lucien Delangre seguía siendo el hombre serio del Círculo. Demostraba una gran deferencia al padre Faujas, le conquistaba al grupo de jóvenes estudiosos. A menudo se dirigía con él al Círculo, charlando animadamente, callando en cuanto entraban en la sala común.

El cura, regularmente, al salir del café instalado en los sótanos de los Mínimos, se dirigía a la obra de la Virgen. Llegaba en medio del recreo, aparecía sonriente en la escalinata del patio. Entonces todas las pilluelas acudían corriendo, disputándose sus bolsillos, donde siempre había estampitas, rosarios, medallas bendecidas. Se había hecho adorar por aquellas chicarronas dándoles palmaditas en las mejillas y recomendándoles que fueran muy buenas, lo cual ponía risas cazurras en sus caras

descaradas. Con frecuencia las monjas se le quejaban: las niñas confiadas a su cuidado eran indisciplinadas, se peleaban hasta arrancarse los pelos, y hacían cosas peores. Él no veía más que pecadillos; sermoneaba a las más turbulentas, en la capilla, de donde salían sumisas. A veces aprovechaba el pretexto de una falta más grave para mandar a llamar a los padres, y los despedía, conmovidos por su campechanía. Las pilluelas de la obra de la Virgen le habían ganado así el corazón de las familias pobres de Plassans. Por la noche, al volver a sus casas, contaban cosas extraordinarias del señor cura. No era raro encontrar a dos, en los rincones oscuros de las murallas, abofeteándose sobre la cuestión de decidir a cuál de las dos quería más el señor cura.

«Estas tunantuelas representan dos o tres mil votos», pensaba Trouche al contemplar, desde la ventana de su despacho, las amabilidades del padre Faujas.

Se había ofrecido a conquistar a «aquellos corazoncitos», como llamaba a las jovencitas; pero el sacerdote, inquieto con sus miradas brillantes, le había prohibido formalmente poner los pies en el patio. Se contentaba, cuando las monjas le daban la espalda, con tirarles golosinas a «los corazoncitos», como quien tira migas de pan a los gorriones. Sobre todo llenaba de peladillas el delantal de una rubia alta, hija de un curtidor, que tenía, a sus trece años, hombros de mujer hecha y derecha.

El día del padre Faujas aún no había acabado; hacía a continuación breves visitas a las señoras de la buena sociedad. La señora Rastoil y la señora Delangre lo recibían con semblante arrobado; repetían sus menores frases, se proveían con él de un fondo de conversación para toda una semana. Pero su gran amiga era la señora de Condamin. Ésta conservaba una risueña familiaridad, una superioridad de mujer bonita que se sabe todopoderosa. Ella tenía trozos de conversación en voz baja, ojeadas, sonrisas especiales, que atestiguaban una alianza mantenida en secreto. Cuando el sacerdote se presentaba a verla, ella ponía a su marido en la puerta con una ojeada. «El gobierno abría la sesión», como decía burlescamente el director de Montes, quien montaba a caballo con mucha filosofía. Era la señora Rougon la que había designado al sacerdote a la señora de Condamin.

«Aún no está aceptada del todo, le explicó; es una mujer muy lista, bajo su aire de linda coqueta. Puede usted abrirse con ella; verá en el triunfo de usted una forma de imponerse por completo; le será de la mayor utilidad, si tiene usted que repartir cargos y cruces... Ha conservado un buen amigo en París, que le envía tantas cintitas rojas como le pide».

Como la señora Rougon se mantenía al margen en una maniobra de gran habilidad, la hermosa Octavie se había convertido así en la más activa aliada del padre Faujas. Le conquistó a sus amigos y los amigos de sus amigos. Salía de campaña cada mañana, hacía una asombrosa propaganda, con la mera ayuda de los pequeños saludos que lanzaba con la yema de sus dedos enguantados. Actuaba sobre todo con las burguesas, centuplicaba la influencia femenina, cuya absoluta necesidad había notado el sacerdote desde sus primeros pasos por el estrecho mundo de

Plassans. Fue ella quien cerró la boca de los Paloque, que se ensañaban con la casa de los Mouret; arrojó una torta de miel a aquellos monstruos.

«¿Nos guarda usted rencor, mi querida señora?, dijo un día a la mujer del juez, con la que se encontró. Se equivoca; sus amigos no les olvidan, se ocupan de ustedes, les preparan una sorpresa.

—¡Bonita sorpresa! ¡Algún quebradero de cabeza!, exclamó agriamente la señora Paloque. Ea, no se burlarán más de nosotros; he jurado quedarme en mi rincón».

La señora de Condamin sonreía.

«¿Qué diría usted, preguntó, si condecorasen al señor Paloque?».

La mujer del juez se quedó muda. Una oleada de sangre le azuleó la cara y la volvió horrorosa.

«Bromea usted, tartamudeó; es un nuevo golpe tramado contra nosotros... Si no fuera cierto, no se lo perdonaría en mi vida».

La hermosa Octavie tuvo que jurarle que nada más cierto. El nombramiento era seguro; sólo que no aparecería en *Le Moniteur* hasta después de las elecciones, porque el gobierno no quería tener aspecto de comprar los votos de la magistratura. Y daba a entender que el padre Faujas no era ajeno a esta recompensa esperada desde hacía tanto tiempo; había hablado de ello con el subprefecto.

«Entonces, mi marido tenía razón, dijo la señora Paloque, pasmada. Lleva mucho tiempo haciéndome escenas abominables para que vaya a presentar mis disculpas al cura. Yo soy muy terca, antes me habría dejado matar... Pero desde el momento en que el cura quiere dar el primer paso... Ciertamente, no pedimos nada mejor que vivir en paz con todo el mundo. Iremos mañana a la subprefectura».

Al día siguiente los Paloque estuvieron muy humildes. La mujer habló horrorosamente mal del padre Fenil. Con perfecta impudencia, contó incluso que había ido a verlo, un día; él había hablado en su presencia de arrojar de Plassans «a toda la camarilla del padre Faujas».

«Si usted quiere, dijo al sacerdote llevándose aparte, le daré una nota escrita al dictado del vicario general. Se habla de usted. Son, creo, historias muy feas que él pretendía imprimir en *La Gaceta de Plassans*.

—¿Cómo está en sus manos esta nota?, preguntó el cura.

—Está, y con eso basta», respondió ella, sin desconcertarse.

Después, esbozando una sonrisa:

«La encontré, prosiguió. Y ahora me acuerdo de que hay, encima de una tachadura, dos o tres palabras añadidas de puño y letra del vicario general... Confío todo esto a su honor, ¿eh? Somos gente de bien, no deseamos vernos comprometidos».

Antes de traer la nota fingió, durante tres días, sentir escrúpulos. La señora de Condamin tuvo que jurarle en especial que pronto se pediría el retiro del señor Rastoil, a fin de que el señor Paloque pudiera heredar la presidencia. Entonces entregó el papel. El padre Faujas no quiso conservarlo; se lo llevó a la señora

Rougon, encargándola de hacer uso de él, aunque permaneciendo en la sombra, si el vicario general parecía inmiscuirse en lo más mínimo en las elecciones.

La señora de Condamin dejó entrever también al señor Maffre que el emperador pensaba condecorarlo, y prometió formalmente al doctor Porquier encontrar un puesto aceptable para el granuja de su hijo. Se mostraba sobre todo exquisitamente cortés en los jardines, en las reuniones íntimas de la tarde. El verano tocaba a su fin; llegaba con ligeros atavíos, un poco temblorosa, arriesgándose a coger un catarro con tal de mostrar sus brazos y vencer los últimos escrúpulos de la sociedad de los Rastoil. La elección se decidió realmente bajo el cenador de los Mouret.

«¿Qué, señor subprefecto?, dijo el padre Faujas, sonriente, un día que las dos sociedades estaban reunidas, se acerca la gran batalla».

Habían llegado a reírse en la intimidad de las luchas políticas. Se estrechaban la mano en la trasera de las casas, en los jardines, al tiempo que se devoraban en las fachadas. La señora de Condamin lanzó una vivaz mirada al señor Péqueur des Saulaies, quien se inclinó con su corrección acostumbrada, recitando de un tirón:

«Me quedaré bajo mi tienda, señor cura. He tenido la fortuna de hacer comprender a Su Excelencia que el gobierno debía abstenerse, en interés de Plassans. No habrá candidato oficial».

El señor de Bourdeu se puso pálido. Sus párpados aleteaban, sus manos tenían estremecimientos de gozo.

«¿No habrá candidato oficial?, repitió el señor Rastoil, conmovidísimo por esta inesperada noticia, saliendo de la reserva en que se había mantenido hasta entonces.

—No, prosiguió Péqueur des Saulaies, la ciudad cuenta con bastantes hombres honorables, y es lo bastante mayorcita para elegir por sí sola su representante».

Se había inclinado ligeramente hacia el señor de Bourdeu, quien se levantó, balbuciendo:

«Sin duda, sin duda».

Entre tanto, el padre Surin había organizado una partida de «zurriago escondido». Las señoritas Rastoil, los jóvenes Maffre, Séverin, estaban justamente buscando el zurriago, el propio pañuelo del cura, enrollado como un tampón, que éste acababa de esconder. Toda la juventud giraba en torno al grupo de las personas serias, mientras el sacerdote, con su voz de falsete, gritaba:

«¡Caliente! ¡Caliente!».

Fue Angéline la que encontró el zurriago, en el bolsillo abierto del doctor Porquier, donde el padre Surin lo había deslizado hábilmente. Se rieron mucho, consideraron una broma ingeniosísima la elección de aquel escondite.

«Bourdeu tiene posibilidades ahora, dijo Rastoil, llevándose aparte al padre Faujas. Es un fastidio. No puedo decirle a él esto, pero nosotros no le votaremos; está demasiado comprometido como orleanista.

—Fíjese en su hijo Séverin, exclamó la señora de Condamin, que vino a mezclarse en la conversación. ¡Es un niño grande! Había metido el pañuelo debajo

del sombrero del padre Bourrette».

Después bajó la voz.

«A propósito, señor Rastoil, le felicito. He recibido una carta de París, en la que me aseguran haber visto el nombre de su hijo en una lista del ministro de Justicia; será nombrado, creo, suplente en Faverolles».

El presidente se inclinó, el rostro congestionado. El ministerio nunca le había perdonado la elección del marqués de Lagrifoul. Desde esa época no había podido, por una especie de fatalidad, ni colocar a su hijo ni casar a sus hijas. No se quejaba, pero fruncía los labios de una manera muy elocuente.

«Le hacía observar, pues, prosiguió, para ocultar su emoción, que Bourdeu es peligroso; por otra parte, no es de Plassans, no conoce nuestras necesidades. Daría igual reelegir al marqués.

—Si el señor de Bourdeu mantiene su candidatura, declaró el padre Faujas, los republicanos reunirán una minoría impresionante, lo cual surtirá un efecto de lo más detestable».

La señora de Condamin sonreía. Pretendió no entender nada de política; se escapó, mientras el cura llevaba al presidente al fondo del cenador, donde continuó la conversación en voz baja. Cuando regresaron a pasitos cortos, el señor Rastoil respondía:

«Tiene usted razón, sería un candidato conveniente; no es de ningún partido, se llegará a un acuerdo sobre su nombre... No me gusta el Imperio más que a usted, ¿sabe? Pero acaba por resultar pueril enviar a la Cámara unos diputados que no tienen otro mandato que pinchar al gobierno. Plassans sufre; necesita un hombre de negocios, un hijo de la tierra en situación de defender sus intereses.

—¡Caliente! ¡Caliente!», gritaba la voz de pito de Aurélie.

El padre Surin, que dirigía la pandilla, cruzó el cenador huroneando.

«¡Frío! ¡Frío!», repetía ahora la señorita, divertida por la inutilidad de la búsqueda.

Pero uno de los Maffre, levantando un tiesto, descubrió el pañuelo doblado en cuatro.

«Esa espingarda de Aurélie habría podido metérselo en la boca, dijo la señora Paloque; hay mucho sitio, y nadie habría ido a buscarlo allí dentro».

Su marido la hizo callar con una mirada furiosa. No le toleraba ya la menor frase agria. Temiendo que el señor de Condamin hubiera oído, murmuró:

«¡Qué hermosa juventud!

—Mi querido señor, decía el director de Montes al señor de Bourdeu, su éxito es seguro; sólo que tome sus precauciones, cuando esté en París. Sé de buena fuente que el gobierno está decidido a cualquier tropelía, si la oposición se pone molesta».

El ex prefecto lo miró muy inquieto, preguntándose si se burlaría de él. Péqueur des Saulaies se contentó con sonreír acariciándose los bigotes. Después la conversación volvió a ser general, y el señor de Bourdeu creyó observar que todos lo

felicitaban por su próximo triunfo con una discreción llena de tacto. Saboreó una hora de popularidad exquisita.

«Es sorprendente cómo la uva madura más pronto al sol, hizo observar el padre Bourrette, que no se había movido de su silla, con los ojos clavados en el cenador.

—En el norte, explicó el doctor Pourquoi, sólo se consigue la madurez, a menudo, quitando las hojas que rodean los racimos».

Se entablaba una discusión sobre este punto, cuando Séverin lanzó a su vez el grito:

«¡Caliente! ¡Caliente!».

Pero había colgado el pañuelo tan ingenuamente, detrás de la puerta del jardín, que el padre Surin lo encontró en seguida. Cuando este último lo hubo escondido, la pandilla registró inútilmente el jardín durante cerca de media hora; tuvo que rendirse. Entonces el cura lo mostró en el medio y medio de un arriate, tan artísticamente enrollado que parecía una piedra blanca. Fue la jugada más bonita de la tarde.

La noticia de que el gobierno renunciaba a patrocinar un candidato corrió por la ciudad, donde produjo gran emoción. Esta abstención tuvo el resultado lógico de inquietar a los diferentes grupos políticos, que contaban cada cual con la diversión de una candidatura oficial para ganar. El marqués de Lagrifoul, el señor de Bourdeu, el sombrerero Maurin parecían tener que distribuirse los votos en tres tercios más o menos iguales; con seguridad no habría mayoría absoluta, ¡y sabe Dios qué nombre saldría en la segunda vuelta! A decir verdad, se hablaba de un cuarto candidato cuyo nombre nadie podía decir con exactitud, un hombre de buena voluntad que acaso accediera a poner a todo el mundo de acuerdo. Los electores de Plassans, llenos de miedo desde que les habían dado rienda suelta, no pedían nada mejor que entenderse, escogiendo uno de sus conciudadanos que fuese grato a los diferentes partidos.

«El gobierno se equivoca al tratarnos como niños mal criados, decían, picados, los finos políticos del Círculo Comercial. ¡No dirán que la ciudad es un foco revolucionario! Si la administración hubiera tenido el tacto de patrocinar a un candidato adecuado, todos habríamos votado por él. El subprefecto ha hablado de una lección.

¡Pues bien!, no aceptamos tal lección. Sabremos encontrar nuestro candidato nosotros solos, demostraremos que Plassans es una ciudad con buen sentido y auténtica libertad».

Y buscaban. Pero los nombres emitidos por amigos o interesados no hacían sino redoblar la confusión. Plassans, en una semana, tuvo más de veinte candidatos. La señora Rougon, inquieta, sin entender nada, fue a ver al padre Faujas, furiosa con el subprefecto. El tal Péqueur era un asno, un currutaco, un maniquí, sólo servía para decorar un salón oficial; había dejado derrotar ya al gobierno, iba a acabar de comprometerlo con una actitud de indiferencia ridícula.

«Cálmese, dijo el sacerdote, que sonreía; esta vez el señor Péqueur des Saulaies se contenta con obedecer... La victoria es segura.

—¿Eh? ¡No tienen ustedes candidato!, exclamó ella. ¿Dónde está su candidato?».

Entonces, él desarrolló su plan. Ella lo aprobó como mujer inteligente, pero acogió con la mayor sorpresa el nombre que él le confió.

«¡Cómo!, dijo, ¿lo han elegido a él?... Nadie ha pensado nunca en él, se lo aseguro.

—Eso espero, prosiguió el sacerdote, sonriendo de nuevo. Necesitábamos un candidato en el cual nadie hubiera pensado, de forma que todo el mundo pueda aceptarlo sin creerse comprometido».

Después, con el abandono de un hombre fuerte que accede a explicar su conducta:

«Tengo mucho que agradecerle, continuó, me ha evitado usted muchos errores. Yo miraba a la meta, no veía las cuerdas tendidas que acaso habrían bastado para partirme las piernas... ¡A Dios gracias toda esa guerra pueril ha terminado! Voy a poder moverme a mis anchas... En cuanto a mi elección, es buena, convéznase usted. Desde el día siguiente de mi llegada a Plassans he buscado un hombre, y sólo he encontrado éste. Es flexible, muy capaz, muy activo; ha sabido no enfadarse con nadie hasta ahora, lo cual no es propio de un vulgar ambicioso. No ignoro que usted no es muy amiga suya; y por eso mismo no le descubrí el secreto. Pero se equivoca, ya verá el camino que el personaje recorrerá, en cuanto tenga el pie en el estribo; morirá con la toga senatorial... Lo que me decidió, por último, son las historias que me han contado sobre su fortuna. Parece que recogió tres veces a su mujer, pillada en flagrante delito, tras haberse hecho dar cada vez cien mil francos por el bueno de su suegro. Si ha acuñado realmente moneda de esa suerte, es un tipo que será muy útil en París para ciertas tareas... ¡Oh!, busque usted, busque. Si lo deja a un lado, no hay sino imbéciles en Plassans.

—Entonces, es un regalo que usted hace al gobierno», dijo, riendo, Félicité.

Se dejó convencer. Y al día siguiente el nombre de Delangre corrió de una punta a otra de la ciudad. Unos amigos, se decía, a fuerza de insistir, lo habían decidido a aceptar la candidatura. Se había negado mucho tiempo, considerándose indigno, repitiendo que no era un político, que los señores Lagrifoul y de Bourdeu, en cambio, tenían una larga experiencia de los asuntos públicos. Después, cuando le juraron que Plassans necesitaba justamente un diputado al margen de los partidos, se había dejado impresionar, pero haciendo las más expresas profesiones de fe. Quedaba claro que no iría a la Cámara ni para vejar al gobierno, ni para sostenerlo a toda costa; que se consideraría únicamente representante de los intereses de la ciudad; que, además, votaría siempre por la libertad dentro de un orden y por el orden dentro de una libertad; por último, que seguiría siendo alcalde de Plassans, de forma que se evidenciara el papel puramente conciliador, puramente administrativo, del que accedía a encargarse. Tales palabras parecieron singularmente sensatas. Los finos políticos del Círculo Comercial repetían, esa misma tarde, a porfía:

«Lo había dicho yo, Delangre es el hombre que necesitamos... Tengo curiosidad por saber qué podrá responder el subprefecto, cuando el nombre del alcalde salga de

la urna. No nos acusarán de haber votado como escolares enfurruñados; y tampoco podrán reprocharnos que nos ponemos de rodillas delante del gobierno... Si el Imperio recibiera unas cuantas lecciones de este género, las cosas marcharían mejor».

Fue un reguero de pólvora. La mina estaba preparada, una chispa había bastado. De todas partes a la vez, de los tres barrios de la ciudad, en cada casa, en cada familia, el nombre de Delangre ascendió entre un concierto de alabanzas. Se convertía en el mesías esperado, el salvador ignorado la víspera, revelado por la mañana y adorado por la noche.

En el fondo de las sacristías, en el fondo de los confesionarios, se balbuceaba el nombre de Delangre; rodaba en el eco de las naves, caía de los púlpitos de las afueras, se administraba de oreja a oreja, como un sacramento, se ensanchaba hasta el fondo de las últimas casas devotas. Los sacerdotes lo llevaban entre los pliegues de sus sotanas; el padre Bourrette le daba la campechanía respetable de su barriga; el padre Surin, la gracia de su sonrisa; monseñor Rousselot, el encanto femenino de su bendición pastoral. Las señoras de la buena sociedad hablaban sin parar del señor Delangre, ¡lo juzgaban de tan buen carácter, y con un semblante tan fino, tan espiritual! La señora Rastoil se ruborizaba aún; la señora Paloque estaba casi guapa al entusiasmarse; en cuanto a la señora de Condamin, se habría pegado a golpes de abanico por él, le ganaba los corazones por la forma en que estrechaba tiernamente la mano de los electores que prometían sus votos. Por último, Delangre apasionaba al Círculo de la Juventud. Séverin lo había tomado por su héroe, mientras que Guillaume y los jóvenes Maffre iban a conquistarle simpatías en los lugares de perdición de la ciudad. Y hasta las jóvenes bribonas de la obra de la Virgen que, al fondo de las callejas desiertas de las murallas, jugaban al chito con los aprendices curtidores del barrio, celebraban los méritos del señor Delangre.

El día del escrutinio, la mayoría fue aplastante. Toda la ciudad era cómplice. El marqués de Lagrifoul, y después el señor de Bourdeu, ambos furibundos, clamando contra la traición, habían retirado sus candidaturas. Delangre se había quedado solo, pues, frente al sombrerero Maurin. Este último obtuvo los votos de los quinientos republicanos intratables del arrabal. El alcalde tuvo a su favor el campo, la colonia bonapartista, los burgueses clericales de la ciudad nueva, los pequeños minoristas cobardes del barrio viejo, y hasta algunos monárquicos ingenuos del barrio de San Marcos, cuyos nobles habitantes se abstuvieron. Reunió así treinta y tres mil votos. El asunto se llevó con tanta decisión, el éxito obtenido fue tan descarado, que Plassans se quedó sorprendidísima, la noche de la elección, de haber tenido una voluntad tan unánime. La ciudad creyó que acababa de tener un sueño heroico, que una mano potente había debido de golpear el suelo, para sacar esos treinta y tres mil electores, aquel ejército ligeramente pasmoso, cuya fuerza nadie había sospechado hasta entonces. Los políticos del Círculo Comercial se miraban con aire perplejo, como hombres confundidos por la victoria.

Esa noche, la sociedad del señor Rastoil se reunió con la sociedad del señor

Péqueur des Saulaies, para celebrarlo discretamente en un pequeño salón de la subprefectura, que daba a los jardines. Tomaron el té. El gran triunfo de la jornada acababa de fundir a los dos grupos en uno solo. Todos los contertulios estaban allí.

«Yo no he sido un opositor sistemático a ningún gobierno, acabó por declarar Rastoil, aceptando unas pastas que le pasaba Péqueur des Saulaies. La magistratura debe desinteresarse de las luchas políticas. Y hasta confieso de buen grado que el Imperio ha realizado ya grandes cosas y que está llamado a llevar a cabo otras más grandes, si persiste en la vía de la justicia y la libertad».

El subprefecto se inclinó, como si esos elogios se hubieran dirigido personalmente a él. El señor Rastoil había leído la víspera, en *Le Moniteur*, el decreto que nombraba a su hijo Séverin suplente en Faverolles. Se hablaba también mucho de una boda, decidida entre Luden Delangre y la mayor de las señoritas Rastoil.

«Sí, es cosa hecha, respondió bajito el señor de Condamin a la señora Paloque, que acababa de interrogado al respecto. Ha elegido a Angéline. Creo que habría preferido a Aurélie. Pero le habrán dado a entender que no se podía decorosamente casar a la pequeña antes que a la mayor.

—Angéline, ¿está usted seguro?, murmuró malignamente la señora Paloque; creía que Angéline tenía un parecido...».

El director de Montes se puso un dedo en los labios, sonriente.

«En fin, es a la buena de Dios, ¿verdad?, continuó ella. Los lazos serán más fuertes entre las dos familias... Somos amigos ahora. Paloque espera su cruz. Y a mí todo me parece bien».

El señor Delangre no llegó hasta muy tarde. Le dedicaron una auténtica ovación. La señora de Condamin acababa de informar al doctor Porquier de que su hijo Guillaume era nombrado oficial primero en Correos. Distribuía buenas noticias, decía que el padre Bourrette sería vicario general de monseñor, al año siguiente, le daba un obispado al padre Surin antes de los cuarenta años, anunciaba la cruz para el señor Maffre.

«¡El pobre Bourdeu!, dijo el señor Rastoil con una queja postrera.

—¡Eh!, no hay que compadecerlo, exclamó ella, alegremente. Me encargo de consolarle. La Cámara no era para él. Necesita una prefectura... Dígale que acabaremos por encontrarle una prefectura».

Ascendieron risas. El humor amable de la hermosa Octavie, el cuidado que ponía en contentar a todos, encantaba a la sociedad. Realmente, hacía los honores de la subprefectura. Reinaba en ella. Y fue ella la que, bromeando, dio al señor Delangre los consejos más prácticos sobre el lugar que debía ocupar en el Cuerpo legislativo. Se lo llevó aparte, le ofreció introducirle en casa de importantes personajes, lo cual él aceptó agradecido. Hacia las once, el señor de Condamin habló de iluminar el jardín. Pero ella calmó el entusiasmo de aquellos señores, diciendo que no sería correcto, que no había que aparentar que se burlaban de la ciudad.

«¿Y el padre Fenil?, le preguntó bruscamente al padre Faujas, llevándoselo al

vano de una ventana. Me acuerdo de él, ahora... ¿No se ha movido?

—El padre Fenil es un hombre de buen sentido, respondió el sacerdote, con una fina sonrisa. Se le hizo comprender que cometería un error al meterse en política a partir de ahora».

El padre Faujas, en medio de aquella alegría triunfante, seguía serio. Su victoria era ruda. El chismorreo de la señora de Condamin le cansaba; la satisfacción de aquellos vulgares ambiciosos lo llenaba de desprecio. De pie, apoyado en la chimenea, parecía soñar, los ojos a lo lejos. Era el amo, no tenía ya necesidad de enmascarar sus instintos; podía alargar la mano, coger la ciudad, hacerla temblar. Aquella alta figura negra llenaba el salón. Poco a poco, los sillones se habían acercado, formando corro a su alrededor. Los hombres esperaban que dijera una frase de satisfacción, las mujeres lo solicitaban con los ojos cual esclavas sumisas. Pero él, brutalmente, rompiendo el corro, fue el primero en marcharse, despidiéndose con unas breves palabras.

Cuando regresó a casa de los Mouret, por el callejón de las Chevillottes y por el jardín, encontró a Marthe sola en el comedor, ensimismada en una silla, pegada a la pared, palidísima, mirando con ojos vagos la lámpara que tiznaba. Arriba, Trouche recibía, cantando una verdulería amable, que Olympe y los invitados acompañaban, golpeando los vasos con el mango de los cuchillos.

XX

El padre Faujas posó la mano en el hombro de Marthe.

«¿Qué hace usted aquí?, preguntó. ¿Por qué no se ha ido a acostar?... Le había prohibido esperarme».

Despertó como sobresaltada. Balbució:

«Creía que iba a volver antes. Me he dormido... Rose ha debido de hacer té».

Pero el sacerdote, llamando a la cocinera, le regañó por no haber obligado a su ama a acostarse. Le hablaba con tono de mando, que no admitía réplica.

«Rose, dele el té al señor cura, dijo Marthe.

—¡Eh! No necesito té, exclamó éste, enfadándose. Acuéstese inmediatamente. Es ridículo. No soy dueño de mí mismo... Rose, alúmbreme».

La cocinera lo acompañó hasta el pie de la escalera.

«El señor cura sabe perfectamente que la culpa no es mía, decía. La señora es muy rara. Con lo enferma que está, no puede quedarse una hora en su cuarto. Tiene que ir y venir, sofocarse, dar vueltas por el gusto de darlas, sin hacer nada... Mire, soy yo la que más sufro; la tengo siempre encima, estorbándome... Y luego, cuando se deja caer en una silla, es para rato. Allí se queda, mirando al aire, como espantada, como si viera cosas abominables... Se lo he dicho más de diez veces, esta noche, que usted se enfadaría si no subía. Ni siquiera puso cara de oírme».

El sacerdote se agarró al pasamanos, sin responder. Arriba, delante de la habitación de los Trouche, alargó el brazo, como para aporrear la puerta. Pero los cantos habían cesado; comprendió, por el ruido de las sillas, que los invitados se retiraban; se apresuró a entrar en su casa. Trouche, en efecto, bajó casi en seguida, con dos camaradas recogidos debajo de las mesas de cualquier cafetuchó; gritaba en la escalera que él sabía vivir y que iba a acompañarlos. Olympe se inclinó sobre la barandilla.

«Puede usted echar los cerrojos, le dijo a Rose. No volverá hasta mañana por la mañana, otra vez».

Rose, a la cual no había podido ocultar la mala conducta de su marido, la compadecía mucho. Corrió los cerrojos, gruñendo:

«¡Cásese usted! Los hombres te pegan o se van a correrla con bribonas... ¡Ah!, prefiero estar como estoy».

Cuando volvió, encontró de nuevo a su ama sentada, caída en una especie de doloroso estupor, las miradas sobre la lámpara. La zarandéó, la hizo subir a meterse en la cama. Marthe se había vuelto muy miedosa. De noche, decía, veía grandes claridades sobre las paredes de su habitación, oía violentos golpes a su cabecera. Rose, ahora, dormía cerca de ella, en un gabinete, desde donde corría a tranquilizarla al menor gemido. Esa noche se estaba desnudando aún, cuando oyó unos estertores;

la encontró en medio de las mantas revueltas, los ojos agrandados por un horror mudo, los puños sobre la boca, para no gritar. Tuvo que hablarle como a un niño, corriendo las cortinas, mirando debajo de los muebles, jurándole que se había equivocado, que allí no había nadie. Aquellos miedos se remataban con crisis de catalepsia, que la dejaban como muerta, la cabeza sobre los almohadones, los párpados levantados.

«Es el señor, que la atormenta», murmuró la cocinera, metiéndose por fin en cama.

Al día siguiente tocaba una de las visitas del doctor Porquier. Éste iba a ver a la señora Mouret dos veces a la semana, con regularidad. Le dio palmaditas en las manos, le repitió con su amable optimismo:

«Vamos, querida señora, no será nada... Sigue usted tosiendo un poquito, ¿verdad? Un simple catarro descuidado que curaremos con jarabes».

Entonces ella se quejó de dolores inaguantables en la espalda y el pecho, sin quitarle ojo, buscando en su rostro, en toda su persona, las cosas que él no decía.

«¡Tengo miedo de volverme loca!», dejó escapar con un sollozo.

La tranquilizó sonriendo. La visita del médico le causaba siempre una viva ansiedad; sentía cierto espanto ante aquel hombre tan educado y tan dulce. A menudo prohibía a Rose que le dejara entrar, diciendo que no estaba enferma, que no tenía necesidad de ver constantemente a un médico en su casa. Rose se encogía de hombros, y hacía pasar al doctor de todos modos. Por lo demás, éste acababa por no hablarle de su enfermedad, parecía hacerle simples visitas de cortesía.

Cuando salió, se encontró con el padre Faujas, que se dirigía a San Saturnino. Al interrogarle el sacerdote sobre el estado de la señora Mouret, respondió gravemente:

«La ciencia es a veces impotente, pero las bondades de la Providencia siguen siendo inagotables... La pobre señora ha estado muy quebrantada. No la condeno del todo. El pecho sólo está ligeramente afectado aún, y el clima aquí es bueno».

Inició entonces una disertación sobre el tratamiento de las enfermedades del pecho, en el distrito de Plassans. Preparaba un folleto sobre el tema, no para publicarlo, pues tenía el tino de no considerarse un sabio, sino para leerlo a unos cuantos amigos íntimos.

«Ésas son las razones, dijo al terminar, que me hacen creer que la temperatura regular, la flora aromática, las aguas salubres de nuestros collados, son de una excelencia total para la curación de las afecciones del pecho».

El sacerdote lo había escuchado con su aire duro y silencioso.

«Se equivoca usted, replicó lentamente. La señora Mouret está muy mal en Plassans... ¿Por qué no la manda a pasar el invierno en Niza?

—¿En Niza?», repitió el doctor, inquieto.

Miró al sacerdote un instante; luego, con su voz complaciente:

«En efecto, estaría muy bien en Niza. En el estado de sobreexcitación nerviosa en que se encuentra, un desplazamiento tendría buenos resultados. Habré de aconsejarle

ese viaje... Ha tenido usted una idea excelente, señor cura».

Se despidió, entró en casa de la señora de Condamin, cuyas menores jaquecas le causaban extraordinarias preocupaciones. Al día siguiente, a la hora de cenar, Marthe habló del médico en términos casi violentos. Juraba que no volvería a recibirlo.

«Es él quien me pone enferma, dijo. ¿No ha venido a aconsejarme un viaje, esta tarde?

—Lo apruebo grandemente», declaró el padre Faujas, que doblaba su servilleta.

Ella lo miró fijamente, muy pálida, murmurando en voz más baja:

«Entonces, ¿también usted me echa de Plassans? ¡Me moriría, en una tierra desconocida, lejos de mis costumbres, lejos de los seres queridos!».

El sacerdote estaba de pie, a punto de salir del comedor. Se acercó, prosiguió con una sonrisa:

«Sus amigos no desean más que su salud. ¿Por qué se rebela así?

—No, no quiero, no quiero, ¡oye!», exclamó, retrocediendo.

Hubo una corta lucha. La sangre había ascendido a las mejillas del cura; se había cruzado de brazos, como para resistir la tentación de pegarle. Ella, adosada al muro, se había erguido, con la desesperación de su debilidad. Después, vencida, extendió las manos, balbució:

«Se lo suplico, déjeme aquí... Le obedeceré».

Y, al prorrumpir ella en sollozos, él se marchó, encogiéndose de hombros, con el aire de un marido que teme las crisis de llanto. La señora Faujas, que acababa tranquilamente de cenar, había asistido a esta escena con la boca llena. Dejó llorar a Marthe cuanto quiso.

«No es usted razonable, mi querida niña, dijo, por fin, sirviéndose más mermeladas. Acabará por conseguir que Ovide la deteste. No sabe usted llevarlo... ¿Por qué se niega a viajar, si eso debe hacerle bien? Nosotros le guardaríamos la casa. Encontraría todo en su sitio, ¡ea!».

Marthe seguía sollozando, sin aparentar oírla.

«¡Ovide tiene tantas preocupaciones!, continuó la anciana señora. Usted sabe que a menudo trabaja hasta las cuatro de la madrugada... Cuando usted tose de noche, le afecta mucho y le quita todas las ideas. No puede trabajar ya, sufre más que usted... Hágalo por Ovide, mi querida niña; váyase, regrese a nosotros con buena salud».

Pero, alzando su cara roja de lágrimas, poniendo en un grito toda su angustia, Marthe gritó:

«¡Ay! ¡El cielo miente!».

En los días siguientes no se volvió a tratar del viaje a Niza. La señora Mouret enloquecía a la menor alusión. Se negaba a dejar Plassans con una energía tan desesperada que el propio sacerdote comprendió el peligro de insistir sobre este proyecto. Ella empezaba a estorbarle terriblemente en su triunfo. Como decía Trouche, riendo, debían de haberla mandado a ella a Les Tulettes la primera. Desde el rapto de Mouret, se encerraba en las más rígidas prácticas religiosas, evitando

pronunciar el nombre de su marido, pidiendo a la plegaria un embotamiento de todo su ser. Pero seguía inquieta, al volver de San Saturnino, con una necesidad más áspera de olvido.

«¡A la casera le da cada patatús!, contaba por la noche Olympe a su marido. Hoy la he acompañado a la iglesia; he tenido que recogerla del suelo... Te reirías si yo repitiera todo lo que vomita contra Ovide; está furiosa, dice que no tiene corazón, que la engañó prometiéndole un montón de consuelos. ¡Y también contra Dios Nuestro Señor! ¡Hay que oírla! Sólo una beata puede hablar tan mal de la religión. Una creería que Dios le ha estafado Una gruesa suma de dinero... ¿Quieres que te diga una cosa? Creo que su marido viene a tirarle de los pies, por la noche».

A Trouche le divertían mucho todas estas historias.

«Peor para ella, contestaba. Si ese guasón de Mouret está allá, es porque ella ha querido. Yo, en el lugar de Faujas, sé cómo arreglaría las cosas: la tendría contenta y suave como un cordero. Pero Faujas es tonto; dejará el pellejo, ya verás... Escucha, hija mía, tu hermano no es tan amable con nosotros como para que lo saquemos del aprieto. Yo me reiré el día en que la casera lo haga tirarse de cabeza. ¡Qué diablos, cuando uno es así, no mete a una mujer en el juego!

—Sí, Ovide nos desprecia demasiado», murmuraba Olympe.

Entonces Trouche bajaba la voz.

«Oye, si la casera se tirara a un pozo con el idiota de tu hermano, seríamos los dueños y señores; la casa sería nuestra. Haríamos nuestro agosto... Ése sería un buen desenlace».

Los Trouche, por otra parte, habían invadido la planta baja después de la marcha de Mouret. Olympe se había quejado primero de que las chimeneas humeaban, arriba; después, había acabado por convencer a Marthe de que el salón, abandonado hasta entonces, era la pieza más sana de la casa. Rose recibió la orden de encender allí un buen fuego, y las dos mujeres se pasaron allí los días, en charlas sin fin, frente a unos leños enormes, que llameaban. Uno de los sueños de Olympe era vivir así, bien vestida, tumbada en un canapé, entre el lujo de un bonito piso. Decidió a Marthe a cambiar el papel del salón, a comprar muebles y una alfombra. Entonces fue una dama. Bajaba en zapatillas y bata, hablaba como dueña de la casa.

«La pobre señora Mouret, decía, está tan ajetreada, que me ha suplicado que la ayude. Me ocupo un poco de sus asuntos. ¿Qué quiere usted? Es una buena obra».

Había sabido, en efecto, ganarse la confianza de Marthe, que, por cansancio, se descargaba en ella de los menudos cuidados de la casa. Era ella quien tenía las llaves de la bodega y de los armarios; además, pagaba a los proveedores. Durante mucho tiempo deliberó para saber si maniobraría para instalarse igualmente en el comedor. Pero Trouche la disuadió: no tendrían libertad para comer ni beber a gusto; ni siquiera se atreverían a beber buen vino ni a invitar a un amigo a tomar café. Pero Olympe prometió a su marido subirle su ración de postres. Se llenaba los bolsillos de azúcar, llevaba hasta cabos de vela. Con este fin había cosido unas grandes faltriqueras de

tela, que ataba bajo sus sayas y que tardaba un cuarto de hora largo en vaciar cada noche.

«Ya ves, esto que nos ahorramos, murmuraba, amontonando las provisiones en revoltillo en un baúl, que empujaba después bajo la cama. Si llegáramos a enfadarnos con la casera, aquí encontraríamos para ir tirando algún tiempo... Tendré que subir tarros de mermelada y saladillo.

—Eres tonta al esconderte, contestaba Trouche. Yo, en tu lugar, haría que Rose me subiera todo eso, ya que eres el ama».

Él se había concedido el jardín. Durante mucho tiempo había envidiado a Mouret al verlo podar los árboles, enarenar los paseos, regar las lechugas; acariciaba el sueño de poseer a su vez un rincón de tierra, donde cavaría y plantaría a sus anchas. Por eso, cuando Mouret ya no estuvo, invadió el jardín con proyectos de cambios, de transformaciones completas. Empezó por condenar a las verduras. Afirmaba tener un alma tierna y amar las flores. Pero el trabajo de la laya lo fatigó ya al segundo día; llamó a un jardinero, que cavó los cuadros a sus órdenes, tiró al estercolero las lechugas, preparó el suelo para recibir en primavera peonías, rosales, azucenas, semillas de espuelas de caballero y campanillas, esquejes de claveles y geranios. Luego se le ocurrió una idea: creyó que el luto, el aire negro de los arriates, procedía de los grandes bojes oscuros que los bordeaban, y planeó largamente arrancar los bojes.

«Tienes toda la razón, declaró Olympe, consultada; parece un cementerio. A mí me gustaría un borde de ramas de fundición imitando madera rústica... Decidiré a la casera. De todas formas, manda arrancar los bojes».

Los bojes fueron arrancados. Ocho días después, el jardinero colocaba las maderas rústicas. Trouche desplazó también varios árboles frutales que quitaban vista, mandó repintar los cenadores de verde claro, adornó el surtidor con rocallas. La cascada del señor Rastoil le tentaba furiosamente; pero se contentó con elegir el emplazamiento donde instalaría una parecida, «si las cosas marchaban bien».

«¡Los vecinos deben de estar asombrados!, decía por la noche a su mujer. Ven perfectamente que aquí vive un hombre de gusto... Al menos, este verano, cuando nos asomemos a la ventana, olerá bien, y tendremos una bonita vista».

Marthe los dejaba hacer, aprobaba todos los proyectos que se le sometían; por otra parte, acabaron por no consultarla siquiera. Los Trouche sólo tenían que luchar con la señora Faujas, que continuaba disputándoles la casa palmo a palmo. Cuando Olympe se había apoderado del salón, había tenido que empeñar una batalla en regla con su madre. Poco había faltado para que ésta ganase. Fue el sacerdote quien impidió esa victoria.

«La sinvergüenza de tu hermana echa pestes de nosotros con la casera, se quejaba sin cesar la señora Faujas. Le veo el juego; quiere suplantarnos, quedarse ella con todas las ventajas... ¡Pues no se ha instalado ahora en el salón, como una dama, esa golfa!».

El sacerdote no escuchaba, tenía bruscos gestos de impaciencia. Un día se enfadó, chilló:

«Por favor, madre, déjeme tranquilo. No me vuelva a hablar de Olympe ni de Trouche... ¡Que los parta un rayo, si quieren!

—Se quedan con la casa, Ovide, tienen dientes de rata. Cuando quieras tu parte, lo habrán roído todo... Sólo tú puedes tenerlos quietos».

Miró a su madre con su fina sonrisa.

«Madre, usted me quiere mucho, murmuró; la perdono... Tranquilícese, quiero algo muy distinto que la casa; no es mía, y sólo retengo lo que yo mismo gano. Estará usted en la gloria, cuando vea mi parte... Trouche me ha sido útil. Hay que hacer un poco la vista gorda».

La señora Faujas tuvo entonces que batirse en retirada. Lo hizo de muy mala gana, refunfuñando ante las risas de triunfo con que Olympe la perseguía. El total desinterés de su hijo desesperaba sus rudos apetitos, sus prudentes economías de campesina. Habría querido poner la casa a salvo, vacía y limpia, para que Ovide la encontrase el día en que tuviera necesidad de ella. Por eso los Trouche, con sus largos dientes, le causaban una desesperación de avara despojada por extraños; le parecía que devoraban su hacienda, que le comían la carne, que los dejaban en la miseria, a ella y a su hijo preferido. Cuando el cura le hubo prohibido oponerse a la lenta invasión de los Trouche, resolvió por lo menos salvar del pillaje lo que pudiera. Entonces empezó a robar en los armarios, como Olympe; se ató también unas grandes faltriqueras bajo las sayas; tuvo un cofre que llenó con todo lo que arrebañó, provisiones, ropa blanca, pequeños objetos.

«¿Qué es lo que esconde ahí, madre?», le preguntó una noche el cura, entrando en su habitación, atraído por el ruido que hacía al mover el cofre.

Ella balbució algo. Pero él, comprendiendo, se abandonó a una espantosa cólera.

«¡Qué vergüenza!, gritó. ¡Ahora es usted ladrona! ¿Qué ocurriría si la sorprendieran? Yo sería el hazmerreír de la ciudad.

—Es por ti, Ovide, murmuraba ella.

—¡Ladrona, mi madre es una ladrona! ¿Acaso cree usted que yo robo también, que he venido aquí para robar, que mi única ambición es alargar las manos y robar? ¡Dios mío! ¿Qué idea tiene usted de mí?... Tendremos que separarnos, madre, si no nos entendemos mejor».

Esta frase consternó a la vieja. Se había quedado arrodillada delante del cofre; se encontró sentada en las baldosas, palidísima, estrangulándose, las manos tendidas. Luego, cuando pudo hablar:

«Es por ti, hijo mío, sólo por ti, te lo juro... Te lo he dicho, ellos lo cogen todo; ella se lo lleva todo en sus bolsillos. No tendrás nada, ni un terrón de azúcar... No, no, no cogeré nada más, ya que eso te contraría; pero me quedaré contigo, ¿verdad?, me quedaré contigo...».

El padre Faujas no quiso prometerle nada, mientras no hubiera puesto en su sitio

todo lo que había cogido. Presidió él mismo, durante cerca de una semana, la mudanza secreta del cofre; la miraba llenarse las faltriqueras y esperaba a que subiera para hacer un nuevo viaje. Por prudencia, no le dejaba hacer más que dos viajes cada noche. A la vieja se le partía el corazón a cada nuevo objeto que devolvía; no se atrevía a llorar, pero lágrimas de pesar henchían sus párpados; sus manos estaban más temblorosas que cuando había vaciado los armarios. Lo que le dio la puntilla fue comprobar, a partir del segundo día, que su hija Olympe, a cada cosa que ella colocaba en su sitio, iba detrás y se apoderaba de ella. La ropa, las provisiones, los cabos de vela, no hacían más que cambiar de bolsillo.

«No bajo nada más, dijo a su hijo, sublevándose bajo este imprevisto golpe. Es inútil, tu hermana lo recoge todo detrás de mí. ¡Ah! ¡Qué bribona! Daría lo mismo entregarle el cofre. Debe de tener un lindo botín, ahí arriba... Te lo suplico, Ovide, déjame conservar lo que queda. No perjudico a la casera, ya que, de todos modos, lo ha perdido.

—Mi hermana es como es, respondió tranquilamente el sacerdote; pero yo quiero que mi madre sea honrada. Me ayudaría usted más si no cometiera semejantes acciones».

Tuvo que devolverlo todo y vivió a partir de entonces con un odio feroz a los Trouche, a Marthe, a la casa entera. Decía que llegaría el día en que tendría que defender a Ovide contra toda aquella gente.

Los Trouche entonces reinaron como dueños y señores. Remataron la conquista de la casa, penetraron en los más ocultos rincones. Las habitaciones del cura fueron lo único respetado. Sólo temblaban delante de él. Lo cual no les impedía invitar amigos, hacer «comilonas» que duraban hasta las dos de la madrugada. Guillaume Pourquoier acudió con pandillas de chicos jovencísimos. Olympe, pese a sus treinta y siete años, hacía carantoñas, y más de un colegial la acosó de muy cerca, lo cual le provocaba risas de mujer lisonjeada y feliz. La casa se convirtió para ella en un paraíso. Trouche reía burlón, le gastaba bromas, cuando estaba a solas con ella; pretendía haber encontrado una cartera de escolar entre sus faldas.

«¡Vaya!, decía ella sin enfadarse, ¿es que tú no te diviertes?... Sabes perfectamente que somos libres».

La verdad era que Trouche había estado a punto de comprometer esta vida de jauja con una barrabasada demasiado fuerte. Una monja lo había sorprendido en compañía de la hija de un curtidor, de aquella chiquilla alta y rubia a la que se comía con los ojos desde hada mucho. La pequeña contó que no era la única, que otras habían recibido también caramelos. La monja, sabedora del parentesco de Trouche con el párroco de San Saturnino, tuvo la prudencia de no propalar la aventura, antes de haber visto a éste. Él se lo agradeció, le dio a entender que la religión sería la primera en salir mal parada de semejante escándalo. El asunto fue ahogado, las damas del patronato de la obra no sospecharon nada. Pero el padre Faujas tuvo con su cuñado una explicación terrible, que provocó delante de Olympe, a fin de que la

mujer poseyera un arma para tener a raya al marido. Por eso, a partir de esta historia, cada vez que Trouche la contrariaba, Olympe le decía secamente:

«¡Vete a darle caramelos a las niñas!».

Durante mucho tiempo sintieron otro terror. Aunque se daban la gran vida, aunque se abastecían en todos los armarios de la casera, estaban acribillados a deudas en el barrio. Trouche se comía el sueldo en el café; Olympe empleaba en fantasías el dinero que sacaba de los bolsillos de Marthe, contándole historias disparatadas. En cuanto a las cosas necesarias para la vida, el matrimonio las compraba religiosamente a crédito. Una factura que los inquietó mucho fue sobre todo la de la pastelería de la calle de la Banne —ascendía a más de cien francos—, tanto más cuanto que el pastelero era un hombre brutal que los amenazaba con contárselo todo al padre Faujas. Los Trouche vivían acongojados, temiendo una espantosa escena; pero el día en que le presentaron la factura, el padre Faujas pagó sin discusión, y hasta se olvidó de dirigirles sus reproches. El sacerdote parecía por encima de estas miserias; continuaba viviendo, negro y rígido, en aquella casa entregada al saqueo, sin percatarse de los dientes feroces que se comían los muros, de la lenta ruina que poco a poco hacía derrumbarse los techos. Todo se degradaba a su alrededor, mientras él iba en derechura a su sueño de ambición. Seguía acampando como un soldado en su gran habitación desnuda, sin concederse el menor bienestar, enfadándose cuando alguien quería mimarlo. Desde que era dueño de Plassans, volvía a ser sucio: su sombrero estaba rojo, sus medias se embarraban; su sotana, zurcida cada mañana por su madre, se parecía al andrajo lamentable, blanquecino, gastado, que llevaba en los primeros tiempos.

«¡Bah! Está aún muy bien», respondía, cuando alguien su alrededor aventuraba una tímida observación.

Y la exhibía, la paseaba por las calles, la cabeza muy alta, sin inquietarse por las extrañas miradas que le echaban. No era bravata, en su caso; se trataba de una inclinación natural. Ahora que creía no tener necesidad de agradar, volvía a su desdén por cualquier clase de gracia. Su triunfo era sentarse tal como era, con su gran cuerpo mal arreglado, su rudeza, sus ropas agujereadas, en medio de una Plassans conquistada.

La señora de Condamin, herida por aquel acre olor a combatiente que ascendía de su sotana, quiso un día regañarle maternalmente.

«¿Sabe usted que las señoras empiezan a detestarlo?, le dijo riendo. Le acusan de no gastar nada en su aseo... Antes, cuando sacaba usted el pañuelo, parecía, que un monaguillo balanceaba un incensario detrás de usted».

Pareció muy asombrado. No había cambiado, creía. Pero ella se acercó y, con voz amistosa:

«Veamos, mi querido párroco, permítame que le hable con el corazón en la mano... ¡Bien! Se equivoca usted al descuidarse. Casi no se hace la barba, no se peina ya, su pelo está desgredado como si acabara de andar a puñetazos. Se lo

aseguro, eso produce un efecto malísimo... Las señoras Rastoil y Delangre me decían ayer que no lo reconocen. Está comprometiendo usted su éxito».

Él se echó a reír, con risa de desafío, meneando su cabeza descuidada y poderosa.

«Ahora ya está hecho, se contentó con responder; tendrán que aceptarme mal peinado».

Plassans, en efecto, tuvo que aceptarlo mal peinado. Del sacerdote flexible se desprendía una figura sombría, despótica, que doblegaba todas las voluntades. Su cara, de nuevo terrosa, tenía miradas de águila; sus gruesas manos se alzaban, llenas de amenazas y castigos. La ciudad quedó positivamente aterrorizada, al ver al amo que se había dado crecer así desmesuradamente, con los andrajos inmundos, el olor fuerte, el pelaje chamuscado de un diablo. El temor sordo de las mujeres consolidó aún más su poder. Fue cruel con sus penitentes, y ni una se atrevió a dejarlo; acudían a él con estremecimientos cuya fiebre saboreaban.

«Querida mía, confesaba la señora de Condamin a Marthe, me equivocaba al querer que se perfumase; me acostumbro, opino incluso que está mucho mejor... ¡Eso es un hombre!».

El padre Faujas reinaba sobre todo en el obispado. Después de las elecciones, le había asignado a monseñor Rousselot una vida de prelado holgazán. El obispo vivía con sus queridos libros, en su despacho, donde el cura, que dirigía la diócesis desde la pieza contigua, lo tenía realmente bajo llave, dejándole ver sólo a las personas de las que no desconfiaba. El clero temblaba bajo aquel dueño absoluto; los ancianos sacerdotes de cabellos blancos se curvaban con su humildad eclesiástica, su abandono de toda voluntad. A menudo monseñor Rousselot, encerrado con el padre Surin, lloraba gruesas lágrimas silenciosas; añoraba la mano seca del padre Fenil, que tenía horas de caricias, mientras que, ahora, se sentía como aplastado bajo una presión implacable y continua. Después sonreía, se resignaba, murmurando con su amable egoísmo:

«Vamos, hijo mío, pongámonos al trabajo... No debería quejarme, llevo la vida que siempre he soñado: soledad absoluta y libros».

Suspiraba, agregaba en voz más baja:

«Sería feliz, si no temiera perderle, mi querido Surin... Él acabará por no tolerarlo aquí. Ayer me pareció que lo miraba con ojos desconfiados. Se lo suplico, diga siempre lo que él, póngase de su parte, no me proteja. ¡Ay!, sólo le tengo a usted».

Dos meses después de las elecciones el padre Vial, uno de los vicarios generales de monseñor, fue a instalarse a Roma. Naturalmente, el padre Faujas se atribuyó el puesto, aunque estuviera prometido desde hacía tiempo al padre Bourrette. Ni siquiera nombró a éste para la parroquia de San Saturnino, que él abandonaba; puso allí a un joven sacerdote ambicioso, criatura suya.

«Monseñor no ha querido oír hablar de usted», dijo secamente al padre Bourrette, cuando se lo encontró.

Y como el anciano sacerdote balbucía que vería a monseñor, que le pediría una explicación, él agregó con más dulzura:

«Monseñor está demasiado indispuerto para recibirle. Déjemelo a mí, yo defenderé su causa».

Desde su entrada en la Cámara, el señor Delangre había votado con la mayoría. Plassans estaba conquistada abiertamente para el Imperio. Parecía incluso que el cura se tomase una venganza al tratar brutalmente a aquellos burgueses prudentes: condenó de nuevo las puertecitas del callejón de las Chevillottes, forzó al, señor Rastoil y a sus amigos a entrar en casa del subprefecto por la plaza, por la puerta oficial. Cuando aparecía por las reuniones íntimas, aquellos caballeros se mostraban muy humildes delante de él. Y era tal la fascinación, el sordo terror a su gran cuerpo desaliñado, que incluso cuando no estaba nadie se atrevía a arriesgar la menor frase equívoca sobre él.

«Es un hombre de gran mérito, declaraba Péqueur des Saulaies, que contaba con una prefectura.

—Un hombre muy notable», repetía el doctor Pourquoi.

Todos meneaban la cabeza. El señor de Condamin, a quien este concierto de elogios acababa por irritar, se daba a veces el gustazo de ponerlos en aprietos.

«No tiene muy buen carácter, en todo caso», murmuraba.

Esta frase helaba a la compañía. Cada uno de los señores sospechaba que su vecino estaba vendido al terrible cura.

«El vicario general tiene un corazón excelente, aventuraba prudentemente el señor Rastoil; sólo que, como todos los grandes ingenios, acaso su trato inicial sea un poco severo.

—Es igual que yo, soy de convivencia muy fácil, y siempre he pasado por un hombre duro», exclamaba el señor de Bourdeu, reconciliado con el grupo desde que había tenido una larga entrevista privada con el padre Faujas.

Y, queriendo que todos volvieran a estar a sus anchas, el presidente proseguía:

«¿Saben ustedes que se habla de un obispado para el vicario general?».

Entonces había un gran regocijo. El señor Maffre esperaba que sería en el propio Plassans donde el padre Faujas se convertiría en obispo, tras la partida de monseñor Rousselot, cuya salud era delicada.

«Todos saldrían ganando, decía ingenuamente el padre Bourrette. La enfermedad ha agriado a monseñor, y yo sé que nuestro excelente Faujas hace los mayores esfuerzos para destruir en su ánimo ciertas injustas prevenciones.

—A usted lo quiere mucho, aseguraba el juez Paloque, que acababa de ser condecorado; mi mujer lo ha oído quejarse del olvido en que lo dejan».

Cuando el padre Surin estaba allí, les hacía coro; pero, aunque él tuviera la mitra en el bolsillo, según la expresión de los sacerdotes de la diócesis, el éxito del padre Faujas lo inquietaba. Lo miraba con su aire pulcro, herido por su rudeza, recordando la predicción de monseñor, buscando la grieta que haría caer pulverizado al coloso.

Sin embargo, aquellos señores estaban satisfechos, salvo Bourdeu y Péqueur des Saulaies, quienes esperaban aún las mercedes del gobierno. Los dos eran, por ello, los más ardientes partidarios del padre Faujas. Los otros, en verdad, se habrían rebelado de buena gana, de haberse atrevido; estaban hartos del continuo reconocimiento exigido por el amo, deseaban ardientemente que una mano valiente los librase. Por ello intercambiaron extrañas miradas, al punto disimuladas, el día en que la señora Paloque preguntó, afectando gran indiferencia.

«¿Y qué ha sido del padre Fenil? Hace un siglo que no he oído hablar de él».

Se había hecho un profundo silencio. Sólo el señor de Condamin era capaz de aventurarse por terreno tan resbaladizo; lo miraron.

«Creo que está encerrado en su finca de Les Tulettes, respondió, tranquilamente».

Y la señora de Condamin agregó, con una risa irónica: «Podemos dormir en paz; es hombre acabado, no volverá a mezclarse en los asuntos de Plassans».

Sólo Marthe seguía siendo un obstáculo. El padre Faujas notaba que cada día se le escapaba más; él endurecía su voluntad, apelaba a sus fuerzas de sacerdote y de hombre para doblegarla, sin conseguir moderar en ella el ardor que le había insuflado. Ella iba hasta el final lógico de toda pasión, exigía avanzar más a cada hora en la paz, en el éxtasis, en la nada perfecta de la felicidad divina. Y había en ella una angustia mortal al estar como tapiada dentro de su carne, al no poder alzarse hasta el umbral de luz que creía distinguir, cada vez más lejos, cada vez más arriba. Ahora tiritaba en San Saturnino, en la sombra fría donde había saboreado la proximidad de delicias tan ardientes; los ronquidos de los órganos pasaban sobre su nuca inclinada, sin levantarle el vello con un estremecimiento de voluptuosidad; los humos blancos del incienso ya no la amodorraban en medio de un sueño místico; las capillas llameantes, los santos copones resplandecientes, cual astros, las casullas de oro y plata, palidecían, se anegaban bajo sus miradas oscurecidas por las lágrimas. Entonces, al igual que una condenada, abrasada por los fuegos del paraíso, alzaba los brazos desesperadamente, reclamaba al amante que se negaba a ella, balbuciendo, gritando: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué os habéis retirado de mí?».

Avergonzada, como herida por la muda frialdad de las bóvedas, Marthe salía de la iglesia con la cólera de una mujer desdeñada. Soñaba con suplicios para ofrecer su sangre; se debatía furiosamente en su impotencia para llegar más lejos que la plegaria, para arrojarse de un salto en brazos de Dios. Después, al regresar a casa, ponía su única esperanza en el padre Faujas. Sólo él podía entregarla a Dios; él le había dado acceso a los gozos de la iniciación, él debía ahora desgarrar el velo entero. Y se imaginaba una sucesión de prácticas que desembocarían en la satisfacción completa de su ser. Pero el sacerdote se enfurecía, se abandonaba basta tratarla groseramente, se negaba a oírla mientras no estuviera de rodillas, humillada, inerte, como un cadáver. Ella lo escuchaba, de pie, sublevada por una rebelión de todo su cuerpo, volviendo contra él el rencor de sus deseos burlados, acusándolo de la cobarde traición en la cual agonizaba.

A menudo la vieja señora Rougon se creyó en el deber de intervenir entre el cura y su hija, como lo hacía antes entre ésta y Mouret. Al contarle Marthe sus penas, habló con el sacerdote como una suegra que quiere la felicidad de sus hijos, que se pasa el tiempo poniendo paz en la pareja.

«¡Vamos!, le dijo, sonriendo, ¿es que no pueden vivir tranquilos? Marthe se queja siempre, y usted parece continuamente de morros con ella. Sé bien que las mujeres son exigentes, pero confiese también que a usted le falta un poco de complacencia... Estoy realmente apenada por lo que pasa: ¡les sería tan fácil entenderse! Por favor, querido padre, sea más dulce».

Le regañaba también amistosamente por sus malos modales. Percibía, con su olfato de mujer experta, que él abusaba de la victoria. Después disculpaba a su hija; la querida niña había sufrido mucho, su sensibilidad nerviosa exigía grandes miramientos; por lo demás, poseía un excelente carácter, una naturaleza amante, que un hombre hábil podía manejar a su antojo. Pero un día que le enseñaba así la forma de hacer de Marthe lo que quisiera, el padre Faujas se hartó de aquellos eternos consejos.

«¡Ah, no!, gritó brutalmente; su hija está loca, me revienta, no quiero ocuparme más de eso... Pagaría muy caro al tipo que me desembarazase de ella».

La señora Rougon lo miró fijamente, con los labios apretados.

«Escuche, amigo mío, le respondió tras un silencio, carece usted de tacto; eso le perderá. Estréllese, si le divierte. Yo, a fin de cuentas, me lavo las manos. Le he ayudado, no por sus lindos ojos, sino para agradar a nuestros amigos de París. Me escribieron que lo encarrilase, y lo encarrilé... Sólo que recuerde bien esto: no aguantaré que venga a mi casa a dárselas de dueño. Que ese mequetrefe de Péqueur, que ese hombrecillo de Rastoil tiemblen a la vista de su sotana, santo y bueno. Nosotros, nosotros no tenemos miedo, nosotros pensamos seguir siendo los amos. Mi marido ha conquistado Plassans antes que usted, y conservaremos Plassans, se lo advierto».

A partir de ese día, hubo una gran frialdad entre los Rougon y el padre Faujas. Cuando Marthe fue a quejarse de nuevo, su madre le dijo a las claras:

«Tu cura se burla de ti. No tendrás nunca la menor satisfacción con ese hombre... Yo, en tu lugar, no me andaría con chiquitas, y le soltaría cuatro frescas en su cara. En primer lugar, desde hace algún tiempo es más sucio que el palo de un gallinero; no comprendo cómo puedes comer a su lado».

La verdad es que la señora Rougon había inspirado a su marido un plan muy ingenioso. Se trataba de despojar al cura para beneficiarse de su éxito. Ahora que la ciudad votaba correctamente, Rougon, que no había querido arriesgarse a una campaña abierta, debía bastar para mantenerla en el buen camino. Con ello, el salón verde sería aún más poderoso. Félicité, a partir de entonces, esperó con la paciente astucia a la cual debía su fortuna.

El día en que su madre le juró que el cura «se burlaba de ella», Marthe se dirigió a

San Saturnino, el corazón sangrante, resuelta a un llamamiento supremo. Se quedó allí dos horas, en la iglesia desierta, agotando las plegarias, esperando el éxtasis, torturándose en busca de alivio. Actos de humildad la aplastaban sobre las losas, movimientos de rebelión la incorporaban con los dientes apretados, mientras todo su ser, locamente tenso, se destrozaba al no aferrar, al no besar más que el vacío de su pasión. Cuando se levantó, cuando salió, el cielo le pareció negro; no sentía los adoquines bajo sus pies, y las calles estrechas le dejaban la impresión de una inmensa soledad. Tiró el sombrero y el mantón sobre la mesa del comedor, subió derecha a la habitación del padre Faujas.

El cura, sentado a su mesita, pensaba, la pluma caída de los dedos. Le abrió, preocupado; pero cuando la vio muy pálida, delante de él, con una resolución ardiente en los ojos, hizo un gesto de cólera.

«¿Qué quiere?, preguntó, ¿por qué ha subido?... Vuelva a bajar y espéreme, si tiene algo que decirme».

Ella le empujó, entró sin pronunciar una palabra.

Él vaciló un instante, luchando contra la brutalidad que le hacía ya alzar la mano. Se quedó de pie, frente a ella, sin cerrar la puerta abierta de par en par.

«¿Qué quiere?, repitió; estoy ocupado».

Entonces ella fue a cerrar la puerta. Después, sola con él, se aproximó. Por fin dijo:

«Tengo que hablarle».

Se había sentado, mirando la habitación, la cama estrecha, la cómoda pobre, el gran cristo de madera negra, cuya brusca aparición sobre la desnudez del muro le produjo un breve escalofrío. Una paz glacial caía del techo. El hogar de la chimenea estaba vacío, sin una pulgarada de ceniza.

«Va a coger frío, dijo el sacerdote, con voz sosegada. Por favor, bajemos.

—No, tengo que hablarle», dijo ella de nuevo.

Y, las manos juntas, como una penitente que se confiesa:

«Le debo mucho... Antes de su llegada, yo estaba sin alma. Es usted quien ha querido mi salvación. Gracias a usted he conocido las únicas alegrías de mi existencia. Es usted mi salvador y mi padre. Desde hace cinco años, sólo vivo por usted y para usted».

Su voz se quebraba, caía de rodillas. Él la detuvo con un ademán.

«¡Pues bien!, gritó ella, hoy sufro, necesito su ayuda... Escúcheme, padre mío. No se retire de mí. No puede abandonarme así... Le digo que Dios ya no me oye. Ya no lo siento... piedad, se lo ruego. Aconséjeme, condúzcame a esas gracias divinas cuyas dichas iniciales me hizo conocer; enséñeme lo que debo hacer para sanar, para avanzar cada vez más en el amor de Dios.

—Hay que rezar, dijo gravemente el sacerdote.

—He rezado, he rezado horas y horas, la cabeza entre las manos, tratando de aniquilarme en el fondo de cada frase de adoración, y no me he visto aliviada, y no he

sentido a Dios.

—Hay que rezar, rezar más, rezar siempre, rezar hasta que Dios se conmueva y descienda a usted».

Ella lo miraba con angustia.

«Entonces, preguntó, ¿sólo está la oración? ¿No puede hacer usted nada por mí?

—No, nada», declaró rudamente.

Ella alzó sus manos trémulas, en un impulso desesperado, la garganta henchida de cólera. Pero se contuvo. Balbució:

«Su Cielo está cerrado. Me ha conducido usted hasta él para que choque contra ese muro... Yo estaba muy tranquila, ¿recuerda?, cuando usted vino. Vivía en mi rincón, sin un deseo, sin una curiosidad. Y fue usted quien me despertó con palabras que trastornaban mi corazón. Fue usted quien me hizo entrar en otra juventud... ¡Ay!, no sabe usted qué goces me daba, al principio... Era un calor en mi interior, dulce, que llegaba hasta el fondo de mi ser. Oía mi corazón. Tenía una esperanza inmensa. A los cuarenta años, eso me parecía ridículo a veces, y sonreía; después me perdonaba, de tan feliz como era... Pero ahora quiero el resto de la dicha prometida. Esto no puede ser todo. Hay otra cosa, ¿verdad? Comprenda que estoy harta de este deseo siempre despierto, que ese deseo me ha abrasado, que ese deseo me hace agonizar. Debo darme prisa, ahora que ya no tengo salud; no quiero quedar chasqueada... Hay otra cosa, dígame que hay otra cosa».

El padre Faujas permanecía impasible, dejando pasar este raudal de palabras ardientes.

«¡No hay nada! ¡No hay nada!, continuó ella con arrebató; entonces me ha engañado usted... Me prometió el Cielo, abajo, en la terraza, en aquellas veladas llenas de estrellas. Y yo acepté. Me vendí, me entregué. Estaba loca, en aquellas ternuras iniciales de la plegaria... Hoy, el trato ya no vale; quiero volver a mi rincón, recobrar mi vida en calma. Pondré a todos en la calle, arreglaré la casa, zurciré la ropa en mi sitio de costumbre, en la terraza... Sí, me gustaba zurcir la ropa. La costura no me fatigaba... Y quiero que Desirée esté a mi lado, en su banquito; se reía, hacía muñecas, mi querida inocente...».

Prorrumpió en sollozos.

«¡Quiero mis hijos!... Eran ellos los que me protegían. Cuando ya no estuvieron aquí, perdí la cabeza, comencé a vivir mal... ¿Por qué me los ha quitado?... Se han ido uno a uno, y la casa se me volvió como ajena. Mi corazón ya no estaba en ella. Me sentía contenta cuando la dejaba toda una tarde; después, de noche, cuando regresaba, creía habitar entre desconocidos. Hasta los muebles me parecían hostiles y helados. Odiaba la casa... Pero iré a recogerlos, a mis pobres pequeños. Cambiaré todo aquí, en cuanto lleguen... ¡Ay! ¡Si pudiera volver a dormir con mi buen sueño!».

Se exaltaba cada vez más. El sacerdote intentó calmarla con un método que a menudo le había resultado.

«Vamos, sea razonable, mi querida señora, dijo, tratando de apoderarse de sus

manos para estrecharlas entre las suyas.

—¡No me toque!, gritó ella, retrocediendo. No quiero... Cuando usted me agarra, soy débil como un niño. El calor de sus manos me llena de cobardía... Mañana recomenzaría, pues no puedo vivir, ya ve usted, y usted sólo me aplaca durante una hora».

Se había ensombrecido. Murmuró:

«No, ahora estoy condenada. Jamás volveré a amar la casa. Y, si vinieran los niños, preguntarían por su padre... ¡Ay! Mire, eso es lo que me ahoga... Sólo seré perdonada cuando haya contado mi crimen a un sacerdote».

Y, cayendo de rodillas:

«Soy culpable. Por eso el rostro de Dios se aparta de mí».

Pero el padre Faujas quiso levantarla.

«Cállese, dijo a voces. No puedo recibir aquí su confesión. Venga mañana a San Saturnino.

—Padre mío, prosiguió ella, suplicante, ¡tenga piedad! Mañana no tendré ya fuerzas.

—Le prohíbo hablar, gritó él con más violencia; no quiero saber nada, apartaré la cabeza, cerraré los oídos».

Retrocedía, con los brazos extendidos, como para detener la confesión en los labios de Marthe. Ambos se miraron un instante en silencio, con la sorda cólera de su complicidad.

«No es un sacerdote el que la oiría, agregó con voz más ahogada. Aquí no hay más que un hombre para juzgarla y condenarla.

—¡Un hombre!, repitió ella, enloquecida. ¡Pues bien! Más vale. Prefiero un hombre».

Se levantó, continuó con fiebre:

«No me confieso, le digo a usted mi culpa. Después de los hijos, dejé marcharse al padre. ¡El infeliz nunca me pegó! Era yo, que estaba loca. Sentía ardores por todo el cuerpo, y me arañaba, necesitaba el frío de las baldosas para calmarme. Luego sentía tal vergüenza después de la crisis, al verme así desnuda delante de la gente, que no me atrevía a hablar. ¡Si supiera qué espantosas pesadillas me arrojaban al suelo! Todo el infierno giraba en mi cabeza. Él, pobre hombre, me daba lástima, castañeteando los dientes. Tenía miedo de mí. Cuando ustedes no estaban, no se atrevía a acercarse, se pasaba la noche en una silla».

El padre Faujas intentó interrumpirla.

«Se está matando usted. No remueva esos recuerdos. Dios tendrá en cuenta sus sufrimientos.

—Fui yo quien lo envió a Les Tulettes, prosiguió, imponiéndole silencio con un gesto enérgico. Todos ustedes me decían que estaba loco... ¡Ah! ¡Qué vida más intolerable! Siempre he sentido espanto de la locura. Cuando era joven, me parecía que me arrancaban el cráneo y que mi cabeza se vaciaba. Tenía como un bloque de

hielo en la frente. ¡Pues bien! Recuperé esta sensación de frío mortal, tuve miedo de volverme loca, siempre, siempre... A él se lo llevaron. Y yo dejé que lo hicieran. Ya no sabía. Eso es lo que me tiene rara, lo que me clava horas y horas en el mismo sitio, con los ojos abiertos... Y conozco la casa, la tengo en los ojos. El tío Macquart me la ha enseñado. Es toda gris, como una cárcel, con ventanas negras».

Se ahogaba. Se llevó a los labios un pañuelo, que retiró manchado con unas gotas de sangre. El sacerdote, con los brazos firmemente cruzados, esperaba el final de la crisis.

«Usted lo sabe todo, ¿verdad?, remató, balbuciendo. Soy una miserable, he pecado por usted... Pero deme la vida, deme la alegría, y entraré sin remordimientos en esa dicha sobrehumana que usted me prometió.

—Miente usted, dijo lentamente el sacerdote; yo no sé nada; ignoraba que hubiera usted cometido ese crimen».

Ella retrocedió a su vez, las manos juntas, tartamudeando, clavando en él unas miradas aterradas. Después, iracunda, perdió la conciencia, se puso familiar:

«Escuche, Ovide, murmuró, lo amo, y usted lo sabe, ¿no? Lo he amado, Ovide, el día en que entró aquí... No se lo decía. Veía que le desagradaba. Pero notaba perfectamente que usted adivinaba en mi corazón. Estaba satisfecha, esperaba que podríamos ser felices un día, en una unión totalmente divina... Entonces, vacié la casa para usted. Me arrastré de rodillas, he sido su sirvienta... No puede usted ser cruel hasta el final. Accedió usted a todo, me permitió ser solo suya, apartar los obstáculos que nos separaban. Acuérdesse, se lo suplico. Ahora que estoy enferma, abandonada, el corazón lastimado, la cabeza vacía, es imposible que me rechace... No hemos dicho nada en alto, es cierto. Pero mi amor hablaba y el silencio de usted respondía. Es al hombre a quien me dirijo, no al sacerdote. Me ha dicho usted que aquí no había sino un hombre. El hombre me oirá... Lo amo, Ovide, lo amo, y me muero».

Sollozaba. El padre Faujas se había enderezado con toda su alta estatura, se acercó a Marthe, dejó caer sobre ella su desprecio por la mujer.

«¡Ah! ¡Carne miserable!, dijo. Contaba con que usted sería razonable, que jamás llegaría a la vergüenza de decir en voz alta esa basura... Sí, es la eterna lucha del mal contra las voluntades fuertes. Son ustedes la tentación de abajo, la cobardía, la caída final. El sacerdote no tiene otro adversario que ustedes, y deberían expulsarlas de las iglesias, por impuras y malditas.

—Lo amo, Ovide, balbució de nuevo; lo amo, socórrame.

—Ya me he acercado demasiado a usted, continuó él.

Si fracaso, será usted, mujer, la que me habrá despojado de mi fuerza con su mero deseo. Retírese, márchese, ¡es usted Satán! Le pegaré para sacarle del cuerpo a ese mal ángel».

Ella se había dejado resbalar, sentada a medias contra la pared, muda de terror, ante el puño con el que el sacerdote la amenazaba. Sus cabellos se desanudaban, una

gran mecha blanca le cortaba la frente. Cuando, buscando un auxilio en la habitación desnuda, divisó el cristo de madera negra, tuvo aún fuerzas para extender las manos hacia él, con un gesto apasionado.

«No imploro a la cruz, exclamó el sacerdote en el colmo de su arrebató. Jesús vivió casto, y por eso supo morir».

La señora Faujas regresaba, llevando al brazo un gran cesto de provisiones. Se desembarazó de él a toda prisa, al ver a su hijo con aquella espantosa cólera. Le sujetó los brazos.

«Ovide, cálmate, hijo mío», murmuró, acariciándolo.

Y, volviéndose hacia la anonadada Marthe, la fulminó con la mirada:

«¿Es que no puede dejarlo tranquilo?... Ya que no quiere saber nada de usted, no lo ponga enfermo, al menos. Vamos, baje, es imposible que se quede ahí».

Marthe no se movía. La señora Faujas tuvo que levantarla y empujarla hacia la puerta; rezongaba, la acusaba de haber esperado a que ella hubiera salido, le hacía prometer que no volvería a subir a trastornar la casa con semejantes escenas. Después, cerró violentamente la puerta a sus espaldas.

Marthe bajó tambaleándose. No lloraba ya. Repetía: «François regresará, François los pondrá a todos en la calle».

XXI

El coche de Tolón, que pasaba por Les Tulettes, donde se encontraba una posta, salía de Plassans a las tres. Marthe, espoleada por el latigazo de una idea fija, no quiso perder un instante; volvió a ponerse el mantón y el sombrero, ordenó a Rose que se vistiera en seguida.

«No sé qué puede tener la señora, dijo la cocinera a Olympe; creo que nos marchamos de viaje unos cuantos días».

Marthe dejó las llaves en las puertas. Tenía prisa por estar en la calle. Olympe, que la acompañaba, intentaba en vano saber a dónde iba y cuántos días estaría ausente.

«En fin, váyase tranquila, le dijo en el umbral, con su voz amable; lo cuidaré bien todo, lo encontrará todo en orden... Tómese su tiempo, ocúpese de sus asuntos. Si va a Marsella, tráiganos mariscos frescos».

Aún no había Marthe doblado la esquina de la calle Taravelle cuando ya Olympe tomaba posesión de la casa entera. Cuando Trouche volvió, encontró a su mujer batiendo puertas, rebuscando en los muebles, huroneando, canturreando, llenando las estancias con el vuelo de sus faldas.

«¡Se ha marchado, y la marraja de su criada con ella!, le gritó, recostándose en un sillón. ¿Qué tal? ¡Sería una gran suerte si las dos se quedaran en el fondo de una cuneta!... No importa, vamos a estar bien a nuestras anchas durante algún tiempo. ¡Uf! Es bueno estar solos, ¿verdad, Honoré? Anda, ven a besarme en premio. Estamos en casa, podemos ponernos en camisón, si queremos».

Entre tanto, Marthe y Rose llegaron al paseo Sauvaire en el mismo momento en que el coche de Tolón salía. El cupé estaba libre. Cuando la criada oyó a su ama decir al conductor que se quedaría en Les Tulettes, se instaló refunfuñando. El carruaje aún no había dejado la ciudad y ella ya gruñía, repitiendo con su aire arisco:

«¡Y yo que creía que por fin había entrado usted en razón! Me imaginaba que nos íbamos a Marsella a ver a Octave. Habríamos traído una langosta y almejas... ¡Ah, bueno! Me he dado demasiada prisa. Es usted la de siempre, siempre en busca de penas, no sabe qué inventar con tal de perder la chaveta».

Marthe, en el rincón del cupé, semidesvanecida, se abandonaba. Una mortal debilidad se apoderaba de ella, ahora que ya no ofrecía resistencia al dolor que le destrozaba el pecho. Pero la cocinera ni siquiera la miraba.

«¡Qué invento, menuda extravagancia ir a ver al señor!, proseguía. ¡Lindo espectáculo, la va a divertir mucho! Tendremos para ocho días de no dormir. Ya puede tener usted miedo de noche, ¡lléveme el diablo si me levanto a mirar debajo de los muebles!... Todavía, si su visita pudiera hacerle algún bien al señor; pero es muy capaz de romperle la cara y de reventar él mismo. Espero que no la dejen entrar. Está

prohibido, en primer lugar... Mire usted, yo no habría debido de subir al coche, cuando usted habló de Les Tulettes; quizá no se hubiera atrevido a hacer esta tontería sola».

Un suspiro de Marthe la interrumpió. Se volvió, la vio lívida, ahogándose, y se enfadó aún más, bajando una ventanilla para que entrase aire.

«Eso es, muérase ahora entre mis brazos, ¿no? ¿Es que no estaría mejor en su cama, cuidándose? Cuando una piensa que ha tenido usted la suerte de encontrar a su alrededor gentes abnegadas, ¡sin siquiera darle las gracias al Señor! Sabe bien que es la pura verdad. El señor cura, su madre, su hermana, hasta el señor Trouche, se desviven por usted; se arrojarían al fuego, están de pie a cualquier hora del día y de la noche. He visto a doña Olympe llorar, sí, llorar, cuando usted estaba enferma, la última vez. ¡Bueno! ¿Y cómo les paga sus bondades? Los inquieta, se marcha como una hipócrita para ver al señor, aun sabiendo que eso les apenará mucho; porque no pueden querer al señor, que ha sido tan duro con usted... Oiga, ¿quiere que le diga algo, señora? El matrimonio no le valió de nada, se le ha pegado la maldad del señor. ¿Se entera? Hay días en que es tan mala como él».

Continuó así hasta Les Tulettes, defendiendo a los Faujas y los Tronche, acusando a su ama de toda suerte de villanías. Acabó diciendo:

«¡Ellos sí que serían buenos amos, si tuvieran bastante dinero para tener criados! Pero la fortuna le cae siempre a la gente de mal corazón».

Marthe, más calmada, no respondía. Miraba vagamente los entecos árboles desfilando a lo largo de la carretera, los vastos campos desplegarse como piezas de tela parda. Los gruñidos de Rose se perdían en los tumbos del coche.

En Les Tulettes, Marthe se dirigió vivamente hacia la casa del tío Macquart, seguida por la cocinera, que ahora callaba, encogiéndose de hombros, apretando los labios.

«¡Cómo! ¿Eres tú?, exclamó el tío, muy sorprendido. Te creía en la cama. Me habían contado que estabas enferma... ¡Ay, ay, pequeña, no tienes un aspecto muy fuerte!... ¿Vienes a que te invite a cenar?»

—Quisiera ver a François, tío, dijo Marthe.

—¿A François?, repitió Macquart, mirándola a la cara, ¿quieres ver a François? Es la idea de una buena esposa. El pobre chico bastante ha clamado por ti. Yo lo distinguía desde el extremo de mi jardín, daba puñetazos en los muros y te llamaba... ¡Ay! ¡Conque vienes a verlo! Creía que lo habíais olvidado todos».

Gruesas lágrimas habían ascendido a los ojos de Marthe.

«No será fácil verlo hoy, continuó Macquart. Van a ser las cuatro. Y, además, no sé muy bien si el director querrá darte permiso. Mouret no se porta bien desde hace algún tiempo; lo rompe todo, habla de prender fuego al tinglado. ¡Toma! Los locos no son amables todos los días».

Ella escuchaba, toda estremecida. Iba a interrogar a su tío, pero se contentó con alargar las manos hacia él.

«Se lo suplico, dijo. He hecho el viaje ex profeso; tengo necesariamente que hablar con François hoy, al momento... Usted tiene amigos en la casa, puede abrirme las puertas.

—Sin duda, sin duda», murmuró él, sin pronunciarse más francamente.

Parecía presa de gran perplejidad, al no calar claramente la causa de aquel repentino viaje, pareciendo debatir el caso desde un punto de vista personal, conocido sólo por él. Interrogó con la mirada a la cocinera, que le dio la espalda. Una delgada sonrisa acabó apareciendo en sus labios.

«En fin, ya que quieres, murmuró, voy a intentarlo. Sólo que, recuérdalo, si tu madre se enfada, explícale que no pude resistirme... Me temo que te hagas daño. La cosa no tiene nada de alegre, te lo aseguro».

Cuando se marcharon, Rose se negó rotundamente a acompañarlos. Se había sentado delante de un fuego de sarmientos, que ardía en la gran chimenea.

«No necesito ir a que me arranquen los ojos, dijo agriamente. El señor no me quería demasiado... Me quedo aquí, prefiero calentarme.

—¿Sería usted tan amable de prepararnos una jarra de vino caliente?, le deslizó el tío al oído; el vino y el azúcar están ahí, en el armario. Tendremos necesidad de él, cuando regresemos».

Macquart no hizo entrar a su sobrina por la verja principal de la casa de locos. Dobló a la izquierda, preguntó en una portezuela baja por Alexandre, el guardián, con quien intercambió unas palabras a media voz. Después, en silencio, se metieron los tres por interminables pasillos. El guardián marchaba delante.

«Te esperaré aquí, dijo Macquart, deteniéndose en un pequeño patio; Alexandre se quedará contigo.

—Habría querido estar sola, murmuró Marthe.

—La señora las pasará canutas, respondió el guardián con tranquila sonrisa; yo arriesgo ya mucho».

Le hizo cruzar un segundo patio y se detuvo delante de una puertecita. Mientras giraba suavemente la llave, prosiguió bajando la voz:

«No tenga miedo... Está más tranquilo desde esta mañana; hemos podido retirarle la camisa... Si se enfada, salga usted andando hacia atrás, ¿eh?, y déjeme solo con él».

Marthe entró, temblando, la garganta seca. Al principio sólo vio una masa doblada contra la pared, en un rincón. La luz palidecía, la celda estaba iluminada sólo por un resplandor de sótano, que caía de una ventana enrejada, provista de una pantalla de tablas.

«¡Eh! Buen hombre, gritó familiarmente Alexandre, yendo a palmotear en el hombro de Mouret, le traigo una visita... Va usted a ser bueno, espero».

Regresó a adosarse a la puerta, los brazos colgantes, sin quitarle la vista de encima al loco. Mouret se había levantando lentamente. No pareció sorprendido en absoluto.

«¿Eres tú, prenda?, dijo con su voz apacible; te esperaba, estaba preocupado por los niños».

Marthe, a quien se le doblaban las rodillas, lo miraba con ansiedad, muda a causa de esta tierna acogida. Por lo demás, no había cambiado gran cosa; e incluso estaba mejor, gordo y colorado, la barba hecha, los ojos claros. Sus tics de burgués satisfecho habían reaparecido; se frotó las manos, guiñó el párpado derecho, dio unas pataditas, charlando con su aire guasón de los días buenos.

«Estoy bien del todo, prenda. Vamos a poder regresar a casa... Vienes a buscarme, ¿no?... ¿Alguien se ha cuidado de mis lechugas? A las babosas les gustan endiabladamente las lechugas, el jardín estaba infestado de ellas; pero conozco un método para destruirlas... Tengo proyectos, ya verás. Somos bastante ricos, podemos permitirnos algún capricho... Dime, ¿has visto al tío Gautier, de San Eutropio, durante mi ausencia? Le había comprado treinta arrobas de vino duro para mezclas. Tendré que ir a verlo... Tú no tienes dos dedos de memoria».

Se burlaba, la amenazaba amistosamente con el dedo.

«Apuesto a que lo voy a encontrar todo en desorden, continuó. No os fijáis en nada; las herramientas andan por ahí, los armarios quedan abiertos. Rose mancha las habitaciones con su escoba... Y Rose, ¿por qué no ha venido? ¡Ah, qué cabeza! Ahí tienes a alguien de quien no haremos carrera nunca. Tú no sabes, un día quiso ponerme en la puerta. Ya lo creo... La casa es suya, es como para morir de risa... Pero ¿no me hablas de los niños? Desirée sigue en casa de su nodriza, ¿verdad? Iremos a abrazarla, le preguntaremos si se aburre. Quiero también ir a Marsella, porque Octave me preocupa mucho; la última vez que lo vi lo encontré muy disipado. De Serge no hablo; ése es demasiado bueno, santificará a toda la familia... Mira, me da gusto hablar de casa».

Y habló, habló sin parar, pidiendo noticias de cada árbol del jardín, demorándose en los mínimos detalles del gobierno de la casa, demostrando una memoria extraordinaria a propósito de multitud de pequeños hechos. Marthe, hondamente conmovida por el cariño cargante que le demostraba, creía ver una delicadeza suprema en el cuidado que él ponía en no dirigirle ningún reproche, en no hacer siquiera la menor alusión a sus sufrimientos. Estaba perdonada; juraba redimir su crimen convirtiéndose en la sirvienta sumisa de aquel hombre, tan grande en su campechanía; y gruesas lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas, mientras sus rodillas se doblaban para gritarle gracias.

«Desconfíe, le dijo el guardián al oído; tiene unos ojos que me inquietan.

—Pero ¡si no está loco!, balbució ella; ¡le juro que no está loco!... Tengo que hablar con el director. Quiero llevármelo en seguida.

—Desconfíe», repitió rudamente el guardián, tirándole del brazo.

Mouret, en medio de su charla, acababa de girar sobre sí mismo, como un animal apaleado. Se aplastó contra el suelo; luego, ágilmente, caminó a gatas a lo largo de la pared.

«¡Ahú! ¡Ahú!», aullaba con una voz ronca y prolongada.

Se levantó de un salto, cayó de costado. Entonces se produjo una escena espantosa: se retorcía como un gusano, se amorataba la cara a puñetazos, se arrancaba la piel con las uñas. Pronto se encontró semidesnudo, la ropa hecha jirones, destrozado, machacado, estertoroso.

«¡Salga de una vez, señora!», gritaba el guardián.

Marthe estaba paralizada. Se reconocía en el suelo; se lanzaba así sobre el pavimento, en su habitación, se arañaba así, se golpeaba así. Y hasta encontraba su voz; Mouret tenía exactamente su estertor. Era ella quien había hecho a aquel infeliz.

«¡No está loco!, tartamudeaba; ¡no puede estar loco!... Sería horrible. Prefiero morir».

El guardián, cogiéndola por la cintura, la puso en la puerta; pero se quedó allí, pegada a la madera. Oyó, en la celda, un ruido de lucha, chillidos de cerdo degollado; después hubo una caída sorda, similar a la de un fardo de ropa mojada; y reinó un silencio de muerte. Cuando el guardián salió, casi había caído la noche. Ella no distinguió más que un agujero negro, por la puerta entreabierta.

«¡Caray!, dijo el guardián, aún furioso, ¡tiene usted gracia, señora, cuando grita que no está loco! Por poco me quedo sin pulgar, me lo agarró entre los dientes... Ya está tranquilo para unas cuantas horas».

Y, mientras la acompañaba, continuaba:

«¡No sabe usted lo listos que son aquí todos!... Se hacen los buenos durante horas enteras, cuentan historias que parecen razonables; y después, ¡crac!, de golpe y porrazo, os saltan al cuello... Yo veía perfectamente hace un rato que estaba tramando algo, mientras hablaba de sus hijos; tenía los ojos de través».

Cuando Marthe encontró al tío Macquart en el pequeño patio, repitió febrilmente, sin poder llorar, con voz lenta y cascada:

«¡Está loco! ¡Está loco!

—Está loco, dijo, el tío, riendo burlón. ¿Es que contabas con encontrarlo hecho un pimpollo? No en balde lo han metido ahí... Además, la casa no es sana. Al cabo de dos horas, ¡je!, ¡je!, yo me pondría rabioso».

La estudiaba con el rabillo del ojo, vigilando sus menores sobresaltos nerviosos. Después, con su tono bonachón:

«¿Quieres ver a la abuela?».

Marthe hizo un gesto de espanto, escondiendo la cara entre las manos.

«Eso no habría molestado a nadie, prosiguió. Alexandre nos hubiera hecho ese favor... Está ahí, al lado, y con ella no hay nada que temer; es muy dulce. ¿Verdad, Alexandre, que nunca ha creado problemas en la casa? Se queda sentada, mirando al vacío. Lleva doce años sin moverse... En fin, ya que no la quieres ver...».

Cuando el guardián se despedía de ellos, él lo invitó a ir a tomar un vaso de vino caliente, guiñando los ojos de cierta manera, lo cual pareció decidir a Alexandre a aceptar. Tuvieron que sostener a Marthe, a quien le flaqueaban las piernas a cada

paso. Cuando llegaron, la llevaban con la cara convulsa, los ojos abiertos, envarada por una de las crisis nerviosas que la tenían como muerta durante horas.

«¿Qué le había dicho yo?, gritó Rose al divisarlos. ¡En menudo estado se encuentra! ¡Aviadas estamos para regresar! ¿Será posible, Dios mío, estar tan mal de la cabeza? El señor habría debido estrangularla, eso le hubiera servido de lección.

—¡Bah!, dijo el tío, voy a tenderla en mi cama. No nos moriremos por pasar la noche al amor de la lumbre».

Descorrió una cortina de cotonada que disimulaba una alcoba. Rose fue a desvestir a su ama, rezongando. Lo único que se podía hacer, decía, era ponerle un ladrillo caliente en los pies.

«Y ahora que ella está con los angelitos, vamos a tomar un trago, prosiguió el tío con su carcajada de zorro buenecito. ¡Huele endiabladamente bien su vino caliente, abuela!

—He encontrado un limón sobre la chimenea; lo cogí, dijo Rose.

—Hizo usted muy bien. Aquí hay de todo. Cuando yo hago un conejo, no le falta nada, se lo aseguro».

Había acercado la mesa a la chimenea. Se sentó entre la cocinera y Alexandre, sirvió el vino caliente en grandes tazas amarillas. Cuando hubo tragado dos sorbos, religiosamente:

«¡Sopla!, exclamó chasqueando la lengua, ¡qué vino más rico! Es usted una experta, ¡je, je!, es mejor que el mío. Tendrá que darme su receta». Rose, calmada, lisonjeada por estos cumplidos, se echó a reír. El fuego de sarmientos desplegaba una hoguera roja. Las tazas fueron llenadas de nuevo.

«Entonces, dijo Macquart, acodándose para mirar a la cocinera a la cara, ¿mi sobrina ha venido porque sí, por una cabezonada?

—No me hable, contestó ella, o me encolerizaré otra vez... La señora se está volviendo loca como el señor; ya no sabe a quien quiere ni a quien no quiere... Creo que tuvo una disputa con el señor cura, antes de salir; oí sus voces que gritaban».

El tío soltó una carcajada.

«Pues antes se llevaban muy bien, murmuró.

—Sin duda, pero nada dura con una sesera como la de la señora... Apuesto a que echa de menos las palizas que el señor le propinaba de noche. Hemos encontrado el garrote en el jardín».

La miró más atentamente, diciendo entre dos sorbos de vino caliente:

«A lo mejor venía a buscar a François.

—¡Ay! ¡Dios nos libre!, gritó Rose con cara de espanto... Buenos estragos haría el señor en casa; nos mataría a todos... Mire, ése es mi gran temor. Tiemblo siempre por si llega una noche de éstas a asesinarnos. Cuando pienso en ello, en la cama, no puedo dormir. Me parece que lo veo entrar por la ventana, con el pelo erizado y unos ojos brillantes como cerillas».

Macquart se divertía ruidosamente, golpeando la mesa con la taza.

«¡Sería gracioso, sería muy gracioso!, repitió. No debe de quererlos mucho, sobre todo al cura, que ha ocupado su lugar. Con el cura acabaría en un dos por tres, aunque sea un buen mozo, porque los locos son terriblemente fuertes, según aseguran... Dime, Alexandre, ¿te imaginas al pobre François cayendo sobre él? Lo borraría del mapa con toda limpieza. A mí me divertiría».

Y lanzaba ojeadas al guardián, que bebía el vino caliente con aire tranquilo, contentándose con aprobar con la cabeza.

En ese momento, Marthe se retorció furiosamente detrás de la cortina de cotonada; hubo que sujetarla unos minutos, para que no cayese. Cuando estuvo tendida de nuevo con su rigidez de cadáver, el tío volvió a calentarse los muslos delante de la hoguera, reflexionando, murmurando sin pensar en lo que decía:

«No es muy cómoda, esta chica».

Después, bruscamente, preguntó:

«Y los Rougon, ¿qué dicen de todas estas historias? Son partidarios del cura, ¿verdad?»

—El señor no era tan amable como para que lo añoren, respondió Rose; no sabía qué picardía inventar contra ellos.

—En eso no andaba equivocado, prosiguió el tío. Los Rougon son unos roñicas. Cuando pienso que no han querido nunca comprar el trigal de ahí enfrente; una magnífica operación de la que me encargaba yo... ¡Menuda cara pondría Félicité si viera regresar a François!».

Rió una vez más, giró alrededor de la mesa. Y, encendiendo la pipa con un gesto resuelto, le dijo a Alexandre, guiñándole de nuevo un ojo:

«No hay que olvidar la hora, chico. Voy a acompañarte... Marthe parece tranquila, ahora. Rose pondrá la mesa mientras me espera... Debe de tener hambre, ¿verdad, Rose? Ya que se ven obligadas a pasar aquí la noche, tomarán un bocado conmigo».

Se llevó al guardián. Al cabo de media hora aún no estaba de vuelta. La cocinera, aburrida de estar sola, abrió la puerta, se asomó a la terraza, mirando hacia la carretera vacía, en la noche clara. Al entrar, creyó distinguir, al otro lado del camino, dos sombras negras plantadas en el medio de un sendero, detrás de un seto.

«Diría que es el tío, pensó; parece de charla con un sacerdote».

Unos minutos después llegó el tío. Decía que aquel diablo de Alexandre le había contado un montón de historias inacabables.

«¿No era usted el que estaba hace un momento ahí fuera con un sacerdote?, preguntó Rose.

—¡Con un sacerdote, yo!, exclamó; ¿dónde? ¡Diablos, habrá soñado usted! No hay sacerdote en el pueblo».

Revolvía sus ojillos ardientes. Después, pareció descontento de su mentira; prosiguió:

«Está el padre Fenil, pero es como si no estuviera; nunca sale.

—El padre Fenil es un pelagatos», dijo la cocinera.

Entonces el tío se enfadó.

«Un pelagatos, ¿por qué? Hace mucho bien, aquí; es muy listo ese tipo... Vale mucho más que un montón j de curas que son un estorbo».

Pero su cólera decayó de golpe. Se echó a reír, al ver que Rose lo contemplaba sorprendida.

«Me trae sin cuidado, después de todo, murmuró. Tiene usted razón, todos lo curas son igualitos, hipócrita y compañía... Ya sé con quién ha podido verme usted. Me encontré con la tendera; llevaba un vestido negro, lo habrá confundido usted con una sotana».

Rose hizo una tortilla, el tío puso en la mesa un trozo de queso. Aún no habían acabado de comer cuando Marthe se incorporó, con el aire asombrado de una persona que despierta en lugar desconocido. Cuando hubo apartado los cabellos y recobró la memoria, saltó al suelo, diciendo que quería marcharse, marcharse en el acto. Macquart pareció muy contrariado por este despertar.

«Es imposible, no puedes volver a Plassans esta noche, dijo. Estás tiritando de fiebre, caerás enferma por el camino. Reposa. Mañana, veremos... En primer lugar, no hay coche.

—Me llevará usted en su carro, respondió.

—No, no puedo, no puedo».

Marthe, que se vestía con una prisa febril, declaró que iría a Plassans a pie, antes de pasar la noche en Les Tulettes. El tío deliberaba; había cerrado la puerta, y deslizado la llave en su bolsillo. Suplicó a su sobrina, inventó historias, mientras ella, sin escucharle, acababa de ponerse el sombrero.

«¡Si se cree usted que va a hacerla ceder!, dijo Rose, que acababa pacíficamente su trozo de queso; preferiría pasar por la ventana. Enganche el caballo, más valdrá».

El tío, tras un breve silencio, se encogió de hombros, exclamando con cólera:

«¡Me da igual, a fin de cuentas! ¡Que se ponga mala, si se empeña! Yo quería evitar un accidente... Pero allá penas. Nunca ocurre más que lo que tiene que ocurrir; voy a acompañarlas».

Hubo que llevar a Marthe al carro; una fiebre muy alta la sacudía. El tío le echó un abrigo viejo por los hombros. Dejó oír un ligero chasquido de la lengua, y se pusieron en marcha.

«A mí, dijo él, no me cuesta trabajo ir esta noche a Plassans; ¡al contrario!... En Plassans uno se divierte».

Eran alrededor de las diez. El cielo, cargado de lluvia, tenía un resplandor rojizo que iluminaba débilmente el camino. A lo largo de la carretera Macquart se inclinó, mirando en las cunetas, detrás de los setos. Cuando Rose le preguntó qué buscaba, respondió que habían bajado lobos de las gargantas de la Seille. Había recobrado su buen humor. A una legua de Plassans empezó a caer la lluvia, una lluvia de aguacero, dura y fría. Entonces el tío blasfemó. Rose habría pegado a su ama, que agonizaba

bajo el abrigo. Cuando por fin llegaron, el cielo estaba de nuevo azul.

«¿Van ustedes a la calle Balande?, preguntó Macquart.

—Claro», dijo Rose, extrañada.

El le explicó entonces que Marthe le parecía muy enferma, y que quizá sería mejor llevarla a casa de su madre. Accedió, sin embargo, tras larga vacilación, a detener el caballo delante de la casa de los Mouret. Marthe ni siquiera se había llevado la llave. Afortunadamente, Rose encontró la suya en el bolsillo; pero cuando quiso abrir, la puerta no cedió; los Trouche debían de haber corrido los cerrojos. Llamó con el puño, sin despertar otro ruido que el eco sordo del gran vestíbulo.

«No se empeñe, es un error, dijo el tío, que reía entre dientes; no bajarán, sería una molestia... Conque, hijas mías, aquí están ustedes, a la puerta de su casa. Mi primera idea era la buena, como ven. Hay que llevar a esta niña a casa de los Rougon; estará mejor allí que en su propio cuarto, se lo aseguro».

A Félicité le entró una ruidosa desesperación cuando vio a su hija a semejantes horas, empapada de lluvia, medio muerta. La acostó en el segundo piso, revolvió la casa, puso en pie a todos los sirvientes. Cuando se hubo calmado un poco, y se encontró sentada a la cabecera de Marthe, pidió explicaciones.

«Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo es que la traen en tal estado?».

Macquart, en tono de gran bondad, contó el viaje de la «querida niña». Se defendía, decía que había hecho de todo para impedirle que fuera a ver a François. Acabó por invocar el testimonio de Rose, al ver a Félicité examinarlo atentamente, con desconfianza. Pero ella continuó meneando la cabeza.

«¡Es una historia muy turbia!, murmuró; hay algo que no entiendo».

Conocía a Macquart, se olía una bribonada en la secreta alegría que le fruncía la comisura de los labios.

«Es usted muy especial, dijo él, enfadándose, para escapar a su examen; siempre se imagina cosas del otro mundo. No puedo decirle lo que no sé... Quiero a Marthe más que usted; nunca he obrado más que en su interés. Mire, correré a buscar al médico, si quiere usted».

La señora Rougon lo siguió con los ojos. Interrogó largamente a Rose, sin enterarse de nada. Por lo demás, parecía muy feliz de tener a su hija en casa; hablaba amargamente de la gente que lo deja reventar a uno en la puerta de su propia casa, sin siquiera abrirle. Marthe, la cabeza hacia atrás en la almohada, se moría.

XXII

En la celda de Les Tulettes la noche era muy negra. Un soplo glacial sacó a Mouret del estupor cataléptico en que lo había sumido la crisis de la tarde. Acurrucado contra la pared, permaneció un momento inmóvil, los ojos abiertos, moviendo suavemente la cabeza sobre el frío de la piedra, gimiendo como un niño que despierta. Pero tenía las piernas cortadas por una corriente de aire tan húmeda que se levantó y miró. Frente a él, vio la puerta de la celda abierta de par en par.

«Ella ha dejado la puerta abierta, dijo el loco en voz alta; debe de esperarme, tengo que irme».

Salió, volvió a entrar, palpándose la ropa, con el aire minucioso de un hombre ordenado que teme olvidar algo; después dejó cerrada la puerta, cuidadosamente. Cruzó el primer patio, con sus pasitos tranquilos de burgués ocioso. Al entrar en el segundo, vio un guardián que parecía al acecho. Se detuvo, se consultó un momento. Pero, al desaparecer el guardián, se encontró en el otro extremo del patio, ante una nueva puerta abierta al campo. La cerró a sus espaldas, sin extrañarse, sin apresurarse.

«Es una buena chica, de todas formas, murmuró; habrá oído que la llamaba... Debe de ser tarde. Voy a regresar, para que no estén inquietos en casa».

Cogió un camino. Le parecía natural encontrarse en pleno campo. Al cabo de cien pasos, olvidó Les Tulettes a sus espaldas; se imaginó que volvía de ver a un viticultor a quien le había comprado cincuenta arrobas de vino. Cuando llegó a una encrucijada de cinco caminos, reconoció el lugar. Se echó a reír, diciendo:

«¡Qué idiota soy! Iba a subir a la meseta, por el lado de San Eutropio; tengo que tirar a la izquierda... En hora y media, como mucho, estaré en Plassans».

Entonces siguió el camino real, alegremente, mirando cada mojón kilométrico como a un viejo conocido. Se detenía delante de ciertos campos, delante de ciertas casas de aldea, con aire de vivo interés. El cielo estaba de color ceniza, con grandes regueros rosáceos que iluminaban la noche con un pálido reflejo de hoguera agonizante. Empezaban a caer fuertes gotas; el viento soplaba del este, empapado de lluvia.

«¡Diantres!, no tengo que entretenerme, dijo Mouret, examinando el cielo con inquietud; el viento viene del este, ¡va a chaparrear de lo lindo! No me dará tiempo de llegar a Plassans antes de que llueva. Y, encima, no estoy muy abrigado».

Y se apretó contra el pecho la chaqueta de gruesa lana gris que había hecho jirones en Les Tulettes. Tenía en la mandíbula una profunda magulladura, a la que se llevaba la mano, sin darse cuenta del vivo dolor que allí sentía. El camino real estaba desierto; no encontró más que una carreta, bajando una cuesta, con marcha perezosa. El carretero, que dormía, no respondió a las amistosas buenas noches que le lanzó. En

el puente del Viorne le sorprendió la lluvia. Como el agua le resultaba muy desagradable, se refugió debajo del puente, refunfuñando que era insoportable, que nada estropeaba la ropa como eso, que si lo hubiera sabido habría traído un paraguas. Esperó una media hora larga, entreteniéndose en escuchar el ruido de las aguas; después, cuando el aguacero pasó, subió a la carretera, entró por fin en Plassans. Ponía sumo cuidado en evitar los charcos de fango.

Era cerca de medianoche. Mouret calculaba que aún no debían de haber dado las ocho. Cruzó las calles vacías, con la preocupación de haber hecho esperar tanto a su mujer.

«No debe de saber qué significa esto, pensaba. La cena estará fría... ¡Ah, bueno! ¡Rose me va a recibir de malos modos!».

Había llegado a la calle Balande; permanecía en pie delante de su puerta.

«¡Vaya!, dijo, no tengo mi llave».

Sin embargo, no llamaba. La ventana de la cocina estaba a oscuras, las otras ventanas de la fachada parecían igualmente muertas. Una gran desconfianza se apoderó del loco; con un instinto muy animal, olfateó un peligro. Retrocedió hasta la sombra de las casas vecinas, examinó otra vez la fachada; después, pareció tomar una decisión, dio la vuelta por el callejón de las Chevillottes. Pero la puertecita del jardín estaba cerrada con el cerrojo. Entonces, con una fuerza prodigiosa, arrebatado por una repentina rabia, se arrojó contra la puerta, que se rajó en dos, corroída por la humedad. La violencia del choque lo dejó aturdido, sin saber ya por qué acababa de destrozar la puerta, que intentaba arreglar juntando los pedazos.

«¡Qué idea más tonta, con lo fácil que era llamar!, murmuró con súbito pesar. Una puerta nueva me costará treinta francos, por lo menos».

Estaba en el jardín. Habiendo alzado la cabeza, vio en la primera planta, el dormitorio vivamente iluminado, y creyó que su mujer se metía en la cama. La cosa le extrañó muchísimo. Sin duda había dormido debajo del puente mientras esperaba el final del aguacero. Debía de ser muy tarde. En efecto, las ventanas vecinas, las del señor Rastoil y también las de la subprefectura, estaban negras. Y volvía a mirar cuando vio un resplandor de lámpara, en el segundo piso, detrás de las espesas cortinas del padre Faujas. Fue como un ojo llameante, encendido en la frente de la fachada, que le quemaba. Se apretó las sienes entre las manos ardientes, perdida la cabeza, rodando por un recuerdo abominable, por una pesadilla desvanecida, donde nada neto se formulaba, donde se agitaba, para él y para los suyos, la amenaza de un antiguo peligro, crecido lentamente, horrible, en cuyo fondo la casa iba a ser engullida, si él no la salvaba.

«Marthe, Marthe, ¿dónde estás?, balbució a media voz. Ven, trae a los niños».

Buscó a Marthe por el jardín. Pero ya no reconocía el jardín. Le parecía más grande, y vacío, y gris, y semejante a un cementerio. Los bojales habían desaparecido, las lechugas ya no estaban, los árboles frutales parecían haberse movido. Volvió sobre sus pasos, se arrodilló para ver si eran las babosas las que se lo habían comido

todo. Los bojés sobre todo, la muerte de aquel alto verdor, le oprimía el corazón, como la muerte de un rincón vivo de la casa. ¿Quién había matado a los bojés? ¿Qué guadaña había pasado por allí, arrasándolo todo, cambiando hasta las matas de violetas que él había plantado al pie de la terraza? Un sordo rugido ascendía en su interior, frente a aquella ruina.

«Marthe, Marthe, ¿dónde estás?», llamó de nuevo.

La buscó en el pequeño invernadero, a la derecha de la terraza. El invernadero estaba atestado de los cadáveres secos de los grandes bojés; se apilaban, en haces, entre trozos de árboles frutales, diseminados como miembros cortados. En un rincón, la jaula que había servido para los pájaros de Desirée colgaba de un clavo, lamentable, la puerta reventada, con puntas de alambre erizadas. El loco retrocedió, lleno de miedo, como si hubiera abierto la puerta de un panteón. Tartamudeante, con toda la sangre en la cara, subió a la terraza, merodeó ante la puerta y las ventanas cerradas. La cólera que crecía en su interior daba a sus miembros una agilidad de fiera; se agazapaba, marchaba sin ruido, buscaba una hendidura. Una lumbrera del sótano le bastó. Se comprimió, se deslizó con una habilidad de gato, arañando la pared con las uñas. Por fin estaba en la casa.

El sótano se cerraba sólo con un picaporte. Se adelantó en medio de las espesas tinieblas del vestíbulo, tanteando las paredes, empujando la puerta de la cocina. Las cerillas estaban a la izquierda, sobre una tabla. Fue derecho a esa tabla, frotó una cerilla, se alumbró para coger una lámpara en la campana de la chimenea, sin romper nada. Después miró. Debía de haber habido, esa noche, una gran comida. La cocina mostraba el desorden de una francachela: la mesa estaba atestada de platos, fuentes, vasos sucios; cacerolas en desorden, tibias aún, aparecían en el fregadero, sobre las sillas, por el suelo; una cafetera, olvidada al borde del hornillo encendido, hervía, sacando la barriga como una persona borracha. Mouret enderezó la cafetera, ordenó las cacerolas: las olía, husmeaba los restos de licor de los vasos, contaba las fuentes y los platos con un gruñido aún más irritado. No era su cocina limpia y fría de comerciante retirado; se había malgastado allí la comida de una posada entera; aquella suciedad tragona rezumaba indigestión.

«¡Marthe! ¡Marthe!, prosiguió, regresando al vestíbulo con la lámpara en la mano; contéstame, dime dónde te han encerrado. Hay que marcharse, marcharse en seguida».

La buscó en el comedor. Los dos armarios, a derecha e izquierda de la estufa, estaban abiertos; al borde de un estante, una bolsa de papel gris, reventada, dejaba escapar terrones de azúcar hasta el suelo. Más arriba, vio una botella de coñac sin gollete, cerrada con un tapón de trapo. Y subió a una silla para inspeccionar los armarios. Estaban semivacíos: los tarros de aguardiente de frutas, empezados todos a la vez, los botes de mermelada, abiertos y chupados, la fruta mordida, las provisiones de toda clase roídas, manchadas como por el paso de un ejército de ratas. Al no encontrar a Marthe en los armarios, miró por todas partes, detrás de las cortinas,

debajo de la mesa: rodaban por allí huesos, entre bolitas de miga de pan; en el hule, los culos de los vasos habían dejado redondeles de jarabe. Entonces cruzó el pasillo, la buscó en el salón. Pero se detuvo ya en el umbral: no estaba en su casa. El papel malva claro del salón, la alfombra de flores rojas, los nuevos sillones tapizados de damasco cereza, lo sorprendieron profundamente. Temía entrar en casa ajena, cerró la puerta.

«¡Marthe! ¡Marthe!», tartamudeó con desesperación.

Había vuelto al centro del vestíbulo, reflexionaba, sin poder apaciguar el soplo ronco que se hinchaba en su garganta. ¿Dónde se encontraba, que no reconocía ninguna estancia? ¿Quién le había cambiado así su casa? Y los recuerdos se anegaban. No veía sino sombras deslizándose a lo largo del pasillo: dos sombras negras al principio, pobres, corteses, que se borraban; después dos sombras grises y turbias, que reían burlonas. Alzó la lámpara, cuya mecha se amedrentaba; las sombras crecían, se alargaban contra las paredes, subían por el hueco de la escalera, llenaban, devoraban la casa entera. Alguna maligna basura, algún fermento de descomposición introducido allí, había podrido las maderas, oxidado el hierro, rajado los muros. Entonces oyó desmenuzarse la casa como un cascote mohoso, fundirse como un terrón de sal echado en agua tibia.

Arriba, sonaban unas risas claras, que le erizaban el vello. Dejando la lámpara en el suelo, subió para buscar a Marthe; subió a gatas, sin hacer ruido, con la ligereza y suavidad de un lobo. Cuando estuvo en el descansillo del primer piso, se acuclilló delante de la puerta del dormitorio. Un rayo de luz pasaba bajo la puerta. Marthe debía de estar metiéndose en cama.

«¡Ah! ¡Qué bien!, dijo la voz de Olympe, ¡su cama es estupenda! Mira cómo me hundo, Honoré; tengo plumas hasta en los ojos».

Reía, se recostaba, saltaba en medio de las mantas:

«¿Quieres que te diga una cosa?, prosiguió. ¡Bueno! Pues, desde que estoy aquí, tenía ganas de dormir en esta camita... ¡Era como una enfermedad! No podía ver a esa espingarda de la casera repanchigada aquí dentro, sin sentir unas ganas furiosas de tirarla al suelo para ponerme en su sitio... ¡Uno tiene calor en seguida! Me parece estar entre algodones».

Trouche, que no se había acostado, revolvía los frascos del tocador.

«Tiene olores de todas las clases, murmuraba.

—¡Hombre!, continuó Olympe, ya que ella no está, ¡podemos permitirnos la mejor habitación! No hay peligro de que venga a molestarnos; he corrido los cerrojos... Vas a coger frío, Honoré».

El abría los cajones de la cómoda, rebuscaba entre la ropa interior.

«Ponte eso, dijo, tirándole a Olympe un camisón; está lleno de encajes. Siempre soñé en dormir con una mujer llena de encajes... Yo voy a coger este pañuelo rojo... ¿Has cambiado las sábanas?

—¡Bah!, no, respondió ella; no se me ocurrió; aún están limpias... Es una persona

muy aseada, no me da asco».

Y, como Trouche se acostaba por fin, le gritó:

«¡Trae los grogs a la mesilla de noche! No vamos a levantarnos hasta el otro extremo de la habitación para beber... Así, gordito mío, estamos como unos auténticos rentistas».

Se habían tumbado uno junto a otro, con el edredón hasta la barbilla, cociéndose en un dulce calor.

«He comido bien esta noche, murmuró Trouche al cabo de un silencio.

—¡Y bebido bien!, agregó Olympe, riendo. Yo estoy colosal; todo me da vueltas... Lo fastidioso es que mamá anda siempre detrás de nosotros; hoy ha estado pesadísima. No puedo dar un paso en la casa... No vale la pena que la casera se marche si mamá se queda aquí de guardia. Eso me ha arruinado el día.

—¿Es que el cura no piensa marcharse?, preguntó Trouche, tras un nuevo silencio. Si lo nombran obispo, tendrá que soltar la casa.

—Nunca se sabe, respondió ella, de mal humor. Quizá mamá piense conservarla... ¡Con lo bien que estaríamos, nosotros solos! Yo mandaré a la casera a dormir a la habitación de mi hermano, arriba; le diré que es más sana... Pásame el vaso, Honoré».

Bebieron ambos, se hundieron de nuevo bajo las mantas.

«¡Bah!, prosiguió Trouche, no será fácil largarlos; pero siempre se podría intentar... Creo que el cura ya habría cambiado de alojamiento, si no temiera que la casera armase un escándalo, al verse abandonada... Ganas me dan de trabajar a la casera: le contaré historias, para que los pusiera de patitas en la calle».

Bebió de nuevo.

«¿Y si le hiciera la corte? ¿Eh, querida?, dijo, más bajo.

—¡Ah, no!, exclamó Olympe, quien se echó a reír como si le hicieran cosquillas. Eres demasiado viejo, y no muy guapo. A mí me daría igual, pero ella no te querría, seguro... Déjame a mí, le calentaré la cabeza. Soy yo la que mandaré a paseo a mamá y a Ovide, ya que han sido tan poco amables con nosotros.

—Por otra parte, si no lo consigues, murmuró él, iré contando por todas partes que han encontrado al cura acostado con la casera. Eso hará tanto ruido, que se verá obligado a mudarse».

Olympe se había enderezado.

«¡Caray!, dijo, ¡qué buena idea! Hay que empezar mañana mismo. Antes de un mes el chamizo será nuestro... Voy a besarte en premio».

La cosa les divirtió mucho. Hablaron de cómo arreglarían el dormitorio: cambiarían la cómoda de sitio, subirían dos sillones del salón. La lengua se les trababa cada vez más. Se hizo un silencio.

«¡Ea, chico! Ya te has largado, tartamudeó Olympe; estás roncando con los ojos abiertos. Déjame ponerme ahí delante; acabaré mi novela, al menos. Yo no tengo sueño».

Se levantó, lo hizo rodar como un fardo hacia la pared, y se puso a leer. Pero ya en la primera página volvió la cabeza hacia la puerta, inquieta. Creía oír un singular gruñido en el pasillo. Luego se enfadó.

«Sabes perfectamente que no me gustan esas bromas, dijo, dando un codazo a su marido. No hagas el lobo... Cualquiera diría que hay un lobo en la puerta. Continúa, si te divierte. Eres muy molesto, mira».

Y volvió a sumirse en la novela, furiosa, tras haber chupado la rodaja de limón de su grog.

Mouret, con sus pasos flexibles, abandonó la puerta donde había permanecido acurrucado. Subió al segundo piso, a arrodillarse delante de la habitación del padre Faujas, alzándose hasta el ojo de la cerradura. Ahogaba el nombre de Marthe en su garganta, con ojos ardientes, escudriñando los rincones del cuarto, asegurándose de que no la escondía allí. La gran estancia desnuda estaba llena de sombras, una lamparilla colocada al borde de la mesa dejaba caer sobre las baldosas un estrecho redondel de claridad; el cura, que escribía, no formaba sino una mancha negra, en medio de aquel resplandor amarillo. Tras haber buscado detrás de la cómoda, detrás de las cortinas, Mouret se había detenido en la cama de hierro, sobre la cual el sombrero del sacerdote desplegabá como una cabellera femenina. Marthe estaba en la cama, sin duda. Los Trouche lo habían dicho, dormía allí, ahora. Pero vio la cama fría, de sábanas bien estiradas, que parecía una piedra tumbal; se habituaba a la sombra. El padre Faujas debió de oír algún ruido, pues miró hacia la puerta. Cuando el loco distinguió el rostro tranquilo del sacerdote, sus ojos se enrojecieron, una ligera espuma apareció en las comisuras de sus labios; retuvo un aullido, se marchó a gatas por la escalera, por los pasillos, repitiendo en voz baja:

«¡Marthe! ¡Marthe!».

La buscó por toda la casa: en la habitación de Rose, que encontró vacía; en el cuarto de los Trouche, lleno de los despojos de las otras piezas; en las antiguas habitaciones de los niños, donde sollozó al encontrar a mano un par de pequeñas botinas con los tacones gastados que Desirée había llevado. Subía, bajaba, se aferraba a la barandilla, se deslizaba a lo largo de las paredes, daba la vuelta a las estancias a tientas, sin tropezar, con su extraordinaria agilidad de loco prudente. Pronto no quedó un rincón, desde el sótano al desván, donde no hubiera husmeado. Marthe no estaba en la casa, los niños tampoco, Rose tampoco. La casa estaba vacía, la casa podía derrumbarse.

Mouret se sentó en un peldaño de la escalera, entre el primer piso y el segundo. Ahogaba el poderoso aliento que, a su pesar, le henchía el pecho. Esperaba, las manos cruzadas, la espalda apoyada en la barandilla, los ojos abiertos en la noche, absorto en la idea fija que maduraba pacientemente. Sus sentidos adquirirían tal finura que él sorprendía los mínimos ruidos de la casa. Abajo, Trouche roncaba; Olympe volvía las páginas de su novela, con un leve roce del dedo contra el papel. En el segundo piso, la pluma del padre Faujas tenía un rasgueo de patas de insecto; mientras que, en la

habitación contigua, la dormida señora Faujas parecía acompañar esta agria música con su fuerte respiración. Mouret pasó una hora con los oídos al acecho. Fue Olympe la que primero sucumbió al sueño; oyó la novela caer sobre la alfombra. Después, el padre Faujas dejó la pluma, se desnudó con discreto arrastrar de zapatillas; las prendas se deslizaban blandamente, el propio lecho ni siquiera crujió. Toda la casa estaba acostada. Pero el loco notaba, por el aliento demasiado agudo del cura, que éste no dormía. Poco a poco, el aliento se engrosó. Toda la casa dormía.

Mouret esperó aún media hora. Seguía escuchando con sumo cuidado, como si hubiera oído a las cuatro personas allí acostadas descender, con pasos cada vez más pesados, al embotamiento del sueño profundo. La casa, aplastada entre las tinieblas, se abandonaba. Entonces se levantó, alcanzó lentamente el vestíbulo. Rezonaba:

«Marthe no está, la casa no está, nada está».

Abrió la puerta que daba al jardín, bajó al pequeño invernadero. Allí, trasladó metódicamente los grandes bojes secos; se llevaba enormes brazadas, que subía, que apilaba delante de las puertas de los Trouche y los Faujas. Como le asaltaba una gran necesidad de claridad, fue a encender en la cocina todas las lámparas, y regresó a colocarlas sobre las mesas de las habitaciones, en los rellanos de la escalera, a lo largo de los pasillos. Después, transportó el resto de los haces de boj. Las pilas sobrepasaban la altura de las puertas. Pero, al hacer un último viaje, vio las ventanas. Entonces regresó a buscar los árboles frutales y dispuso una pira bajo las ventanas, preparando con gran habilidad corrientes de aire para que la llama fuera hermosa. La hoguera le pareció pequeña.

«Ya no hay nada, repetía; es preciso que no haya nada».

Se acordó de algo, bajó al sótano, reanudó sus viajes. Ahora subía la provisión para la calefacción del invierno: el carbón, los sarmientos, la leña. La pira, bajo las ventanas, crecía. A cada paquete de sarmientos que alineaba convenientemente, una satisfacción más viva lo agitaba. Distribuyó a continuación el combustible por las piezas de la planta baja, dejó una pila en el vestíbulo, otra en la cocina. Acabó volcando los muebles, empujándolos sobre los montones. Una hora le había bastado para esta ruda tarea. Sin zapatos, corriendo con los brazos cargados, se había deslizado por todas partes, lo había acarreado todo con tal maña que no había dejado caer demasiado bruscamente ni un solo leño. Parecía dotado de una vida nueva, de una lógica de movimientos extraordinarios. Era, en su idea fija, muy astuto, muy inteligente.

Cuando todo estuvo preparado, disfrutó un instante con su obra. Iba de un montón a otro, gozaba con la forma cuadrada de las piras, le daba la vuelta a cada una de ellas, batiendo suavemente palmas con aire de extremada satisfacción. A lo largo de la escalera habían caído algunos trozos de carbón; corrió a buscar una escoba, eliminó cuidadosamente el polvo negro de los peldaños. Remató su inspección, como un burgués meticuloso que pretende hacer las cosas como es debido, de forma reflexiva. El goce lo enloquecía poco a poco; se encorvaba, se encontraba a gatas,

corriendo sobre las manos, resollando más fuerte, con un ronquido de terrible alegría.

Entonces cogió un sarmiento. Encendió las pilas. Empezó por las pilas de la terraza, bajo las ventanas. De un salto entró, prendió fuego a las pilas del salón y el comedor, de la cocina y el vestíbulo. Después, saltó de piso en piso, lanzando los restos abrasados de su sarmiento sobre las pilas que obstruían las puertas de los Trouche y los Faujas. Un creciente furor lo sacudía, la gran claridad del incendio acababa de enloquecerlo. Bajó en dos ocasiones con saltos prodigiosos, girando sobre sí mismo, cruzando el espeso humo, activando con su soplo las hogueras, en las cuales volvía a arrojar puñados de carbones ardientes. La visión de las llamas que lamían ya los techos de las piezas le hacía sentarse a veces en el suelo, riendo, aplaudiendo con toda la fuerza de sus manos.

Mientras tanto, la casa zumbaba como una estufa demasiado cargada. El incendio estallaba en todos los puntos a la vez, con una violencia que agrietaba el entarimado. El loco volvió a subir, en medio de las sábanas de fuego, con el pelo achicharrado, la ropa ennegrecida. Se apostó en la segunda planta, agazapado sobre los puños, adelantando su cabeza rugiente de animal. Custodiaba el paso, no apartaba los ojos de la puerta del sacerdote.

«¡Ovide! ¡Ovide!», llamó una voz terrible.

Al fondo del pasillo, al abrirse bruscamente la puerta de la señora Faujas, las llamas se precipitaron en el cuarto con el fragor de una tempestad. La vieja apareció en medio del fuego. Con las manos hacia adelante, apartó los haces que llameaban, saltó al pasillo, rechazó a patadas, a puñetazos, los tizones que tapaban la puerta de su hijo, a quien continuaba llamando desesperada. El loco se había agachado más, los ojos ardientes, sin dejar de quejarse.

«Espérame, no bajes por la ventana», gritaba ella, llamando a la puerta.

Tuvo que hundirla; la puerta, que ardía, cedió con facilidad. Reapareció, llevando a su hijo en brazos. Éste había tenido tiempo de ponerse la sotana; se ahogaba, sofocado por el humo.

«Escucha, Ovide, voy a llevarte, dijo ella con enérgica rudeza. Sujétate bien a mis hombros; agárrate a mi pelo, si te sientes resbalar... Ea, llegaré hasta el final».

Se lo cargó a la espalda como a un niño, y aquella madre sublime, aquella vieja campesina, abnegada hasta la muerte, ni siquiera se tambaleó bajo el peso aplastante del gran cuerpo desvanecido que se abandonaba. Apagaba los carbones bajo sus pies desnudos, se abría paso rechazando las llamas con la mano abierta, para que ni rozasen a su hijo. Pero, en el momento en que iba a bajar, el loco, a quien no había visto, saltó sobre el padre Faujas, que le arrebató de la espalda. Su lúgubre queja se remataba con un aullido, mientras una crisis lo retorció en el borde de la escalera. Magullaba al sacerdote, le arañaba, lo estrangulaba.

«¡Marthe! ¡Marthe!», gritó.

Y rodó con el cuerpo a lo largo de los peldaños abrasados, mientras la señora Faujas, que le había clavado los dientes en plena garganta, bebía su sangre. Los

Trouche se chamuscaban en medio de su borrachera, sin un suspiro. La casa, devastada y minada, se desplomaba entre un polvo de chispas.

XXIII

Macquart no encontró en su casa al doctor Porquier, quien acudió solamente hacia las doce y media. Toda la casa estaba aún en pie. Sólo Rougon no se había movido de la cama; las emociones lo mataban, decía. Félicité, sentada en la misma silla, a la cabecera de Marthe, se levantó para salir al encuentro del médico.

«¡Ay! Mi querido doctor, estamos muy inquietos, murmuró. La pobre niña no ha hecho un movimiento, desde que la hemos acostado ahí... Su manos están ya frías; las he tenido entre las mías, inútilmente».

El doctor Porquier contempló atentamente el rostro de Marthe; después, sin examinarla más, se quedó de pie, frunciendo los labios, haciendo con la mano un gesto vago.

«Mi buena señora Rougon, dijo, tiene que armarse de valor».

Félicité prorrumpió en sollozos.

«Es el final, continuó él en voz más baja. Hace mucho tiempo que espero este triste desenlace, debo confesárselo hoy. La pobre señora Mouret tenía los dos pulmones dañados, y la tisis se complicaba en ella con una enfermedad nerviosa».

Se había sentado, conservando en las comisuras de los labios su sonrisa de médico bien educado, que se mostraba cortés incluso con la muerte.

«No se desespere, no se ponga enferma, mi querida señora. La catástrofe estaba prevista, una circunstancia podía apresurarla cualquier día... La pobre señora Mouret debía de toser, cuando joven, ¿verdad? Estimo que ha incubado durante años los gérmenes de su mal. En estos últimos tiempos, sobre todo desde hace tres años, la tisis hacía progresos espantosos. ¡Y qué piedad! ¡Qué fervor! Yo estaba conmovido al verla irse tan santamente... ¿Qué quiere usted? Los designios de Dios son inescrutables, a menudo la ciencia es impotente».

Y como la señora Rougon seguía llorando, le prodigó los más tiernos consuelos, se empeñó en que tomara una taza de tila para calmarse.

«No se atormente, se lo suplico, repetía. Le aseguro que ya no siente su enfermedad; se va a dormir tranquilamente, así, y sólo recobrará el conocimiento en el momento de la agonía... Yo no las abandono, además; me quedaré aquí, aunque todos mis cuidados sean inútiles ahora. Me quedo, como un amigo, mi querida señora, un amigo, ¿me oye?».

Se instaló cómodamente para la noche, en un sillón. Félicité se apaciguaba un poco. Al darle a entender el doctor Porquier que a Marthe no le restaban sino unas horas de vida, se le ocurrió la idea de mandar a buscar a Serge al seminario, que estaba cerca. Cuando rogó a Rose que fuera al seminario, ésta se negó al principio.

«¿Quiere usted matar también al pobre crío?, dijo. Le asestaría un golpe muy duro, ser despertado en plena noche, para venir a ver a una muerta... No quiero ser su

verdugo».

Rose guardaba rencor a su ama. Desde que ésta agonizaba, daba vueltas alrededor de la cama, furiosa, revolviendo las tazas y las botellas de agua caliente.

«¿Es que tiene sentido hacer lo que la señora ha hecho?, agregó. ¿De quién es la culpa, si ella ha ido a buscar la muerte al lado del señor? Y, ahora, todo anda patas arriba, nos hace llorar a todos... No, desde luego, no quiero que obliguen al crío a despertarse sobresaltado».

Sin embargo, acabó por encaminarse al seminario. El doctor Pourquoi se había recostado delante del fuego; con los ojos semicerrados, seguía prodigando buenas palabras a la señora Rougon. Un leve estertor comenzaba a levantar los costados de Marthe. El tío Macquart, que no había reaparecido desde hacía dos horas largas, empujó suavemente la puerta.

«¿De dónde sale usted?», le preguntó Félicité, que se lo llevó a un rincón.

Respondió que había ido a encerrar el carro y el caballo en la posada de las Tres Palomas. Pero tenía unos ojos tan animados, un aire de socarronería tan diabólica, que a ella le infundió mil sospechas. Olvidó a su hija moribunda, oliéndose una bribonada que le interesaba conocer.

«Cualquiera diría que usted ha seguido y acechado a alguien, prosiguió, observando su pantalón enlodado. Me oculta algo, Macquart. Eso no está bien. Siempre hemos sido amables con usted.

—¡Amables! ¡Ah!, murmuró el tío, riendo, porque usted lo diga... Rougon es un roñoso; en el asunto del trigal, desconfió de mí, me trató como al último mono... ¿Dónde se ha metido Rougon? Él se da buena vida, le importa un pepino el trabajo que uno se toma por la familia».

La sonrisa con que acompañó estas últimas palabras inquietó vivamente a Félicité. Lo miraba de hito en hito.

«¿Qué trabajo se ha tomado usted por la familia?, dijo. No iré a echarme en cara el haberme traído a la pobre Marthe de Les Tuilettes... Además, se lo repito, todo esto me tiene una pinta muy turbia. He interrogado a Rose, parece que usted tenía la idea de venir directamente aquí... Y también me sorprende que no hayan llamado más fuerte, en la calle Balande; les habrían abierto... No es que esté enojada por tener en mi casa a mi querida niña; al menos morirá entre los suyos, no tendrá más que rostros amigos en derredor...».

El tío pareció muy sorprendido; la interrumpió con aire inquieto:

«La creía en los mejores términos con el padre Faujas...».

Ella no contestó; se acercó a Marthe, cuya respiración se hacía más dolorosa. Cuando regresó, vio a Macquart que, levantando la cortina, parecía interrogar a la noche, frotando el cristal húmedo con la mano.

«No se vaya mañana sin hablar conmigo, le recomendó; quiero aclarar todo esto.

—Como usted diga, respondió. Es muy complicado darle gusto a usted. Quiere a las personas, luego no las quiere... A mí me trae sin cuidado, yo voy siempre por mis

pasos contados».

Estaba muy contrariado, evidentemente, al enterarse de que los Rougon ya no hacían causa común con el padre Faujas. Tabaleaba en el cristal con la yema de los dedos, sin apartar los ojos de la oscura noche. En ese momento, un gran resplandor arreboló el cielo.

«¿Qué es eso?», preguntó Felicité.

Abrió los postigos, miró.

«Parece un incendio, murmuró él, en tono apacible. Algo arde detrás de la subprefectura».

La plaza se llenaba de ruidos. Un sirviente entró despavorido, contando que acababa de prenderse fuego la casa de la hija de la señora. Creían haber visto al yerno de la señora, el que habían tenido que encerrar, pasear por el jardín con un sarmiento encendido. Lo peor era que se desesperaba de salvar a los inquilinos. Félicité se volvió vivamente, reflexionó un minuto más, con los ojos clavados en Macquart. Por fin comprendía.

«Nos había prometido usted, dijo en voz baja, quedarse tranquilo, cuando lo instalamos en su casita de Les Tulettes. Y, sin embargo, no le falta nada, vive allí como un auténtico rentista... ¡Es una vergüenza, oye!... ¿Cuánto le ha dado el padre Fenil por abrirle la puerta a François?».

Él se enfadó, pero ella le mandó callar. Parecía mucho más inquieta por las consecuencias del asunto que indignada por el crimen en sí.

«¡Qué abominable escándalo, si se llegara a saber!, murmuró aún. ¿Es que le hemos negado algo nunca? Hablaremos mañana, volveremos a tratar de ese trigal con el que nos da la lata... Si Rougon se enterase de semejante cosa, moriría de pena».

El tío no pudo evitar una sonrisa. Se defendió con más violencia, juró que no sabía nada, que no estaba pringado en nada. Después, como el cielo se abrasaba cada vez más, y el doctor Pourquoi había bajado, el tío abandonó la habitación, diciendo, como impaciente de curiosidad:

«Voy a ver».

Era el señor Péqueur des Saulaies quien había dado la alarma. Había habido sarao en la subprefectura. Se estaba acostando cuando, hacia la una menos unos minutos, distinguió un singular reflejo rojo sobre el cielo raso de su dormitorio. Al acercarse a la ventana, quedó sorprendidísimo al ver arder un gran fuego en el jardín de los Mouret, mientras una sombra, que no reconoció al principio, danzaba en medio del humo blandiendo un sarmiento encendido. Casi al punto escaparon llamaradas por todas las aberturas de la planta baja. El subprefecto se apresuró a ponerse los pantalones; llamó a su criado, lanzó al portero en busca de bomberos y autoridades. Después, antes de dirigirse al lugar del siniestro, acabó de vestirse, asegurándose ante un espejo de la corrección de su bigote. Fue el primero en llegar a la calle Balande. La calle estaba totalmente desierta; dos gatos la atravesaban corriendo.

«¡Van a dejarse socarrar como chuletas, ahí dentro!», pensó Péqueur des Saulaies,

extrañado del apacible sueño de la casa, en la calle, donde no aparecía aún ni una sola llama.

Llamó violentamente, pero no oyó sino el rugido del incendio en la caja de la escalera. Llamó entonces a la puerta de Rastoil. Allí se alzaban gritos agudos, acompañados por pasos, puertas batidas, llamadas ahogadas.

«Aurélie, cúbrete los hombros», gritaba la voz del presidente.

El señor Rastoil se precipitó en la acera, seguido de la señora Rastoil y la menor de las señoritas, la que aún no estaba casada. Aurélie, en su precipitación, se había echado sobre los hombros un gabán de su padre, que le dejaba los brazos al aire; se puso muy colorada, cuando vio al señor Péqueur des Saulaies.

«¡Qué horrible desgracia!, balbucía el presidente. Va a arder todo. La pared de mi dormitorio ya está caliente. Las dos casas no forman más que una, si me atrevo a decirlo... ¡Ay!, señor subprefecto, ni siquiera tuve tiempo de sacar los relojes. Hay que organizar el salvamento. No puede uno perder su mobiliario en unas horas».

La señora Rastoil, semivestida con una bata, lloraba por los muebles de su salón, que acababa precisamente de tapizar. Mientras tanto, algunos vecinos habían aparecido en las ventanas. El presidente los llamó y comenzó el desalojo de su casa; él se encargaba personalmente de los relojes, que dejaba en la acera de enfrente. Cuando sacaron los sillones del salón, hizo sentar a su mujer y a su hija, mientras que el subprefecto permanecía junto a ellas, para tranquilizarlas.

«Cálmense, señoras, decía. Va a llegar la bomba, el fuego será atacado energicamente... Creo poder prometerles que su casa se salvará».

Las ventanas de los Mouret estallaron, las llamas aparecieron en el primer piso. Bruscamente, la calle fue iluminada por un gran resplandor: estaba tan claro como en pleno día. Un tambor, a lo lejos, pasaba por la plaza de la Subprefectura, tocando llamada. Acudían corriendo hombres, se organizaba una cadena, pero faltaban cubos, la bomba no llegaba. En medio del desconcierto general, Péqueur des Saulaies, sin separarse de las señoras Rastoil, gritaba órdenes a pleno pulmón:

«¡Dejen libre el paso! ¡La cadena está demasiado junta, allá abajo! ¡Pónganse a dos pies unos de otros!». Después, volviéndose hacia Aurélie, con voz suave: «Me sorprende mucho que la bomba no esté aquí aún... Es una bomba nueva; precisamente la vamos a estrenar... Y eso que envié al portero en seguida; ha debido de pasar por la gendarmería».

Los gendarmes fueron los primeros en aparecer; contuvieron a los curiosos, cuyo número aumentaba, pese a lo avanzado de la hora. El subprefecto había ido en persona a rectificar la cadena, que se abollaba con los empujones de ciertos bromistas llegados del arrabal. La campanita de San Saturnino tocaba a rebato con su voz cascada; se oía la llamada de un segundo tambor, más lánguido, hacia la parte baja de la calle, por el lado de la Explanada. Por fin llegó la bomba, con un estruendo de chatarra sacudida. Los grupos se apartaron; los quince bomberos de Plassans aparecieron, corriendo y resoplando; pero, a pesar de la intervención del señor

Péqueur des Saulaies, se necesitó aún un cuarto de hora largo para poner en condiciones la bomba.

«¡Le digo que el pistón no corre!», gritaba furiosamente el capitán al subprefecto, que pretendía que las tuercas estaban demasiado apretadas.

Cuando se alzó un chorro de agua, el gentío lanzó un suspiro de satisfacción. La casa ardía entonces, desde la planta baja al segundo piso, como una inmensa antorcha. El agua entraba en la hoguera con un silbido; mientras que las llamas, desgarrándose en lienzos amarillos, se alzaban aún más. Unos bomberos habían subido al tejado de la casa del presidente, cuyas tejas hundían a golpes de pico, para salvar algo del fuego.

«La casa está perdida», murmuró Macquart, las manos en los bolsillos, plantado tranquilamente en la acera de enfrente, desde donde seguía los progresos del incendio con vivo interés.

Se había formado allí, al borde del arroyo, un salón al aire libre. Los sillones estaban colocados en semicírculo, como para permitir presenciar cómodamente el espectáculo. La señora de Condamin y su marido acababan de llegar; estaban apenas de regreso de la subprefectura, decían, cuando habían oído tocar llamada. El señor de Bourdeu, el señor Maffre, el doctor Porquier, el señor Delangre, acompañado de varios concejales, se habían apresurado a acudir igualmente. Todos rodeaban a las pobres señoras Rastoil, las reconfortaban, se abordaban con exclamaciones apiadadas. La sociedad acabó por sentarse en los sillones. Y se entabló una conversación, mientras la bomba resoplaba a diez pasos y las vigas abrasadas crujían.

«¿Has cogido mi reloj, amigo mío?, preguntó la señora Rastoil; estaba en la chimenea, con su cadena.

—Sí, sí, lo tengo en el bolsillo, contestó el presidente, con la cara hinchada, tambaleándose de emoción. Tengo también la plata... Lo habría sacado todo, pero los bomberos no quieren, dicen que es ridículo».

El señor Péqueur des Saulaies seguía mostrándose muy tranquilo y muy servicial.

«Le aseguro que su casa no corre el menor peligro, afirmó; el fuego está ya cortado. Puede ir a dejar sus cubiertos en el comedor».

Pero el señor Rastoil no consintió en separarse de su cubertería, que llevaba bajo el brazo, envuelta en un periódico.

«Todas las puertas están abiertas, balbució; la casa está llena de gente que no conozco... Han hecho un agujero en mi tejado que me costará mis dineros tapar».

La señora de Condamin interrogaba al subprefecto. Exclamó:

«Pero ¡es horrible! ¡Creía que los inquilinos habían tenido tiempo de escapar!... Entonces, ¿no hay noticias del padre Faujas?

—Llamé yo mismo, dijo el señor Péqueur des Saulaies; nadie contestó. Cuando llegaron los bomberos, mandé derribar la puerta, ordené aplicar escaleras a las ventanas... Todo ha sido inútil. Uno de nuestros valientes gendarmes, que se aventuró por el vestíbulo, estuvo a punto de asfixiarse con el humo.

—Conque el padre Faujas... ¡Qué muerte abominable!», prosiguió la hermosa Octave con un escalofrío.

Los caballeros y las damas se miraron, lívidos, entre las vacilantes claridades del incendio. El doctor Porquier explicó que la muerte por fuego acaso no fuese tan dolorosa como uno se imaginaba.

«Lo sorprende a uno, dijo al terminar; debe de ser cosa de unos segundos. Hay que decir también que depende de la violencia de la hoguera».

El señor de Condamin contaba con los dedos.

«Si la señora Mouret está en casa de sus padres, como pretenden, siguen siendo cuatro: el padre Faujas, su madre, su hermana y su cuñado... ¡Qué bonito!».

En ese momento la señora Rastoil se inclinó al oído de su marido:

«Dame mi reloj, murmuró. No estoy tranquila. No paras de moverte. Vas a sentarte encima».

Una voz gritó que el viento se llevaba las pavesas hacia la subprefectura, y Péqueur des Saulaies se disculpó, salió corriendo, con el fin de atajar aquel nuevo peligro. Mientras tanto, el señor Delangre quería que se intentase un último esfuerzo para socorrer a las víctimas. El capitán de bomberos le contestó brutalmente que subiera él mismo por las escaleras, si la cosa le parecía factible; decía que nunca había visto un fuego igual. Era el diablo quien había debido de encender ese fuego, para que la casa ardiese como un haz de leña, por todas partes a la vez. El alcalde, seguido por algunos hombres de buena voluntad, dio entonces la vuelta por el callejón de las Chevillottes. A lo mejor se podía subir por el lado del jardín.

«Sería muy bonito, si no fuera tan triste», observó la señora de Condamin, que se calmaba.

En efecto, el incendio resultaba soberbio. Cohetes de chispas ascendían entre anchas llamas azules; agujeros de un rojo ardiente se ahondaban en el fondo de cada ventana de par en par; mientras que el humo se enrollaba suavemente, se marchaba en una gran nube violácea, semejante al humo de las luces de bengala, durante los fuegos artificiales. Las damas y los caballeros se habían apelotonado en los sillones; se acodaban, se estiraban, alzaban la barbilla; después se hacía el silencio, entrecortado por observaciones, cuando se alzaba un remolino de llamas más violento. A lo lejos, en la danzante claridad que iluminaba bruscamente las profundidades de unas cabezas arremolinadas, crecían la algarabía del gentío, un ruido de agua corriente, todo un alboroto ahogado. Y la bomba, a diez pasos, conservaba su aliento regular, su esputo de gznate de metal desollado.

«Miren en la tercera ventana del segundo piso, exclamó de repente el señor Maffre, maravillado; se ve perfectamente, a la izquierda, una cama que arde. Las cortinas son amarillas; se queman como papel».

El señor Péqueur des Saulaies regresaba a trote corto a tranquilizar a la sociedad. Cundía el pánico.

«El viento se lleva las pavesas del lado de la subprefectura, sí, dijo, pero se

apagan en el aire. No hay ningún peligro, el fuego está dominado.

—Pero, preguntó la señora de Condamín, ¿se sabe cómo se prendió fuego?».

El señor de Bourdeu aseguró que él había visto primero un espeso humo salir de la cocina. El señor Maffre pretendía, en cambio, que las llamas habían aparecido antes en una habitación del primero. El subprefecto meneaba la cabeza con aire de prudencia oficial; acabó diciendo a media voz:

«Creo que la malevolencia no es ajena al siniestro. He ordenado ya una investigación».

Y contó que había visto a un hombre prender el fuego con un sarmiento.

«Sí, también yo lo vi, interrumpió Aurélie Rastoil. Es el señor Mouret».

Fue una extraordinaria sorpresa. La cosa era imposible. ¡Qué espantoso drama, Mouret escapado y quemando su casa! Abrumaban a Aurélie a preguntas. Ella se ruborizaba, mientras su madre la miraba severamente. No era decoroso que una jovencita estuviera todas las noches así, en la ventana.

«Se lo aseguro, reconocí perfectamente al señor Mouret, prosiguió. No dormía, me levanté al ver una gran luz... El señor Mouret bailaba en medio del fuego».

El subprefecto se pronunció:

«Ya lo creo, la señorita tiene razón... Ahora reconozco al pobre infeliz. Era tan pavoroso que me quedé perplejo, aun cuando su persona no me resultara desconocida... Con su permiso, esto es muy grave; tengo que ir a dar unas órdenes».

Y se marchó de nuevo, mientras la sociedad comentaba esta aventura terrible, un casero quemando a sus inquilinos. El señor de Bourdeu se enfureció con los manicomios; la vigilancia era a todas luces insuficiente. A decir verdad, Bourdeu temblaba de ver abrasada en el incendio la prefectura que el padre Faujas le había prometido.

«Los locos están llenos de rencor», se limitó a decir el señor de Condamín.

Esta frase dejó cortados a todos. La conversación decayó de pronto. Las señoras tuvieron leves escalofríos, mientras los caballeros intercambiaban miradas singulares. La casa en llamas resultaba mucho más interesante desde que la sociedad conocía la mano que le había pegado fuego. Los ojos, guiñados con un terror delicioso, se clavaron en la hoguera, soñando con el drama que había debido de ocurrir allí.

«Si papá Mouret está dentro, eso suma cinco», dijo aún el señor de Condamín, a quien las señoras mandaron callar, acusándolo de ser un hombre atroz.

Desde el comienzo del incendio, los Paloque, acodados en la ventana de su comedor, miraban. Estaban justamente encima del salón improvisado en la acera. La mujer del juez acabó bajando para ofrecer graciosamente su hospitalidad a las señoras Rastoil, así como a las personas que las rodeaban.

«Se ve muy bien desde nuestras ventanas, se lo aseguro», dijo.

Y, como las señoras rehusaban, continuó:

«Van a coger ustedes frío, la noche está muy fresca».

La señora de Condamín sonrió, estirando sobre el adoquinado sus piecitos, que

mostró por el borde de la falda.

«¡Ah! ¡Pues sí! ¡No tenemos frío!, respondió. Yo tengo los pies ardiendo. Estoy muy bien. ¿Tiene usted frío, señorita?

—Tengo demasiado calor, aseguró Aurélie. Parece una noche de verano. Ese fuego calienta de lo lindo».

Todos declararon que hacía bueno, y la señora Paloque se decidió entonces a quedarse, a sentarse, también ella, en un sillón. El señor Maffre acababa de marcharse; había distinguido, entre el gentío, a sus dos hijos, en compañía de Guillaume Porquier; los tres habían llegado corriendo, sin corbata, de una casa de las murallas, para ver el fuego. El juez de paz, que estaba seguro de haberlos encerrado con doble vuelta en su cuarto, se llevó a Alphonse y Ambroise por las orejas.

«¿Y si fuéramos a acostarnos?», dijo el señor de Bourdeu, cada vez más desabrido.

Péqueur des Saulaies había reaparecido, infatigable, sin olvidar a las señoras, pese a las preocupaciones de toda suerte que lo agobiaban. Fue vivamente al encuentro de Delangre, que regresaba del callejón de las Chevillottes. Conversaron en voz baja. El alcalde había debido de asistir a alguna escena espantosa; se pasaba la mano por la cara, como para expulsar de sus ojos la imagen atroz que le perseguía. Las señoras le oyeron murmurar solo: «¡Llegamos demasiado tarde! ¡Es horrible, horrible!...». No quiso responder a ninguna pregunta.

«Sólo de Bourdeu y Delangre lamentan lo del cura, murmuró de Condamin al oído de la señora Paloque.

—Tenían asuntos con él, respondió tranquilamente ésta. Mire, ahí tiene al padre Bourrette. Ése llora en serio».

El padre Bourrette, que había estado en la cadena, se deshacía en sollozos. El pobre hombre no oía los consuelos. No quiso sentarse en un sillón; se quedó de pie, los ojos turbios, mirando arder las últimas vigas. También habían visto al padre Surin, pero éste había desaparecido, tras haber escuchado, de grupo en grupo, las informaciones que circulaban.

«Vámonos a acostar, repitió el señor de Bourdeu. Es idiota quedarse aquí, a fin de cuentas».

Toda la sociedad se levantó. Se decidió que el señor Rastoil, su esposa y la señorita, pasarían la noche en casa de los Paloque. La señora de Condamin se daba palmaditas en la falda, ligeramente arrugada. Corrieron hacia atrás los sillones, permanecieron un instante de pie, dándose las buenas noches. La bomba seguía zumbando, el incendio palidecía, entre una humareda negra; sólo se oían ya los pasos debilitados del gentío y el hacha rezagada de un bombero que derribaba un armazón.

«Se acabó», pensó Macquart, que no había abandonado la acera de enfrente.

No obstante, se quedó allí un rato más, escuchando las últimas palabras que el señor de Condamin intercambiaba a media voz con la señora Paloque.

«¡Bah!, decía la mujer del juez, nadie le llorará, salvo ese animalote de Bourrette.

Se había puesto insoportable, todos éramos sus esclavos. Monseñor debe de estar riéndose a estas horas... ¡Por fin Plassans está libre!

—¡Y los Rougon!, hizo observar el señor de Condamin; deben de estar encantados.

—¡Pues claro! Los Rougon estarán en la gloria. Van a heredar la conquista del cura... Mire, habrán pagado bien a quien se haya arriesgado a prender fuego al tinglado».

Macquart se marchó descontento. Acababa de temerse haber sido engañado. La alegría de los Rougon lo consternaba. Los Rougon eran tan listos que jugaban siempre un doble juego, y con ellos uno acababa siempre estafado. Al cruzar la plaza de la Subprefectura, se juraba no volver a trabajar así, a ciegas.

Cuando subía a la habitación donde Marthe agonizaba, encontró a Rose sentada en un peldaño de la escalera. Estaba terriblemente encolerizada, rezongaba:

«No, desde luego, no me quedaré en el cuarto; no quiero ver semejantes cosas. ¡Que reviente sin mí! ¡Que reviente como un perro! Ya no la quiero, ya no quiero a nadie... ¡Ir a buscar al crío, para hacerlo asistir a eso! ¡Y yo he accedido! No me lo perdonaré en la vida... Estaba más pálido que su camisa, el querubín. Tuve que traerlo desde el seminario hasta aquí. Creí que iba a entregar el alma por el camino, de tanto como lloraba. ¡Es una lástima!... Y allí está, ahora, besándola. A mí eso me pone la carne de gallina. Quisiera que la casa se nos cayera sobre la cabeza, para que todo terminase de golpe... Me meteré en un agujero, viviré sola, no veré nunca a nadie, nunca, nunca. La vida entera está hecha sólo para llorar y para montar en cólera».

Macquart entró en la habitación. La señora Rougon, de rodillas, escondía la cara entre las manos, mientras Serge, de pie delante de la cama, con las mejillas chorreantes de lágrimas, sostenía la cabeza de la moribunda. Ésta aún no había recobrado el conocimiento. Los últimos resplandores del incendio iluminaban el cuarto con un reflejo rojo.

Un hipo sacudió a Marthe. Abrió unos ojos sorprendidos, se incorporó para mirar en derredor. Después juntó las manos con un espanto indecible, y expiró, distinguiendo, entre la roja claridad, la sotana de Serge.

(1874).

Notas

[1] *La fortuna de los Rougon*, Libro de Bolsillo, n.º 804, pág. 248. [Obra ya compartida en ePubLibre.org. *N. del e. d.*]. <<

[2] Como si dijéramos «el tiempo de los reyes godos». Berta, la madre de Carlomagno, fue capturada por unos traidores cuando viajaba para casarse con Pipino el Breve, y se pasó ocho años hila que te hilarás, hasta el punto de que, de tanto darle a la rueca, se ganó el sobrenombre con el que pasó a la historia, Berta la de los Grandes Pies. <<

[3] La política exterior francesa, con el apoyo de Napoleón III a Víctor Manuel y su ministro Cavour, indisponía a Francia con el Papa Pío IX, que en la unidad de Italia veía una amenaza para la soberanía de las papas sobre Roma. <<

[4] Se trata, evidentemente, de un «despiste» de Zola, pues el joven Rastoil se llama Séverin, y no Saturnin. <<

[5] Un nuevo «despiste» del autor. Para Yves Berger, preparador de la edición francesa que manejo (*Cercle du Livre Précieux*, vol. II, Fasquelle, Paris, 1966), Zola confunde en esta página y la siguiente los nombres de las señoritas Rastoil, y llama Aurélie a la mayor, en lugar de Angéline. Berger corrige el texto poniendo Angéline. Mi lectura difiere: creo que el despiste está simplemente en decir «la mayor», en lugar de «la menor», y el nombre vale. Me apoyo para esta interpretación en una frase del último capítulo, en el que Aurélie (Angéline ya no vive en la casa) sigue fisgando por la ventana, y Zola dice: «*Il n'était pas convenable qu'une jeune fille fût ainsi toutes les nuits à la fenêtre*». («No es decoroso que una jovencita estuviera todas las noches así, en la ventana»). <<

[6] La amnistía de 1859 había permitido a los proscritos de la insurrección de diciembre del 51 regresar al país. <<